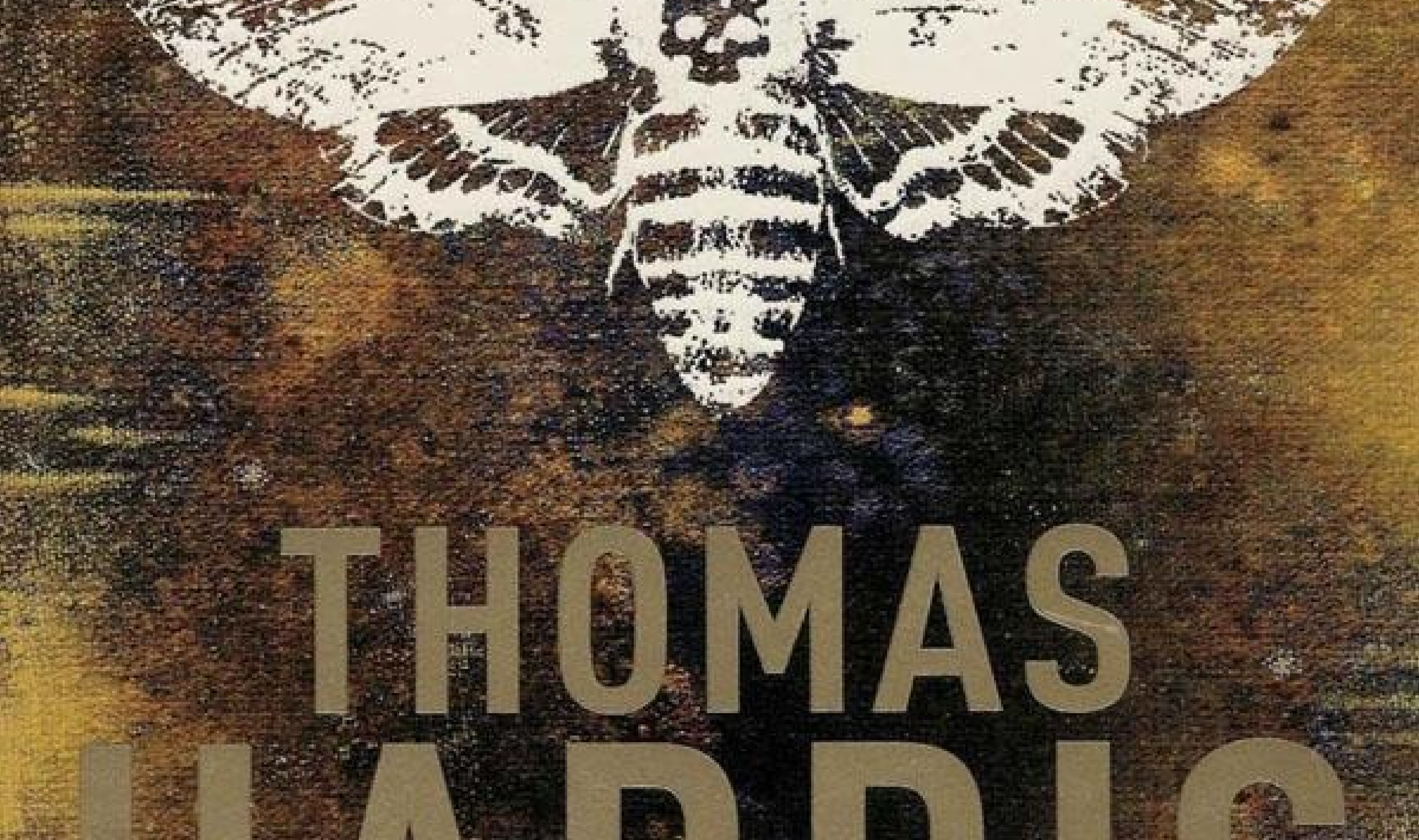


THOMAS HARRIS

Hannibal Lecter ha vuelto

EL SILENCIO DE LOS CORDEROS

A Clarice Starling, joven y ambiciosa estudiante de la academia del FBI, le encomiendan que entreviste a Hannibal Lecter, brillante psiquiatra y despiadado asesino, para conseguir su colaboración en la resolución de un caso de asesinatos en serie. El asombroso conocimiento de Lecter del comportamiento humano y su poderosa personalidad cautivarán de inmediato a Clarice, quien, incapaz de dominarla, establecerá con él una ambigua, inquientante y peligrosa relación.

Thomas Harris

El silencio de los corderos

Hannibal Lecter 2

ePUB v1.2
Perseo 25.05.12

Título original: *The Silence of the Lambs*
Thomas Harris, 1988
Traducción: Montserrat Conill
Diseño/retoque portada: Jimb0o

Editor original: Perseo (v1.0 a v1.2)
ePub base v2.0

A la memoria de mi padre

Si sólo por motivos humanos luché con las fieras en Éfeso, ¿qué me aprovechó, si los muertos no resucitan?

1. CORINTIOS

¿Habré de contemplar una calavera en un anillo, yo que llevo una en el rostro?

JOHN DONNE, *Devociones*

Capítulo 1

Ciencias del Comportamiento, la sección del FBI que se ocupa de resolver los casos de homicidio cometidos por asesinos reincidentes, se encuentra en un semisótano del edificio de la academia de dicha institución en Quántico, medio sepultada bajo tierra. Clarice Starling llegó a ella arrebolada tras una rápida caminata desde Hogan’s Alley, donde se hallaba el campo de tiro. Llevaba briznas de hierba en el pelo y manchas en la cazadora del uniforme por haber tenido que arrojarse al suelo durante el tiroteo de un simulacro de arresto.

No halló a nadie en la oficina de recepción y se ahuecó brevemente el cabello al advertir su reflejo en las puertas de vidrio. Sabía que sin necesidad de arreglarse estaba atractiva. Las manos le olían a pólvora, pero no tenía tiempo de lavárselas; la orden de Crawford, el jefe de la sección, había especificado ahora mismo.

Encontró a Jack Crawford solo en la atiborrada sala de oficinas. Estaba de pie, junto a una mesa que no era la suya, hablando por teléfono, lo cual permitió a Clarice observarle con tranquilidad. Era la primera vez que le veía en un año y lo que vio la impresionó.

El aspecto habitual de Crawford era el de un ingeniero de edad madura, bien conservado, que podía haberse pagado la carrera jugando a béisbol; debía haber sido un hábil ’catcher’, capaz de bloquear con dureza la base del bateador. Ahora había adelgazado, el cuello de la camisa le quedaba grande y tenía bolsas oscuras bajo los ojos enrojecidos. Quienquiera que leyese los periódicos sabía que la sección de Ciencias del Comportamiento estaba recibiendo severas críticas por todas partes. Starling confió que a Crawford no le hubiera dado por beber. Tal cosa parecía aquí muy improbable.

Crawford acabó su conversación telefónica con un tajante: «No». Cogió el expediente de la joven, que sujetaba bajo el brazo y lo abrió.

—Starling, Clarice M., buenos días —dijo.

—Hola.

—La sonrisa de la muchacha fue meramente cortés.

—No ocurre nada grave. Espero que mi llamada no la haya asustado.

—No. —*Respuesta un tanto inexacta*, pensó Starling.

—Sus profesores me han dicho que lleva usted el curso muy bien; está entre los

primeros de la clase.

—Más o menos; no suelen prodigar tales informaciones.

—Soy yo el que de vez en cuando les pido que me tengan al corriente.

Esta afirmación sorprendió a Starling; había tachado a Crawford de su lista, tildándole de sargento de reclutas, hijo de puta e hipócrita.

Clarice conoció a Crawford, agente especial del FBI, cuando éste fue contratado como conferenciante temporal por la Universidad de Virginia. La excelencia de los seminarios de criminología que en ella impartió fue factor determinante en la decisión de la joven de ingresar en el FBI Cuando se le notificó que había sido aceptada y se matriculó en la academia, le escribió una tarjeta, a la cual Crawford no contestó y durante los tres meses de curso que ya llevaba en Quántico, él la había ignorado por completo.

Starling procedía de esa clase de gente que no pide favores ni solicita amistad, pero de todos modos la conducta de Crawford la había desconcertado y dolido. En ese momento, al encontrarse de nuevo en su presencia, notó con cierto disgusto que volvía a serle simpático.

Era evidente que tenía algún problema. Aparte de su inteligencia, Crawford poseía un peculiar discernimiento que, según Starling había advertido, se manifestaba en su sentido para combinar los colores y texturas de su atuendo, incluso dentro del limitado radio de acción que permitía el uniforme de agente del FBI. En este momento iba aseado pero deslucido, como si estuviera mudando el plumaje.

—Ha salido un trabajo y he pensado en usted —dijo Crawford—. En realidad no se trata de un trabajo sino más bien de un encargo interesante. Quite las cosas de Berry de esa silla y siéntese. Dice usted aquí que cuando termine la academia quiere entrar directamente en Ciencias del Comportamiento.

—Sí.

—Veo que ha hecho mucha medicina forense pero carece de experiencia en la aplicación de la ley.

Exigimos seis años de práctica, como mínimo.

—Mi padre era policía. Conozco esa vida. Crawford esbozó una leve sonrisa.

—Lo que sí ha hecho es especializarse en psicología y criminología, y… ¿cuántos veranos trabajando en un sanatorio mental? ¿Dos?

—Dos.

—Su licencia de asesora legal, ¿está vigente?

—No caduca hasta dentro de dos años. Me la saqué antes de que usted diese el seminario en la Universidad de Virginia, antes de decidirme a ingresar aquí.

—Y fue uno de los que tuvieron que esperar turno para ingresar.

Starling asintió.

—De todos modos tuve suerte. Me enteré a tiempo y aproveché para sacarme el

título de perito forense. Luego trabajé en el laboratorio hasta que hubo un hueco en la academia.

—Me escribió comunicándome que venía aquí, ¿verdad?, y creo que no le contesté. Mejor dicho, sé que no le contesté.

Hubiera debido hacerlo.

—Tendría otras muchas cosas que hacer.

—¿Ha oído hablar del PAC-VI?

—Sé que es el Programa de Arresto de Criminales Violentos. El *Boletín de Aplicación de la Ley* dice que están ustedes confeccionando una base de datos pero que aún no funciona.

Crawford asintió con un leve gesto de cabeza.

—Hemos preparado un cuestionario aplicable a todos los asesinos reincidentes de los tiempos modernos —dijo al tiempo que le entregaba un grueso fajo de folios sujetos por una endeble encuadernación—. Hay una sección para los investigadores y otra para las víctimas supervivientes, en caso de que las haya. La azul es para que la conteste el asesino, si accede, y la rosa consiste en una serie de preguntas que el entrevistador le hace al homicida, anotando no sólo sus respuestas sino también sus reacciones. Mucho papeleo, ya lo ve.

Papeleo. El interés de Clarice Starling despertó y se puso a olfatear como un sabueso enfebrecido. Husmeaba la proximidad de una oferta de trabajo, seguramente la aburrida tarea de introducir datos en un nuevo sistema informático. Entrar en Ciencias del Comportamiento, por rutinaria que fuese la ocupación que se le asignase, era sumamente tentador, pero Clarice sabía lo que suele ocurrirle a una mujer si deja que se le cuelgue la etiqueta de secretaria: de secretaria se queda por los siglos de los siglos. Se avecinaba una elección y quería elegir bien.

Crawford esperaba algo; debía de haberle hecho una pregunta. Starling tuvo que estrujarse el cerebro para recordarla:

—¿Qué pruebas ha realizado? ¿Minnesota Multifásica, alguna vez? ¿Rorschach?

—La primera, sí; la de Rorschach, nunca —contestó Clarice—. He hecho Percepción Temática y he efectuado la de Bender-Gestalt con niños.

—¿Se asusta fácilmente, Starling?

—Todavía no.

—Mire, hemos intentado entrevistar y examinar a los treinta y dos asesinos reincidentes que tenemos bajo custodia a fin de confeccionar una base de datos que nos permita determinar el perfil psicológico del homicida en los casos no resueltos. Casi todos aceptaron someterse al cuestionario, muchos de ellos, creo yo, impulsados por el deseo de alardear. Veintisiete se mostraron dispuestos a colaborar. Cuatro, con condenas de muerte pendientes de apelación, se negaron, comprensiblemente a mi juicio. Pero no hemos logrado que colabore el que más nos interesa. Quiero que

mañana vaya usted a verle al frenopático.

Clarice Starling experimentó un aldabonazo de alegría en el pecho y también cierto temor.

—¿Quién es el sujeto del examen?

—El psiquiatra; el doctor Hannibal Lecter —repuso Crawford. A ese nombre, en cualquier reunión civilizada, siempre le sucede un breve silencio.

Starling miró a Crawford sin pestañear, pero demasiado quieta.

—Hannibal el Caníbal —dijo.

—Sí.

—Sí, pues… Muy bien, de acuerdo. Me alegra mucho la oportunidad que se me brinda, pero comprenda que me pregunte por qué se me ha elegido a mí.

—Principalmente porque está usted disponible —replicó Crawford—. No creo que Lecter coopere. Ya se ha negado, si bien se le abordó a través de un intermediario, el director del hospital. Ahora he de poder decir que esta vez la propuesta se la ha hecho personalmente un entrevistador de nuestra plantilla y titulado. Por razones que a usted no la conciernen. En este momento no dispongo de nadie libre en la sección para que lleve a cabo la entrevista.

—Sé que están saturados de trabajo. Buffalo Bill… y todo lo de Nevada —dijo Starling.

—Efectivamente. Es lo de siempre, escasez de personal.

—Me ha dicho que vaya mañana. Hay prisa. ¿Podría tener relación con alguno de los casos que se están investigando?

—No. Ojalá pudiera decir lo contrario.

—Si se niega a cooperar, ¿quiere que redacte una evaluación psicológica?

—Tengo evaluaciones del doctor Lecter para dar y vender, y ninguna coincide.

Crawford depositó dos tabletas de vitamina C en la palma de su mano e introdujo un Alka-Seltzer efervescente en un vaso de agua para tomárselas.

—Es totalmente absurdo, ¿sabe? Lecter es psiquiatra y escribe para las revistas de psiquiatría —artículos de extraordinaria calidad—, aunque el tema nunca son sus pequeñas anomalías. En cierta ocasión fingió colaborar con el director del hospital, Chilton, y accedió a someterse con él a unas pruebas —llevar durante un rato un aparato para medir la presión arterial del pene mientras miraban fotografías de siniestros—. ¿Sabe lo que hizo Lecter? Pues publicar las reacciones de Chilton, dejándole por supuesto en ridículo. Mantiene correspondencia científica con estudiantes de psiquiatría sobre temas no relacionados con su caso, y de ahí no pasa. Si se niega a hablar con usted, quiero simplemente un informe y nada más. Qué aspecto tiene, qué ambiente reina en su celda, a qué se dedica. Color local, por así decirlo. Tenga mucho cuidado con las idas y venidas de la prensa. No me refiero a la prensa seria sino a la sensacionalista. Siente más interés por Lecter que por el

príncipe Andrés.

—¿Una de esas revistas no le ofreció a Lecter cincuenta mil dólares por sus recetas? Creo recordar algo de eso —replicó Starling.

Crawford asintió.

—Estoy casi seguro de que *La Actualidad Nacional* ha comprado a alguien de dentro del hospital y es posible que se enteren de su visita en cuanto yo concierte la entrevista.

Crawford se inclinó hacia delante hasta quedar a tres palmos de distancia de la cara de Clarice. Ésta vio cómo las medias gafas de lectura que llevaba le enturbiaban las bolsas de debajo de los ojos. Hacía poco rato que se había enjuagado la boca con Listerine.

—Starling, escúcheme con toda atención. ¿Me está escuchando? —Sí, señor.

—Tenga mucho cuidado con Hannibal Lecter. El doctor Chilton, el director del hospital, le explicará el procedimiento que debe seguir para tratar con él. Siga esas normas al pie de la letra. *No se aparte ni un ápice de ellas por ningún motivo*. Si Lecter decide hablar, tratará de averiguar todo lo posible sobre usted. Le mueve esa curiosidad que induce a la serpiente a espiar el nido de un pájaro. Ambos sabemos que en una entrevista siempre se produce un cierto toma y daca, pero aun así no le revele nada concreto sobre usted.

Procure que el cerebro de Lecter no almacene ninguno de sus datos personales. Ya sabe lo que le hizo a Will Graham.

—Me enteré por la prensa de lo que le sucedió.

—Cuando Will se puso a su alcance, se abalanzó sobre él y lo despanzurró con un cuchillo de linóleo. Will no murió de puro milagro. ¿Recuerda al Dragón Rojo? Lecter predispuso a Francis Dolarhyde contra Will y su familia. A Will, gracias a Lecter, le ha quedado una cara que parece un dibujo de Picasso. Y en el psiquiátrico despedazó a una enfermera a dentelladas. Haga su trabajo, pero no olvide ni un instante lo que es ese hombre.

—¿Y qué es? ¿Lo sabe usted?

—Sólo sé que es un monstruo. Aparte de eso, nadie puede asegurar nada más. A lo mejor usted lo averigua; no la elegí a usted por casualidad, Starling. En la Universidad de Virginia me hizo un par de preguntas sumamente atinadas. El director del FBI leerá personalmente su informe firmado, si es claro, conciso y está bien estructurado. Eso lo decido yo. Y *debo* tenerlo el domingo a las nueve en punto de la mañana. Eso es todo, Starling, proceda según lo acordado.

Crawford le sonrió, pero tenía la mirada muerta.

Capítulo 2

El doctor Frederick Chilton, cincuenta y ocho años, director del Hospital Estatal de Baltimore para la Demencia Criminal, tiene una mesa de trabajo larga y amplia sobre la cual no aparece ningún objeto duro o punzante. Algunos miembros del personal la llaman «el foso». Otros miembros del personal ignoran el significado de la palabra foso. El doctor Chilton permaneció sentado detrás de su mesa cuando Clarice Starling entró en su despacho.

—Por aquí ya ha pasado un sinfín de detectives, pero no recuerdo a ninguno tan atractivo —dijo Chilton sin levantarse.

Starling supo sin pensar conscientemente en ello que el brillo de la mano que le tendía el director era lanolina de atusarse el cabello. Y se desprendió del apretón antes de que él lo hiciera.

—*Señorita* Sterling, ¿verdad?

—*Starling*, doctor, con a. Gracias por dedicarme unos minutos de su tiempo.

—De modo que el FBI está abriendo sus puertas a las chicas, como todo el mundo, ja, ja, ja.

—A tal observación agregó la sonrisa de fumador que empleaba para separar sus frases.

—El FBI progresa, doctor Chilton. Sin duda alguna.

—¿Va a quedarse en Baltimore algunos días? ¿Sabe una cosa? Aquí hay tantas oportunidades de divertirse como en Washington o Nueva York, siempre y cuando se conozca la ciudad.

Ella desvió la mirada para ahorrarse la sonrisa del doctor y supo de inmediato que él había captado su desagrado.

—Estoy segura de que es una ciudad magnífica, pero mis instrucciones son ver al doctor Lecter y regresar esta misma tarde.

—¿Hay algún sitio en Washington al que pueda telefonearla por si, dentro de unos días, claro está, fuera conveniente una entrevista complementaria?

—Por supuesto. Qué amabilidad la suya al pensar en ello. Este proyecto lo lleva Jack Crawford; siempre puede ponerse en contacto conmigo a través de su oficina.

—Ya —replicó Chilton. Sus mejillas, al motearse de rosa, desentonaron con la improbable tonalidad caoba de su acicalado peinado—. Enséñeme su identificación,

haga el favor. —Permitió que Clarice permaneciese de pie mientras él examinaba con toda calma su documento de identificación. Luego se lo devolvió y se puso de pie—. Esto no nos ocupará mucho rato. Venga conmigo.

—Me dijeron que me daría usted instrucciones, doctor Chilton —dijo Starling.

—Puedo dárselas mientras nos dirigimos hacia allí. —Salió de detrás de la mesa echando una mirada a su reloj de pulsera—. Tengo una comida dentro de media hora.

Maldita sea, hubiera tenido que interpretarle mejor y más de prisa. Tal vez no sea un completo cretino. A lo mejor sabe algo útil. Qué poco me habría costado dirigirle una mínima sonrisa zalamera, a pesar de lo mal que se me da fingir.

—Doctor Chilton, soy yo la que tengo una entrevista con usted en este momento. Se concertó según su conveniencia, cuando pudiese usted dedicarme cierto tiempo. Es posible que durante la entrevista surjan cosas… podría ser que tuviese que comentar con usted las reacciones de Lecter.

—La verdad es que lo dudo, lo dudo mucho. Ah, por cierto, tengo que hacer una llamada telefónica antes de ir para allá. Espéreme en la oficina de recepción.

—Quisiera dejar aquí el abrigo y el paraguas.

—Ahí afuera —dijo Chilton—. Déselos a Alan; es el que está en recepción. Él se los guardará.

Alan vestía la especie de pijama que se distribuía a los reclusos en el momento de ingresar. Estaba limpiando ceniceros con el faldón de la camisa.

Ahuecó la mejilla con la lengua mientras cogía el abrigo de Starling.

—Gracias —le dijo ella.

—No hay de qué. ¿Caga con mucha frecuencia? —le preguntó Alan.

—¿Cómo dice?

—¿Le sale laaaaaargo?

—Mire, ya lo colgaré yo misma.

—No tiene usted nada que le estorbe la vista, puede inclinarse para observar cómo sale y ver cómo cambia de color al entrar en contacto con el aire… ¿Lo ha hecho alguna vez? ¿No le da la impresión de tener un largo rabo marrón? —No había forma de que soltase el abrigo.

—El doctor Chilton quiere que vaya inmediatamente a su despacho —dijo Starling.

—No, eso no es cierto —replicó el doctor Chilton desde detrás—. Cuelga el abrigo en el armario, Alan, y no lo saques mientras estemos fuera. *Ahora mismo.* Antes tenía una secretaria mañana y tarde, pero la reducción de personal me ha privado de ese lujo. La chica que la ha hecho pasar a usted viene tres horas al día a ocuparse de la mecanografía, y aparte tengo a Alan. ¿Qué se ha hecho de las secretarias, señorita Starling? —Las gafas del director le lanzaron un destello—. ¿Va armada?

—No, no llevo armas.

—¿Tiene la bondad de enseñarme el bolso y la cartera?

—Ya ha examinado mis documentos de identidad.

—Que afirman que es usted estudiante. Déjeme ver sus cosas, haga el favor.

Clarice Starling se acobardó cuando la primera de las gruesas puertas de acero se cerró con ruido a sus espaldas y el pestillo quedó sólidamente trabado. Chilton iba delante, a pocos pasos de distancia, recorriendo el pasillo verde del sanatorio en un ambiente de formol y portazos distantes. Starling, que estaba enfadada consigo misma por haber permitido que Chilton metiese la mano en su bolso y su cartera, tuvo que apresurarse a dominar la ira para poder concentrarse. Ya estaba. Notó la sólida base de su autodominio, como un firme lecho de grava bajo una corriente de aguas turbulentas.

—Lecter nos causa considerables molestias —dijo Chilton dirigiéndose a ella por encima del hombro—. Uno de los enfermeros dedica como mínimo diez minutos al día a quitar las grapas de las publicaciones que recibe. Hace algún tiempo, intentamos anular o al menos reducir sus suscripciones, pero nos denunció y el juez falló a favor suyo. Antes el volumen de su correspondencia personal era enorme. Afortunadamente, desde que su caso ha perdido actualidad, ha disminuido. Hubo una época en que parecía que cualquier estudiantillo que estuviese redactando una tesina de psicología tuviese que hacer referencia a Lecter. Las revistas especializadas todavía publican sus trabajos, pero es por el valor de reclamo que ejerce su firma.

—El artículo sobre adicción quirúrgica que escribió para la *Revista de Psiquiatría Clínica* me pareció excelente —replicó Starling.

—¿Ah, sí? Mire, *nosotros* también hemos intentado estudiar a Lecter. Comprendimos que el hecho de tenerle aquí nos brindaba la oportunidad de realizar un trabajo realmente excepcional. Es tan raro conseguir a uno vivo…

—¿Un qué?

—Un auténtico sociópata, que evidentemente es lo que es.

Pero es un hombre impenetrable, demasiado complejo para analizarlo mediante un test corriente. Y además, no puede ni figurarse cómo nos odia. De mí piensa que soy su verdugo. Su Crawford es muy listo, ¿no le parece?, al emplearla a usted para abordar a Lecter.

—¿Qué quiere decir, doctor Chilton?

—Una mujer joven y atractiva, para «ponerle cachondo»; creo que ahora se dice así, ¿no? No creo que Lecter haya visto a una mujer en varios años. Todo lo más habrá vislumbrado a alguna de las mujeres de la limpieza. En general, procuramos que aquí no entren mujeres. No causan más que problemas.

A tomar por el culo, Chilton.

—Soy licenciada con matrícula de honor por la Universidad de Virginia, doctor. No recuerdo ninguna asignatura que tuviese algo que ver con las artes de la seducción.

—Entonces será usted capaz de recordar estas normas: No meta la mano por entre los barrotes. No toque los barrotes. No le pase nada que no sea papel blando. Nada de plumas ni lápices. Él dispone casi siempre de sus propios rotuladores, de punta de fieltro. Los papeles que tenga que pasarle no pueden llevar grapas, clips ni alfileres de ninguna clase. Cualquier objeto ha de entregársele empleando exclusivamente la bandeja deslizante que se usa para servirle la comida. Cualquier objeto ha de recuperarse exclusivamente mediante la bandeja deslizante. Sin excepción. No acepte nada que quiera darle a través de la reja. ¿Entendido?

—Entendido. Habían traspuesto otras dos puertas y dejado a sus espaldas la luz natural. Atrás quedaban las salas en las que los reclusos estaban autorizados a mezclarse. Las luces del corredor estaban protegidas por gruesas rejillas, como las luces de la sala de máquinas de un barco. El doctor Chilton se detuvo bajo una de ellas. Al detenerse sus pasos, Starling oyó al otro lado de la pared el roto gemido de una voz enronquecida de gritar.

—Lecter no sale jamás de su celda sin ir atado con correas y provisto de bozal —afirmó Chilton—. Le voy a enseñar por qué. Durante el primer año de reclusión, fue un verdadero modelo de buena conducta. Las medidas de seguridad que le rodeaban tendieron a relajarse ligeramente; eso ocurrió durante la administración anterior, como usted comprenderá. La tarde del 8 de julio de 1976, Lecter se quejó de un dolor en el pecho y fue conducido a la enfermería. Allí le quitaron las correas para poder hacerle con mayor facilidad un electrocardiograma. Cuando la enfermera se inclinó sobre él, le hizo esto. —Chilton entregó a Clarice una fotografía con las esquinas dobladas—. Los médicos consiguieron salvarle uno de los ojos. Durante todo ese rato Lecter estuvo conectado a los monitores. Le fracturó la mandíbula para arrancarle la lengua. El pulso no le subió de ochenta y cinco ni siquiera cuando se la tragó.

Starling no sabía qué era peor, si la fotografía o la atención de Chilton al observarle a ella el rostro con ojos movedizos y avarientos. Le recordó a un pollo sediento sorbiéndole a picotazos las lágrimas de las mejillas.

—Lo tengo aquí dentro —dijo Chilton pulsando un botón situado junto a unas sólidas puertas de vidrio de seguridad. Un corpulento enfermero les hizo entrar en la sala.

Starling tomó una inflexible decisión y en cuanto hubieron cruzado la puerta se detuvo.

—Doctor Chilton, necesitamos imprescindiblemente el resultado de este test. Si el doctor Lecter le considera a usted su enemigo, si verdaderamente tiene esa manía, tal como usted acaba de decir, creo que si me presentara sola nuestras posibilidades de

éxito aumentarían. ¿Qué opina usted? La mejilla de Chilton se crispó.

—Por mí no hay inconveniente. Hubiera podido sugerírmelo en mi despacho. La habría hecho acompañar por un enfermero y me hubiera ahorrado esta pérdida de tiempo.

—Es lo que habría hecho si usted me hubiese dado sus instrucciones allí.

—No creo que volvamos a vernos, señorita *Starling*. Barney, cuando la señorita haya terminado con Lecter, llame para que la acompañen a la salida.

Chilton se marchó sin dignarse volver a mirarla. Y ahora sólo quedaba el corpulento e impasible enfermero, el silencioso reloj de pared a sus espaldas y el armario de tela metálica que contenía el aerosol irritante, las correas, el bozal y la pistola cargada con sedante. En un estante había un artefacto compuesto por una larga manguera con el extremo en forma de U para acorralar al violento contra la pared.

El enfermero la miraba.

—¿Le ha advertido el doctor Chilton que no toque los barrotes?

Tenía una voz aguda y a la vez ronca. A ella le recordó a Aldo Ray.

—Sí, me lo ha dicho.

—De acuerdo. Está al final de todo; es la última celda de la derecha. Avance por el centro del pasillo y no haga caso de nada. Puede llevarle la correspondencia; así empieza con buen pie —el enfermero parecía regocijado—. La pone en la bandeja y la empuja para que se deslice. Si la bandeja está dentro, o tira usted de ella por la cuerda o que se la mande él. Él no llega al punto en que se detiene la bandeja, en la parte exterior de la reja.

El enfermero le entregó dos revistas, con las páginas sueltas y a medio salir, tres periódicos y varias cartas abiertas.

El pasillo, de unos treinta metros de largo, tenía celdas a ambos lados. Algunas eran celdas de manicomio, de paredes acolchadas, provistas de una mirilla, alargada y estrecha como una aspillera, en el centro de la puerta. Otras eran celdas de cárcel corrientes, con una reja de barrotes que daba al corredor. Clarice Starling era consciente de que había figuras dentro de las celdas, pero trató de no mirarlas. Había recorrido más o menos la distancia, cuando una voz dijo: «Te huelo el coño». No dio muestras de haberlo oído y siguió caminando.

En la última celda las luces estaban encendidas. Se desvió hacia la izquierda del pasillo con objeto de ver el interior al acercarse, sabiendo que sus tacones la anunciaban.

Capítulo 3

La celda del doctor Lecter está considerablemente alejada de las demás, no tiene al otro lado del pasillo más que un armario y es excepcional por otras circunstancias. El exterior consiste en una reja de barrotes por cuya parte interna, a mayor distancia de la que alcanza un brazo humano, hay una segunda barrera, una resistente red de nailon tendida desde el suelo al techo y de pared a pared. Detrás de la red, Starling vio una mesa atornillada al suelo en la que se apilaban libros de tapas blandas y papeles, y una silla recta, también atornillada.

Y al doctor Hannibal Lecter reclinado en su catre, absorto en la lectura de la edición italiana de *Vogue*. Sujetaba las páginas sueltas con la mano derecha y las iba poniendo una a una a su lado con la izquierda. El doctor Lecter tiene seis dedos en la mano izquierda.

Clarice Starling se detuvo cerca de los barrotes, más o menos a la distancia que equivaldría a la de un pequeño vestíbulo.

—Doctor Lecter —su propia voz le sonó muy aceptable. Él alzó la vista de la lectura. Durante un exagerado segundo Clarice tuvo la impresión de que la mirada del recluso zumbaba, pero no era más que su sangre lo que oía—. Me llamo Clarice Starling. ¿Puedo hablar con usted? —La distancia y el tono de su voz implicaban cortesía.

Con un dedo apoyado sobre los labios fruncidos, el doctor Lecter reflexionó. Al cabo de un rato, cuando lo juzgó adecuado, se levantó, avanzó con suavidad por su jaula y se detuvo a escasos pasos de la red, cosa que hizo sin mirarla, como si hubiese calculado la distancia.

Clarice observó que era de baja estatura y aspecto pulcro; en las manos y brazos del doctor observó fuerza nervuda, como la suya.

—Buenos días —dijo él como si hubiese salido a abrir la puerta. Su cultivada voz poseía una leve aspereza metálica, debida seguramente al desuso.

Los ojos del doctor Lecter son de un castaño granate y reflejan la luz con destellos de rojo. A veces los puntos de luz parecen volar como chispas hacia el centro de la pupila. Esos ojos tenían presa a Starling por entero.

Ella se acercó con cautela a los barrotes. El vello de los antebrazos se le erizó y rozó la cara interna de las mangas.

—Doctor, la configuración de perfiles psicológicos nos plantea serios problemas. He venido a solicitar su ayuda.

—El plural alude a Ciencias del Comportamiento de Quántico. Será usted de la plantilla de Jack Crawford, supongo.

—Sí, efectivamente.

—¿Puedo ver sus credenciales?

Clarice no se esperaba eso.

—Ya las he enseñado en…, la oficina.

—¿Quiere decir que se las ha enseñado al eminente doctor Frederick Chilton?

—Sí.

—¿Ha visto usted *las de él*?

—No.

—Las académicas son sumamente pobres, se lo aseguro. ¿Ha conocido a Alan? ¿No es encantador? ¿Con cuál de los dos preferiría charlar?

—En conjunto diría que con Alan.

—Podría ser usted una periodista, autorizada a entrar aquí por el propio Chilton para cobrar. Creo que tengo derecho a examinar sus credenciales.

—De acuerdo.

—Clarice elevó la mano y le mostró su tarjeta de identificación plastificada.

—A esta distancia no puedo leer. Envíemela, por favor.

—No puedo.

—Porque es dura.

—Sí.

—Hable con Barney.

Llegó el enfermero a deliberar.

—Doctor Lecter, voy a permitir que le pasen eso. Pero si no lo devuelve cuando se lo pida, si tenemos que molestar a todo el mundo, si tenemos que atarle para recuperarlo, me enfadaré. Y si me enfado con usted, tendrá que permanecer atado hasta que se me pase el mal humor. Alimentos por el tubo, pañales cambiados dos veces al día, ya sabe, sesión completa. Y le retendré la correspondencia una semana. ¿Entendido?

—Ciertamente, Barney.

La tarjeta se deslizó junto con la bandeja y el doctor Lecter la acercó a la luz.

—¿Una estudiante? Aquí dice «estudiante». ¿Jack Crawford envía a una *estudiante* a entrevistarme? —Golpeó la tarjeta contra su blanca y pequeña dentadura y aspiró su olor.

—Doctor Lecter —dijo Barney.

—Desde luego. —Lecter depositó la tarjeta en la bandeja y Barney tiró de ella hacia fuera.

—Todavía estoy en la academia, sí —dijo Starling—, pero no estamos hablando del FBI; estamos hablando de psicología. ¿Es capaz usted de discernir, prescindiendo de títulos y diplomas, si estoy capacitada para hablar de este tema?

—Hummmm —replicó el doctor Lecter—. La verdad…, eso ha sido muy astuto. Barney, ¿cree que la agente Starling podría disponer de una silla?

—El doctor Chilton no me dijo nada respecto de una silla.

—¿Y qué le dicen sus modales, Barney?

—¿Quiere una silla? —le preguntó Barney a Clarice—. Podríamos haber traído una, pero él nunca… es decir, generalmente nadie suele quedarse tanto rato.

—Sí, por favor —contestó Starling. Barney sacó una silla plegable del armario de limpieza situado frente a la celda, la instaló y les dejó a solas.

—Bueno —dijo Lecter sentándose de lado ante su mesa para dar la cara a Clarice —, ¿qué le ha dicho Miggs?

—¿Quién?

—Múltiple Miggs, el de esa celda de ahí. Le siseó algo. ¿Qué le ha dicho?

—Me ha dicho: «Te huelo el coño».

—Ya. Yo no lo he conseguido. Usa usted crema hidratante Evyan y a veces lleva L’Air du Temps, pero hoy no. Hoy ha venido deliberadamente sin perfume. ¿Qué impresión le ha producido lo que le ha dicho Miggs?

—Pienso que por razones que desconozco se muestra hostil. Una lástima. Él se muestra hostil con la gente y la gente reacciona tratándole con hostilidad. Es un círculo vicioso.

—¿Siente usted hostilidad hacia él?

—Lamento que tenga perturbadas sus facultades mentales. Dejando eso aparte, no me afecta más que un ruido. ¿Cómo ha averiguado lo del perfume?

—Una vaharada de su bolso cuando ha sacado la tarjeta. Ese bolso que lleva es precioso.

—Gracias.

—Ha traído el mejor bolso que tenía, ¿verdad?

—Sí.

—Era cierto. Había ahorrado bastante para comprarse aquel bolso, clásico y de todo llevar, que era el accesorio de mayor calidad de su armario.

—Es de calidad muy superior a sus zapatos.

—Tal vez algún día se pongan a la altura.

—No lo dudo.

—¿Los dibujos de las paredes los ha hecho usted, doctor?

—¿Cree que he llamado a un decorador?

—El que está encima del lavabo es una ciudad europea, ¿no es así?

—Florencia, El Palazzo Vecchio y el Duorno vistos desde el Belvedere.

—¿Lo dibujó de memoria? ¿Todos esos detalles?

—La memoria, agente Starling, es lo único que tengo para sustituir la vista que ofrece una ventana.

—¿El otro es una Crucifixión? La cruz central está vacía.

—Es el Gólgota tras el descendimiento. Tiza y rotulador sobre papel parafinado. Representa lo que consiguió el ladrón al que se le prometió el paraíso cuando se llevaron al cordero pascual.

—¿Y qué fue?

—Que le rompiesen las piernas, naturalmente, como a su compañero, el que se burló de Cristo. ¿Desconoce acaso el Evangelio de san Juan? Entonces contemple a Duccio; pinta crucifixiones de extrema exactitud. ¿Cómo está Will Graham? ¿Qué aspecto tiene?

—No conozco a Will Graham.

—Pero sabe quién es. El delfín de Jack Crawford. El anterior a usted. ¿Cómo le ha quedado la cara?

—Nunca he visto a Will.

—Eso, con todos mis respetos, agente Starling, se llama «hurtar el cuerpo». Palpitaciones de silencio; luego se lanzó.

—Permítame que le diga que más bien lo que pretendo es ir a por todas y embestir. He traído…

—No. Eso no, eso es una equivocación que denota una gran estupidez. En una fase de preludio no emplee nunca el humor. Mire, entender un comentario ocurrente y replicar en el mismo tono hace que el sujeto del análisis efectúe una transposición súbita y distanciada que es totalmente opuesta al clima que se ha creado. Y procedemos partiendo del clima que establecemos. Iba usted muy bien; se había mostrado cortés y receptiva a la cortesía; revelando la embarazosa verdad del comentario de Miggs había establecido un clima de confianza, y de pronto introduce un petulante retruécano a propósito de su cuestionario. Así no haremos nada.

—Doctor Lecter, usted es una eminencia en el campo de la psiquiatría clínica. ¿Me cree tan tonta como para hacerle objeto de una técnica cuyos resortes conoce usted a la perfección? No me subestime tanto. Lo que le pido es que responda al cuestionario, y a partir de ahí usted haga lo que quiera. ¿Tanto le costaría echarle un vistazo?

—Agente Starling, ¿ha leído alguno de los estudios publicados recientemente por Ciencias del Comportamiento?

—Sí.

—Yo también. El FBI se niega estúpidamente a enviarme el *Boletín de Aplicación de la Ley*, pero lo consigo a través de una librería de lance; John Jay me envía el *Anuario*, y también recibo las revistas de psiquiatría. Están dividiendo a los asesinos

reincidentes en dos grupos: organizados y desorganizados. ¿Qué opina de ello?

—Que es… elemental; evidentemente lo que pretenden…

—*Simplista* es el término adecuado. En realidad, casi toda la psicología es pueril, agente Starling, y la que se practica en Ciencias del Comportamiento se halla al nivel de la frenología. La psicología, para empezar, cuenta con un material de muy pobre calidad. Vaya a la facultad de psicología de cualquier universidad y observe a los estudiantes y al profesorado; pedantes aficionados a los seriales radiofónicos y fanáticos con graves carencias de personalidad. Los cerebros más subdesarrollados de toda la institución universitaria. *Organizados* y *desorganizados*; debió de ocurrírsele al bedel.

—¿Con qué criterio modificaría usted esta clasificación?

—No lo haría.

—Hablando de publicaciones, leí sus artículos sobre adicción quirúrgica y expresión facial de lado derecho e izquierdo.

—Sí. Eran de primer orden —declaró el doctor Lecter.

—Efectivamente. Ésa fue mi opinión y también la de Jack Crawford. Fue él quien me indicó que los leyera. Por este motivo está ansioso de que usted…

—¿Crawford el estoico, ansioso? Debe estar hasta el cuello de trabajo para tener que echar mano de los alumnos de la academia.

—Así es, y quiere…

—El trabajo se lo da Buffalo Bill.

—Supongo.

—No. «Supongo» no. Sabe usted perfectamente, agente Starling, que se trata de Buffalo Bill. Creí que Jack Crawford la enviaba para preguntarme precisamente por ese caso.

—No.

—Luego usted no está trabajando en nada relacionado con ese asunto.

—No, he venido porque necesitamos su…

—¿Qué sabe usted acerca de Buffalo Bill?

—Nadie sabe gran cosa.

—Jodo lo que se sabe ha salido en los periódicos?

—Creo que sí. Doctor Lecter, no he visto ningún tipo de información confidencial sobre ese caso. Mi tarea se limita…

—¿Cuántas mujeres ha empleado Buffalo Bill?

—La policía ha descubierto cinco.

—Todas desolladas?

—Parcialmente, sí.

—La prensa nunca ha explicado el motivo de ese nombre. ¿Sabe usted por qué se le llama Buffalo Bill?

—Sí.

—Dígamelo.

—Si echa un vistazo a este cuestionario, se lo diré.

—Lo haré, palabra. Ahora dígame, ¿por qué?

—Empezó como un chiste de mal gusto en la sección de homicidios de Kansas City.

—Le llaman Buffalo Bill porque arranca la piel a las tías que se tira.

Starling descubrió que acababa de canjear la sensación de tener miedo por la de sentirse ruin. De escoger entre las dos, prefería tener miedo.

—Páseme el cuestionario. Starling depositó la sección azul en la bandeja y la empujó. Permaneció sentada y quieta mientras Lecter la ojeaba sin excesivo interés.

—¿Cree usted, agente Starling —dijo él dejando el cuestionario en la bandeja—, que realmente puede hacer mi disección con este insuficiente y romo bisturí?

—No. Lo que creo es que usted puede prestar una inestimable colaboración y ayudarnos a profundizar en este estudio.

—¿Y qué razón habría de inducirme a hacer tal cosa?

—La curiosidad.

—¿Curiosidad de qué?

—De saber por qué está usted aquí. De averiguar lo que le sucedió.

—No me sucedió nada, agente Starling. Yo sucedí. No acepto que se me reduzca a un conjunto de influencias.

En favor del conductismo han eliminado ustedes el bien y el mal, agente Starling. Han dejado a todo el mundo en cueros, han barrido la moral, ya nadie es culpable de nada. Míreme, agente Starling. ¿Es capaz de afirmar que yo soy el mal? ¿Soy la maldad, agente Starling?

—Creo que ha sido usted destructivo, lo cual para mí equivale a lo mismo.

—¿Solamente la maldad es destructiva? Si las cosas son tan simples, según tal razonamiento las *tormentas* son la maldad. Y el *fuego*, que también existe, y el *granizo*. Los que así piensan lo echan todo en un mismo saco que lleva por nombre «obra de Dios».

—Todo acto deliberado…

—Para entretenerme colecciono noticias de derrumbamientos de iglesias. ¿Se ha enterado del que acaba de producirse en Sicilia? ¡Maravilloso! Se desplomó la fachada aplastando a sesenta y cinco beatas que asistían a misa mayor. ¿Fue eso maldad? Si acordamos que sí, ¿quién la causó? Si Él está ahí arriba, créame, agente Starling, se regocija. El tifus y los cisnes, todo procede del mismo sitio.

—No soy capaz de explicar su personalidad, doctor, pero sé quién puede hacerlo.

Él la interrumpió levantando la mano. Era una mano de hermosas proporciones, notó Clarice, con un dedo medio perfectamente duplicado. Se trata de la forma menos

frecuente de polidactilia que existe.

Cuando Lecter volvió a hablar, lo hizo con suavidad y en un tono agradable.

—Cuánto le gustaría a usted evaluarme, agente Starling. Con lo ambiciosa que es, ¿verdad? ¿Sabe en qué me hace pensar con ese bolso tan caro y esos zapatos baratos? Me hace pensar en una pueblerina. Una pueblerina aseada y resuelta a triunfar que ha adquirido un poco de buen gusto. Sus ojos parecen gemas de poco precio que fulguran con brillo superficial en cuanto consigue anticipar una pequeña respuesta. Y es usted inteligente, ¿me equivoco? Desesperada por no parecerse a su madre. Una mejor nutrición le ha hecho aumentar de estatura, pero no hace más de una generación que salió de las minas, *agente* Starling. ¿Pertenece a los Starling de Virginia occidental o los Starling peones agrícolas de Oklahoma, agente? Eligió a cara o cruz entre la universidad y las oportunidades que le ofrecía el Cuerpo Femenino del Ejército, ¿verdad? Permítame que le diga algo muy concreto sobre usted, señorita Starling, alumna de la academia del FBI. En la habitación que ahora comparte con otra alumna, tiene usted un rosario de cuentas de oro y cada vez que contempla lo pegajosas que las ha puesto el desuso, nota un feo nudo en la garganta, ¿no es así? Aquellos tediosos gracias, gracias, aquella obligación de tener que realizar aquel sincero manoseo, aquel ponerse sentimental al desgranar cada cuenta. Tedioso. Tedioso. Aburriiiido. Ser inteligente estropea muchas cosas, ¿no cree? Y el buen gusto desconoce la bondad. Cuando piense en esta conversación, recordará al mundo animal herido en el rostro cuando se deshizo de él. Si el rosario se ha puesto pegajoso, ¿cuántas otras cosas sufrirán la misma suerte con cada paso adelante que dé? Piensa en eso por las noches, ¿no es verdad? —preguntó el doctor Lecter con su tono más amable.

Starling levantó la cabeza para mirarle de frente.

—Es usted muy perspicaz, doctor Lecter. No voy a negar nada de lo que ha dicho. Pero voy a hacerle una pregunta que tendrá que contestar ahora mismo, tanto si quiere como si no: ¿Tiene usted la fortaleza suficiente para aplicar esa potente perspicacia sobre sí mismo? Es difícil de afrontar. Lo acabo de descubrir en estos últimos minutos. ¿Qué le parece? Contémplese a sí mismo y escriba la verdad. ¿Qué tema más adecuado o complejo podría usted encontrar? ¿O es que tiene miedo de sí mismo?

—Qué rigurosa es usted, agente Starling.

—Creo que bastante.

—Y no soportaría considerarse vulgar. Eso sí le dolería. Pues mire, no tiene nada de vulgar, agente Starling. Lo único que tiene es miedo de serlo. ¿Qué grosor tienen las cuentas de su rosario? ¿Siete milímetros?

—Siete.

—Permítame que le haga una sugerencia. Compre unas cuentas de ágata ojo de

tigre y ensártelas mezclándolas alternativamente con las de oro del rosario. En grupos de dos o tres o una y dos, como le parezca que queda mejor. El ojo de tigre entona con el color de sus ojos y hará resaltar los reflejos de su cabello. ¿Le han enviado alguna vez una tarjeta el día de san Valentín?

—Sí.

—Ya hace días que estamos en cuaresma. Para san Valentín falta sólo una semana… Hinnimm… ¿Espera usted alguna tarjeta?

—Nunca se sabe.

—Tiene razón; nunca se sabe… He estado pensando en la fiesta de san Valentín. Me recuerda algo gracioso. Ahora que caigo en la cuenta, yo podría hacerla muy feliz el día de san Valentín, *Clarice* Starling.

—¿De qué modo, doctor Lecter?

—Enviándole una tarjeta maravillosa. Tendré que pensar en ello. Ahora tenga la bondad de disculparme. Adiós, agente Starling.

—¿Y el cuestionario?

—Una vez un individuo que confeccionaba el censo intentó evaluarme. Me comí su hígado guisado con alubias, plato que regué con un gran vaso de Amarone. Vuelva a la escuela, pequeña Starling.

Hannibal Lecter, cortés hasta el final, no le dio la espalda. Retrocedió hasta el catre, en el cual volvió a tumbarse, y se tornó tan remoto como un cruzado de piedra tendido en su sepulcro.

Starling se sintió repentinamente vacía, como si acabase de dar sangre. Tardó más de lo necesario en meter los papeles en la cartera porque por un momento pensó que las piernas no la iban a sostener. Starling estaba empapada de fracaso, aquel fracaso que tanto detestaba. Plegó la silla y la apoyó en la puerta del armario de limpieza.

Tendría que volver a pasar por delante de Miggs. Barney a lo lejos parecía estar leyendo. Podía llamarle para que viniera a buscarla. Miggs a hacer puñetas. Era lo mismo que pasar ante los albañiles de una obra o cruzarse con algún mozo de reparto, cosa que en la ciudad ocurría todos los días. Empezó a alejarse por el pasillo.

A su lado, muy cerca, la voz de Miggs siseó:

—Me he mordido la muñeca para mataaarmeee. ¿Has visto cómo sangra?

Hubiera debido llamar a Barney pero, sobresaltada, miró hacia el interior de la celda, vio que Miggs chasqueaba los dedos y antes de que pudiera volverse de espaldas notó una salpicadura caliente en la mejilla y en el hombro.

Se alejó de la celda, advirtió que se trataba de esperma y no de sangre, y Lecter la llamaba, le oyó perfectamente. La voz del doctor Lecter a sus espaldas, con su cortante aspereza más pronunciada que antes.

—Agente Starling. El doctor se había puesto de pie y la llamaba. Clarice revolvió en el bolso en busca de un pañuelo.

—Agente Starling —a sus espaldas. Ella había recuperado la frialdad de su autodominio y avanzaba con firmeza hacía la reja.

—Agente Starling.

—Una nota desconocida en la voz de Lecter.

Clarice se detuvo. *Dios mío, ¿qué es lo que deseo con tanta intensidad?* Miggs siseó algo que ella no escuchó.

Se hallaba nuevamente ante la celda de Lecter contemplando el insólito espectáculo de ver al doctor agitado.

Clarice sabía que él lo olería, Tenía un olfato capaz de olerlo todo.

—Lamento mucho lo que le ha sucedido. La descortesía me parece una actitud de una fealdad indecible.

Era como si el cometer asesinatos le hubiese purgado de groserías de menor importancia. O tal vez, pensó Starling, le excitaba verla marcada de aquella manera. No lograba averiguarlo. Las chispas de los ojos del doctor revoloteaban hacia el fondo oscuro de sus pupilas como luciérnagas dentro de una gruta.

¡Sea lo que sea, empléalo, por Dios! Clarice levantó la cartera.

—Por favor, conteste a esto. Seguramente había llegado tarde; él volvía a estar calmado.

—No. Pero voy a hacer que se sienta feliz de haber venido.

Le voy a dar otra cosa. Le voy a dar lo que usted aprecia más de todo, Clarice Starling.

—¿Qué es, doctor Lecter?

—Un ascenso, naturalmente. Encaja a la perfección, cuánto me alegro. La fiesta de san Valentín me ha hecho pensar en ello. —La sonrisa que iluminaba su pequeña y blanca dentadura podía deberse a cualquier cosa. Habló en voz tan baja que ella apenas si le oyó—: Busque sus tarjetas de san Valentín en el coche de Raspail. ¿Me ha oído? Busque sus tarjetas de san Valentín en el *coche de Raspail*. Más vale que se vaya; no creo que Miggs pueda conseguirlo otra vez tan pronto, ni aun a pesar de estar loco, ¿no le parece?

Capítulo 4

Excitada, agotada, Clarice Starling salió del edificio a fuerza de voluntad. Algunas de las cosas que Lecter había dicho de ella eran ciertas y otras solamente despertaban ecos de verdad. Durante unos instantes le había parecido tener suelta en la mente una conciencia ajena que derribaba objetos de las estanterías como un oso dentro de una caravana.

Le indignaba lo que había dicho de su madre y había de sofocar aquella cólera. Se trataba de un asunto de trabajo.

Se sentó en su viejo Pinto, aparcado frente al hospital al otro lado de la calle, y respiró profunda y repetidamente. Cuando las ventanillas se empañaron, se sintió protegida de la acera por una cierta intimidad.

Raspail. Recordaba ese apellido. Era un paciente de Lecter y también una de sus víctimas. Solamente había dispuesto de una noche para familiarizarse con el material informativo del caso del psiquiatra. El expediente era enorme y Raspail una de las numerosas víctimas. Tenía que leer con atención los detalles del suceso.

Starling quería actuar de inmediato, pero sabía que aquella urgencia era producto de su propia fabricación.

Hacía años que el caso Raspail había quedado cerrado. No había nadie en peligro. Tenía tiempo. Más le valdría informarse y asesorarse bien antes de pasar a la acción.

Crawford podía relevarla de ese cargo para confiárselo a otra persona. Tendría que correr ese riesgo.

Intentó llamarle por teléfono desde una cabina, pero descubrió que el jefe estaba solicitando el presupuesto para el Departamento de justicia ante la Subcomisión Parlamentaria de Asignaciones.

Hubiera podido pedir los detalles del caso a la sección de homicidios de la jefatura de policía de Baltimore, pero como el asesinato no es un crimen federal, sabía que se lo arrebatarían de inmediato. Ni hablar.

Regresó, pues, a Quántico, a Ciencias del Comportamiento, con sus hogareñas cortinas a cuadros marrones y sus archivos grises repletos de horror. Pasó allí la tarde entera, hasta que se hizo de noche, hasta después de marcharse la última secretaria, estudiando a fondo el microfilme de Lecter. El rebelde y decrépito proyector, resplandeciente como una calabaza iluminada, proyectaba palabras y negativos de

imágenes sobre el rostro absorto de Clarice.

Raspail, Benjamín René, varón, de raza blanca, 46 años, primer flautista de la Orquesta Filarmónica de Baltimore. Era un paciente del consultorio psiquiátrico del doctor Hannibal Lecter.

El 22 de marzo de 1975 no acudió a la actuación que aquel día tenía programada la orquesta. El 25 del mismo mes se descubrió su cadáver, sentado en un banco de una pequeña iglesia rural próxima a Falls Church, Virginia, sin más prendas de vestir que una pajarita blanca y una chaqueta de frac. La autopsia reveló que Raspail tenía el corazón perforado y que le faltaban el timo y el páncreas.

Clarice Starling, que desde su infancia sabía de chacinería más de lo que hubiera querido, no tuvo dificultad en identificar los órganos extraídos; eran los que vulgarmente se conocen con el nombre de mollejas.

Homicidios de Baltimore afirmó que dichas glándulas figuraron en el menú de una cena que Lecter ofreció al presidente y al director de la Filarmónica de Baltimore la noche siguiente a la desaparición de Raspail.

El doctor Hannibal Lecter declaró no saber nada de esas cuestiones. El presidente y el director de la Filarmónica declararon que no lograban recordar los platos que se sirvieron en la cena de Lecter, si bien éste era famoso por la excelencia de su mesa y había colaborado con numerosos artículos en diversas revistas gastronómicas.

El presidente de la Filarmónica tuvo posteriormente que ser tratado de anorexia y problemas relacionados con la dependencia del alcohol en un sanatorio de Basilea.

Según la policía de Baltimore, Raspail era la novena víctima conocida de Lecter.

Raspail murió abintestato, y los pleitos entablados por los parientes por causa de la herencia fueron seguidos por la prensa durante varios meses, mientras el caso suscitó el interés del público.

Los parientes de Raspail también se asociaron con las familias de otras víctimas y pacientes de Lecter en la interposición de una demanda, que fue fallada a su favor, para conseguir que los archivos y las cintas del extraviado psiquiatra fuesen destruidos. Basaron su argumentación en que los archivos debían contener documentación sobre un sinfín de embarazosos secretos que su dueño podía algún día divulgar.

El tribunal designó al abogado de Raspail, Everett Yow, como albacea testamentario de la herencia.

Starling tendría, pues, que ponerse en contacto con el abogado para llegar hasta el coche. Era posible que el letrado quisiese proteger la memoria de Raspail y, si ella le comunicaba su deseo con la suficiente antelación, tal vez destruyese pruebas a fin de salvar el honor de su difunto cliente.

Clarice prefería actuar sin pérdida de tiempo, y necesitaba consejo y autorización. Estaba sola en Ciencias del Comportamiento; tenía la sección entera a su disposición.

Se dirigió al Rolodex y halló el teléfono particular de Crawford.

No oyó sonar ni una vez el teléfono, pero de pronto escuchó la voz de Crawford, apagada y tranquila.

—Jack Crawford.

—Soy Clarice Starling. Espero no haberle interrumpido la cena… —Tuvo que continuar en silencio—. Lecter me ha dicho una cosa sobre el caso Raspail y estoy en la oficina buscando pistas. Me ha dicho que había algo en el coche de Raspail. Tendría que ponerme en contacto con el abogado de Raspail y como mañana es sábado y no hay clase, quería preguntarle si…

—Starling, ¿tiene la más vaga idea de lo que le dije que hiciera con la información que obtuviese de Lecter?

La voz de Crawford rezumaba una absoluta y temible placidez.

—Que le diese un informe a las nueve en punto de la mañana del domingo.

—Pues haga eso, Starling. Haga exactamente eso.

—Sí, señor. La señal de interrupción de la comunicación le aguijoneó el oído. El furor le traspasó a la cara e hizo que los ojos le ardieran.

—Me cago en tu madre —dijo—. Cabrón, más que cabrón, hijo de puta. Que se te corra Miggs encima, y ya veremos si te gusta.

Recién duchada y abrigada con el batín de la academia del FBI, Starling trabajaba en el segundo borrador de su informe cuando llegó de la biblioteca su compañera de habitación, Ardelia Mapp. El rostro ancho, tostado y eminentemente saludable de Mapp fue para Clarice una de las visiones más agradables de aquel día.

Ardelia Mapp advirtió la fatiga del rostro de su amiga.

—¿Qué has hecho hoy todo el día, muchacha? Ardelia Mapp siempre hacía las preguntas como si las respuestas no importasen.

—Halagar a un chalado para que se corriese encima de mí.

—Ojalá *tuviese* tiempo para dedicarme a la vida social. No sé cómo te las arreglas, y para colmo sin faltar jamás a clase.

Starling descubrió que se estaba riendo' a carcajadas. Ardelia Mapp se rió también con ella, pero sólo en proporción a la gracia del trillado chistecito. Starling no paraba; se oía a sí misma desde lejos, riéndose sin cesar. A través de las lágrimas de Starling, Mapp parecía inusitadamente vieja y su sonrisa tenía una sombra de tristeza.

Capítulo 5

Jack Crawford, cincuenta y tres años, está leyendo en un sillón orejudo junto a una lámpara de pie en el dormitorio de su casa. Tiene ante sí dos camas de matrimonio, ambas elevadas sobre tacos de madera hasta la altura de una cama de hospital. Una es la suya; en la otra yace su esposa, Bella. Crawford la oye respirar por la boca. Hace ya dos días que no puede moverse ni hablar con él.

Bella deja de respirar un instante. Crawford levanta la vista del libro y mira por encima de sus medias gafas de lectura. Deja el libro. Ya vuelve a respirar, primero un leve hálito, luego un aliento normal. Él se levanta para tomarle la tensión y el pulso. Al cabo de los meses se ha convertido en un experto con el esfigmomanómetro.

Como no quiere separarse de ella por la noche, ha instalado una cama para él junto a la de ella. Como alarga el brazo en la oscuridad para tocarla, ha elevado su cama a la misma altura que la de ella.

A excepción de la altura de las camas y las mínimas obras de instalación sanitaria imprescindibles para el bienestar de Bella, Crawford ha logrado que la habitación no recuerde a la de una enferma. Hay flores, aunque no demasiadas. No se ve ni un solo medicamento; Crawford vació un armario de ropa blanca del vestidor y allí colocó las medicinas y aparatos de Bella antes de traérsela del hospital a casa. (Era la segunda vez que cruzaba con ella en brazos el umbral de aquella casa y ese pensamiento a punto estuvo de privarle de todas sus fuerzas.)

Del sur ha llegado un frente cálido. Las ventanas están abiertas y el aire nocturno de Virginia es fresco y suave. Algunas ranas croan en la oscuridad.

La habitación está impecable, pero en la moqueta empieza a acumularse pelusa; Crawford no quiere pasar el ruidoso aspirador eléctrico por la habitación y emplea uno manual que no sirve de gran cosa. Se dirige sin ruido al armario y enciende la luz. Clavados en la cara interna de la puerta del armario hay dos blocs de notas. En uno anota el pulso y la tensión arterial de Bella. Sus cifras y las de la enfermera de día aparecen alternadas en una columna que prosigue a lo largo de muchas hojas amarillas, muchos días, muchas noches. En el otro bloc, la enfermera ha especificado y firmado la medicación de Bella.

Crawford sabe administrar a su mujer cualquier medicación que precise durante la noche. Siguiendo las instrucciones de una enfermera, aprendió a poner inyecciones

practicando en un limón y luego en sus propios muslos antes de traerla a casa.

Crawford permanece al lado de Bella por espacio quizá de tres minutos contemplándole la cara. Un precioso pañuelo de muaré de seda le cubre el cabello como un turbante. Ella insistió en llevarlo, mientras pudo insistir. Ahora es él quien insiste. Le hidrata los labios con glicerina y con el pulgar le quita una mota oscura de un lagrimal. Ella no se mueve.

Todavía no es hora de darle la vuelta.

En el espejo, Crawford se dice a si mismo que él no está enfermo, que no tendrá que seguirla a la tumba, que él está bien. Y al descubrirse diciéndose esas cosas se avergüenza.

Acomodado de nuevo en el sillón, no recuerda lo que leía. Palpa los libros que tiene a su lado para hallar el que todavía esté caliente.

Capítulo 6

El lunes por la mañana, Clarice Starling encontró esta nota de Crawford en su buzón:

CS:

Proceda con el coche de Raspail. En su tiempo libre. Mi oficina le proporcionará un número de tarjeta de crédito para llamadas telefónicas interestatales. Hable conmigo antes de ponerse en contacto con el albacea o de trasladarse a cualquier sitio. Informe el miércoles a las 16.00 horas.

El director ha visto el informe sobre Lecter con su firma. Buen trabajo.

J.C.

SAIC/

Sección 8

Starling estaba de bastante buen humor. Sabía que Crawford le había proporcionado un ratón agotado para que se adiestrase en la caza. Quería que ella lo hiciera bien. Para Starling eso valía mil veces más que cualquier muestra de cortesía.

Raspail había muerto hacía ocho años. ¿Qué prueba podía haber durado en un coche tanto tiempo?

Sabía por experiencia familiar que como los automóviles se deprecian con extraordinaria rapidez, cualquier tribunal de apelación autoriza a los herederos a vender un coche antes de la liquidación de la testamentaria, siempre y cuando el beneficio de la venta quede en depósito y se incluya en el conjunto de los bienes del difunto. Parecía improbable que incluso una herencia tan compleja y disputada como la de Raspail conservase un coche durante tanto tiempo. Se enfrentaba a un problema de tiempo. Contando con el rato de la hora de comer, Starling disponía de una hora y quince minutos libres al día para emplear el teléfono en horas de oficina. Habiendo de entregar su informe a Crawford el miércoles por la tarde, disponía para localizar el coche de un total de tres horas y cuarenta y cinco minutos, distribuidas a lo largo de tres días, eso utilizando sus períodos de estudio y realizando las tareas escolares por la noche.

Tenía buenas notas en la asignatura de métodos de investigación y por otra parte el hecho de tener que asistir a clase le permitiría hacer preguntas sobre cuestiones de tipo general a sus profesores. Durante el almuerzo del lunes, las telefonistas de los

juzgados de Baltimore le rogaron que esperase unos instantes y se olvidaron de ella, y eso por tres veces. Durante el período de estudio, logró comunicar con un amable funcionario del juzgado que localizó el expediente de la testamentaría de Raspail.

El funcionario confirmó que se había autorizado la venta de un automóvil e informó a Starling de la marca y número de serie del coche, así como del nombre de un propietario posterior.

El martes, Starling desperdició la mitad de la hora de comer intentando localizar dicho nombre. Le costó el resto de ese rato averiguar que la jefatura de tráfico de Maryland no está equipada para localizar un vehículo por su número de serie sino solamente por la matrícula o el número de registro.

El martes por la tarde, un aguacero obligó a los alumnos a abandonar el campo de tiro. En una aula empañada por el vapor de prendas húmedas y sudor, John Brigham, el ex infante de marina que era el instructor de tiro, decidió probar la fuerza manual de Starling ante toda la clase, obligándola a efectuar en sesenta segundos el mayor número de disparos posibles con una Smith & Wesson modelo 19.

Logró setenta y cuatro con la mano izquierda, sopló para apartar una mecha de pelo que le caía en los ojos y empezó con la derecha mientras otro alumno contaba los disparos. Había adoptado la postura Weaver, piernas algo separadas para un mayor equilibrio, enfoque de visión anterior bien ajustado, visión posterior y objetivo provisional adecuadamente borrosos. Pasado medio minuto, dejó vagar la mente para aliviar el dolor muscular. Involuntariamente, concentró el enfoque de visión en el objetivo de la pared.

Se trataba de un certificado expedido por la Comisión de Comercio Interestatal a nombre de su instructor, John Brigham.

Torciendo los labios, interrogó con disimulo a Brigham, mientras el otro alumno iba contando los chasquidos del revólver.

—¿Cómo se localiza la matrícula…

… sesenta y cinco sesenta y seis sesenta y siete sesenta y ocho…

—… de un coche cuando sólo se tiene el número de serie…

… setenta y ocho setenta y nueve ochenta ochenta y uno…

—… y la marca? El número de registro se desconoce.

… ochenta y nueve noventa. Tiempo.

—Muy bien. Atentos todos. Quiero que tomen nota de esto. La fuerza de la mano es factor primordial en un tiroteo. Me figuro que algunos caballeros estarán algo preocupados de que les haga salir a continuación. Su preocupación está justificada; el resultado de Starling con ambas manos es muy superior a la media. ¿Y por qué? Porque trabaja. Practica apretando las bolas de goma a las que todos ustedes tienen acceso. La mayoría de ustedes no saben apretar nada más duro que sus… —con la constante cautela que empleaba para vigilar el incontrolable vocabulario de sus días

en la marina, intentó esbozar una educada sonrisa—… espinillas —dijo por fin—. Y Starling, usted no se confíe; puede hacer más. Quiero que esa mano izquierda logre noventa disparos antes de que termine el curso.

Pónganse todos por parejas y a repetir el ejercicio, ahora mismo. Usted no, Starling, acérquese. ¿Qué otros datos tiene del coche?

—Sólo el número de serie y la marca, nada más. Un propietario anterior, de hace cinco años.

—Muy bien. Escuche. La equivocación que comete la mayoría de la gente es tratar de localizar la matrícula saltando de un propietario a otro. Y se hacen un lío porque generalmente aparecen distintos estados. No se crea, es un error que comete hasta la policía. Y matrícula y número de registro son los únicos datos que posee el ordenador. Estamos acostumbrados a usar el número de registro o la matrícula, pero no el número de serie del vehículo.

Los chasquidos de los revólveres de prácticas con su empuñadura azul resonaban de tal forma en el aula que Brigham tenía que hablarle al oído.

—Hay un método muy fácil. R. L. Polk S.A., la editorial que publica las guías comerciales y profesionales de las ciudades, edita asimismo una lista de matrículas de automóviles clasificados por la marca y número de serie consecutivo. Es la única manera. Son los que publican los anuncios de venta de automóviles de ocasión.

¿Cómo se le ocurrió preguntarme eso a mí?

—He visto su certificado de la CCI y he supuesto que habría localizado un montón de vehículos. Gracias.

—Nada de eso. Me lo voy a cobrar. Trabaje esa mano izquierda hasta el nivel a que debe llegar y abochornemos a esos blandengues.

Instalada de nuevo en la cabina telefónica durante el período de estudio, a Clarice le temblaban de tal modo las manos que las notas apenas si resultaban legibles. El coche de Raspail era un Ford. Había un taller Ford no lejos de la Universidad de Virginia que durante años había tenido la paciencia de reparar en lo posible el viejo Pinto de Clarice. Ahora, con idéntica paciencia, el encargado consultó sus listas Polk. Regresó al teléfono con el nombre y dirección de la última persona que había registrado el coche de Benjamín Raspail.

Clarice está de suerte. Clarice tiene la sartén por el mango. Basta de tonterías y llama a este hombre a su casa. Veamos, veamos, Number Nine Ditch, Arkansas. Jack Crawford no me dejará ir en la vida, pero al menos puedo confirmarle quién se ha llevado el gato al agua.

No contestaban; probó por segunda vez con idéntico resultado. El teléfono sonaba lejano y de un modo extraño, con una doble llamada, como si se tratase de una línea colectiva. Lo intentó de nuevo por la noche y no obtuvo respuesta.

El miércoles a la hora de comer, un hombre contestó a la llamada de Starling.

—Aquí WPOQ, Radio Carroza.

—Oiga, quisiera hablar con…

—No me interesan los revestimientos de aluminio ni quiero vivir en un parque de caravanas en Florida. ¿Qué otra cosa puede ofrecerme?

Starling oyó un fuerte deje de las colinas de Arkansas en la voz de aquel hombre. Pero no estaba para consideraciones lingüísticas; andaba escasa de tiempo.

—Mire, si pudiera ayudarme le estaría muy agradecida. Estoy intentando localizar al señor Lomax Bardwell. Me llamo Clarice Starling.

—Es una tal Starling no sé cuántos —gritó el hombre dirigiéndose a todo su entorno doméstico—. ¿Qué quiere usted de Bardwell?

—Pertenezco a la oficina regional centro-sur de la sección de devoluciones de Ford. Le ha correspondido una revisión de garantía de su LTD gratuita, a cargo de la empresa.

—Está usted hablando con Bardwell. Por la hora de llamar pensaba que quería venderme alguna cosa. Es tarde para cualquier reparación. Me hace falta un coche nuevo. Yo y mi señora estábamos en Little Rock, saliendo del Southland Mall, ¿sabe?

—Sí, señor.

—Miro hacia atrás y veo que el motor empieza a perder aceite. Había aceite en toda la calzada. En eso aparece un camión Orkin, ¿sabe de esos que llevan una hormigonera encima? Pues se metió en el aceite y patinó.

—¡Virgen santísima!

—Chocó contra la plataforma de un fotomatón haciendo añicos el vidrio de la cabina. El tío del fotomatón salió dando tumbos y de lo más atontado. Tuve que apartarle de la calle.

—No me diga. ¿Y qué le ocurrió?

—¿Qué le ocurrió a quién?

—Al coche.

—Le dije a Buddy Sipper, el dueño del taller de desguace, que se lo daba por cincuenta dólares si se encargaba de recogerlo. Supongo que lo habrá desmontado.

—¿Podría darme el número de teléfono de ese taller, señor Bardwell?

—¿Para qué quiere hablar con Sipper? Si a alguien le toca cobrar algo, ese alguien soy yo.

—Indudablemente, señor Bardwell. Pero mire, yo hasta las cinco de la tarde hago lo que me dicen, y lo que me han dicho es que encuentre ese coche. ¿Puede darme ese teléfono, por favor?

—Ahora no tengo la agenda a mano. No sé dónde la habrán metido. Ya sabe usted lo que son los nietos. De todos modos, pregunte en información. El nombre del taller es Sipper Salvage.

—Muy agradecida, señor Bardwell. El taller confirmó que el coche había sido

desguazado y prensado para ser vendido como chatarra. El encargado buscó en los archivos el número de serie del vehículo y se lo llevó a Starling.

Mierda, mierda, pensó Starling, no sin emplear mentalmente un cierto deje de Arkansas. Callejón sin salida.

Menuda tarjeta de san Valentín.

Starling apoyó la cabeza en la fría caja de monedas de la cabina telefónica. Ardelia Mapp, con los libros en la cadera, llamó a la puerta de la cabina y le dio una naranjada.

—Gracias, Ardelia. Todavía tengo que hacer una llamada más. Si me da tiempo, iré a encontrarme contigo en la cafetería, ¿de acuerdo?

—Tenía la esperanza de que abandonases ese horrendo acento —replicó Mapp—. Estudiar ayuda, ¿sabes? Yo ya no uso la pintoresca jerigonza de mi pueblo. Como vayas por ahí pronunciando de ese modo y comiéndote las palabras, la gente va a decir que masticas con el culo, muchacha.

Mapp cerró la puerta de la cabina. Starling decidió que había que intentar sacarle más información a Lecter.

Pensó que si concertaba otra entrevista con él, seguramente Jack Crawford la autorizaría a volver al psiquiátrico. Marcó, pues, el número del doctor Chilton pero no pasó de su secretaria.

—El doctor Chilton se encuentra en estos momentos con el forense y el adjunto del fiscal del distrito —contestó la joven—. Ya ha hablado con su superior y no tiene nada que decirle a usted. Buenas tardes.

Capítulo 7

—Su amigo Miggs ha muerto —anunció Crawford—. ¿Me informó usted de todo, Starling?

El rostro cansado de Crawford se mostraba tan sensible a cualquier indicio como la golilla encrespada de un búho, e igualmente exento de piedad.

—¿Cómo? —Se sentía aturdida y había de dominar esa sensación.

—Se engulló la lengua poco antes del amanecer. Chilton opina que fue Lecter quien lo indujo a suicidarse. El enfermero de noche oyó a Lecter hablando en voz baja con Miggs. Lecter sabía muchas cosas de Miggs. Estuvo hablándole un rato, pero el enfermero no logró oír lo que Lecter decía. Luego Miggs estuvo llorando un rato y de pronto se calló. ¿Me lo ha dicho usted todo, Starling?

—Sí, señor. Entre el informe y mis notas, está todo, casi al pie de la letra.

—Chilton me telefoneó para quejarse de usted… —Crawford aguardó y pareció complacido al ver que ella no preguntaba el porqué—. Le dije que su conducta me parecía satisfactoria. Chilton está intentando impedir que se lleve a cabo una investigación de derechos civiles.

—¿Es necesario que la haya?

—Claro; si la familia de Miggs la solicita, sí. La Secretaría de Derechos Civiles tendrá que realizar más o menos unas ocho mil investigaciones este año. Seguro que están encantados de añadir la de Miggs a esa lista. —Crawford la observó con atención—. ¿Se encuentra bien?

—Estoy desorientada. No sé cómo reaccionar.

—No tiene que reaccionar de ninguna manera. Lecter lo hizo por pura diversión. Sabe que no pueden hacerle nada, de modo que adelante, a entretenerse un rato. Lo único que puede ocurrirle es que Chilton lo deje sin libros y sin retrete y durante una temporada se quede sin postre. —Crawford cruzó las manos sobre el estómago y se entregó a la tarea de comparar sus dos pulgares—. Lecter le preguntó por mí, ¿verdad?

—Me preguntó si tenía mucho trabajo. Le dije que sí.

—¿Nada más? ¿No omitió usted nada personal para impedir que yo lo viera?

—No. Dijo que era usted un estoico, pero lo puse.

—Cierto. ¿Nada más?

—No. Le aseguro que no omití nada. No estará imaginando que me dediqué a cotillear a cambio de que accediera a hablar conmigo, ¿verdad?

—No.

—Mire, no sé nada de su vida personal, señor Crawford, pero aunque supiera algo, no hablaría de ello. De todos modos, si tiene dudas al respecto, prefiero que lo aclaremos ahora mismo.

—No tengo la menor duda. Pasemos al punto siguiente.

—Ha dicho que pensaba que había *algo* que…

—El siguiente punto, Starling.

—La pista de Lecter referente al coche de Raspail no nos lleva a ningún sitio. El coche fue prensado hace cuatro meses en Number Nine Ditch, Arkansas, para ser vendido como chatarra. Si pudiese volver a hablar con Lecter, es posible que me dijera algo más.

—¿Ha agotado la pista?

—Sí.

—¿Por qué supone que el coche que acostumbraba a usar Raspail era el único que poseía?

—Es el único registro, su dueño era soltero y supuse…

—¡Ajá! Un momento —el dedo índice de Crawford señaló hacia un axioma invisible que, suspendido en el aire, los separaba a ambos—. Supuso. Usted *supuso*, Starling. Mire. —Crawford tomó un bloc de notas y escribió suponer. Eran varios los profesores que empleaban este juego de palabras inventado por Crawford, pero Starling no dio a entender que ya lo conocía.

Crawford empezó a garabatear.

—En una investigación, suponer = presumir; presumir = hacer el mamarracho; ergo, suponer = hacer el mamarracho. —Se apoyó satisfecho en el respaldo—. Raspail coleccionaba coches, ¿lo sabía?

—No. ¿Todavía están en poder de la testamentaría?

—Lo ignoro. ¿Se siente usted capaz de averiguarlo?

—Sí.

—¿Por dónde empezaría?

—Por el albacea.

—Era un abogado de Baltimore, un chino, creo recordar —dijo Crawford.

—Everett Yow —declaró Starling—. Sale en la guía telefónica de Baltimore.

—¿Se le ha ocurrido que para indagar el paradero del coche va a hacerle falta un pequeño detalle denominado mandato judicial?

A veces, a Starling el tono de Crawford le hacía pensar en la oruga sabelotodo de Lewis Carroll.

Sin embargo, no se atrevió a devolverle la pelota con la misma fuerza.

—Dado que Raspail ha muerto y sobre su persona no pesa ninguna sospecha, si su albacea nos autoriza a investigar el paradero del coche, la indagación es válida y sus frutos se convierten en pruebas de convicción admisibles en otras cuestiones de derecho —recitó.

—Exactamente —corroboró Crawford—. Haremos una cosa: advertiré a la jefatura de Baltimore de su llegada. Irá usted el sábado, Starling, durante su tiempo libre. Vaya a palpar el fruto, si es que hay alguno.

Con un pequeño esfuerzo, Crawford procuró y consiguió no mirar a Clarice cuando ésta se iba. Se inclinó hacia la papelera y ahorquillando los dedos cogió una arrugada cuartilla de un grueso papel de carta malva. La depositó encima de su mesa y la alisó. Hacía referencia a su mujer y en una elegante caligrafía decía:

Oh escuelas pendencieras que indagáis qué fuego
incendiará este mundo, ¿no tuvisteis ninguna
la cordura de aspirar a la innegable certeza
de que pudiera serlo esta fiebre que la consume?
Siento mucho lo de Bella, Jack.

Hannibal Lecter

Capítulo 8

Everett Yow iba sentado al volante de un Buick negro que llevaba un adhesivo de la Universidad De Paul en el cristal trasero. Su peso, según advirtió Clarice Starling mientras le seguía hacia las afueras de Baltimore bajo la lluvia, imprimía al vehículo una ligera inclinación hacia la izquierda. Era casi de noche; el día que Starling había dedicado a la investigación tocaba a su fin y no disponía de otro. De modo que trató de aliviar su impaciencia golpeando el volante al ritmo del limpiaparabrisas, mientras el tráfico reptaba por la Nacional 301.

Yow era inteligente, obeso y tenía problemas respiratorios. Starling calculó que tendría alrededor de sesenta años. Hasta el momento se había mostrado complaciente. El día desperdiciado no era culpa suya; de regreso a última hora de la tarde de un viaje de negocios que le había retenido en Chicago toda la semana, el abogado de Baltimore había ido directamente desde el aeropuerto a su despacho para recibir a Starling.

El Packard antiguo de Raspail, le explicó Yow, se hallaba guardado en un almacén desde bastante tiempo antes de producirse la muerte de su propietario. El coche nunca había tenido permiso de circulación y por lo tanto no se usaba. Yow lo había visto en una ocasión, enfundado en el mencionado almacén; fue cuando tuvo que confirmar la existencia del automóvil para incluirlo en el inventario de la herencia, que confeccionó poco después del asesinato de su cliente. Si la agente Starling, puntualizó, accedía a «revelar de inmediato y con franqueza» cualquier descubrimiento que pudiese resultar perjudicial para los intereses de su difunto cliente, no tenía inconveniente en mostrarle el automóvil. En tal caso se podría prescindir del mandato judicial y evitar así el engorro del consabido papeleo.

Starling disfrutaba por un día del uso de un Plymouth del parque del FBI, dotado de teléfono directo con la central, y disponía asimismo de una nueva tarjeta de identificación expedida por Crawford. Decía simplemente INVESTIGADORA FEDERAL, y caducaba, lo advirtió de inmediato, al cabo de una semana.

El destino al que se dirigían era Mudanzas y Guardamuebles Desunión, situado a unos seis o siete kilómetros de la ciudad. Mientras avanzaba reptando con el tráfico, Starling usó el teléfono a fin de recabar la mayor información posible acerca de la empresa a cuyos almacenes se dirigían. Para cuando divisó el elevado rótulo naranja

—GUARDAMUEBLES DESUNIÓN - LAS LLAVES LAS GUARDA USTED—, había averiguado unos cuantos datos de interés.

Desunión poseía una licencia de fletes y transportes de la Comisión de Comercio Interestatal expedida a nombre de Bernard Gary. Tres años antes, un tribunal federal había estado a punto de condenar a Gary por transporte interestatal de objetos robados y la licencia se hallaba pendiente de revisión.

Al llegar al rótulo, Yow giró y mostró sus llaves a un joven de uniforme y cara cuajada de granos que vigilaba la entrada. El vigilante anotó ambas matrículas, abrió la verja y con gesto de impaciencia, como si tuviese cosas más importantes que hacer, les indicó que pasasen.

Desunión es un lugar desolado y barrido por el viento. Al igual que el vuelo de los domingos desde La Guardia a Juárez, el vuelo de los divorcios, se trata de una industria de servicios destinada al insensato movimiento browniano que afecta a nuestra población; la mayor parte de su cifra de negocios procede del almacenamiento de la división de pertenencias que provoca el divorcio. Sus dependencias están llenas de tresillos, juegos de desayuno, colchones manchados, juguetes y fotografías de lo que no funcionó. La opinión de la policía del condado de Baltimore es que esos depósitos ocultan también sustanciosas retribuciones procedentes de los tribunales que entienden los casos de quiebra fraudulenta.

Su aspecto recuerda el de unas instalaciones militares: más de una hectárea de edificaciones apaisadas, divididas, mediante tabiques a prueba de incendios, en almacenes del tamaño de un garaje individual holgado, cada uno de ellos cerrado con una cortina de hierro enrollable. El alquiler es razonable y hay enseres que llevan allí varios años. Los sistemas de seguridad son eficaces. Todo el recinto está rodeado por una doble valla de gran altura patrullada por perros que la vigilan las veinticuatro horas del día.

Un montón de hojas secas mezcladas con vasos de papel y otras basuras aparecían arremolinadas ante la puerta del almacén de Raspail, el número 3 1. Dos recios candados aseguraban la puerta por ambos lados. La aldaba del de la izquierda ostentaba un lacre. Everett Yow se inclinó con pesadez sobre el sello. Starling sostenía el paraguas y una linterna. Oscurecía.

—Por lo visto no se ha abierto desde que estuve aquí la última vez, hace cinco años —comentó el abogado—. Fíjese, éste es el último sello notarial que hice poner. La verdad es que entonces no tenía ni idea de que los parientes se pelearían con tanto encono y alargarían la testamentaría tantos años.

Yow sostuvo el paraguas y la linterna mientras Starling tomaba una fotografía del candado y del sello.

—El señor Raspail tenía en la ciudad un pequeño estudio, en el cual vivía y que utilizaba asimismo como despacho, que clausuré para evitar el pago del alquiler —

añadió—. Los muebles los traje aquí y los deposité junto al coche y otras pertenencias que el señor Raspail guardaba en este almacén. Trajimos un piano vertical, libros, música y una cama, creo.

Yow probó una llave.

—Es posible que las cerraduras estén heladas. Ésta al menos va muy dura.

—Le costaba mucho esfuerzo inclinarse y respirar al mismo tiempo. Cuando trató de agacharse, las rodillas le crujieron.

Starling se alegró de ver que los candados eran de la marca American Standards, modelo grande cromado. Parecían inexpugnables pero sabía que con un tornillo de metal y un martillo de orejas se hacían saltar fácilmente los cilindros de latón; su padre, cuando era niña, le había enseñado cómo operan los ladrones. El problema sería encontrar el martillo y el tornillo; echó de menos los trastos que acumulaba en el maletero de su Pinto.

Rebuscó en el bolso hasta encontrar el aerosol descongelante que usaba para las cerraduras del Pinto.

—¿No quiere descansar un momento en el coche, señor Yow? Métase, no vaya a coger frío; entretanto probaré yo. Llévese el paraguas; no me hace falta, ahora sólo llovizna.

Starling acercó el Plymouth del FBI a la puerta a fin de alumbrarse con los faros del vehículo. Extrajo del motor la varilla para medir el nivel de aceite, engrasó las cerraduras de los candados y a continuación las vaporizó con el anticongelante para fluidificar el lubricante. Desde el interior del coche, el señor Yow sonrió asintiendo con complacidos gestos de cabeza. Starling estaba encantada de que Yow fuese un hombre inteligente; podría realizar su tarea sin enemistarse con él.

Se había hecho de noche. A la luz de los potentes faros del Plymouth, Clarice se sentía desprotegida y la correa del ventilador —el motor funcionaba en vacío— le chirriaba en los oídos. Mientras el motor estuviese en marcha, mejor cerrar con llave las portezuelas del coche. El señor Yow parecía inofensivo, pero no quería correr el riesgo de acabar aplastada contra la puerta.

El candado saltó como una rana y le quedó en la mano abierto, pesado, grasiento. El segundo, al llevar engrasado más rato, costó menos.

La puerta se negaba a subir. Starling tiró del asidero con todas sus fuerzas, hasta que sus ojos aparecieron unas brillantes lucecitas que bailoteaban frenéticas. Yow salió a ayudarla, pero entre lo pequeño e insuficiente que era el asidero y la dificultad que le causaba la hernia, de poco valió su ayuda.

—Podríamos volver la semana que viene con mi hijo o con algún operario —sugirió Yow—. Quisiera ir a casa cuanto antes.

Starling tenía serias dudas de que le permitiesen volver a ese lugar; a Crawford le sería mucho más fácil coger el teléfono y poner el asunto en manos de la delegación

del FBI en Baltimore.

—No se preocupe, señor Yow. Me daré prisa. ¿Tiene un gato en el coche?

Starling introdujo el gato debajo del asidero de la puerta y se montó con todo su peso encima de la llave que hacía las veces de manubrio. La puerta emitió un crujido portentoso y subió un par de centímetros, curvándose en el centro hacia el exterior. Subió luego un poco más, y otro poco más, hasta que Clarice pudo introducir la rueda de recambio en la ranura a fin de sujetarla mientras trasladaba los dos gatos, el del señor Yow y el de su coche, a ambos lados de la puerta, junto a los raíles por los que se deslizaba la cortina.

Alternando con ambos gatos, consiguió que la puerta subiese unos cuarenta y cinco centímetros, punto en el que quedó trabada sin que gatos ni fuerza alguna lograsen que subiera ni un centímetro más.

El señor Yow se acercó a Clarice y miró con ella por debajo de la puerta, Su obesidad sólo le permitía inclinarse unos segundos.

—Huele como si hubiese ratones —comentó—. Me aseguraron que empleaban raticida. Creo que hasta está especificado en el contrato. Aquí prácticamente ignoramos lo que son los ratones, eso es lo que me dijeron, textualmente. Pero los oigo perfectamente, ¿usted no?

—Sí, yo también —contestó Starling. Con ayuda de la linterna vio una serie de cajas de cartón y un gran neumático de banda blanca asomando bajo el borde de una cubierta de tela. El neumático estaba pinchado.

Hizo retroceder al Plymouth hasta que los faros iluminaron la abertura de la puerta y cogió una de las alfombrillas de goma del vehículo.

—¿Va a entrar ahí dentro, agente Starling?

—He de echar un vistazo, señor Yow. El abogado sacó un pañuelo de bolsillo.

—¿Me permite que le sugiera que se ate las perneras del pantalón a los tobillos? Se lo digo para evitar la intrusión de roedores.

—Gracias, señor Yow. Es una excelente idea. Señor Yow, si se baja la puerta, ja, ja, ja, o sucede cualquier otra cosa, ¿tendría usted la bondad de llamar a este número? Es nuestra delegación de Baltimore. Saben que estoy aquí con usted y si no tienen noticias mías dentro de un rato, se alarmarían, ¿me explico?

—Ciertamente, con absoluta claridad. —Le entregó la llave del Packard.

Después de atarse las perneras del pantalón a los tobillos con el pañuelo del señor Yow y el suyo, Starling colocó sobre el suelo mojado la alfombrilla de goma, justo delante de la puerta, y se tumbó boca arriba; llevaba en la mano unas bolsas de plástico destinadas a recoger pruebas, que al mismo tiempo protegían el objetivo de su cámara fotográfica. Una tenue llovizna le caía en la cara y el olor a moho y a ratones era insoportable. Y en aquel momento a Starling se le ocurrió, para colmo del absurdo, una frase en latín.

El primer día de curso, en la clase de medicina forense, el profesor había escrito en la pizarra la famosa máxima del médico romano: *Primum non nocere*. Lo primero no perjudicar.

Seguro que no pronunció estas palabras en un garaje húmedo e infestado de malditos ratones.

Y de pronto, la voz de su padre, dirigiéndose a ella con la mano apoyada en el hombro de su hermano: «Si no sabes jugar sin dar chillidos, Clarice, te quedarás toda la tarde en casa sin salir».

Starling se abrochó el botón del cuello de la blusa, encogió los hombros y se deslizó por debajo de la puerta.

Se hallaba debajo del maletero del Packard, que estaba aparcado a la izquierda del almacén, casi rozando la pared. A la derecha, numerosas cajas de cartón apiladas hasta gran altura ocupaban el espacio que quedaba junto al coche. Tendida boca arriba, Starling avanzó como pudo hasta el estrecho hueco que separaba al coche de las cajas. Enfocó la linterna hacia arriba, iluminando la muralla de cartón. Una multitud de arañas había salvado la angosta abertura con sus telas. Redondas la mayoría, las telas aparecían moteadas de diminutos cadáveres resecos.

Bueno, la única peligrosa es la araña parda reclusa, pero ésa sólo teje en los rincones, se dijo Starling. *Las otras, todo lo más que producen son ronchas.*

Junto al guardabarros trasero había espacio para ponerse de pie. Serpenteó hasta lograr salir de debajo del coche; la cara le quedó a muy poca distancia del neumático adornado con una ancha banda blanca. Ésta aparecía punteada por una franja de moho reseco. Leía perfectamente las palabras grabadas en el caucho: GOODYEAR DOUBLE EAGLE. Procurando no golpearse la cabeza y protegiéndose la cara con la mano para desgarrar las telarañas, se puso de pie en el angosto hueco. ¿Sería ésa la sensación que producía llevar velo?

La voz de Yow en el exterior.

—¿Está bien, señorita Starling?

—Muy bien —repuso. Al sonido de su voz se produjeron ciertos escurrimientos y dentro del piano hubo algo que correteó por encima de las notas más agudas. Desde el exterior, los faros del coche le iluminaban las piernas hasta las pantorrillas.

—Veo que ha encontrado el piano, agente Starling —gritó el señor Yow.

—Esto no lo he hecho yo.

—Oh.

El Packard era un automóvil grande, alto y de alargada carrocería. Un sedán de 1938, según el inventario de Yow. Estaba cubierto con una alfombra, colocada con la lana hacia abajo. La recorrió con la linterna.

—¿Cubrió usted el coche con esta alfombra, señor Yow?

—Lo encontré tal cual y no lo destapé —contestó Yow por debajo de la puerta—.

No soporto una alfombra polvorienta. Raspail lo dejó así. Yo simplemente comprobé que el vehículo estuviese aquí. Los operarios de la mudanza colocaron el piano contra la pared, lo taparon, amontonaron más cajas junto al coche y se marcharon. Me cobraban por horas. Las cajas contienen casi todas partituras y libros.

La alfombra era gruesa y pesada y cuando Clarice tiró de ella una nube de polvo se arremolinó en el haz de luz de la linterna. Clarice estornudó dos veces. Poniéndose de puntillas, logró doblar la alfombra hasta la mitad del techo del alto y vetusto vehículo. Las cortinillas de las ventanas traseras del coche estaban echadas. La manecilla de la puerta estaba cubierta de polvo. Tuvo que inclinarse hacia delante sobre unas cajas para alcanzarla. Tocando sólo el extremo de la manecilla, intentó empujarla hacia abajo. Cerrada con llave. La puerta trasera carecía de cerradura. Tendría que trasladar bastantes cajas para llegar hasta la puerta delantera, y había poquísimo espacio donde ponerlas. Entre la cortinilla y el panel donde encajaba el cristal trasero divisó un hueco.

Starling se inclinó sobre unas cajas, acercó la cara al cristal y enfocó la linterna por el resquicio. No vio más que su propio reflejo hasta que ahuecó la mano para cubrir la luz. Un rayo de luz, difusa a causa del polvo acumulado en el cristal, recorrió el asiento. En él había un álbum abierto. La pobreza de la luz palidecía los colores, pero Clarice vio varias tarjetas de san Valentín engomadas en las páginas. Viejas tarjetas de san Valentín bordeadas de puntillas y recubiertas de pelusa.

—Muchas gracias, doctor Lecter.

Al pronunciar estas palabras, su aliento levantó el polvo de la ventanilla y empañó el cristal. Como no quería limpiarlo frotándolo, tuvo que esperar a que se desempañase. La luz siguió avanzando y reveló una manta de viaje, que yacía arrugada en el suelo del coche, y después el polvoriento centelleo de un par de zapatos de cuero negro, de etiqueta, de caballero. Encima de los zapatos, calcetines negros y encima de los calcetines unos pantalones de esmoquin que enfundaban unas piernas.

Nadie ha abierto esa puerta desde hace cinco años… Tranquila muchacha, tranquila, no te pongas nerviosa.

—¿Señor Yow? Oiga, señor Yow.

—Sí, dígame, agente Starling.

—Señor Yow, parece que dentro de este coche hay alguien sentado.

—¡Dios mío! ¿No será mejor que salga, señorita Starling?

—Todavía no, señor Yow. Lo único que le pido es que tenga la bondad de esperar un momento, por favor.

Ahora lo importante es pensar. Ahora pensar es más importante que todas las chorradas que le cuentes a la almohada durante el resto de tu vida. Tranquila y a hacer las cosas como Dios manda. Primero, no hay que destruir ninguna prueba.

Segundo, necesito ayuda. Pero lo que no quiero hacer es gritar que viene el lobo. Si organizo un alboroto en la delegación de Baltimore y hago venir a la policía sin motivo, la he cagado. Veo una cosa que parecen piernas. El señor Yow no me hubiese traído aquí si hubiese sabido que en el coche había un fiambre. Sonrió. «Fiambre» era una bravata. *Nadie ha estado aquí desde la última visita del señor Yow. Perfecto. Eso significa que las cajas se depositaron después de lo que hay dentro del coche. Lo cual significa que puedo mover las cajas sin destruir ninguna prueba de importancia.*

—Señor Yow…

—Sí. ¿Hemos de llamar a la policía o es usted capaz de resolverlo sola, agente Starling?

—Esto tengo que averiguarlo. Tenga la bondad de esperar un momento, por favor.

El problema de trasladar las cajas era tan enloquecedor como ordenar el cubo de Rubik. Intentó trabajar sujetando la linterna bajo el brazo, se le cayó dos veces y finalmente la colocó encima del coche. La única solución era poner las cajas detrás y meter debajo del coche las que contenían libros, que eran más pequeñas.

Una grapa o una astilla le aguijoneó la yema de un pulgar.

Ahora, por la polvorienta ventanilla del pasajero de delante, ya podía ver el compartimento del chófer. Entre el enorme volante y el cambio de marchas había una telaraña. La mampara que separaba el compartimento delantero del de detrás estaba cerrada.

Lamentó no haber pensado en engrasar la llave del Packard antes de entrar en el almacén, pero cuando la introdujo en la cerradura, funcionó.

El hueco era tan angosto que la portezuela no se abrió más de un tercio. Al abrirse, chocó contra las cajas con un apagado estruendo que hizo huir a los ratones y arrancó nuevas notas al piano. Del coche salió un viciado olor a podredumbre y producto químico que trasladó la memoria de Clarice a un lugar que no fue capaz de identificar.

Se inclinó hacia el interior del coche, corrió la mampara que separaba el compartimento del chófer y enfocó la linterna a los asientos traseros. Una camisa de etiqueta con botonadura de brillantes fue lo primero que encontró la luz, que subió rápidamente desde la pechera hasta la cara, no había cara, y bajó de nuevo, arrancando destellos a los botones y deslizándose por unas solapas de raso, hasta la cintura de unos pantalones cuya bragueta estaba abierta; a continuación subió otra vez hallando una corbata de lazo, primorosamente anudada, y el cuello de la camisa, del cual emergía el muñón blanquecino del cuello de un maniquí. Pero encima del cuello había otra cosa que reflejaba muy poca luz.

Algo de tela; en el lugar correspondiente a la cabeza, una caperuza negra, de gran tamaño, como si cubriese la jaula de un loro. Terciopelo, pensó Starling. Descansaba en un anaquel de madera chapada que sobresalía de la repisa de los paquetes

prolongándose por encima del cuello del maniquí.

Starling tomó varias fotografías desde el asiento delantero, accionando el flash y cerrando los ojos para protegerse del brillo cegador del destello. Salió luego del coche. De pie en la oscuridad, empapada y cubierta de telarañas, reflexionó sobre lo que debía hacer.

Lo que no iba a hacer era llamar al agente especial que estaba al mando de la delegación de Baltimore para que contemplase un maniquí con la bragueta abierta y un álbum de tarjetas de san Valentín.

Una vez que hubo decidido entrar en la parte trasera para quitar la caperuza de aquella cosa, no quiso demorarse ni pensar demasiado en ello. Alargando el brazo por la mampara del chófer, levantó el seguro de la puerta trasera y movió algunas cajas para poder abrirla. Todas esas operaciones le llevaron lo que le pareció mucho tiempo. Cuando abrió la puerta, el olor del compartimento trasero del coche se hizo mucho más intenso. Se inclinó hacia dentro, levantó con cuidado el álbum cogiéndolo por las esquinas, lo introdujo en una bolsa de plástico que había dejado en el techo del coche y abrió otra bolsa de plástico que dispuso sobre el asiento.

Los muelles del automóvil gimieron cuando Clarice subió al coche, y la figura se tambaleó un poco cuando ella se sentó a su lado. La mano derecha, enfundada en un guante blanco, resbaló del muslo y quedó apoyada en el asiento. Clarice tocó el guante con el dedo. La mano que había dentro era dura. Con cierta cautela arrugó el guante hacia abajo, dejando al descubierto la muñeca.

La muñeca era de un material sintético blanco. Dentro de los pantalones había un bulto que por un instante le recordó tontamente ciertos episodios ocurridos durante la época del instituto.

De debajo del asiento llegaba el apagado sonido de unos tenues arañazos.

Delicada como una caricia, la mano de Clarice palpaba la caperuza. El tejido se deslizaba con suavidad sobre algo duro y liso. Cuando palpó la bola de la punta, supo de qué se trataba. Supo que era una vasija de vidrio de laboratorio, de gran tamaño, de las que se emplean para conservar muestras, v supo también lo que contenía. Llena de horror pero con muy pocas dudas, quitó la caperuza de un tirón.

La cabeza que había en el interior del frasco había sido cercenada limpiamente justo por debajo del mentón.

Aparecía de frente y tenía los ojos lechosos, quemados por efecto del alcohol que durante tanto tiempo la había conservado. Tenía la boca abierta y la lengua, que asomaba ligeramente, de un inequívoco gris. Con el paso de los años, el alcohol se había evaporado hasta el punto de que la cabeza descansaba en el fondo de la vasija y la coronilla emergía de la superficie del líquido a través de una capa de putrefacción.

Formando un ángulo improbable con el cuerpo, miraba seria y estúpidamente a Starling. Pese al juego de luces y sombras que producía la linterna en sus facciones,

aparecía necia, inerte, muerta.

En ese momento, Starling analizó sus sentimientos. Estaba satisfecha. Se sentía alborozada. Se preguntó si tal reacción no sería vergonzosa. Lo cierto era que en ese momento, sentada en el interior de un vetusto automóvil con una cabeza y algunos ratones, podía pensar con claridad y eso la llenaba de orgullo.

—Bueno, Toto —murmuró—, ya hemos salido de Kansas para nunca más volver. —Siempre había querido pronunciar estas palabras en una situación difícil, pero en cuanto lo hubo hecho le sonaron a falso y se alegró de que nadie la hubiese oído. A trabajar. Había mucho que hacer.

Se apoyó en el respaldo con cuidado y miró a su alrededor. Éste era el entorno de alguien, alguien que deliberadamente lo había elegido y creado, alguien cuya mente estaba a mil años luz del tráfico que serpenteaba por la Nacional 301.

Unas flores secas pendían desmayadas de la pareja de floreros de cristal tallado que adornaban los montantes del lujoso vehículo. La mesita plegable se hallaba abierta y cubierta por un tapete de lino. Encima había una botella de licor, las facetas de cuyo cristal brillaban todavía a través del polvo. Una araña había tejido su tela entre la botella y el bajo candelabro que aparecía junto a ella.

Intentó imaginarse a Lecter, o a otra persona, sentado en este lugar con su actual compañero, tomando una copa y enseñándole las tarjetas de san Valentín. ¿Y qué más? Actuando con sumo cuidado, procurando mover lo menos posible al maniquí, lo registró en busca de cualquier dato que permitiese identificarlo. No había nada. En un bolsillo de la americana encontró los pedazos de tela que sobraron de poner a la medida el dobladillo de los pantalones; el traje de etiqueta debía ser nuevo cuando vistieron con él al maniquí.

Starling palpó el bulto de los pantalones. Demasiado duro, hasta para el instituto, pensó. Abrió la bragueta con los dedos y enfocó la linterna, descubriendo un consolador de madera pulida y taraceada. Y de buen tamaño, chaval. Se preguntó si no sería una depravada.

Con suma precaución dio la vuelta a la vasija y examinó los lados y la nuca de la cabeza a fin de averiguar si había heridas. Ninguna visible. En el vidrio aparecía grabado el nombre de una fábrica de material de laboratorio.

Al examinar nuevamente la cara, pensó que había aprendido algo que le serviría toda la vida. Contemplar deliberadamente esa cara, cuya lengua cambiaba de color en el punto en que rozaba el vidrio, no era tan horrendo como soñar con Miggs engulléndose la suya. Pensó que se sentía capaz de mirar cualquier cosa, siempre y cuando tuviese algo positivo que hacer respecto de lo que miraba. Starling era joven.

En los diez segundos posteriores a que la unidad móvil de la WPIK-TV se detuviese, Jonetta Johrison se puso los pendientes, empolvó su hermosísima cara negra y estudió

la situación. Sintonizando la frecuencia de la emisora de radio de la policía del condado de Baltimore, ella y su equipo de telenoticias habían llegado a Desunión anticipándose a los coches patrulla.

Lo único que aparecía ante los faros de la furgoneta era Clarice Starling de pie ante la puerta del garaje, con su linterna, su tarjeta de identificación plastificada y el pelo empapado, adherido a la cabeza a causa de la llovizna.

Jonetta Johrison se envanecía de ser capaz de detectar a un novato en cuanto veía una cara. Bajó del vehículo seguida de su equipo y se acercó a Starling. Los focos se encendieron.

El señor Yow estaba tan hundido en el interior del Buick que por la ventanilla sólo se divisaba su sombrero.

—Jonetta Johrison, telenoticias de WPIK. ¿Ha informado de un homicidio?

Starling no tenía demasiado aspecto de agente de la ley y lo sabía.

—Soy agente federal. Esto es la escena de un crimen. Tengo el deber de prohibir todo acceso hasta que la jefatura de Baltimore…

El ayudante del cámara había agarrado la parte inferior de la puerta del almacén e intentaba elevarla.

—¡Quieto! —ordenó Starling—. Estoy hablando con *usted*, señor. Deje la puerta. Haga el favor de apartarse de ahí. Hablo en serio. Tenga la bondad de colaborar.

—Anheló disponer de un uniforme, una insignia, cualquier cosa.

—Déjalo, Harry —dijo la presentadora—. Agente, tenga la seguridad de que estamos dispuestos a cooperar en todo lo que haga falta. Pero, con franqueza, este equipo cuesta mucho dinero y sólo quiero saber si merece la pena que permanezcamos aquí hasta que llegue la policía. ¿Puede decirme si ahí dentro hay un cadáver? Las cámaras están desconectadas; se lo pregunto en plan confidencial. Dígamelo y nos quedaremos. Nos portaremos bien, se lo prometo. ¿Qué me dice?

—Yo de usted me quedaría —repuso Starling.

—Gracias. Le estoy muy agradecida —replicó Jonetta Johnson—. Mire, tengo cierta información sobre Guardamuebles Desunión que podría serle de utilidad. ¿Le importa encender la linterna para alumbrar el bloc de notas? A ver si lo encuentro; debe estar por aquí.

—La unidad móvil de WEYE acaba de cruzar la verja, Joney —anunció Harry.

—A ver si lo encuentro. Ah, aquí está, agente. Hace dos años hubo un escándalo; fue cuando denunciaron a esta empresa por transportar y almacenar… eran fuegos artificiales, ¿no es cierto? —Jonetta Johnson miró nuevamente por encima del hombro de Starling.

Starling se dio la vuelta y descubrió al cámara tumbado boca arriba, con la cabeza y los hombros metidos ya en el garaje, y al ayudante agachado, listo para pasarle la minifilmadora por debajo de la puerta.

—¡Eh! —gritó Starling. Se dejó caer de rodillas sobre el mojado pavimento y agarró al cámara por la camisa—. Ahí dentro no se puede entrar. Ya se lo he dicho. Ya le he dicho que no se podía entrar.

Mientras ella pronunciaba estas palabras, los dos hombres no dejaron de hablarle, con persuasión, amablemente: «No tocaremos nada. Somos profesionales, se lo aseguro. No hay por qué preocuparse. Al fin y al cabo la policía nos dejará entrar. Ya lo verá, encanto».

Lo que la indignó fue la repulsiva hipocresía del engaño. Agarró uno de los gatos que sujetaban la puerta, y accionó el manubrio. Con un estridente chirrido, la puerta descendió cinco centímetros. Volvió a accionar el manubrio. La puerta rozaba al cámara en el pecho. Al ver que así y todo el individuo no salía, Starling sacó el manubrio y con él en la mano se le acercó. Había llegado un segundo equipo de televisión y a la luz de sus focos Starling golpeó la puerta con todas sus fuerzas descargando sobre el cámara una lluvia de polvo y herrumbre.

—Atento a lo que le digo —amenazó—. No me hace caso, ¿verdad? Salga de ahí. Ahora mismo. De lo contrario lo voy a arrestar por obstaculizar la labor de la justicia.

—Tranquila —le dijo el ayudante poniéndole la mano encima.

Ella se dio media vuelta. Detrás de los focos se oían preguntas a gritos y sirenas que llegaban.

—Quítame las manos de encima y lárgate, chorizo.

Pisó el tobillo del cámara y con el manubrio colgándole de la mano se encaró con el ayudante. No levantó el manubrio. Menos mal. Su aspecto era ya bastante deplorable para aparecer tal cual en televisión.

Capítulo 9

En la semioscuridad, los olores del pabellón de reclusos violentos parecían mucho más intensos. Un televisor que funcionaba sin voz en el pasillo proyectó la sombra de Starling en los barrotes de la reja del doctor Lecter.

Tras de la reja reinaba la oscuridad, pero Clarice no quiso pedir al enfermero que diese las luces desde la cabina. Ello significaría iluminar toda la sala y Starling sabía que la policía de Baltimore había obligado a mantener las luces encendidas por espacio de varias horas, durante el largo interrogatorio a que había sometido a Lecter. Éste se había negado a hablar y por toda respuesta había confeccionado una gallina de papel que cuando se accionaba por la cola bajaba la cabeza y picoteaba. El comisario, furioso, había aplastado la gallina en el cenicero de la entrada mientras gesticulaba indicándole a Starling que entrase.

—¿Doctor Lecter?

Clarice oía su propia respiración y otra que llegaba desde el pasillo, pero que no procedía de la celda de Miggs. La celda de Miggs estaba vacía, inmensamente vacía. Salía de ella un silencio tangible como una corriente de aire.

Starling sabía que Lecter la observaba desde la oscuridad. Transcurrieron un par de minutos. Le dolían las piernas y la espalda de la contienda que había tenido que librar con la puerta del garaje y llevaba la ropa mojada. Sin quitarse el abrigo, se sentó en el suelo, a considerable distancia de la reja. Con las piernas encogidas, y recogiéndose el empapado y revuelto cabello, se lo pasó por encima del cuello del abrigo para que no humedeciese la nuca.

A sus espaldas, en la pantalla del televisor, un predicador agitaba los brazos.

—Doctor Lecter, ambos sabemos la razón de mi presencia. Piensan que conmigo no se negará a hablar.

Silencio. Al fondo del pasillo alguien se puso a silbar una popular melodía.

Al cabo de cinco minutos, Clarice dijo:

—Me produjo una impresión muy rara entrar allí. Si tenemos ocasión, me gustaría hablar de ello con usted.

Starling tuvo un sobresalto cuando la bandeja salió deslizándose de la celda de Lecter. En ella había una toalla limpia, doblada. Clarice no había advertido el menor movimiento del prisionero.

Miró la toalla y con la sensación de estar a punto de desmoronarse la cogió y se secó el cabello.

—Gracias —dijo.

—¿Por qué no me pregunta algo referente a Buffalo Bill? La voz de Lecter sonaba próxima y a escasa altura, al nivel de Clarice. También debía estar sentado en el suelo.

—¿Sabe usted algo de él?

—Si me permitiesen ver el expediente, es posible.

—Yo no llevo ese caso —replicó Starling.

—Tampoco llevará éste, cuando consideren que ya no les sirve usted de nada. —Lo sé.

—No le sería difícil obtener el expediente de Buffalo Bill. Los informes y las fotografías. Me gustaría verlo.

Ya me lo figuro.

—Doctor Lecter, usted fue quien empezó todo esto. Tenga la bondad de hablarme de la persona que apareció en el Packard.

—¿Encontró a una persona entera? Qué extraño. Yo sólo vi una cabeza. ¿De dónde imagina que salió el resto?

—De acuerdo. ¿De quién era la *cabeza*?

—¿Qué datos tiene usted?

—De momento sólo han podido llevarse a cabo las investigaciones preliminares. Varón, de raza blanca, de unos veintisiete años, odontología europea y americana. ¿Quién era?

—El amante de Raspail. Raspail, el flautista de Hamelín.

—¿Cuáles fueron las circunstancias…? ¿Cómo murió?

—¿Circunloquios, agente Starling?

—No, se lo preguntaré después.

—Déjeme ahorrarle tiempo. Yo no lo hice; lo hizo Raspail. A Raspail le gustaban los marinos. Éste era un escandinavo llamado Klaus no sé cuántos.

Raspail nunca me dijo el apellido.

La voz del doctor Lecter bajó el nivel. A lo mejor, pensó Starling, se había tumbado en el suelo.

—Kaus pertenecía a la tripulación de un barco sueco que atracó en San Diego. Raspail estaba en esa ciudad dando un curso de verano en el conservatorio. Por aquel joven enloqueció. El sueco vio de qué iba la cosa y decidió quedarse en tierra. Se compraron una especie de caravana horrorosa y se dedicaron a hacer de ninfas por el bosque, a corretear desnudos y demás. Raspail dijo que el joven le había sido infiel y lo estranguló.

—¿Raspail le contó esto?

—Efectivamente. Confiando en el secreto profesional, me habló de ello en las sesiones de psicoanálisis. En mi opinión, mentía. Raspail siempre embellecía los hechos.

Le gustaba fingirse peligroso y romántico. El sueco probablemente murió durante un episodio erótico cualquiera, en una trivial transacción de asfixia. Raspail era demasiado fofo y carecía de fuerza para estrangularle. ¿Se fijó en lo cerca de la barbilla que aparecía cercenada la cabeza de Klaus? Seguramente a fin de eliminar la marca de una ligadura producida por ahorcamiento.

—Ya.

—Los sueños de felicidad de Raspail se derrumbaron. Metió la cabeza de Klaus en un saco de bolos y regresó al este.

—¿Qué hizo con el resto del cuerpo?

—Enterrarlo en el monte.

—¿Le enseñó a usted la cabeza del coche?

—Sí, sí; a medida que progresaba el psicoanálisis, adquirió la certeza de que podía confiarme cualquier cosa. Iba con mucha frecuencia a pasar un rato con Klaus. Se sentaba a su lado y le enseñaba las tarjetas de san Valentín.

—Y luego el propio Raspail… murió. ¿Por qué?

—Francamente, me harté de sus gimoteos. En realidad, fue lo mejor que podía ocurrirle. La terapia no estaba dando resultado. Supongo que la mayoría de psiquiatras tienen uno o dos pacientes de este tipo, cuyo caso quisieran consultarme. Es la primera vez que hablo de esto y estoy empezando a aburrirme.

—¿Y la cena que ofreció usted a los altos cargos de la orquesta?

—¿No le ha ocurrido nunca tener invitados y no tener tiempo de ir a la compra? No queda más remedio que arreglarse con lo que hay en la nevera, *Clarice*. ¿Me permite que la llame por su nombre?

—Sí. Creo que yo voy a llamarle…

—Doctor Lecter; para su edad y posición, es lo más apropiado —replicó él interrumpiéndola.

—¿Qué sintió cuando entró en el garaje?

—Aprensión.

—¿De qué?

—Ratones e insectos.

—¿Utiliza o toma usted alguna cosa cuando quiere darse ánimo? —preguntó el doctor Lecter.

—No conozco ninguna cosa de ésas que funcione. A mí lo único que me da resultado es anhelar intensamente el objetivo que persigo.

—¿Le acuden entonces a la mente recuerdos o situaciones, bien sea de forma voluntaria o involuntaria?

—Es posible. No he pensado nunca en ello.

—Recuerdos de la infancia.

—Tendré que fijarme.

—¿Qué experimentó cuando se enteró de lo de mi ex vecino Miggs? No me ha preguntado nada.

—Estaba llegando a ello.

—¿Experimentó *alegría*, cuando se enteró?

—No.

—¿Experimentó *tristeza*?

—No. ¿Le convenció usted de que lo hiciera?

El doctor Lecter se rió en voz baja.

—¿Está usted preguntándome, agente Starling, si *instigué* al señor Miggs a suicidarse? No sea boba. Aunque el hecho de que se tragase esa lengua descarada y ofensiva posee una agradable simetría, ¿no le parece?

—No.

—Agente Starling, eso es mentira. La primera que me dice. *Pesarosa* ocasión, diría Truman.

—¿El presidente Truman?

—No tiene importancia. ¿Por qué cree que la ayudé?

—Lo ignoro.

—Jack Crawford se siente atraído por usted, ¿verdad?

—No lo sé.

—Esa respuesta probablemente es falsa. ¿Le gustaría agradarle? Dígame, ¿siente el impulso de seducirle y eso la preocupa? ¿*Recela* usted de un impulso de seducirle?

—A todo el mundo le gusta agradar, doctor Lecter.

—A todo el mundo no. ¿Cree que Jack Crawford la desea sexualmente? Supongo que actualmente se siente muy frustrado. ¿Cree usted que Crawford fantasea imaginando… obscenidades, situaciones… en una palabra que folla con usted?

—No es tema que espolee mi curiosidad, doctor Lecter, y es el tipo de cosa que preguntaría Miggs.

—Ya no puede.

—¿Le sugirió usted que se tragase la lengua?

—Su sintaxis es perfecta, Clarice. Unida al acento que emplea huele a recurso de seducción. Está claro que a Crawford le gusta usted y la considera competente. No le habrá pasado a usted por alto la curiosa conjunción de acontecimientos que han confluido en su persona: ha recibido la ayuda de Crawford y la mía. Dice usted que no sabe por qué la ayuda Crawford; ¿sabe por qué lo he hecho yo?

—No, dígamelo.

—¿Cree que es porque me agrada mirarla y pensar que me gustaría devorarla?

¿Cree que me entretengo imaginando el sabor que tendría su carne?

—¿Es por eso?

—No. Es porque quiero algo que Crawford puede darme y deseo tener una baza para negociar con él. Pero él se niega a venir a verme. No quiere pedirme ayuda para resolver el caso de Buffalo Bill, a pesar de saber que ello significa que mueran varias mujeres más.

—Eso no puedo creerlo, doctor Lecter.

—Lo que deseo es una cosa muy simple que él podría fácilmente conseguir. —Lecter subió lentamente el reóstato de la luz de la celda. Faltaban los libros y los dibujos. La tapa del retrete había desaparecido. Chilton había despojado la celda para castigarle por lo de Miggs—. Llevo en esta celda ocho años, Clarice. Sé que jamás me dejarán salir vivo de aquí. Lo que quiero es una ventana con vistas. Una ventana que me permita ver un árbol o incluso agua.

—¿Su abogado no ha solicitado…?

—Ese televisor que ve en el pasillo, permanentemente conectado a un canal religioso, lo ha hecho instalar Chilton. En cuanto usted se vaya, el enfermero lo pondrá a todo volumen, cosa que mi abogado no puede impedir, dada la animadversión que ahora muestra el juez hacia mí. Quiero que me trasladen a una prisión federal, quiero recuperar mis libros y quiero disponer de una ventana. Pagaré un buen precio por ello. Crawford podría conseguirlo. Pídaselo.

—Puedo explicarle lo que usted ha dicho.

—No hará caso. Y Buffalo Bill seguirá asesinando. Espere a que desuelle una nueva víctima y ya me dirá si le gusta. Hmmmm… Le voy a decir algo de Buffalo Bill, sin haber estudiado los datos del caso, para que dentro de unos años, cuando lo capturen, si es que lo consiguen, se dé usted cuenta de que mis palabras eran ciertas y hubiera podido ayudarles. Hubiera podido salvar vidas. ¿Clarice?

—¿Sí?

—Buffalo Bill vive en una casa de planta baja y piso —declaró el doctor Lecter apagando la luz.

No volvió a pronunciar palabra.

Capítulo 10

Clarice Starling se apoyó en una mesa de dados del casino del FBI y procuró prestar atención a una conferencia cuyo tema era el bloqueo del dinero procedente del juego. Hacía treinta y seis horas que la policía de Baltimore le había tomado declaración (por medio de un funcionario que encendía un cigarrillo con la colilla del anterior: «Mire a ver si puede abrir esa ventana, si le molesta el humo») y autorizado a abandonar la jefatura después de recordarle que el homicidio no es delito federal.

Los telediarios de la noche del domingo mostraron la trifulca de Starling con las cámaras de televisión y ella tuvo la certeza de haber metido la pata. A lo largo de todas esas horas, ni una sola palabra de Crawford ni de la delegación de Baltimore. Era como si hubiese arrojado su informe a un pozo.

El casino en el cual se encontraba era de pequeñas dimensiones; había funcionado en el remolque de un camión hasta que el FBI lo clausuró y lo instaló en la academia para usarlo en las clases de prácticas. La reducida habitación se hallaba atestada de policías procedentes de diversas demarcaciones; Starling había declinado con una sonrisa la silla que le ofrecieron dos miembros de los Texas Rangers y un detective de Scotland Yard.

Sus compañeros de curso estaban en el otro extremo del pasillo, en el edificio de la academia, inspeccionando en busca de pelos la moqueta, de auténtico motel, que alfombraba el «Dormitorio escena de un crimen pasional» y espolvoreando el mobiliario de la «Reproducción de sucursal bancaria» con objeto de encontrar huellas digitales. Starling había hecho tantas prácticas de este tipo de peritaje forense que recibió la orden de asistir a la mencionada conferencia, la cual formaba parte de un ciclo impartido por diversos especialistas invitados.

Se preguntaba si no había otra razón para que la hubiesen segregado de la clase: ¿no sería que a la gente, antes de darle el golpe de gracia, la aíslan?

Starling apoyó los codos en la línea de paso de la mesa y trató de concentrarse en las diversas formas de blanquear los beneficios procedentes del juego. Sin embargo, lo que le vino a la mente fue el pensamiento de lo mucho que detesta el FBI que sus agentes aparezcan en televisión, como no sea para una conferencia de prensa.

El doctor Hannibal Lecter era tema predilecto de los medios de comunicación y la policía de Baltimore había suministrado prontamente el nombre de Starling a los

informadores. Por enésima vez revivió las imágenes que habían difundido los telediarios vespertinos del domingo. En uno salía «Starling del FBI» golpeando con el manubrio la puerta del garaje cuando el cámara trataba de escabullirse hacia el interior. En otro, «la agente federal Starling» se encaraba con el ayudante con el manubrio en la mano.

La cadena rival, WPIK, que no había podido filmar la escena, divulgó un comunicado anunciando la interposición de una querella por «daños personales» contra «Starling del FBI», ya que al cámara se le habían introducido en los ojos partículas de suciedad y herrumbre causadas por el golpe que Starling propinó a la puerta con el manubrio.

Jonetta Johrison, de WPIK, reveló en su programa de difusión nacional que Starling había descubierto los restos del crimen en el garaje «gracias a su estrecha y siniestra relación con un hombre al que los altos cargos policiales califican de *¡monstruo!*». Evidentemente, WPIK disponía de un contacto dentro del hospital.

¡LA NOVIA DE FRANKENSTEIN!, pregonaban los titulares de *La Actualidad Nacional* desde los quioscos de los supermercados.

El FBI no efectuó ningún comunicado oficial, aunque Starling estaba segura de que de puertas adentro los comentarios abundaban.

A la hora del desayuno, uno de sus condiscípulos, un joven que abusaba de la loción Carioe para después del afeitado, aludió a Starling llamándola «Melvin Pelvis», estúpido juego de palabras basado en el nombre de Melvin Purvis, carroñero mayor de la administración Hoover en los años treinta. La réplica de Ardelia Mapp hizo que el fanfarrón palideciese y se levantase de la mesa dejando el desayuno intacto.

Starling se hallaba en un curioso estado en el que no cabían las sorpresas. Llevaba un día y una noche notándose como suspendida en el sonoro silencio que rodea a los buzos. Y tenía la intención de defenderse, siempre y cuando se le presentase la oportunidad.

El conferenciante, mientras disertaba, hizo girar la rueda de la ruleta, pero no dejó caer la bola. Starling estaba convencida de que aquel hombre no había tocado bola en su vida. El conferenciante estaba diciendo algo:

«Clarice Starling». ¿Por qué diría «Clarice Starling»? *Soy yo.*

—Sí —contestó. El conferenciante señaló con la barbilla a la puerta situada detrás de Starling. Ahí llegaba.

Acobardada, vislumbró su destino en el momento en que se daba media vuelta para afrontarlo. Sin embargo, no vio más que a Brigham, el instructor de tiro, que asomaba la cabeza y señalaba hacia ella. Cuando ella le vio, él le indicó con gestos que se acercase.

Durante unos instantes pensó que la expulsaban, pero luego, al recapacitar,

comprendió que a Brigham no se le encomendaría tal misión.

—A toda mecha, Starling. ¿Dónde tiene su equipo de campaña?

—En mi habitación, pabellón C. Starling tuvo casi que correr para no distanciarse de él. Brigham llevaba el estuche para tomar huellas dactilares, el grande, el de intendencia, no el pequeño que empleaban en clase de prácticas, así como una bolsa no muy grande de lona.

—Va a acompañar a Jack Crawford. Llévese algo para pasar la noche fuera de la academia. A lo mejor no le hace falta, pero llévelo de todos modos.

—¿Dónde?

—Se ha encontrado un cadáver en el río Elk, Virginia occidental; hoy al amanecer; unos cazadores de patos. Las circunstancias indican que se trata de una víctima de Buffalo Bill. En este momento, la policía lo está sacando del río. Pero se trata de una comarca muy aislada y Crawford no se fía de la competencia de esa gente. —Brigham se detuvo en la puerta del pabellón C—. Necesita contar con alguien capaz de efectuar un examen pericial de un cadáver, entre otras cosas. Usted era de los primeros en el laboratorio…. Se siente capacitada, ¿verdad?

—Por supuesto; déjeme verificar el material. Brigham abrió el estuche y lo sostuvo mientras Starling levantaba las bandejas. Estaban las finas agujas hipodérmicas y los frascos, pero faltaba la máquina de fotografiar.

—Necesito una Polaroid, la CU-5, señor Brigham, con sus pilas correspondientes y varios rollos.

—¿De intendencia? No hay problema. Le entregó la pequeña bolsa de lona y cuando ella la sopesó comprendió por qué era Brigham el que había ido a buscarla.

—Todavía no le han asignado armamento de servicio, ¿verdad?

—No.

—Le va a hacer falta el equipo completo. Aquí dentro está el material que hemos empleado en el campo de tiro. La misma Smith modelo K que ha usado en los entrenamientos, pero con el mecanismo limpio. Esta noche dispárela unas cuantas veces en su habitación. Estaré esperándola con un coche en la salida trasera del pabellón C dentro de diez minutos justos, con la máquina de fotografiar. Escuche, en la Piragua Azul no hay aseos, de modo que le aconsejo que vaya al lavabo mientras tenga uno a mano. Andando, Starling.

Clarice quiso hacerle una pregunta, pero Brigham ya salía.

Tiene que tratarse de Buffalo Bill para que vaya Crawford en persona. ¿Qué demonios debe ser la Piragua Azul? Pero cuando preparas una bolsa, has de concentrarte en lo que metes en la bolsa. Starling hizo el equipaje con rapidez y eficacia.

—¿Está…?

—Está muy bien colocada —dijo Brigham interrumpiéndola cuando ella subía al

coche—. La culata abulta un poco, si se observa con cuidado la chaqueta, pero de momento vale.

—Llevaba el chato revólver bajo la americana en una pistolera adherida a las costillas y un cargador colgado del cinturón al otro costado.

Brigham conducía exactamente a la velocidad límite mientras se dirigía al aeródromo de Quántico. En determinado momento carraspeó.

—Una de las ventajas de salir de servicio, Starling, es que no hay politiqueos.

—¿No?

—Actuó correctamente al impedir la entrada a aquel garaje de Baltimore. ¿Le preocupa lo de la televisión?

—¿Ha de preocuparme?

—Lo que voy a decirle, que quede entre nosotros, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. Brigham devolvió el saludo de un infante de marina que dirigía el tráfico.

—El hecho de que Jack se la lleve hoy con él demuestra que tiene en usted una confianza innegable —dijo—. E indudablemente ha decidido obrar así digamos que por si alguien de la oficina de Responsabilidad Profesional estuviese hecho un basilisco y tuviese el nombre de Starling subrayado en rojo, ¿comprende lo que quiero decir?

—Hmmmm.

—Crawford es un individuo de excepcional rectitud. Ha dejado muy claro, donde interesaba que quedase claro, que era vital que usted impidiese la entrada a aquel garaje. La envió a esa misión desnuda, es decir, sin ninguno de los símbolos visibles de autoridad, y eso también lo ha dicho, recalcando además que la capacidad de respuesta de la policía de Baltimore fue notoriamente lenta. Por otra parte, hoy Crawford necesita un colaborador y hubiese tenido que esperar una hora a que Jimmy Price le buscase a alguien del laboratorio. De modo que, ya ve, le ha tocado a usted, Starling. Tenga en cuenta que este tipo de misión no se trata precisamente de unas vacaciones, y aunque tampoco sea un castigo, si alguien de fuera de la sección quisiera interpretarlo como tal, encajaría. Mire, Crawford es un tipo muy hábil, de gran sutileza, pero no es propenso a explicar las cosas; por eso lo estoy haciendo yo… Si va a trabajar con Crawford, ha de saber en qué situación se encuentra Jack. ¿La conoce?

—Pues no.

—Aparte de Buffalo Bill, tiene muchos problemas. Su mujer, Bella, está gravísima. Es una enferma… en fase terminal. La tiene en casa. Si no fuese por Buffalo Bill, Jack hubiese pedido unas semanas de permiso.

—No sabía nada.

—Es un tema que no se comenta. No le diga que se ha enterado ni que lo siente ni

nada por el estilo; no le sirve de nada… eran muy felices.

—Me alegro de que me lo haya dicho. Al llegar al aeródromo, Brigham se animó.

—Al finalizar el curso de tiro, tengo proyectadas un par de clases bastante importantes, Starling. Procure no faltar —concluyó tomando un atajo entre dos hangares.

—No faltaré.

—Escuche, lo que yo enseño en clase es algo que usted probablemente nunca va a necesitar. Al menos así lo espero. Pero tiene aptitudes, Starling. Si ha de disparar, sabe cómo hacerlo. Haga los ejercicios.

—De acuerdo.

—No la meta jamás en el bolso.

—Entiendo.

—Dispárela unas cuantas veces en su cuarto. Apuntálese bien para encontrarla en seguida.

—Así lo haré. Un venerable Beechcraft bimotor aguardaba en la pista del aeródromo de Quántico con los faros encendidos y la puerta abierta. Una de las hélices giraba y al hacerlo afeitaba la hierba que crecía junto al asfalto.

—Eso no será la Piragua Azul, ¿verdad?

—Pues sí.

—Es pequeño y viejo.

—Viejo sí lo es —replicó Brigham regocijado—. Lo capturó la DEA, la oficina antinarcóticos, hace mucho tiempo en Florida, una vez que se quedó atrapado en los Glades. Pero mecánicamente es una maravilla.

»Confío que Gramm y Rudman no descubran que lo usamos; a nosotros sólo se nos permite viajar en autobús. —Se detuvo junto al aeroplano y sacó el equipaje de Starling del asiento trasero. Tras cierta confusión de manos, logró entregarle sus cosas a la muchacha y darle un apretón.

Y luego, involuntariamente, Brigham dijo:

—Que Dios la bendiga, Starling.

—Estas palabras sonaron un tanto extrañas en sus labios de infante de marina. No supo de dónde procedían y notó que le ardía la cara.

—Gracias… muchas gracias, señor Brigham. Crawford se hallaba en el asiento del copiloto, en mangas de camisa y con gafas de sol. Se volvió hacia Starling cuando oyó que el piloto cerraba la puerta.

Ella, que a causa de las gafas oscuras no podía verle los ojos, tuvo la impresión de no conocerle. Crawford aparecía pálido y duro, como una raíz arrancada de cuajo por una excavadora.

—Tome asiento y lea —fue todo lo que le dijo. En el asiento situado detrás de Crawford había un voluminoso expediente. La tapa decía: BUFFALO BILL.

Starling lo apretó contra su pecho cuando la Piragua Azul renqueando estremecida empezaba a rodar por la pista.

Capítulo 11

Los bordes de la pista de despegue empezaron a desdibujarse y se perdieron de vista. Un destello de sol matinal que brillaba en la bahía de Chesapeake llegó desde el este, cuando el pequeño aeroplano giró a fin de evitar el tráfico aéreo.

Clarice divisó la academia, rodeada por la base naval de Quántico. En el campo de asalto corrían las pequeñas figuras de unos infantes de marina enzarzados en una escaramuza.

Eso era lo que se veía desde arriba. En cierta ocasión, después de unos ejercicios nocturnos de tiro, paseando en la oscuridad por la desierta Hogan’s Alley, paseando para reflexionar, Clarice oyó el rugido de unos aviones que sobrevolaban el terreno y poco después, en el silencio que se produjo a continuación, oyó voces, voces llamándose unas a otras en la negrura del cielo; eran paracaidistas que después de haber saltado se llamaban en la oscuridad. Y se preguntó qué sensación produciría estar aguardando a que se encendiese junto a la puerta del avión la señal luminosa que indicaba que había que saltar, qué debía sentirse al lanzarse al clamoroso vacío de la noche.

Quizá fuese la misma sensación que experimentaba ella ahora.

Abrió el expediente. Que se supiera, Bill lo había hecho cinco veces. Al menos cinco veces, en los últimos diez meses. Bill había secuestrado a una mujer joven, la había asesinado y le había arrancado la piel. (La mirada de Starling recorrió veloz los protocolos de las autopsias buscando las pruebas de histamina libre para confirmar que las había matado antes de hacerles lo otro.)

Una vez concluida la tarea, arrojaba los cadáveres a un río. Todas las víctimas habían sido descubiertas en un río diferente, flotando aguas abajo en un punto no lejano al cruce de una carretera nacional o una autopista, y todas ellas en distintos Estados de la Unión. Para nadie era un secreto que Buffalo Bill era aficionado a viajar.

Y eso era todo lo que la justicia sabía, absolutamente todo, salvo que poseía como mínimo un arma de fuego.

Un arma que tenía seis estrías y espiral hacia la izquierda, posiblemente un revólver, un Colt o una imitación.

Las marcas de las balas recuperadas indicaban que prefería emplear proyectiles

especiales del 38 en la recámara de un arma de calibre 357.

Los ríos eliminaban las huellas dactilares así como cualquier resto de fibras o cabellos. Era casi seguro que se trataba de un hombre y de raza blanca; blanco, porque los asesinos reincidentes suelen matar dentro de su propio grupo étnico y todas las víctimas eran blancas; varón, porque las asesinas reincidentes son prácticamente desconocidas en nuestro tiempo.

Dos comentaristas de sendos periódicos de tirada nacional habían usado como titular un verso de «Buffalo Bill», el breve y macabro poema de E.E. Cummings: … *le gusta a usted su chiquillo de ojos azules Señor Muerte*.

Alguien, tal vez Crawford, había pegado la cita en la guarda del expediente.

No se veía relación entre el lugar en que Bill secuestraba a las jóvenes y el punto en que las arrojaba al río.

En los casos en que los cadáveres fueron hallados con la suficiente rapidez para determinar con precisión la hora de la muerte, la policía había averiguado otro dato relativo al asesino: Bill las mantenía con vida cierto tiempo. Esas víctimas no habían muerto sino una semana a diez días después de haber sido secuestradas. Lo cual significaba que Buffalo Bill tenía forzosamente que disponer de un lugar donde ocultarlas y de un lugar donde poder trabajar clandestinamente. Lo cual a su vez significaba que ni era nómada ni andaba de aquí para allá a la deriva. Era más bien una araña tramposa.

Que tenía una guarida. En algún sitio.

Eso era lo que más horrorizaba al público; que las tuviese prisioneras una semana o más, sabiendo que iba a matarlas.

Dos murieron ahorcadas; tres a tiros. No había señales de violación ni abusos físicos previos a la muerte y los protocolos de las autopsias no contenían pruebas de desfiguración «específicamente genital», si bien los patólogos observaban que en los cadáveres más deteriorados tal circunstancia sería prácticamente imposible de determinar.

Todos los cuerpos fueron hallados desnudos. En dos casos, en la cuneta de una carretera próxima a la vivienda de las víctimas, se encontraron prendas de vestir, rasgadas en la espalda, como las que se usan para ataviar a los muertos.

Starling consiguió examinar todas las fotografías. Los cadáveres que aparecen en el agua son los que físicamente presentan un aspecto más repulsivo. Poseen, además, un especial patetismo, frecuente en las víctimas de homicidios cometidos al aire libre. Las indignidades sufridas por la víctima, así como la exposición a los elementos naturales y a las miradas fortuitas, indignan al investigador, si es que la profesión que ejerce no ha agotado ya su capacidad de indignación.

En los homicidios perpetrados en locales cerrados, no es insólito que las desagradables costumbres personales de la víctima, así como las víctimas de la propia

víctima —esposas maltratadas, niños violados—, provoquen la furtiva sensación de que al muerto le estaba bien empleado, y en muchos casos es así.

Pero a ninguna de éstas le estaba bien empleado. A estas pobres, que aparecían tendidas a la orilla de un río ribeteado de basuras, entre botellas de aceite arrojadas por la borda y bolsas de bocadillos que forman la cochambre de nuestra vida cotidiana, les faltaba hasta la piel.

Las halladas en invierno conservaban básicamente la cara. Starling tuvo que acordarse de que no enseñaban los dientes por obra del dolor, sino que era el proceso de alimentación de peces y tortugas lo que había provocado esa expresión. Bill arrancaba la piel de los torsos, pero casi siempre dejaba las extremidades intactas.

No hubieran resultado tan espantosas de contemplar, pensó Starling, si en la cabina de ese avión no hiciese tanto calor y si ese maldito aeroplano, por culpa de una hélice que agarraba el aire con mayor eficacia que la otra, no diese tantas guiñadas, y si aquel sol condenado no pegase con tanta fuerza en las desvencijadas ventanillas y la estuviese apuñalando como un dolor de cabeza.

Es posible capturarle. Starling se aferró a este pensamiento para ayudarse a seguir sentada, con la mente desbordante de tan horrenda información, en esa cabina de avión que cada vez se hacía más pequeña. Ella podía contribuir a detenerlo. Entonces podrían meter ese expediente de tapas lisas, ligeramente pegajosas, en un cajón y echar la llave.

Clarice se quedó contemplando la nuca de Crawford. Si quería detener a Buffalo Bill, se hallaba en compañía de las personas adecuadas. Crawford había dirigido las investigaciones que habían permitido capturar a tres asesinos reincidentes. Aunque no sin bajas. Will Graham, el sabueso más sagaz de la jauría de Crawford, era una leyenda en la academia; también era actualmente un borracho que vagaba por Florida con una cara imposible de mirar, según decían.

Tal vez Crawford notó la mirada de Starling fija en su nuca porque se levantó del asiento del copiloto. El piloto accionó el mando de equilibrado mientras Crawford iba a sentarse junto a Clarice y se abrochaba el cinturón. Cuando se quitó las gafas de sol y se puso las bifocales, ella tuvo la sensación de que volvía a ser él.

Miró a Clarice, miró el expediente, volvió a mirarla a ella y una expresión apenas perceptible le cruzó por la cara y desapareció. Un tipo menos introvertido que Crawford hubiese manifestado compasión.

—Tengo calor, ¿y usted? —dijo Crawford—. Bobby, aquí hace un calor inaguantable —añadió levantando la voz para el piloto.

Bobby tocó un botón y entró aire frío. En el aire húmedo de la cabina se formaron algunos cristales de nieve que fueron a depositarse en el cabello de Starling.

Y entonces Jack Crawford, con los ojos acerados como una límpida mañana invernal, se aprestó para la caza.

Abrió el expediente en un punto donde había un mapa de los Estados Unidos centrales y orientales. En él aparecían señalados los lugares donde se habían encontrado los cadáveres; un conjunto de puntos dispersos, tan retorcidos y mudos como la constelación de Orión.

Crawford se sacó una pluma del bolsillo y señaló el punto más reciente, el objetivo al cual se dirigían.

—El río Elk, a unos nueve o diez kilómetros al sur de la A79 —declaró—. Esta vez tenemos suerte. El cadáver ha quedado atrapado en un palangre; es un hilo de pescar del que penden varios anzuelos. Creen que no llevaba mucho tiempo en el agua. En este momento deben estar trasladándolo a Potter, la población que es cabeza de partido. Quiero averiguar inmediatamente la identidad para poder localizar a los posibles testigos del secuestro. Enviaremos las huellas a todo el país tan pronto como dispongamos de ellas. —Crawford ladeó la cabeza para mirar a Starling por la parte inferior de sus lentes—. Jimmy Price dice que es capaz de efectuar un examen pericial completo de un cadáver que aparece en el agua.

—Un examen completo no lo he hecho nunca —replicó Starling—. Pero he tomado las huellas dactilares de las manos que recibe el señor Price, y muchas eran de ahogados.

Los que nunca han trabajado a las órdenes de Jimmy Price le consideran un cascarrabias encantador. Pero como todos los cascarrabias, en realidad, es un viejo mezquino. Jimmy Price es el supervisor del departamento de Huellas Latentes del laboratorio de Washington. Starling había hecho prácticas de peritaje forense con él.

—Ese Jimmy —dijo Crawford con afecto—. ¿Cuál es el mote que le han puesto a su sección?

—A los que trabajan en ella se les conoce por el nombre de «parias del laboratorio», aunque hay quien prefiere «Igor», que es lo que lleva escrito el delantal de hule que te entregan al entrar.

—Eso es.

—Te dicen que finjas que estás haciendo la disección de una rana.

—Ya…

—Y luego te traen un paquete de la morgue. Y todos se te quedan contemplando, algunos hasta sacrifican el irse a tomar café, con la esperanza de que vomites. Sé tomar todas las huellas de un cadáver. Incluso…

—Estupendo. Empecemos. La primera víctima conocida fue descubierta en el río Blackwater, en Missouri, a las afueras de Lone Jack, en junio pasado. Era la chica Bimmel, cuya desaparición había sido denunciada en Belvedere, Ohio, el quince de abril, dos meses antes. No averiguamos gran cosa del cadáver; hicieron falta tres meses más para identificarla. A la siguiente la secuestró en Chicago la tercera semana de abril. Fue hallada en el Wabash, en el centro de Lafayette, Indiana, justo diez días

después del secuestro, de modo que pudimos deducir perfectamente lo que le había ocurrido. Después tenemos a una mujer blanca, de veinte y pocos años, arrojada al Rolling Fork cerca de la 165, a unos cincuenta kilómetros al sur de Louisville, Kentucky. No ha podido ser identificada. Y luego la Varner, raptada en Evansville, Indiana, y arrojada al Embarras justo debajo de la Nacional 70 en el este de Illinois.

»Después se traslada al sur y arroja un nuevo cadáver al río Conasauga, un poco más abajo de Damascus, Georgia, no lejos de la Nacional 75; era la chica Kittridge, de Pittsburgh; aquí tiene la foto del día de su graduación. Este sujeto tiene una suerte infernal; no hay ni un solo testigo de sus secuestros. A excepción de que arroja todos los cadáveres cerca de una carretera o autopista, no hemos sido capaces de descubrir ningún rasgo en común.

—Si desde los lugares donde arroja los cadáveres recorremos hacia atrás las carreteras más transitadas, ¿convergen en algún punto?

—No.

—¿Y si… partimos de la *hipótesis*… de que arroja un cadáver y efectúa un secuestro en el mismo viaje? —preguntó Starling, evitando deliberadamente utilizar *suponer*, palabra prohibida—. Tendría que deshacerse primero del cadáver, ¿no?, por si el secuestro de la siguiente víctima le crease problemas. Porque si le detuvieran en el momento del secuestro y no llevase ya un cadáver en el coche, no podía denunciársele más que por agresión y después, entre recursos y apelaciones, la condena quedaría en nada. O sea, ¿por qué no probamos a trazar unos vectores que unan cada punto de secuestro con el lugar donde ha arrojado a su anterior víctima? Ya lo ha hecho, ¿verdad?

—Es una buena idea, Starling, pero a él también se le ha ocurrido. Si verdaderamente hace ambas cosas en un solo viaje, es decir, arroja un cadáver y secuestra a una nueva víctima, no hace más que zigzaguear. Hemos efectuado diversas simulaciones con el ordenador, primero imaginando que viaja por carretera hacia el oeste, luego hacia el este, y también hemos realizado varias combinaciones con las fechas más aproximadas que podemos atribuir a los secuestros y a los días en que arroja los cadáveres. Mete usted todos esos datos en el ordenador y no sale más que humo. Lo único que nos dice ese artefacto es que vive en el este, que su ciclo no coincide con el de la luna y que ninguna de las fechas convencionales de las ciudades se corresponden. Total, nimiedades. Nada, Starling, ese individuo nos tiene completamente despistados.

—Le considera usted demasiado minucioso para ser un suicida.

Crawford asintió con un gesto de cabeza.

—Efectivamente; demasiado minucioso. Ha descubierto la forma de establecer una relación significativa y está dispuesto a emplearla una y otra vez. No tengo la menor esperanza de que se trate de un suicida.

Crawford pasó al piloto un vaso de agua que sirvió de un termo. Dio otro vaso a Starling y él se preparó un Alka-Seltzer.

El estómago de Clarice dio un vuelco; el avión iniciaba el descenso.

—Un par de cosas más, Starling. Busco en usted a una experta de primera categoría, pero necesito algo más.

»Usted habla poco, cosa que me parece muy bien; yo tampoco soy excesivamente locuaz. Pero, por favor, no crea que ha de contar con un hecho nuevo y demostrado para expresar una opinión o una hipótesis. En el caso que tenemos entre manos, todas las preguntas son válidas. Usted verá cosas que es probable que a mí se me escapen, y quiero saber cuáles son. Es posible que tenga usted un talento especial para esta profesión y ahora tenemos una oportunidad de oro para comprobarlo.

Mientras le escuchaba, con el estómago en la garganta y mostrando una adecuada expresión de interés por sus palabras, Starling se preguntó cuánto tiempo hacía que Crawford sabía que la utilizaría a ella para intervenir en este caso y de qué modo había preparado las cosas para que ella anhelase contar con esa oportunidad.

Crawford era un superior, marrullero y habituado a dar coba como todos los superiores, y nada más.

—Va a pensar usted en él no diré constantemente pero sí con mucha frecuencia, va a ver los lugares donde actúa, va a intuir muchas cosas de él —siguió diciendo Crawford—. Por inimaginable que parezca, habrá cosas de él que no le repugnarán. Y de pronto, con un poco de suerte, de toda esa información habrá algo que quizá le extrañe, algo que le llamará la atención. Siempre que algo le llame la atención, avíseme, Starling.

»Escuche bien lo que voy a decirle: un crimen de por sí es ya bastante confuso sin la investigación que ha de llevarse a cabo. Procure por todos los medios que el rebaño de policías que intervienen no aumente su confusión. Fíese exclusivamente de sus ojos. Escúchese a sí misma. Mantenga el crimen aislado de cuanto ocurre a su alrededor. No trate de imponer a este individuo ningún modelo de conducta o simetría preconcebida. Permanezca receptiva y deje que él se revele tal como es.

»Una última cosa: una investigación de este tipo es como un zoológico. Afecta a un sinfín de demarcaciones, algunas de las cuales están dirigidas por verdaderos inútiles. Hemos de llevarnos bien con todos ellos para que no obstaculicen nuestro trabajo. Nos dirigimos a Potter, Virginia occidental. No sé cómo va a ser la gente que allí encontremos. Lo mismo puede ser que sean muy correctos como que nos reciban con abierta hostilidad.

El piloto levantó uno de sus auriculares y por encima del hombro dijo:

—Vamos a aterrizar, Jack. ¿Te quedas ahí atrás?

—Sí —contestó Crawford—. Se acabó la escuela, Starling.

Capítulo 12

Y ahí está la funeraria de Potter, la mayor de las blancas casas de madera de la calle Potter, en Potter, Virginia occidental, que hace las veces de depósito de cadáveres del condado de Rankin. El forense es un médico de cabecera llamado doctor Akin. Si decide que una muerte es sospechosa, el cadáver se envía al centro médico regional de Claxton, en el condado vecino, cuya plantilla dispone de un patólogo titulado.

Clarice Starling, que se trasladaba a Potter desde el aeródromo en el compartimento trasero de un coche celular, tuvo que apretujarse contra la mampara reservada al detenido para oír al policía que mientras conducía iba explicando estas cosas a Jack Crawford.

En la funeraria estaba a punto de celebrarse un entierro. Los asistentes, campesinos endomingados con sus mejores galas, hacían cola en la acera entre unos bojes de tallo alto, recortados en forma de bola, y se arracimaban en los escalones aguardando para entrar. La casa, que estaba recién pintada, y los escalones que quedaban a plomo, aparecían desviados en direcciones contrarias.

En el aparcamiento privado situado en la parte posterior del edificio, donde aguardaban los coches fúnebres, había dos policías jóvenes y otro de más edad que charlaban bajo un olmo desnudo con dos soldados de las fuerzas armadas estatales. No hacía el frío suficiente para que les humeara el aliento.

Cuando el coche penetró en el aparcamiento, Starling contempló a esos hombres y supo de inmediato de qué ambiente procedían. Supo que habían nacido en casas que en lugar de armarios tenían roperos disimulados con cortinas, y supo también qué tipo de prendas había en los roperos. Supo que esos hombres tenían parientes que colgaban la ropa en unos clavos hundidos a martillazos en las paredes de los remolques en que habitaban. Supo que el policía de más edad había crecido en una casa que tenía en el porche la bomba de agua de la cisterna, y que en la primavera, cuando llegaban las lluvias y el barro, había caminado hasta la carretera para tomar el autobús de la escuela con los zapatos colgados al cuello por los cordones, como hiciera de niño su padre, el de ella. Supo que se llevaban la comida a la escuela en unas bolsas de papel manchadas de grasa a fuerza de tanto usarlas, y que después de comer doblaban la bolsa y la guardaban en el bolsillo trasero de los vaqueros.

Y no pudo dejar de preguntarse qué sabría Jack Crawford de esa gente.

Por la parte interna de las puertas traseras del coche celular no había manecillas, cosa que Starling advirtió cuando Crawford y el policía salieron del vehículo y se dirigieron hacia la entrada posterior de la funeraria. Y tuvo que ponerse a golpear los cristales hasta que uno de los guardias que estaban bajo el olmo la vio, y entonces llegó el chófer, sonrojado, a abrirle la Puerta.

Los policías la miraron de soslayo cuando pasó junto a ellos. Uno la saludó con un respetuoso «señora». Ella correspondió con una inclinación de cabeza y un esbozo de sonrisa, mientras se dirigía a reunirse con Crawford en el porche trasero.

Cuando se hallaba ya a prudente distancia, uno de los policías jóvenes, un recién casado, comentó rascándose la barbilla:

—No es ni la mitad de guapa de lo que se imagina.

—Pues, ¿sabes lo que te digo? Que aunque se imagine que es una *preciosidad*, no queda más remedio que estar de acuerdo con ella —replicó el otro joven—. Me la trincaba ahora mismo.

—Yo preferiría una buena sandía, si estuviese bien fresca —masculló el de más edad.

Crawford ya estaba hablando con el jefe de policía, un hombre menudo y tieso, que llevaba unas gafas de montura de acero y esas botas de elásticos laterales que los catálogos de venta por correo denominan «Romeos».

Habían entrado en el sombrío pasillo trasero de la funeraria, donde había, además de una máquina expendedora de refrescos que zumbaba, una extraña colección de objetos apoyados contra la pared: una máquina de coser de pedal, un triciclo, un rollo de césped artificial y un toldo de lona rayada, enrollado. De la pared pendía un grabado en sepia de Santa Cecilia ante el teclado; llevaba el pelo recogido en unas trenzas que le rodeaban la cabeza, y sobre las teclas caía una lluvia de rosas.

—Le agradezco mucho que nos haya avisado con tanta rapidez, inspector —dijo Crawford.

Su interlocutor no era sensible a la coba.

—Mire, a usted le avisaron de la oficina del fiscal del distrito —replicó—. El inspector, lo sé a ciencia cierta, no le llamó. El inspector Perkins está actualmente de vacaciones en Hawai con su señora. He hablado con él por conferencia esta mañana, a las ocho en punto, es decir, las tres en Hawai. Me ha dicho que volvería a llamarme durante el día de hoy, pero ya me ha encargado que lo primero es averiguar si se trata de una de las chicas del pueblo. Podría muy bien ser que se tratase de algo que ciertos elementos exteriores quieran endosarnos a nosotros.

De manera que eso es lo primero que vamos a investigar. Aquí nos han traído cadáveres hasta de Phoenix City, Alabama.

—Precisamente en ese aspecto es donde podemos colaborar nosotros, inspector. Si…

—Acabo de hablar por teléfono con el comandante de las fuerzas amadas de Charleston. Me ha dicho que me enviaba unos oficiales de la Brigada de Investigación Criminal, ya sabe, la BIC. Ellos nos prestarán toda la colaboración que nos haga falta. —El pasillo se estaba llenando de policías y soldados; el jefe empezaba a tener demasiado público—. Nos ocuparemos de ustedes tan pronto como nos sea posible, facilitaremos su labor con todos los medios a nuestro alcance, pero de momento…

—Inspector, este tipo de crímenes sexuales tienen una serie de aspectos que preferiría comentar con usted en privado, entre hombres, ¿comprende lo que quiero decir? —le interrumpió Crawford, indicando la presencia de Starling con un discreto movimiento de cabeza; y tras conducir al hombrecillo a una atiborrada oficina que daba al pasillo, cerró la puerta.

Starling tuvo que quedarse disimulando su rabia ante aquella manada de policías. Con los dientes apretados, se puso a contemplar a santa Cecilia y devolvió la etérea sonrisa de la mártir mientras aguzaba el oído para escuchar por detrás de la puerta de la oficina. Oyó voces airadas y más tarde fragmentos de una conversación telefónica. Crawford y su acompañante regresaron al pasillo en menos de cuatro minutos. El jefe de policía traía los labios fruncidos.

—Oscar, ve ahí afuera a buscar al doctor Akin. Ya sé que está obligado a asistir a los entierros, pero no creo que haya empezado todavía. Dile que está Claxton al teléfono.

El forense, el doctor Akin, entró en la pequeña oficina y permaneció de pie, con el pie apoyado en una silla y golpeándose los dientes con un abanico en el que había una imagen del Buen Pastor, mientras mantenía una breve conversación telefónica con el patólogo de Claxton. Luego accedió a todo lo que se le pidió.

De modo que en una sala de embalsamar de paredes empapeladas con un estampado de rosas rojas y techo alto, adornado con molduras de yeso, en una blanca casa de madera de unas características que ella conocía bien, Clarice Starling trabó conocimiento con Buffalo Bill. La bolsa verde esmeralda que contenía el cadáver, cerrada hasta el borde mediante una cremallera, era el único objeto moderno de la habitación. Yacía sobre una anticuada mesa de embalsamar de loza blanca y se reflejaba infinidad de veces en los cristales de los armarios que contenían escalpelos, trocares y frascos de desinfectante de la marca Rock-Hard.

Crawford fue a buscar al coche el transmisor de huellas dactilares mientras Starling colocaba su material en el escurridor de un fregadero de doble cubeta que había en la habitación.

La estancia estaba atestada de gente. Varios policías y el jefe, por supuesto, se habían congregado en ella y no daban muestras de tener intención de marcharse. Era inconcebible. *¿Por qué no viene Crawford y se deshace de ellos?*

El papel de la pared empezó a ondularse por efecto de una corriente de aire; se onduló hacia dentro cuando el médico puso en marcha un gran y polvoriento ventilador.

Clarice Starling, que estaba de pie junto al fregadero necesitaba un nuevo modelo de valentía, más adecuado y eficaz que el del salto de los paracaidistas. La imagen que buscaba acudió a su mente y le sirvió de ayuda, aunque también la hizo sufrir:

Su madre, de pie junto al fregadero, lavando la sangre del sombrero de su padre, dejando correr el chorro del grifo sobre el sombrero, y diciendo: «Todo irá bien, Clarice. Di a tus hermanos que se laven las manos y vengan a la mesa. Hemos de hablar. Luego prepararemos la cena».

Starling se quitó el pañuelo que llevaba al cuello y se lo ató a la cabeza como una comadrona de pueblo. Del estuche que contenía su material sacó un par de guantes de látex. Cuando abrió la boca —por vez primera desde que llegó a Potter— su voz sonó con un gangueo más pronunciado que de costumbre y con tal fuerza que hizo que Crawford se acercase a la puerta a escucharla.

—¡Señores! ¡Señores, por favor! ¡Escúchenme un minuto! Tengan la bondad de permitir que me ocupe de ella. —Levantó las manos y se puso los guantes a la vista de todos—. Hay ciertas cosas que debemos atender. Ustedes la han traído aquí y sé que su familia, si pudiera, les daría las gracias. Por favor, tengan la amabilidad de salir todos para que pueda ocuparme de ella.

Crawford les vio bajar la voz, guardar un respetuoso silencio y decirse unos a otros entre murmullos:

—Anda, Jeff, salgamos afuera. Y Crawford comprobó cómo cambiaba el ambiente en presencia de la muerte, vio con sus propios ojos que, independientemente de cuáles fuesen el lugar de procedencia y la identidad de esa víctima, el río la había llevado al campo y por el hecho de yacer indefensa en esa habitación de una casa de pueblo, Clarice Starling había establecido una especial y estrecha relación con ella. Crawford vio que en esa sala Clarice Starling se erigía en heredera de esas mujeres de pueblo que conocen el poder curativo de las hierbas, esas mujeres recias, plenas de sabiduría, que siempre han sabido administrar el remedio adecuado, que siempre han velado a los enfermos y que cuando ya no hay nada que velar lavan y amortajan a sus muertos.

Y en la sala quedaron tan sólo Crawford, Starling y el médico con la víctima. El doctor Akin y Starling se miraron como reconociéndose. Ambos singularmente contentos, singularmente azorados.

Crawford sacó del bolsillo un tarro de Vicks VapoRub que ofreció a los presentes. Starling aguardó para ver qué hacían con ello y cuando vio que Crawford y el médico se aplicaban un poco del contenido en las aletas de la nariz, hizo lo mismo.

Se dirigió al fregadero y del fondo de la bolsa sacó las cámaras fotográficas,

dando la espalda a la habitación.

En ese momento oyó cómo abrían la cremallera de la bolsa del cadáver.

Starling parpadeó a las rosas rojas de la pared, realizó una profunda inspiración y expulsó el aire. Luego se dio media vuelta y contempló el cuerpo tendido sobre la mesa.

—Le hubieran tenido que proteger las manos con bolsas de papel —dijo—. Cuando hayamos terminado, se las pondré yo.

Con sumo cuidado, desplazando poco a poco la cámara para que las instantáneas solapasen, Starling fotografió el cadáver.

La víctima era una joven de pronunciadas caderas y un metro setenta y uno de estatura, según la cinta métrica de Starling. En las zonas desprovistas de piel, el agua la había decolorado tornándola gris, pero por fortuna se trataba de agua fría y era evidente que no había estado en el río más que unos pocos días. El cuerpo aparecía limpiamente desollado a partir de una línea situada debajo de los pechos y hasta las rodillas, más o menos la zona que cubren unos pantalones de torero con su faja.

Los pechos eran pequeños y entre ambos, encima del esternón, se veía la causa aparente de la muerte, una herida de bordes irregulares en forma de estrella de aproximadamente medio palmo de anchura.

A la cabeza, redonda como una bola, se le había arrancado el cuero cabelludo desde encima de las cejas hasta la nuca.

—El doctor Lecter dijo que iba a empezar a arrancarles el cabello —dijo Starling.

Crawford, que había permanecido con los brazos cruzados mientras ella tomaba las fotografías, se limitó a replicar.

—Fotografíele las orejas con la Polaroid —aunque llegó a fruncir los labios mientras rodeaba la mesa para contemplar el cadáver.

Starling se quitó un guante para pasar el dedo por la pantorrilla de una de las piernas. Un trozo de sedal que había detenido el cadáver en el río, provisto todavía de tres anzuelos, se le había quedado enredado en la pierna.

—¿Qué ve, Starling?

—Pues que no es una chica de pueblo. Tiene tres agujeros en cada oreja y lleva las uñas pintadas. Mi impresión es que es de ciudad. El vello de las piernas tiene más o menos dos semanas.

»¿Ve lo suave que es? Creo que se las depilaba a la cera. Las axilas también. También se decoloraba el vello del labio superior. Era extremadamente cuidadosa de su aspecto, aunque se nota que no había podido cuidarse durante varios días.

—¿Y la herida?

—No sé —contestó Starling—. Diría que se trata de una herida de salida de bala, si no fuera porque esto de aquí arriba parece parte de un collar de abrasión y la marca del cañón.

—Muy bien, Starling. Se trata de una herida de entrada por contacto encima del esternón. Los gases de la explosión se expanden entre el hueso y la piel y forman esa estrella alrededor del orificio.

Al otro lado del tabique se oyó sonar un armónium; era el entierro que empezaba en la sala principal de la funeraria.

—Qué muerte tan injusta —comentó el doctor Akin, limitando su colaboración a esas palabras y subrayándolas con sentidos gestos de cabeza—. Tengo que asistir al menos a una parte del entierro. A las familias les agrada que acompañe al difunto al cementerio. Lamar vendrá a ayudarles en cuanto termine de tocar los himnos del servicio. Confío en su promesa de conservar las pruebas para el patólogo de Claxton, señor Crawford.

—Tiene dos uñas rotas aquí, en la mano izquierda —observó Starling cuando el médico hubo salido—. Están rotas a ras de carne y en las otras hay suciedad y algunas partículas duras. ¿Podemos tomar muestras?

—Tome muestras de partículas y también un par de muestras del esmalte —respondió Crawford—. Luego les comunicaremos los resultados.

Lamar, un enjuto empleado de pompas fúnebres que despedía aroma de whisky, entró en la sala cuando Clarice estaba ejecutando la orden de Crawford.

—Ha debido trabajar usted de manicura —comentó. Les alegró descubrir que la víctima no tenía marcas de uñas en las palmas de las manos, indicación, como en los otros casos, de que había muerto antes de ser sometida a lo demás.

—¿Quiere tomarle las huellas boca abajo, Starling? —le preguntó Crawford.

—Sería más fácil.

—Hagamos primero los dientes y luego Lamar puede ayudarnos a darle la vuelta.

—¿Sólo fotografías o hago un esquema de toda la dentadura?

—Sólo fotos. Un esquema sin radiografías no sirve de nada —contestó Crawford—. Con las fotos podremos eliminar a unas cuantas mujeres desaparecidas.

Lamar, con sus manos de organista, era un hombre sumamente cuidadoso; siguiendo las instrucciones de Starling, abrió la boca de la víctima y retiró los labios a fin de que ella pudiese acercar la Polaroid para fotografiar con detalle toda la zona frontal de la dentadura. Aquello no presentó dificultades; en cambio, para fotografiar las molares tuvo que emplear un reflector palatal y vigilar el resplandor que transparentaba la mejilla para asegurarse de que el flash iluminaba correctamente el interior de la cavidad bucal. Nunca lo había llevado a cabo; sólo lo había visto hacer en clase de prácticas forenses.

Starling observó la gradual aparición de la imagen de la primera instantánea de los molares, modificó la intensidad de la luz y tomó una segunda fotografía. Era de mejor calidad. La tercera resultó francamente buena.

—Tiene algo en la garganta —observó Starling. Crawford examinó la fotografía.

En ella aparecía un objeto cilíndrico oscuro, situado justo detrás del velo del paladar.

—Deme la linterna.

—Cuando aparece un cadáver en el agua, es frecuente que lleve hojas u otras cosas en la boca —dijo Lamar, ayudando a Crawford a inspeccionar la boca.

Starling sacó unos fórceps de su bolsa. Miró a Crawford desde el otro lado del cadáver. Él asintió con un gesto. Clarice tardó menos de un segundo en extraerlo.

—¿Qué es? ¿Una vaina con semillas?

—Nada de eso. Es el capullo de un insecto —repuso Lamar. Tenía razón. Starling lo depositó en un frasco.

—Tendrían que enseñárselo al encargado del servicio de extensión agraria —comentó Lamar.

Una vez colocada boca abajo, tomar las huellas de la víctima fue fácil. Starling se había preparado para lo peor, pero no hizo falta emplear los tediosos y delicados métodos a base de inyecciones ni emplear las protecciones para dedos lastimados. Imprimió las huellas en una cartulina fina que sujetaba un aparato en forma de calzador. Tomó también una serie de huellas plantares, por si no disponían de otra referencia que las tomadas en el hospital al nacer. En la parte alta de los hombros faltaban dos trozos de piel, idénticos, de forma triangular. Starling tomó fotografías.

—Mídalas —ordenó Crawford—. A la chica de Akron le hizo un corte en la espalda al rajarle la ropa; era poco más que un rasguño, pero coincidía con el corte que había en la blusa que se encontró junto a la carretera. Esto, no obstante, es nuevo; no lo había visto en los otros casos.

—Esa marca que le cruza la pantorrilla parece una quemadura —observó Starling.

—Eso lo tienen muchos viejos —comentó Lamar.

—¿Cómo dice? —preguntó Crawford.

—*HE DICHO QUE ESO LO TIENEN MUCHOS VIEJOS.*

—Le he oído perfectamente; lo que quería es que me lo explicase. ¿Qué quiere decir que lo tienen muchos viejos?

—Los viejos mueren muchas veces tapados con una esterilla eléctrica que, aunque no esté muy caliente, les produce esas quemaduras. A un muerto una esterilla le produce quemaduras. Porque no hay circulación sanguínea.

—Le diremos al patólogo de Claxton que lo compruebe y nos diga si esa marca es posterior a la muerte —le dijo Crawford a Starling.

—Producida por el silenciador del tubo de escape de un coche, seguramente —añadió Lamar.

—¿Cómo dice?

—*POR EL SILENCIADOR…* que eso lo ha producido el silenciador del tubo de escape de un coche. Mire, a Billie Petrie lo mataron a tiros y lo metieron en el

maletero de su coche. Su mujer anduvo buscándole con el coche durante dos o tres días. El silenciador del coche se calentó y cuando lo trajeron aquí tenía esas mismas quemaduras, sólo que en la cadera —explicó Lamar—. Yo no puedo transportar la compra en el maletero de mi coche porque el helado se derrite.

—Excelente explicación, Lamar. Ojalá trabajase usted en mi departamento —dijo Crawford—. ¿Conoce a los individuos que la encontraron en el río?

—Jabbo Franklin y su hermano, Bubba.

—¿A qué se dedican?

—A pelearse en el Moose, a burlarse de la gente que no se mete con ellos; uno entra en el Moose para tomar una copa después de pasarse el día contemplando a los difuntos, y al momento: «Anda, Lamar, siéntate ahí y tócanos Filipino Baby». Te hacen tocar Filipino Baby treinta veces en ese viejo piano cochambroso. Eso es lo que le gusta a Jabbo. «Bueno, invéntate la letra, si no la sabes», te dice, «pero esta vez procura que rime». Tiene una pensión de los veteranos del Vietnam que cobra por Navidad. Hace más de quince años que cada día, cuando llego a trabajar, pienso que me lo voy a encontrar en esta mesa.

—Necesitaremos pruebas de serotonina en las heridas de los anzuelos —dijo Crawford—. Le voy a enviar una nota al patólogo.

—Esos anzuelos están demasiado juntos.

—¿Cómo dice usted?

—Los Franklin han empleado un palangre que tiene los anzuelos demasiado juntos. Es ilegal. Seguramente por eso no han avisado hasta esta mañana.

—El inspector dijo que lo habían encontrado unos cazadores de patos.

—Supongo que sí debieron decirle que habían salido a cazar patos —replicó Lamar—. También le dirán que una vez pelearon con Duke Keomuka en Honolulu, formando equipo con Satélite Monroe. Y créaselo, si quiere. Y si le gustan las agachadizas, coja un saco y, aunque estemos en época de veda, le llevarán a un sitio donde se hartará de cazarlas. Y luego le propondrán una partidita de billar.

—¿Qué opina usted que ocurrió, Lamar?

—Los Franklin calaron este palangre; con estos anzuelos tan juntos, no hay duda de que es el suyo. Y estaban tirando de él para ver si habían cogido pescado.

—¿Por qué está tan seguro?

—Porque esta señora no está todavía a punto de flotar.

—Es cierto.

—Por lo tanto, si no hubiesen tirado del palangre, no la habrían encontrado. Seguramente se asustaron y al final vinieron a denunciarlo. Si quiere, el guarda forestal puede confirmárselo.

—Veremos —repuso Crawford.

—Muchas veces llevan un teléfono de manivela bajo el asiento del Rarricharger,

y eso sí que si te cogen, te ponen una multa de no te menees, si es que no te meten en la cárcel.

Crawford arqueó las 59jas.

—Eso se llama telefonear a los peces —dijo Starling—. Se conecta un cable a la batería del coche, se mete otro en el agua, se acciona la manivela y se produce una descarga eléctrica. Los peces quedan atontados, flotando en la superficie, y sólo hay que recogerlos.

—Exacto —corroboró Lamar—. ¿Es usted de por aquí?

—Eso se hace en muchos sitios —repuso Starling. Starling sintió el impulso de decir algo antes de que cerrasen la cremallera de la bolsa, de hacer un gesto o expresar de algún modo su sentimiento de pesar. Al final sacudió la cabeza y se puso a guardar en el estuche las muestras que había recogido.

Era distinto una vez que el cadáver y el problema desaparecieron de su vista. En ese momento de pausa, Starling experimentó el gran horror de la labor que acababa de realizar. Se quitó los guantes y abrió el grifo del agua. De espaldas a la habitación, metió las muñecas debajo del chorro. El agua no estaba demasiado fría. Lamar, que la observaba, salió al pasillo. Regresó de la máquina expendedora de refrescos con una lata de gaseosa helada, sin abrir, y se la ofreció.

—No, gracias —le dijo Starling—. No tengo ganas de beber nada.

—No, es para que se la ponga aquí, en el cuello, y en la nuca. El frío la hará reaccionar. Va muy bien. Yo lo hago muchas veces.

Cuando Starling terminó de redactar la nota para el patólogo y la hubo sujetado a la cremallera de la bolsa, el transmisor de huellas dactilares de Crawford ya chasqueaba en la oficina.

El hecho de haber encontrado a esta víctima tan poco tiempo después de producirse el crimen era un golpe de suerte.

Crawford estaba decidido a identificarla cuanto antes para iniciar una búsqueda de los posibles testigos del secuestro. Su método causaba problemas a todo el mundo, pero era rápido.

Crawford usaba un transmisor de huellas Litton Policefax. Al contrario de lo que ocurre con la mayoría de aparatos federales de este tipo, el Policefax es compatible con los sistemas de casi todas las jefaturas de policía de las grandes ciudades. La tarjeta con las huellas dactilares que Starling había recogido apenas estaba seca.

—Cárguela usted, Starling. Tiene más maña que yo.

No la emborrone es lo que quería decir, y Starling no lo hizo, aunque le costó bastante introducir en el pequeño tambor la doble tarjeta engomada, sabiendo que seis salas de transmisión aguardaban esos datos en otros tantos puntos del país.

Crawford estaba al teléfono, hablando primero con la centralita del FBI y luego con la sala de transmisión de Washington.

—¿Están todos a la escucha, Dorothy? De acuerdo, señores, lo bajamos a uno veinte para que lo reciban con claridad y nitidez. Comprueben que están a uno veinte todos ustedes. Atlanta, ¿recibe bien? De acuerdo, ahí van las imágenes… a partir de este momento.

Y acto seguido, la transmisión a baja velocidad, para no sacrificar la nitidez, que se recibía simultáneamente en la sala de transmisión del FBI y en las de las principales jefaturas de policía del este, de las señales que configuraban las huellas de la muerte. Si Chicago, Detroit, Atlanta o cualquier otra demarcación identificaba las huellas, la búsqueda comenzaría en cuestión de minutos.

Después, Crawford envió las fotografías de la dentadura y del rostro de la víctima. Starling le había cubierto la cabeza con una toalla por si la prensa amarilla lograba hacerse con el documento gráfico.

Cuando ya se marchaban, llegaron, procedentes de Charleston, tres miembros de la Brigada de Investigación Criminal del Estado de Virginia. Crawford se detuvo y entre calurosos apretones de manos y efusivos saludos les entregó unas tarjetas con el número telefónico del Centro Nacional de Información del Crimen que estaba de servicio las veinticuatro horas del día. Starling se dedicó a observar cuánto tardaba el jefe en establecer con ellos un clima de cooperación basado en vínculos puramente masculinos. Sí, naturalmente, claro que llamarían para comunicar cualquier descubrimiento; eso por descontado, no pase cuidado, somos nosotros los que le quedamos agradecidos. A lo mejor no se trataba de vínculos puramente masculinos, pensó Clarice; con ella también daba resultado.

Lamar agitó los dedos desde el porche cuando Crawford y Starling se alejaron en el coche celular conducido por el chófer en dirección al río Elk. La gaseosa todavía estaba fría. Lamar la llevó a la despensa y se preparó un refresco para él.

Capítulo 13

—Déjame en el laboratorio, Jeff —le ordenó Crawford al chófer—. Luego llevas a la agente Starling al Smithsonian y la esperas para acompañarla a Quántico.

—A la orden. Procedentes del aeropuerto nacional, cruzaban el río Potomac hacia el centro de Washington, en dirección contraria a la riada de tráfico que a última hora de la tarde abandonaba la ciudad.

El joven que iba al volante parecía temeroso de Crawford y conducía con excesiva cautela, pensó Starling. No obstante, le comprendía muy bien; en la academia era del dominio público que el último subordinado de Crawford, culpable de haber causado problemas al jefe, investigaba robos de menor cuantía en las instalaciones del DE W, grupo de estaciones de radar situadas en el Círculo Polar Ártico.

Crawford no estaba de buen humor. Habían transcurrido nueve horas desde la transmisión de las huellas y fotografías del cadáver y la víctima todavía no había sido identificada. En compañía de un grupo de soldados de las fuerzas armadas de Virginia occidental, Starling y él habían rastreado, sin resultado, las orillas del río y el puente hasta el anochecer.

En el avión, Starling le oyó requerir por teléfono los servicios de una enfermera de noche para su casa.

El coche del FBI parecía prodigiosamente silencioso después de la Piragua Azul, y hablar resultaba más cómodo.

—En cuanto lleve estas huellas a Identificación, enviaré una información urgente así como la orden de contactar con el IDL —dijo Crawford—. Hágame un borrador de una circular para el archivo. Una circular, no un 302. ¿Sabe cómo se hace?

—Sí.

—Imaginemos que yo soy el IDL. Dígame qué hay de nuevo.

Clarice tardó unos instantes en comprender de qué se trataba… y se alegró de que Crawford, al pasar junto al monumento a Jefferson, concentrase la atención en el andamiaje que lo revestía.

El índice Descriptivo Latente del sistema informático de la sección de Identificación compara las características de un crimen en curso de investigación con las tendencias de los criminales conocidos que almacena en sus archivos. Cuando

encuentra analogías significativas, sugiere sospechosos y presenta sus huellas dactilares. Entonces un operador humano compara las huellas del archivo con las halladas en la escena del crimen. Todavía no había huellas de Buffalo Bill, pero Crawford quería tenerlo todo a punto.

Ese sistema requiere que la información se suministre mediante frases breves y concisas. Starling intentó componer algunas:

—Mujer, de raza blanca, de dieciocho a veintidós años, muerta a tiros, torso y muslos desollados…

—Starling, el IDL ya sabe que mata a mujeres jóvenes, de raza blanca, y que les despelleja el torso. Por cierto, use «despellejar»; «desollar» es un vocablo más culto que otro agente podría no emplear, y no es seguro que esa maldita máquina sepa interpretar sinónimos. También sabe que las arroja a un río. Lo que ignora son los elementos *nuevos* de este caso. ¿Qué hay de nuevo aquí, Starling?

—Es la sexta víctima, la primera a la que arranca el cuero cabelludo, la primera que presenta piezas triangulares de piel arrancadas en la zona posterior de los hombros, la primera con un disparo en el pecho, la primera con una larva de insecto en la garganta.

—Ha olvidado las uñas rotas.

—No, señor Crawford, es la segunda que presenta uñas rotas.

—Tiene razón. Escuche, en la circular que redacte para el archivo, anote que lo de la larva es confidencial. Lo usaremos para eliminar confesiones falsas.

—Estaba pensando si no podría ser que en los otros casos también hubiese colocado una larva o un insecto —dijo Starling—. Sería fácil pasar ese detalle por alto en una autopsia, sobre todo tratándose de un cadáver descubierto en el agua. Ya sabe usted lo que pasa; el forense advierte de inmediato la causa evidente de la muerte, allí dentro hace calor, quiere terminar cuanto antes… ¿Podemos comprobar ese punto?

—Si no nos queda otro remedio… Naturalmente, los patólogos dirán que no han pasado por alto ningún detalle. La muchacha de Cincinnati, Jane Doe, todavía está en el depósito de cadáveres. Les pediré que la examinen de nuevo, pero las otras cuatro ya están enterradas. Una orden de exhumación siempre levanta polvareda. En el caso de cuatro pacientes del doctor Lecter que murieron mientras frecuentaban su consulta, tuvimos que exigir la exhumación porque teníamos que determinar la verdadera causa de la muerte. Pero, créame, es un trámite muy engorroso y que además trastorna a los familiares. Sólo lo exigiré si realmente no queda más remedio, pero antes de decidirlo quiero ver qué averigua usted en el Smithsonian.

—Arrancar el cuero cabelludo… no es frecuente, ¿verdad?

—Es poco corriente, efectivamente —declaró Crawford.

—Y sin embargo el doctor Lecter dijo que Buffalo Bill lo haría. ¿Cómo pudo

saberlo?

—No lo sabía.

—Pero lo dijo.

—Eso no es ningún misterio, Starling. A mí no me sorprendió demasiado. Diría que fue muy raro hasta el caso Mengel, ¿lo recuerda? ¿El que arrancó el cuero cabelludo a la mujer? A partir de entonces surgieron dos o tres imitadores. Los periódicos, cuando empezaron a emplear el mote de Buffalo Bill, observaron más de una vez que este asesino no arrancaba el cuero cabelludo a sus víctimas. A partir de eso, está muy claro; seguramente sigue con interés las noticias relativas a su persona. Lecter se limitó a hacer una conjetura. No dijo cuándo empezaría a arrancarles el cabello, de modo que nunca podía equivocarse. Si capturábamos a Buffalo Bill sin que hubiese arrancado el cabello de la víctima, Lecter hubiera dicho que lo detuvimos justo *antes* de que se dispusiese a hacerlo.

—El doctor Lecter también dijo que Buffalo Bill vive en una casa de dos plantas. Nunca hemos comentado esa afirmación. ¿Por qué la haría?

—Eso no es una conjetura. Probablemente es verdad y Lecter hubiera podido explicarle el motivo, pero no lo hizo porque quería intrigarla. Es la única debilidad que he podido descubrirle: siempre tiene que quedar como el más listo; siempre ha de ser más inteligente y perspicaz que cualquiera. Hace años que practica ese juego.

—Me dijo usted que cuando no supiese una cosa, la preguntase; ahora le pido que me lo explique.

—De acuerdo. Dos de las víctimas murieron ahorcadas, ¿verdad? Señales de ligaduras en la parte alta del cuello, desplazamiento cervical, indicios todos ellos de muerte por ahorcamiento. Como sabe el doctor Lecter por experiencia propia, Starling, es muy difícil ahorcar a una persona en contra de su voluntad. La gente se ahorca *a sí misma* con relativa frecuencia, colgándose hasta del pomo de una puerta. Incluso se ahorcan sentados; no cuesta mucho. Pero, en cambio, ahorcar a otro cuesta lo suyo; incluso habiéndole atado, si hay algo en que apoyar los pies, logra aferrarse a ello. Una escala de mano siempre suscita sospechas; la víctima no la sube con los ojos vendados y si ve la soga, menos aún. La manera más fácil de ahorcar es empleando las escaleras. Las escaleras no levantan sospechas. A la víctima se le dice que suba con cualquier pretexto, para ir al lavabo o lo que sea; se la obliga a subir con una capucha puesta, se le pasa el nudo por el cuello y se la empuja escaleras abajo, después de atar la soga a la barandilla del rellano. Es la única forma eficaz de ahorcar en una casa particular. La popularizó un sujeto de California. Si Buffalo Bill no dispusiera de escaleras, la mataría de otra forma. Y ahora deme los nombres del inspector de Potter y del sargento de la policía estatal.

Starling los buscó en un bloc de notas y los leyó a la luz de un bolígrafo-linterna que sujetó entre los dientes.

—Perfecto —declaró Crawford—. Siempre que envíe una orden urgente y de alcance nacional, mencione los nombres de los policías que han proporcionado la información. Oír sus nombres les torna más receptivos a la orden y además la fama les ayuda a recordar que tienen que llamarnos si descubren alguna cosa. ¿Qué le dice a usted la quemadura de la pierna?

—Depende si es posterior a la muerte.

—¿En caso de que lo fuera?

—Pues que Buffalo Bill posee un camión cerrado, una camioneta o un coche familiar. Un vehículo largo.

—¿Por qué?

—Porque la quemadura cruza la pantorrilla transversalmente. Se hallaban en la Décima y Pennsylvania, ante la nueva sede del FBI, a la cual nadie se refiere nunca con el nombre de Edificio J. Edgar Hoover.

—Jeff, puedes dejarme aquí —dijo Crawford—. Aquí mismo, no bajes al aparcamiento. No hace falta que bajes del coche, pero ábreme el maletero. Starling, venga a enseñármelo.

Salió con Crawford y mientras éste recogía el datafax y su cartera ella explicó:

—Metió el cadáver en un vehículo del tamaño suficiente para que el cuerpo quedase tendido de espaldas —dijo Starling—. Es la única forma de que la pantorrilla quedase en el suelo sobre el tubo de escape. En un maletero como el de este coche, el cuerpo quedaría encogido y tumbado de lado y…

—Sí. Yo también lo veo así —replicó Crawford. Comprendió entonces que la había hecho bajar para poder hablar con ella a solas.

—Cuando le dije a ese policía que era mejor no hablar de ciertas cosas delante de una mujer, se molestó usted, ¿verdad?

—Pues sí.

—Era una pura cortina de humo. Quería hablar con él a solas.

—Lo sé.

—De acuerdo. —Crawford cerró el maletero de golpe y se dio la vuelta para alejarse. Starling no podía desaprovechar la ocasión.

—Tiene una cierta importancia, señor Crawford.

Él regresaba hacia ella, cargado con el fax y la cartera, y dedicándole toda su atención.

—Esos policías saben quién es usted y el cargo que ocupa —le dijo—. Y le observan fijándose en cómo actúa.

—De pie en la acera, alzó los hombros elevando al mismo tiempo las palmas de las manos, decepcionada. Ya estaba dicho; era la verdad.

—Entendido y anotado, Starling. Ahora a trabajar con ese insecto.

—A la orden. Clarice le vio alejarse; era un hombre ya maduro, cargado de

equipaje, con la ropa arrugada del viaje y los puños de la camisa rozados del barro de la orilla del río, que regresaba a su casa, a lo que allí le esperaba.

En aquel momento, Clarice hubiera matado por él. Ése era uno de los grandes talentos de Crawford.

Capítulo 14

El Museo Nacional de Historia Natural de Smithsonian hacía horas que había cerrado sus puertas, pero Crawford había telefoneado previamente y un vigilante esperaba a Clarice Starling en la entrada de la avenida de la Constitución.

Dentro del museo, las luces eran escasas y reinaba el silencio. Sólo la colosal figura de un caudillo de una tribu de los mares del sur, situada ante la entrada, alcanzaba la altura suficiente para que la mortecina bombilla del techo le iluminase la cara.

El guía de Starling era un negro corpulento que vestía el pulcro uniforme del personal de vigilancia del Smithsonian. Cuando alzó la cara hacia las luces del ascensor, Clarice pensó que se parecía un poco al caudillo. Aquella absurda divagación le produjo un momentáneo alivio, como el que produce frotarse un calambre.

El segundo piso, contando a partir del gran elefante disecado, una planta de enormes proporciones cerrada al público, alberga los departamentos de antropología y entomología. Los antropólogos dicen que es el cuarto piso; los entomólogos afirman que se trata del tercero y unos cuantos científicos de la sección de agronomía aseguran tener pruebas de que en realidad es el sexto. Cada una de las tres facciones posee un local en el viejo edificio, con sus dependencias y subdivisiones.

Starling seguía al guía por un sombrío laberinto de pasillos forrados hasta una gran altura con cajones de madera que contenían muestras antropológicas. Sólo unas pequeñas etiquetas revelaban su contenido.

—En esas cajas hay millares de personas —dijo el vigilante—. Cuarenta mil ejemplares.

Comprobó los números de las oficinas con la linterna y dejó caer la luz por las etiquetas mientras seguían andando.

Los cráneos ceremoniales y los capazos para transportar recién nacidos de la cultura dyak dieron paso a los homópteros, y Clarice y su guía dejaron atrás al Hombre para penetrar en el primitivo y mejor estructurado universo de los Insectos. Ahora el pasillo aparecía forrado por murallas de grandes cajas metálicas pintadas de verde pálido.

—Treinta millones de insectos, dejando aparte las arañas, por supuesto. No se le

ocurra nunca incluir a las arañas con los insectos —le advirtió el vigilante—. Los entendidos se pondrían como fieras. Ya hemos llegado; ahí, el despacho que está iluminado. No intente salir sola. Si no se ofrecen a acompañarla, llámeme a esta extensión; es la oficina de guardia. Vendré a buscarla.

El vigilante le entregó una tarjeta y se marchó. Clarice se hallaba en el corazón de Entomología, una rotonda elevada a varios niveles de altura sobre el gran elefante disecado. Allí estaba el despacho, con las luces encendidas y la puerta abierta.

—¡Tiempo, Pilch! —Una voz de hombre, chillona de excitación—. Adelante. ¡Tiempo!

Starling se detuvo en el umbral. Sentados a una mesa de laboratorio, dos hombres jugaban al ajedrez.

Tendrían ambos unos treinta años; uno era moreno y flaco; el otro, rechoncho, tenía el pelo rojo y tieso como el alambre. Estaban absortos en el tablero. Si advirtieron la presencia de Starling, no lo manifestaron. Y si advirtieron la presencia del enorme escarabajo rinoceronte que avanzaba lentamente por el tablero sorteando las piezas, tampoco dieron señal de ello.

El escarabajo llegó al borde del tablero.

—¡Tiempo, Roden! —exclamó entonces el flaco. El rechoncho movió su alfil y dio la vuelta al escarabajo, que empezó a recorrer en dirección contraria la distancia que acababa de cubrir.

—¿Cuando el escarabajo llega a la esquina se acaba el tiempo? —preguntó Starling.

—¡Naturalmente! —contestó el rechoncho levantando la voz pero no la vista—. Naturalmente. ¿Cómo quiere jugar? ¿Haciéndole cruzar el tablero en diagonal? ¿Contra quién juega usted, contra un caracol?

—Traigo el ejemplar que ha motivado la llamada del agente especial Crawford.

—No entiendo cómo no hemos oído el ulular de su sirena —replicó el rechoncho —. Llevamos esperando aquí toda la noche para identificar un *bicho* del FBI. Los bichos son lo nuestro. Nadie nos ha dicho nada del *ejemplar* del agente especial Crawford. Lo mejor que puede hacer es enseñárselo en privado a su médico de cabecera. ¡Tiempo, Pilch!

—En cualquier otro momento estaré más que encantada de familiarizarme con sus costumbres, señores —dijo Starling—, pero como esto es urgente, manos a la obra. Tiempo, Pilch.

El moreno se giró para mirarla y la vio apoyada en el marco de la puerta con la cartera en la mano. Introdujo el escarabajo en una caja que contenía serrín podrido y lo cubrió con una hoja de lechuga.

Cuando se levantó, Clarice vio que era alto.

—Me llamo Noble Pilcher —dijo— y éste es Albert Roden. ¿Le urge identificar

un insecto? Estaremos encantados de ayudarla. —Pilcher tenía una cara alargada y simpática, pero sus ojos negros, algo maliciosos y excesivamente juntos, bizqueaban levemente y uno de ellos capturaba la luz por separado. No hizo gesto de tenderle la mano—. Y usted es la señorita…

—Clarice Starling.

—Veamos lo que nos trae.

Pilcher acercó el tarro de vidrio a la luz. Roden se acercó.

—¿Dónde lo ha encontrado? ¿Lo ha matado con su *pistola*? ¿Y no ha visto a su *mamá*?

A Starling se le ocurrió pensar lo bien que le vendría a Roden un codazo en la mandíbula.

—Shhh —rogó Pilcher—. Díganos dónde lo ha encontrado. ¿Estaba sujeto a algo, un tallo, una hoja, o lo ha encontrado en el suelo?

—Ya veo —dijo Starling—. Nadie les ha explicado nada.

—El director del museo nos ha rogado que permaneciésemos en el despacho para identificar un insecto para el FBI —repuso Pilcher.

—Nos ha *mandado* —precisó Roden—. Nos ha *mandado* que permaneciésemos aquí hasta estas horas.

—Lo hacemos constantemente. Nos lo piden de Aduanas y del Ministerio de Agricultura —explicó Pilcher.

—Pero no a estas horas de la noche —añadió Roden.

—Tendré que explicarles un par de cosas relacionadas con un caso de homicidio —dijo Starling—. Estoy autorizada a ello siempre y cuando comprendan que se trata de una información confidencial hasta que el caso se haya resuelto. Es importante. Hay varias vidas en juego, y les ruego que me crean. Doctor Roden, ¿puede prometerme que respetará una información confidencial?

—No soy doctor. ¿Tengo que firmar algo?

—Si me da su palabra, no será necesario. Sólo tendrá que firmar en caso de que precise quedarse con la muestra que he traído, nada más.

—Claro que la ayudaré. No soy tan *egoísta*.

—¿Doctor Pilcher?

—Es cierto —declaró Pilcher—. No es muy egoísta.

—¿Confidencial?

—No diré una palabra.

—Pilcher tampoco es doctor, todavía —dijo Roden—. Tenemos el mismo nivel académico. Pero observe que él si le ha *permitido* que le llamase doctor. —Roden se llevó la punta del pulgar a la barbilla, como queriendo subrayar lo pertinentes que habían sido sus palabras—. Cuéntenoslo todo sin omitir detalle. Cosas que a *usted* podrían parecerle irrelevantes, para un experto pueden ser información vital.

—Este insecto se hallaba alojado en el velo del paladar de una mujer víctima de asesinato. Ignoro cómo llegó hasta allí. El cadáver apareció en el río Elk, Virginia occidental; la víctima llevaba muerta pocos días.

—Se trata de Buffalo Bill. Lo he oído por la radio —dijo Roden.

—Pero por la radio no dijeron nada del insecto, ¿verdad? —preguntó Starling.

—No, pero mencionaron el río Elk. ¿Viene directamente de allí? ¿Por eso llega tan tarde?

—Sí —contestó Starling.

—Debe estar cansada. ¿Quiere un poco de café? —preguntó Roden.

—No, gracias.

—¿Agua?

—No.

—¿Coca-Cola?

—Creo que no. Queremos saber dónde estuvo cautiva esta mujer y dónde fue asesinada. Confiamos que este insecto viva en un hábitat concreto, o tenga un radio de acción limitado o duerma solamente en determinado tipo de árbol, en una palabra, queremos averiguar de dónde procede este insecto. Les he pedido que mantengan en secreto esta información porque si el homicida ha colocado el insecto deliberadamente, sólo él conoce este hecho, lo cual nos permitiría eliminar confesiones falsas y ahorrar tiempo. Son ya seis las víctimas. El tiempo se nos echa encima.

—¿Cree usted que en este momento, mientras estamos contemplando esta larva, tiene secuestrada a otra mujer? —le preguntó Roden a pocos centímetros de la cara, con las cejas arqueadas y la boca abierta. Clarice pudo verle el interior de la boca y de pronto, en un segundo, cayó en la cuenta de algo más.

—*No lo sé* —Replicó con cierta estridencia—. Eso no lo sé —repitió para suavizar el tono—. Volverá a matar lo antes que pueda.

—Pues nosotros averiguaremos esto lo antes que podamos —repuso Pilcher—. No se preocupe; este trabajo es nuestra especialidad. No podría estar usted en mejores manos.

—Con unas pinzas finas sacó el pardo capullo del frasco, lo depositó en una hoja de papel blanco bajo la luz y accionando un brazo articulado acercó una lupa.

El insecto era alargado y parecía una momia. Se hallaba enfundado dentro de una envoltura translúcida que dibujaba su morfología como un sarcófago. Las extremidades se hallaban tan adheridas al cuerpo que parecían talladas en bajorrelieve. La minúscula cara tenla una expresión de seriedad.

—En primer lugar, no se trata de un insecto que infeste habitualmente un cadáver expuesto al aire libre, y es también accidental el hecho de que haya aparecido en el agua —declaró Pilcher—. No sé hasta qué punto conoce usted el mundo de los

insectos ni qué tipo de información quiere que le demos. Digamos que tengo una vaga idea. Quiero que me lo expliquen todo.

—De acuerdo. Se trata de una ninfa, es decir, un insecto que todavía no ha alcanzado su forma perfecta, dispuesto dentro de la crisálida, esto es, el capullo que lo contiene mientras tiene lugar la metamorfosis que lo transforma de larva en adulto —explicó Pilcher.

—¿Caparazón quitinizado, Pilch? —Roden arrugó la nariz para impedir que resbalasen las gafas.

—Sí, creo que sí. ¿Quieres bajar el Chu? Consultaremos los capítulos sobre larvas. Bueno, esto es indudablemente la fase intermedia de un gran insecto. La mayoría de los insectos más desarrollados poseen esta fase. Muchos de ellos revierten a ella para pasar el invierno.

—¿Qué prefieres, consultar el libro o examinar el bicho, Pilch? —preguntó Roden.

—Examinarlo. —Pilcher depositó el insecto en la platina de un microscopio y se inclinó sobre el ocular llevando en la mano una sonda dental—. Adelante: ausencia de órganos respiratorios precisos en la región dorsocefálica; espiráculos mesotorácicos y algunos abdominales. Empecemos por ahí.

—Hummmm —se limitó a replicar Roden pasando páginas de un pequeño manual—. ¿Mandíbulas funcionales?

—No.

—¿Parejas de galeas de maxilas en el borde ventral del mesión?

—Sí, sí.

—¿Dónde están situadas las antenas?

—Adyacentes al margen mesial de los élitros. Dos pares de alas, anteriores y posteriores. El posterior queda completamente cubierto. Sólo quedan visibles los tres segmentos abdominales inferiores. Cremáster con pequeños punteados. Diría que pertenece a los lepidópteros.

—Es lo que dice aquí —replicó Roden.

—Se trata de la familia a la que pertenecen las mariposas y las polillas. Cubre un territorio inmenso —dijo Pilcher.

—Si las alas están mojadas, va a ser un jaleo. Voy a buscar las referencias —declaró Roden—. Supongo que no hay forma de impedir que me pongáis como un trapo mientras esté fuera de aquí.

—Supongo que no —repuso Pilcher—. Roden es una bellísima persona —le dijo a Starling en cuanto aquél hubo salido de la habitación.

—No lo dudo.

—Ahora no. —Pilcher parecía regocijado—. Hicimos la carrera juntos, atrapando cualquier tipo de beca que se pusiese a nuestro alcance. Él consiguió una que le

obligó a meterse en una mina de carbón a estudiar la desintegración de los protones. Pasó demasiado tiempo a oscuras. Pero no es mala persona. De todos modos, le aconsejo que no mencione la desintegración de los protones.

—Procuraré evitar el tema. Pilcher se alejó de la luz.

—Los lepidópteros forman una familia enorme. Unas treinta mil mariposas y ciento treinta mil polillas. Me gustaría sacarla de la crisálida. Tendremos que hacerlo para reducir el campo.

—De acuerdo. ¿Puede sacarla sin tener que dividirla?

—Creo que sí. Mire, ésta ya había empezado a salir antes de morir. Fíjese en esa pequeña fractura irregular que hay aquí, en la crisálida. Esto nos va a llevar cierto tiempo.

Pilcher ensanchó la grieta que había en el capullo y sacó el insecto. Las alas, adheridas, estaban empapadas.

Abrirlas fue como trabajar con un pañuelo de papel doblado quince veces y mojado. No se veía ningún dibujo.

Regresó Roden con los libros.

—¿Listo? —preguntó Pilcher—. Andando: el fémur prototorácico está oculto.

—¿Pilíferos?

—No tiene —contestó Pilcher—. ¿Le importaría apagar la luz, agente Starling?

Clarice esperó junto a la pared a que Pilcher encendiese el bolígrafo-linterna. Él se alejó de la mesa y lo enfocó hacia el insecto, cuyos ojos resplandecieron en la oscuridad reflejando el fino haz de luz.

—Mochuelo —dictaminó Roden.

—Seguramente, pero ¿cuál? —replicó Pilcher—. Encienda la luz, por favor. Se trata de un noctúrnido, agente Starling, una polilla nocturna. ¿Cuántos noctúrnidos existen, Roden?

—Veintiséis mil, de los cuales se han descrito unos… veintiséis mil.

—Aunque no hay tantos de este tamaño. Bueno, ahora te toca brillar a ti, amigo mío.

La roja pelambre de Roden cubrió el microscopio.

—Ahora hemos de estudiar la caetaxia, esto es la piel del insecto, para actuar por eliminación y reducirlo a una especie —dijo Pilcher—. En este tema, el genio es Roden.

Starling tuvo la sensación de que una oleada de cordialidad había invadido la habitación.

Roden correspondió iniciando una feroz discusión con Pilcher sobre si las verrugas de la larva estaban dispuestas en círculos o no, controversia que alcanzó a la disposición de los bulbos pilosos del abdomen.

—*Erebus odora* —anunció finalmente Roden.

—Vamos a comprobarlo —replicó Pilcher. Cogieron la muestra, bajaron en el ascensor a la planta inmediatamente superior al gran elefante disecado y penetraron en una enorme estancia cuadrada atestada de cajas verde pálido. Lo que antaño fuera una única sala había sido dividida en dos niveles a fin de aumentar la capacidad de almacenamiento de insectos del Smithsonian. Se hallaban en Neotropicales dirigiéndose hacia Noctúrnidos. Pilcher consultó su bloc de notas y se detuvo ante una caja situada a media altura de la elevada muralla.

—Hay que ir con cuidado con esos trastos —dijo corriendo la pesada puerta de metal de la caja y depositándola en el suelo—. Si se te cae en el pie, te pasas saltando tres semanas.

Deslizó el dedo por la hilera de cajones, seleccionó uno y lo sacó. En la bandeja, Starling vio unos huevos diminutos, la larva en un tubo con alcohol, un capullo abierto con una ninfa muy semejante a la suya y a continuación el insecto adulto, una gran polilla de un pardo casi negro, cuerpo peludo y esbeltas antenas, que con las alas abiertas mediría unos quince centímetros.

—La *Erebus odora* —anunció Pilcher—. La tatagua o bruja negra.

Roden ya pasaba páginas.

—«Especie tropical que a veces en otoño llega en sus correrías hasta Canadá» —leyó—. «Las larvas se alimentan de hojas de acacia, guarango y otras plantas. Originaria de las Antillas y del sur de los Estados Unidos, en Hawai se la considera plaga de la agricultura».

La hemos cagado, pensó Starling.

—Vaya por Dios —dijo en voz alta—. Por lo visto esos insectos están por todas partes.

—Pero no en todas las épocas del año. —Pilcher tenía la cabeza gacha. Se tironeó de la barbilla—. ¿Crían dos veces al año Roden?

—Un segundo… A ver, sí; en el extremo sur de Florida y en el sur de Texas, sí.

—¿Cuándo?

—En mayo y en agosto.

—Estaba pensando —dijo Pilcher— que el ejemplar que nos ha traído está un poco más desarrollado que el nuestro, y tiene pocas semanas de vida. Había empezado a fracturar el capullo para salir. En las Antillas o en Hawai sería comprensible, pero aquí estamos en invierno; en este país había de esperar todavía tres meses para salir. Sólo caben dos posibilidades: que haya crecido accidentalmente en un invernadero o bien que las críe alguien.

—¿Criarlas, de qué modo?

—En un cajón situado en un lugar templado, con algunas hojas de acacia para alimentar a las larvas hasta que estén a punto de encerrarse en el capullo. No es difícil; cuesta poco.

—¿Se trata de una afición corriente? Aparte de los científicos y profesionales, ¿cree usted que la practica mucha gente?

—No. Básicamente es cosa de entomólogos que intentan conseguir un ejemplar perfecto, y tal vez de unos pocos coleccionistas. Claro que también está la industria de la seda; ya se sabe que precisa de la cría de gusanos, pero no son de esta clase.

—Los entomólogos deben disponer de publicaciones, revistas especializadas y comercios que suministren el material adecuado.

—Por supuesto, y aquí se reciben casi todas las publicaciones.

—Le propongo una cosa —dijo Roden—. Aquí hay un par de personas que están suscritas en privado a algunas revistas; se las pediré y no creo que tengan inconveniente en dejárselas para que pueda echar un vistazo a esas bobadas.

Cuente con ello mañana por la mañana.

—Muchas gracias, señor Roden. Dejaré encargado que pasen a buscarlas.

Pilcher fotocopió las referencias de la *Erebus odora* y se las dio junto con el insecto.

—La acompaño abajo —dijo. Tuvieron que esperar el ascensor.

—A la mayoría de la gente les gustan las mariposas y les repugnan las polillas —dijo él—. Pero las polillas son más… interesantes, tienen más atractivo.

—Son destructoras.

—Algunas sí; bueno, muchas, pero viven de mil maneras distintas. Como nosotros. —Silencio durante un piso—. Hay una clase de polillas, en realidad más de una, que vive exclusivamente de lágrimas —afirmó—. Es de lo único que se alimentan o beben.

—¿Qué clase de lágrimas? ¿Lágrimas de quién?

—Lágrimas de los grandes mamíferos terrestres, los que tienen aproximadamente nuestro tamaño. La antigua definición de polilla era «cualquier ser que lenta y silenciosamente come, consume o destruye cualquier cosa». Apolillar era sinónimo de destruir… ¿Es lo único que hace, perseguir a Buffalo Bill?

—Hago todo lo que puedo. Pilcher se pasó la lengua por los dientes; la lengua parecía un gato moviéndose bajo una manta.

—¿No sale nunca a cenar? ¿A tomar una hamburguesa y una cerveza? ¿O a tomar una copa en un bar?

—Últimamente no.

—¿Quiere que vayamos a tomar algo juntos, ahora? Hay un sitio no muy lejos.

—Ahora, no; pero cuando todo esto haya terminado, me hará mucha ilusión. Propóngaselo también al señor Roden, naturalmente.

—No veo qué tiene eso de natural —replicó Pilcher. Y ya en la puerta—: Espero que termine con esto cuanto antes, agente Starling.

Ella se apresuró hacia el coche que la esperaba. Ardelia Mapp había dejado en la

cama de Starling el correo de su compañera y media barra de Mars. Mapp dormía.

Starling bajó con la máquina de escribir portátil a la lavandería, la colocó en la repisa que se usaba para doblar la ropa e introdujo dos folios y papel carbón. En el viaje de regreso a Quántico había hecho un esquema mental de sus notas sobre la *Erebus odora* y redactarlas no le llevó mucho tiempo.

Luego se comió la barra de Mars y escribió una nota para Crawford, sugiriendo repasar las listas de suscriptores de revistas entomológicas y compararlas con las de los homicidas de los archivos del FBI, con los de las ciudades más próximas a los puntos de secuestro y también con los archivos de criminales sexuales y homicidas de Metro Dade, San Antonio y Houston, zonas en que las polillas eran más abundantes.

Había otra cosa, además, que quiso mencionar por segunda vez: *Preguntémosle al doctor Lecter por qué afirmó que el asesino iba a empezar a arrancar el cuero cabelludo.*

Entregó estos papeles al agente que hacía el turno de guardia de noche y se desplomó en la acogedora cama, oyendo todavía los murmullos de las voces del día, más quedas que la acompasada respiración de Ardelia Mapp al otro extremo de la habitación. En la multitudinaria oscuridad volvió a ver la diminuta cara seria de la polilla. Aquellos ojillos relucientes habían mirado a Buffalo Bill.

Lo último que surgió de la cósmica resaca fue la despedida del Smithsonian y un pensamiento que resumía el día: *En este extraño mundo, esta mitad del mundo que ahora está a oscuras, tengo que perseguir a un ser que se alimenta de lágrimas.*

Capítulo 15

En un barrio del este de Memphis, Tennessee, Catherine Baker Martin y su novio preferido estaban contemplando, en el apartamento de éste, una película por televisión y echando caladas a una pipa cargada de hachís. Los intervalos publicitarios eran cada vez más prolongados y frecuentes.

—Tengo ganas de picar algo. ¿Quieres unas palomitas? —dijo ella.

—Ya voy a buscarlas. Dame tus llaves.

—No te muevas. Igualmente he de ir a ver si ha llamado mamá.

Se levantó del sofá; era una joven alta, corpulenta y maciza, casi gorda, dueña de una cara atractiva y de una abundante cabellera limpia y sedosa. Halló los zapatos debajo de la mesa de café y salió al exterior.

La noche de febrero era más desapacible que fría. Una tenue neblina provocada por el río Mississippi se cernía a ras de suelo envolviendo el espacioso aparcamiento. Justo encima de su cabeza, Catherine advirtió la luna que agonizaba, pálida y fina como un anzuelo de hueso. Levantar la cabeza la hizo sentirse un poco marcada. Empezó a cruzar el aparcamiento procurando mantener el rumbo hacia la puerta de su casa, situada a poco menos de cien metros de distancia.

El camión pintado de marrón estaba aparcado cerca de su apartamento, entre varias caravanas y algunas lanchas cargadas sobre remolques. Se fijó en él porque se parecía a los camiones de recaderos que a menudo le traían regalos enviados por su madre.

Al pasar junto al camión, entre la niebla se encendió una lámpara. Se trataba de una lámpara de pie, con su pantalla, colocada en el asfalto detrás del camión. Bajo la lámpara había una panzuda butaca tapizada con una cretona estampada, cuyas flores rojas destacaban chillonas en la niebla. Le vino a la menta la palabra *surrealista* y echó las culpas al porro. ¿Por qué extrañarse? Alguien se mudaba. Alguien que se instalaba o cambiaba de residencia. En Stonchinge Villas siempre había movimiento de inquilinos. El visillo de su piso se movió y se vio a su gato en el antepecho de la ventana, con el lomo arqueado y apoyando el costado en el cristal.

Tenía la llave en la mano y antes de introducirla en la cerradura miró hacia atrás. Un hombre saltó de la parte trasera del camión. A la luz de la lámpara vio que llevaba una mano enyesada y el brazo en cabestrillo. Catherine entró en su apartamento y

cerró la puerta con llave.

Apartó el visillo unos milímetros y vio que el hombre intentaba meter la butaca en la parte trasera del camión.

La agarró con el brazo sano y trató de elevarla con la rodilla. La butaca cayó. Él la enderezó, se lamió un dedo y frotó una mancha de suciedad que el accidente había causado en la cretona.

Catherine salió.

—Si quiere, le echo una mano.

—Con un tono de voz correcto; deseosa de ayudar y nada más.

—¿No le importa? Gracias.

—Una voz peculiar, forzada. Un acento que no era el de allí.

La luz de la lámpara le iluminaba la cara desde abajo, distorsionando sus facciones pero no su cuerpo, que Catherine pudo ver con toda claridad. Llevaba unos pantalones verde caqui, bien planchados, y una camisa de una especie de ante, desabrochada, que revelaba un pecho pecoso. Tenía el mentón y las mejillas sin vello, lisas y tersas como las de una mujer, y sus ojos eran unos meros puntos relucientes entre las sombras que la lámpara producía en los pómulos.

Él también la miró y ella reaccionó con cierta susceptibilidad. Generalmente, cuando se le acercaban, los hombres se sorprendían de su tamaño y algunos disimulaban mejor que otros esa sorpresa.

—Perfecto —dijo él.

El hombre despedía un olor molesto y Catherine advirtió con desagrado que el ante de la camisa todavía tenía pelo, unos pelos rizados en los hombros y en las sisas.

Levantar la butaca y depositarla en el suelo del camión fue sumamente sencillo.

—Empujémosla hacia delante, ¿le importa? —dijo él subiendo al camión y apartando algunos trastos, esas latas planas que se meten debajo de un vehículo para vaciar el aceite y un pequeño manubrio de esos que los mecánicos llaman cabrias de ataúd.

Empujaron la butaca hacia delante, hasta dejarla justo detrás de los asientos.

—¿Usa usted una catorce? —le preguntó él.

—¿Cómo?

—¿Hace el favor de pasarme esa cuerda? Ahí, justo a sus pies.

Cuando ella se inclinó para ver dónde estaba la cuerda, él le descargó un golpe con el yeso en la nuca. Ella creyó que se había dado un coscorrón en la cabeza y levantó el brazo para tantear en el momento en que el yeso golpeaba otra vez, aplastándole los dedos contra el cráneo, y otra, esta vez detrás de la oreja, descargando una sucesión de golpes, ninguno excesivamente fuerte, que la hicieron desplomarse en la butaca.

Resbaló hasta el suelo del camión y quedó tendida de costado.

El hombre la observó unos instantes y luego se quitó el yeso y el cabestrillo. Metió a toda prisa la lámpara dentro del camión y cerró las puertas traseras.

Tiró del cuello de la blusa de la chica y con una linterna leyó la talla que indicaba la etiqueta.

—Perfecto —murmuró. Rasgó la blusa por detrás con unas tijeras pequeñas, se la quitó y le ató las manos a la espalda. Luego colocó una estera en el suelo del camión y tumbó a la muchacha boca arriba.

No llevaba sujetador. Le palpó los grandes pechos con los dedos y a continuación calibró su peso y tersura.

—Perfecto —dijo.

En el pecho izquierdo tenía una mancha rosada, producto de algún juego erótico. Él se lamió el dedo para frotarla, como había hecho con la cretona, y asintió satisfecho al ver que el enrojecimiento desaparecía al someterlo a una leve presión. Luego puso a la muchacha boca abajo y le examinó el cuero cabelludo, separando su espesa cabellera con los dedos. El yeso almohadillado no le había producido corte alguno.

Apoyó dos dedos en un costado del cuello, le tomó el pulso y notó que latía con normalidad.

—Perfecto —dijo. Tenía un largo trayecto hasta su casa de bajo y planta y prefería no empezar las operaciones aquí.

El gato de Catherine Baker Martin vio por la ventana cómo se alejaba el camión, cuyas luces traseras fueron disminuyendo de tamaño y juntándose más y más.

Detrás del gato sonó el teléfono. El contestador automático del dormitorio registró la llamada; la lucecita del aparato parpadeó en la oscuridad.

Quien llamaba era la madre de Catherine, senadora de los Estados Unidos por el Estado de Tennessee.

Capítulo 16

En la década de los ochenta, la edad de oro del terrorismo, se habían establecido unas normas estrictas que entraban en vigor en el momento de producirse un secuestro que tuviese relación con cualquier miembro del Congreso:

A las 2.45 de la madrugada, el agente especial que estaba al mando de la delegación del FBI en Memphis informó a la sede central de Washington que la única hija de la senadora Ruth Martin había desaparecido.

Un cuarto de hora después, a las 3.00, dos furgonetas sin identificación salieron del húmedo garaje subterráneo de la delegación de Washington, Buzzard's Point. Una de ellas se dirigió al edificio del Senado, donde unos técnicos colocaron dispositivos de grabación y monitores de imagen en los teléfonos del despacho de la senadora Martin, así como un interceptador Title 3 en las cabinas públicas más próximas a la oficina de la senadora. El departamento de justicia despertó al miembro de menos rango de la Comisión del Servicio de Información del Senado dando así cumplimiento al requisito de comunicar oficialmente la interceptación telefónica.

El segundo vehículo, una «furgoneta detective» dotada de cristales de espejo y equipo de vigilancia, quedó estacionada en la Avenida de Virginia para cubrir la fachada de Watergate West, la residencia de la senadora Martin en Washington. Dos de los ocupantes de la furgoneta entraron en ella para instalar monitores de imagen en los teléfonos privados de la senadora.

La compañía Bell Atlantic estimaba en setenta segundos el tiempo medio de localización de cualquier llamada de rescate efectuada desde un teléfono doméstico de conmutación digital.

La Brigada de Intervención de Buzzard's Point duplicó sus turnos por si se producía un aviso de rescate en la zona de Washington y cambió su longitud de onda, sustituyéndola por una frecuencia codificada, para proteger así cualquier aviso de rescate de la intrusión de los helicópteros de los medios de información; esa clase de irresponsabilidad por parte de los medios de comunicación no era frecuente, pero había ocurrido anteriormente.

El Equipo de Rescate quedó en estado de máxima alerta y dispuesto a ser transportado por avión a cualquier punto donde se requiriesen sus servicios.

Todo el mundo confiaba que la desaparición de Catherine Baker Martin

consistiese en un secuestro perpetrado por profesionales por motivos económicos; tal posibilidad ofrecía las mayores garantías de supervivencia de la víctima.

Nadie mencionaba la peor de las posibilidades. Y entonces, poco antes del amanecer, en Memphis, un policía que investigaba en la avenida Winchester una denuncia interpuesta contra un merodeador detuvo a un vagabundo de edad que andaba recogiendo basura y hojalatas por la acera. En el carromato de ese hombre, el policía encontró una blusa de mujer abrochada por delante. La blusa estaba rasgada por detrás como una mortaja. En la etiqueta de la lavandería figuraba el nombre de Catherine Baker Martin.

Jack Crawford había salido de su casa de Arlington y conducía hacia el sur cuando a las 6.30 de la mañana el teléfono del coche sonó por segunda vez en dos minutos.

—Nueve veintidós cuarenta.

—Cuarenta, espere para recibir a Alfa 4. Crawford vio un área de descanso, penetró en ella y detuvo el motor para concentrar su atención en el teléfono. Alfa 4 es el director del FBI.

—Jack, ¿está enterado de lo de Catherine Martin?

—El oficial de guardia acaba de llamarme.

—Entonces ya sabe lo de la blusa. ¿Qué me dice?

—Buzzard’s Point está en alerta de secuestro —contestó Crawford—. Quiero que siga. Si se cancela la alerta, quiero que se mantenga la vigilancia telefónica. A pesar de la aparición de la blusa, no tenemos la certeza de que se trate de Buffalo Bill. Si se trata de un imitador, es posible que llame para pedir un rescate. ¿Quién se encarga de efectuar las investigaciones preliminares en Tennessee, nosotros o ellos? Ellos.

—La policía estatal. Son eficientes. Phil Adler acaba de llamarme desde la Casa Blanca para transmitirme el «extraordinario interés» del presidente por este caso. Un triunfo nos vendría de perillas, Jack.

—Sí, ya lo había pensado. ¿Dónde está la senadora?

—De camino hacia Memphis. Acaba de llamarme a casa hace un minuto. Ya puede usted figurarse.

—Sí. —Crawford conocía a Ruth Martin de las sesiones de presupuestos.

—Está empleando a fondo todos los resortes de poder que tiene a su alcance.

—Lo comprendo perfectamente.

—Yo también —replicó el director—. Le he dicho que estábamos yendo a toda máquina, como en los otros casos. Ella está… está enterada de su situación personal, Jack, y ha puesto un Lear oficial a su disposición. Empléelo; vuelva a casa por la noche, siempre que pueda.

—Gracias. La senadora es un sargento, Tommy. Si se empeña en dirigir el caso, va a haber trompazos.

—Lo sé. Recurra a mí si no tiene más remedio. ¿Cuánto tiempo tenemos como máximo, seis o siete días, Jack?

—No lo sé. Si se asusta al descubrir quién es la víctima, es capaz de liquidarla antes que a las demás.

—¿Dónde está usted ahora?

—A tres kilómetros de Quántico.

—¿El aeródromo de Quántico tiene capacidad para un Lear?

—Sí.

—Habrá uno allí dentro de veinte minutos.

—A la orden. Crawford marcó unos números en su teléfono y se introdujo de nuevo en el tráfico.

Capítulo 17

Embotada tras un sueño agitado, Clarice Starling, en bata y zapatillas, con la toalla echada al hombro, aguardaba turno para entrar en el cuarto de baño que ella y Mapp compartían con las alumnas de la habitación contigua. Las noticias de Memphis que oyó por la radio la dejaron helada y sin aliento.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¡Dios mío! ¡EH, AHÍ DENTRO! ¡ESTE CUARTO DE BAÑO QUEDA REQUISADO! ¡SALGA INMEDIATAMENTE CON LAS BRAGAS PUESTAS! ¡NO SE TRATA DE UN EJERCICIO DE PRÁCTICAS! —Y se metió en la ducha desplazando a una sobresaltada vecina—. Apártate, Gracie, y hazme el favor de pasarme el jabón.

Con las orejas tiesas por si sonaba el teléfono, hizo el equipaje para una noche y colocó junto a la puerta el estuche que contenía el material de peritaje forense. Se aseguró de que la centralita supiera que estaba en su habitación y renunció al desayuno para no despegarse del teléfono. Cuando faltaban diez minutos para la hora de clase, sin haber recibido ninguna llamada, bajó corriendo a Ciencias del Comportamiento con todo el equipaje.

—El señor Crawford ha salido para Memphis hace tres cuartos de hora —le dijo la secretaria, meliflua—. Le acompañaba Burrouglis, y también ha ido Stafford, del laboratorio, que ha salido desde el aeropuerto nacional.

—Le dejé un informe aquí anoche. ¿Ha dejado algún recado para mí? Soy Clarice Starling.

—Sí, ya sé quién eres. Tengo anotado tres veces tu número de teléfono y creo que en la mesa del señor Crawford aparece por lo menos otras tantas, Clarice. —La secretaria miró el equipaje de Starling—. ¿Quieres que le diga algo cuando llame?

—¿Ha dejado algún teléfono de Memphis?

—No, llamará para comunicarlo. ¿No tienes clases hoy, Clarice? Todavía estás en la academia, ¿verdad?

—Sí, sí.

La entrada, con retraso, de Starling en el aula no fue facilitada por Gracie Pitman, la muchacha a la que había expulsado de la ducha. Gracie Pitman se sentaba inmediatamente detrás de Starling. El camino hacia su asiento le pareció interminable y la lengua de Gracie Pitman tuvo tiempo de dar dos vueltas enteras dentro de su

velluda mejilla antes de que Starling pudiera quedar sumergida en el anonimato de la clase.

Sin desayuno, tuvo que aguantar dos horas de «La excepción del fundamento de la buena fe a la norma exclusiva en la investigación y detención de un sospechoso» antes de poder dirigirse a la máquina del pasillo y engullir una Coca-Cola.

A mediodía se dirigió a su buzón por si había algún mensaje, pero no encontró nada. Entonces se le ocurrió, como ya le había sucedido en otras ocasiones, que la frustración tiene un sabor muy parecido a un jarabe llamado Fleet's que la obligaban a tomar de niña.

Hay días en que uno se despierta cambiado. Ése era uno de tales para Starling, y era plenamente consciente de ello. Lo que había visto el día anterior en la funeraria de Potter había provocado en ella una pequeña falla tectónica.

Starling había estudiado psicología y criminología en una prestigiosa facultad. A lo largo de su vida había visto algunas de las monstruosas y espontáneas maneras con que el mundo provoca destrozos y siembra la destrucción. Pero entonces todavía no *sabía* y ahora, en cambio, había adquirido una sólida certeza: a veces el género humano produce, tras una cara de hombre, una mente cuyo placer es dedicarse a lo que yacía en la mesa de loza de Potter, Virginia occidental, en aquella habitación forrada con aquel papel de rosas rojas. La primera percepción que Starling tuvo de esa mente fue peor que todo lo que había visto en las autopsias. Y dicho conocimiento permanecería adherido a su piel para siempre, y supo que tendría que endurecerse porque, de lo contrario, la iría carcomiendo hasta destruirla.

La rutina cotidiana de la escuela no la ayudó en absoluto. Durante todo el día tuvo la sensación de que en el horizonte sucedían cosas. Le parecía oír un ingente murmullo de acontecimientos, como el rumor que emite un estadio lejano, y la perturbaban insinuaciones de movimientos, grupos que transitaban por los pasillos, sombras de nubes que desfilaban encima de su cabeza, el sonido de un avión.

Al acabar las clases, Starling salió a correr, dio demasiadas vueltas a la pista de atletismo y a continuación se fue a nadar. Estuvo nadando hasta que le vinieron a la mente los cadáveres que aparecían flotando en el río y a partir de ese momento ya no quiso sentir el agua en la piel.

A las siete de la tarde, en compañía de Mapp y una docena de estudiantes, contempló el telediario en la sala de estar. El secuestro de la hija de la senadora Martin no encabezaba las noticias pero era la primera después de las conversaciones de desarme de Ginebra.

Proyectaron imágenes filmadas en Memphis, empezando por la del letrero de Stonehinge Villas, tomada a través de la luz giratoria de un coche patrulla. Los medios de comunicación ordeñaban la noticia y, con pocas novedades que difundir, los informadores se entrevistaban unos a otros en el aparcamiento de Stonchinge.

Los altos cargos policiales de Memphis y del condado de Shelby, por falta de costumbre, agachaban la cabeza para hablar a las hileras de micrófonos. En un caos de gritos y codazos, destellos de objetivos y grabaciones de sonido, enumeraban las cosas que ignoraban. Cada vez que un investigador entraba o salía del apartamento de Catherine Baker Martin, los fotógrafos se inclinaban y retrocedían, colisionando de espaldas con las cámaras de televisión.

Un breve e irónico vitoreo resonó en la sala de estar de la academia cuando la cara de Crawford apareció unos instantes en la ventana del apartamento. Starling sonrió moviendo solamente media boca.

Se preguntó si Buffalo Bill estaría viendo las noticias. Se preguntó qué pensaría de la cara de Crawford o si sabría siquiera quién era Crawford.

También otras personas pensaban que acaso Bill estuviera contemplando la televisión.

Apareció la senadora Ruth Martin, que salió en directo con Peter Jennings. Luego quedó sola, en el dormitorio de su hija, en el que había un banderín de la Universidad Southwestern, carteles con el retrato de Wile E.

Coyote y la Enmienda de la Igualdad de Derechos en la pared situada a sus espaldas.

Era una mujer alta, dueña de una cara de pronunciadas facciones y rasgos vulgares.

—Me dirijo a la persona que tiene prisionera a mi hija —dijo. Se acercó a la cámara provocando un imprevisto reenfoque y habló como nunca hubiese hablado a un terrorista—. Mi hija está en sus manos. Tiene usted el poder de dejar que mi hija no sufra ningún daño. Se llama Catherine. Es una muchacha muy dulce y comprensiva. Usted controla la situación. Usted la tiene en sus manos. Usted la tiene a su cargo. Sé que es usted capaz de sentir amor y compasión. Usted puede protegerla contra cualquier cosa que pretenda hacerle daño. Ahora tiene usted una maravillosa ocasión de demostrar al mundo entero que sabe lo que es la bondad, que tiene la suficiente grandeza de espíritu para tratar a los demás mejor de lo que el mundo le ha tratado a usted. Mi hija se llama Catherine.

Los ojos de la senadora Martin se apartaron de la cámara en el momento en que su imagen era sustituida por una película familiar de una niñita que daba sus primeros pasos agarrada al sedoso pelaje de un collie.

La voz de la senadora siguió diciendo:

—La película que está viendo muestra a Catherine de pequeña. Libere a Catherine. Libérela sin hacerle daño. Déjela en libertad en cualquier punto de este país y tenga la certeza que puede usted contar con mi ayuda y mi amistad.

A continuación, una serie de instantáneas: Catherine Martin a los ocho años, sujetando la caña del timón de un velero. El barco se hallaba elevado sobre unos

tacos de madera y su padre pintaba la quilla. Dos fotografías recientes de la joven: una de cuerpo entero y un primer plano de la cara.

Y de nuevo la senadora en primer plano:

—Yo le prometo ante todo el país que puede contar usted con mi incondicional ayuda siempre que lo necesite. Me hallo en situación privilegiada para ayudarle. Soy senadora de los Estados Unidos. Trabajo en la comisión de defensa. Mis tareas se desarrollan en la Iniciativa de Defensa Estratégica, ese conjunto de armas espaciales que vulgarmente llamamos «La Guerra de las Galaxias». Si tiene usted enemigos, lucharé contra ellos. Si le ponen obstáculos, puedo eliminarlos. Puede usted llamarme a cualquier hora del día o de la noche. Catherine es el nombre de mi hija. Por favor, demuestre usted su fuerza —dijo para concluir la senadora Martin—. Libere a Catherine sin hacerle ningún daño.

—Qué inteligente —comentó Starling. Temblaba como una hoja—. Dios mío, qué inteligente.

—¿El qué? ¿Lo de la Guerra de las Galaxias? —replicó Mapp—. Si los extraterrestres intentan controlar la mente de Buffalo Bill desde otro planeta, la senadora Martin puede protegerle, ¿es ése el mensaje?

Starling asintió con un gesto de cabeza y explicó:

—Muchos esquizofrénicos paranoicos sufren esa alucinación concreta: control extraterrestre. Si la mente de Bill funciona de ese modo, a lo mejor este enfoque lo desestabiliza. Pero ha sido un bombardeo genial, y ella lo ha llevado a cabo con mucha valentía, ¿no crees?

Tal vez consiga unos cuantos días más para Catherine. Quizá tengan tiempo de minar un poco la resistencia de Buffalo Bill, o quizá no; Crawford opina que cada vez abrevia más los períodos. Por *probar* nada se pierde; pueden probar otras cosas.

—Cualquier cosa probaría yo si tuviera secuestrada a una hija mía. ¿Por qué decía todo el rato «Catherine»? ¿Por qué tanto repetir el nombre?

—Porque intentaba que Buffalo Bill viese a Catherine como persona. La teoría es que él tendrá que despersonalizarla, verla como un objeto, antes de poder destrozarla. Los asesinos reincidentes, algunos, han mencionado ese punto concreto en las entrevistas a que se les ha sometido en la cárcel. Dicen que es como trabajar sobre un muñeco.

—¿Ves a Crawford detrás de la declaración de la senadora Martin?

—Es posible, aunque también es posible que la orientación general de sus palabras se deba al doctor Bloom… Mira, ahí está —dijo Starling.

En la pantalla apareció una entrevista grabada varias semanas antes con el doctor Alan Bloom, de la Universidad de Chicago, sobre el tema de los asesinos reincidentes.

El doctor Bloom se negó a comparar a Buffalo Bill con Francis Dolarhyde o

Garrett Hobbs, o con cualquiera de los asesinos conocidos a través de su experiencia profesional. También se negó a usar el sobrenombre de «Buffalo Bill». La verdad es que no dijo gran cosa, pero de todos era sabido que era un eminente experto en la materia, probablemente el experto, y los medios de comunicación querían mostrar su rostro en la pantalla.

Emplearon sus últimas palabras para concluir el reportaje: «No podemos amenazarle con nada peor que su propia realidad, esa realidad a la que tiene que enfrentarse cada día. Pero lo que sí *podemos* hacer es rogarle que acuda a nosotros, porque estamos en condiciones de ofrecerle tratamiento y ayuda. Sobre este punto quisiera subrayar que nuestro ofrecimiento es incondicional y fruto de la más absoluta sinceridad».

—Ayuda, buena falta nos hace a todos —comentó Mapp—. No te digo lo bien que me vendría a mí un poco de ayuda. Me encanta esa palabrería relamida y facilona. ¿En total qué ha dicho? Nada. Y te apuesto lo que quieras a que encima no ha logrado conmover a Buffalo Bill en absoluto.

—No dejo de pensar en esa pobre chica de Virginia —dijo Starling—. Me distraigo un rato, qué sé yo, media hora, y luego la vuelvo a ver y se me hace un nudo en la garganta. Llevaba las uñas pintadas… No dejes que me obsesione, Ardelia.

Rebuscando entre sus múltiples entusiasmos, durante la cena Mapp disipó el pesimismo de Starling y fascinó a cuantos la escuchaban con disimulo comparando la métrica de las canciones de Stevie Worider con la de los poemas de Emily Dickinson.

Cuando se dirigían a la habitación, Starling halló un recado en su buzón. Lo abrió y leyó lo siguiente: *Llame a Albert Roden,* y un número de teléfono.

—Esto demuestra mi teoría —le dijo a Mapp cuando ambas se metían en la cama con sus libros.

—¿Qué teoría?

—Pues que conoces a dos tíos y el que llama, con una insistencia plúmbea, es el que no te interesa.

—Yo sé algo de eso.

En aquel momento sonó el teléfono. Mapp se tocó la punta de la nariz con el lápiz.

—Oye, si es el cachondo de Bobby Lawrence, ¿quieres decirle que estoy en la biblioteca? —dijo Mapp—. Dile que le llamaré yo mañana.

Era Crawford, llamando desde un avión; la voz sonaba estridente en el teléfono.

—Starling, haga el equipaje para dos noches y reúnase conmigo dentro de una hora.

Clarice creyó que Crawford se había alejado; sólo se oía un zumbido hueco; de pronto, la voz regresó con brusquedad:

—No traiga equipo de ninguna clase, sólo ropa.

—¿Dónde me reúno con usted?

—En el Smithsonian.

—Y se puso a hablar con otra persona antes de colgar.

—Jack Crawford —dijo Starling arrojando su bolsa de viaje sobre la cama.

La cabeza de Mapp apareció por encima del *Código Federal de Procedimiento Criminal*. Entrecerrando uno de sus grandes ojos castaños, estuvo observando a Starling mientras ésta hacía el equipaje.

—No quiero meterte ideas extrañas en la cabeza —dijo al fin.

—Sí quieres —replicó Starling, sabiendo lo que se avecinaba. Mapp había hecho la carrera de derecho en la Universidad de Maryland pagándose los estudios con el sueldo que ganaba trabajando por las noches. En la academia era la segunda de la clase. Su actitud ante los libros era simplemente devorarlos.

—Mira, mañana tenemos examen de Penal y dentro de dos días la prueba de P.E. Procura que Crawford, el jefe supremo, sepa que como no tenga cuidado, pueden obligarte a repetir. En cuanto te diga: «Buen trabajo, señorita Starling», no hagas la chorrada de contestar: «Ha sido un placer». Te plantas delante y le dices a la cara: «Cuento con que usted personalmente se encargue de que no me hagan repetir por haber faltado a clase». ¿Me explico?

—Puedo presentarme a Penal en segunda convocatoria —contestó Starling, abriendo un pasador con los dientes.

—Sí, claro, y si te presentas sin tiempo de estudiar y te suspenden, ¿crees que no te van a obligar a repetir? ¿Estás de broma? Te echarán por la puerta de servicio sin contemplaciones. El agradecimiento, Clarice, tiene una vida muy corta. Haz que te prometa que nada de *repetir*. Tienes unas notas buenísimas, fuérzale a que te lo prometa. Hija, nunca voy a encontrar una compañera de habitación que un minuto antes de clase planche tan rápido y bien como tú.

Starling circulaba con el viejo Pinto por la autopista a buena marcha, a diez kilómetros menos de la velocidad en que empezaban las vibraciones del volante. El olor a aceite caliente y moho, los traqueteos del chasis y los gemidos de la transmisión evocaban tenues recuerdos de la camioneta de su padre, recuerdos de ir sentada a su lado, junto a sus hermanos pequeños que, incansables, no dejaban un instante de moverse. Ahora la que conducía era ella. Era de noche; los repetidos destellos blancos de las líneas de la calzada pasaban bajo las ruedas, constantes e intermitentes. Tenía tiempo para pensar. Sus miedos le arrojaban el aliento a la nuca; otros recuerdos, más recientes, se agitaban sin cesar a su lado.

A Starling le atenazaba el temor de que se hubiese descubierto el cadáver de Catherine Baker Martin. Podía ser que Buffalo Bill, al descubrir de quién se trataba su víctima, se hubiera asustado, la hubiera matado y la hubiera arrojado a un río

después de colocarle una larva de insecto en la garganta.

A lo mejor Crawford traía el insecto para que lo identificasen. ¿Por qué otra razón quería que se reuniese con él en el Smithsonian? Sin embargo, traer un insecto podía hacerlo cualquier agente o incluso un mensajero del FBI. Y él le había dicho que hiciese el equipaje para dos días.

Entendía perfectamente que Crawford no le hubiese dado explicaciones, hablando como hablaba desde un radiotransmisor que podía no tener garantías de seguridad, pero tener que hacer conjeturas era enloquecedor.

Halló en la radio una emisora dedicada exclusivamente a transmitir noticiarios y esperó el inicio del informativo escuchando el boletín meteorológico. Pero las noticias no le sirvieron de ayuda. Las relativas a Memphis eran una repetición de las de la siete. La hija de la senadora Martin había desaparecido. Se había hallado su blusa rasgada en la espalda, al estilo de Buffalo Bill. No había testigos. La víctima hallada en Virginia occidental seguía sin ser identificada.

Virginia occidental. Entre los recuerdos de Clarice Starling de la funeraria de Potter había uno sólido y valioso. Algo duradero, que brillaba destacando con luz propia sobre el fondo de las lóbregas revelaciones.

Algo que merecía la pena conservar. Clarice lo evocó deliberadamente, descubriendo que podía oprimirlo para darse ánimo, como un talismán. En la funeraria de Potter, de pie ante el fregadero, había hallado fuerza en una fuente que al mismo tiempo que sorprenderla le agradaba: el recuerdo de su madre. Starling, para sobrevivir, se había alimentado de la fuerza de su padre, recibida de segunda mano a través de sus hermanos; y la generosa dádiva que había descubierto no sólo la sorprendía sino que la emocionaba.

Aparcó el coche ante la sede central del FBI en la Décima y Pennsylvania. En la acera se habían instalado dos equipos móviles de televisión; los informadores, a la luz de los focos, aparecían exageradamente acicalados.

Recitaban honestas informaciones sobre el fondo del edificio J. Edgar Hoover. Starling esquivó los focos y recorrió a pie las dos manzanas que la separaban del Museo Nacional de Historia Natural del Smithsonian.

Vio unas pocas ventanas iluminadas en los pisos altos del vetusto edificio. Una furgoneta de la policía del condado de Baltimore estaba aparcada en la plazuela semicircular de la entrada. El chófer de Crawford, Jeff, aguardaba al volante de una camioneta de vigilancia estacionada inmediatamente detrás. Cuando vio llegar a Starling, dijo algo a un transmisor que llevaba en la mano.

Capítulo 18

El vigilante del Smithsonian condujo a Clarice Starling al segundo piso, contando a partir del gran elefante disecado. El ascensor se abrió en la enorme planta sombría y en ella estaba Crawford, esperándola solo, con las manos metidas en los bolsillos de la gabardina.

—Buenas noches, Starling.

—Hola —contestó ella. Crawford se dirigió al guardia.

—Desde aquí ya podemos ir solos, agente. Muchas gracias. Crawford y Starling avanzaron juntos por un corredor bordeado de bandejas apiladas y cajones con muestras antropológicas. En el techo estaban encendidas algunas luces, no muchas. Cuando Starling adoptó la actitud de Crawford, que caminaba con la postura encorvada y reflexiva que hubiera convenido a un paseo por los jardines de la academia, ella intuyó que él sentía deseos de pasarle el brazo por el hombro y que lo hubiera hecho si le hubiera sido posible tocarla.

Aguardó a que él dijese algo. Al fin se detuvo, se metió también ella las manos en los bolsillos y quedaron ambos frente a frente, mirándose en aquel pasillo envuelto en el silencio de los huesos.

Crawford apoyó la cabeza en los cajones y realizó una profunda inspiración.

—Catherine Martin probablemente sigue viva —dijo. Starling asintió y dejó la cabeza gacha. Tal vez a él le resultase más fácil hablar si ella no le miraba. Él se mostraba sereno, aunque algo lo tenía preocupado. Starling se preguntó si habría muerto su esposa. Tal vez fuese fruto de haber pasado el día entero con la angustiada madre de Catherine.

—En Memphis no he sacado nada en claro —dijo él—. La secuestró en el aparcamiento, creo. Nadie vio nada. Catherine entró en su apartamento y luego, por algún motivo, salió de nuevo. No tenía la intención de estar fuera mucho rato, porque dejó la puerta entreabierta y corrió el pestillo para que no se cerrara de golpe. Las llaves se encontraron encima del televisor. Dentro, todo intacto. No creo que Catherine permaneciese en su casa mucho rato. No llegó hasta el contestador automático que hay en el dormitorio. La luz roja que indica que se ha recibido un mensaje centelleaba todavía cuando el bobalicón del novio llamó por fin a la policía.

Sin darse cuenta, Crawford dejó caer la mano en una bandeja repleta de huesos y

rápidamente la retiró.

—De modo que la tiene prisionera, Starling. Las cadenas de televisión han accedido a no efectuar una cuenta atrás en los telediarios de la noche; el doctor Bloom opina que tal actitud le sirve de aliciente para liquidarlas.

De todas formas, a la prensa sensacionalista no habrá quien se lo impida.

En un secuestro anterior, se halló una prenda de vestir rasgada por la espalda con la suficiente rapidez para poder identificarla como perteneciente a una víctima de Buffalo Bill mientras aún la mantenía con vida.

Starling recordaba la macabra cuenta atrás que, en unas primeras planas orladas de negro, llevaron a cabo varios periódicos de la prensa amarilla. Duró dieciocho días antes de que apareciese el cadáver flotando.

—Así que Catherine Baker Martin está esperando en el camerino de Buffalo Bill, Starling, y contamos quizá con una semana de tiempo. Eso como mucho; Bloom opina que está acortando los períodos.

Para ser Crawford, se había extendido notablemente hablando. La utilización de «camerino», con su referencia al mundillo teatral, olía a exageración, a prólogo. Starling guardó silencio, esperando a que entrase en materia, y él así lo hizo.

—Pero esta vez, Starling, *esta vez* es posible que tengamos un pequeño respiro.

Ella levantó los ojos y le miró por debajo de las cejas, esperanzada y atenta.

—Tenemos otro insecto. Sus amigos, Pilcher y ese… otro.

—Roden.

—Están trabajando en ello.

—¿Dónde estaba? ¿En Cincinnati? ¿En la chica del depósito de cadáveres?

—No. Venga conmigo. Se lo voy a enseñar. Quiero saber qué opina usted.

—Entomología está por el otro lado, señor Crawford.

—Lo sé. Doblaron la esquina y se encaminaron hacia la puerta de Antropología. Detrás del cristal esmerilado había luz y se oían voces. Clarice entró.

Tres hombres vestidos de bata blanca trabajaban en una mesa situada en el centro de la habitación bajo una potente bombilla. Starling no alcanzó a ver qué hacían.

Jerry Burroughs, de Ciencias del Comportamiento, inclinado por encima de sus hombres, tomaba notas en un cuaderno. En la habitación reinaba un olor conocido.

Entonces uno de los hombres de bata blanca se desplazó para llevar algo al fregadero y Clarice lo vio todo.

En una bandeja de acero inoxidable depositada encima de la mesa de trabajo estaba «Klaus», la cabeza que ella había descubierto en Guardamuebles Desunión.

—El insecto lo tenía Maus en la garganta —dijo Crawford—. Un minuto, Starling. ¿Estás hablando con la sala de radio, Jerry?

Burroughs leía las notas de su cuaderno por teléfono. Tapó con la mano el comunicador.

—Sí, Jack; están a punto de difundir las fotografías de Klaus. Crawford tomó el auricular que él le tendía.

—Bobby, no esperéis la confirmación de la Interpol. Enviad las fotografías ahora mismo, junto con el expediente médico. A los países escandinavos, Alemania y Holanda. No olvidéis mencionar que es posible que Maus sea un marino mercante que abandonó su barco. Sobre todo indicad que es muy probable que la Seguridad Social de esos países posea una solicitud de reembolso por la fractura del pómulo; se llama el arco cigomático. Recordad que hay que enviar las dos gráficas dentales, la universal y la de la Federation Dentaire. Se le calcula una edad, pero recalcad que se trata de un cálculo aproximado, porque no se puede confiar demasiado en las suturas craneales. —Le devolvió el teléfono a Burroughs—. ¿Dónde tiene sus cosas, Starling?

—En recepción, abajo.

—El insecto ha sido encontrado por los de Johns Hopkins —declaró Crawford mientras aguardaban el ascensor—. Estaban examinando la cabeza a petición de la policía del condado de Baltimore. Lo tenía alojado en la garganta, igual que la chica de Virginia occidental.

—Igual que en Virginia occidental.

—Todo un éxito, Starling. Los de Johns Hopkins lo han encontrado hacia las siete de esta tarde. El fiscal del distrito de Baltimore me ha llamado al avión. Ha enviado todo el paquete, incluido Klaus, para que pudiéramos verlo *in situ*. También quería conocer la opinión del doctor Angel sobre la edad de Klaus y cuántos años tenía cuando se fracturó el pómulo. La oficina del fiscal también consulta al Smithsonian, como nosotros.

—Un segundo. Tengo que asimilar todo esto. ¿Está usted diciendo que tal vez fue Buffalo Bill quien mató a *Klaus*? ¿Hace años?

—¿Acaso le parece demasiado traído por los pelos? ¿Demasiada coincidencia?

—En este momento sí.

—Déjelo que cueza un rato.

—Fue el doctor Lecter quien me indicó dónde encontrar a Klaus —dijo Starling.

—Efectivamente.

—El doctor Lecter me dijo que su paciente, Benjamin Raspail, afirmaba haber matado a Klaus. Pero Lecter también dijo que en su opinión la muerte se produjo por una asfixia erótica accidental.

—Así es.

—Y usted piensa que quizá el doctor Lecter sabe exactamente cómo murió Klaus, y que el asesino no fue Raspail y que la muerte no fue producida por asfixia erótica.

—Klaus tenía un insecto en la garganta y la chica de Virginia occidental tenía también un insecto en la garganta. Nunca he visto tal cosa en ningún otro caso. Jamás

he leído nada parecido y jamás he oído nada semejante. ¿Qué opina usted?

—Opino que usted me ha dicho que hiciese el equipaje para dos días. Quiere que vaya a ver al doctor Lecter, ¿verdad?

—Usted es la única persona con quien se digna hablar. —Crawford manifestó una profunda tristeza al decir—: Me figuro que a ratos se burla de usted.

Ella asintió.

—Hablaremos de camino al psiquiátrico —dijo él.

Capítulo 19

—El doctor Lecter llevaba años ejerciendo de psiquiatra antes de que le detuviéramos por sus crímenes —dijo Crawford—. Era un eminente especialista al que consultaban con frecuencia los tribunales de Maryland y Virginia y otros Estados de la costa oriental. Tiene una gran experiencia en el campo de la demencia criminal. Quién sabe lo que pudo haber instigado, meramente por divertirse. Es posible que sepa algo de este caso. Por otra parte, mantenía una cierta relación social con Raspail, el cual, además, era paciente suyo. Quizá Raspail le dijo quién mató a Klaus.

Crawford y Starling se hallaban de frente, sentados en sendas sillas giratorias en el compartimento trasero de la furgoneta de vigilancia, dirigiéndose hacia el norte de la N95 en dirección a Baltimore, ciudad de la que se hallaban a unos cincuenta kilómetros de distancia. Jeff, que era quien conducía, había evidentemente recibido órdenes de avanzar a buena marcha.

—Lecter se ofreció a colaborar, ofrecimiento que yo rechacé de plano. Ya he recibido su ayuda en otras ocasiones. Nunca nos comunicó nada de importancia y la última vez su colaboración sólo sirvió para que a Will Graham le cosieran la cara a puñaladas. Y simplemente por pura diversión. Pero, que aparezca un insecto en la garganta de Klaus y otro en la garganta de la chica de Virginia constituye una coincidencia que no puedo pasar por alto. Alan Bloom jamás ha oído mencionar semejante hecho, y yo tampoco. ¿Se ha topado usted con algo parecido, Starling? Usted, últimamente, ha leído más literatura especializada que yo.

—Nunca. Que se inserten determinados objetos en las víctimas, sí, pero un insecto jamás.

—Dos cosas para empezar. Primeramente, nuestro punto de partida es que el doctor Lecter sabe efectivamente algo concreto; en segundo lugar, no olvidemos en ningún momento que Lecter lo único que pretende es divertirse. Tenga siempre presente este concepto: la diversión. Tenemos que lograr que Lecter desee que detengamos a Buffalo Bill mientras Catherine Martin siga aún con vida. Todo lo positivo de la diversión ha de apuntar en esa dirección. No disponemos de nada con que amenazarle; ya le han privado del retrete y de sus libros. En estos momentos se halla prácticamente en cueros.

—¿Qué ocurriría si simplemente le explicásemos la situación y le ofreciésemos

algo a cambio? Una celda con una ventana, por ejemplo. Es lo que pidió cuando se ofreció a ayudar.

—Se ofreció a *ayudar*, Starling, no a proporcionar información. El hecho de proporcionar información no le ofrece la suficiente oportunidad de alardear. Veo que pone usted cara de duda. Es partidaria de decirle la verdad. Escuche. Lecter no tiene prisa. Está siguiendo este caso como si se tratase de un partido de béisbol. Si le pedimos que nos proporcione información, decidirá esperar. No nos la dará de inmediato.

—¿Ni siquiera a cambio de una recompensa? ¿Una recompensa que no obtendrá si Catherine Martin muere?

—Supongamos que le decimos que *sabemos* que posee información y que queremos que nos la comunique. Lo que más le divertiría es hacernos esperar, fingiendo semana tras semana que intenta recordar, avivando la esperanza de la senadora Martin, dejando luego morir a Catherine, y después atormentando a una madre, y luego a otra, y luego a otra, manteniéndolas en vilo, afirmando que está a punto de recordar… Eso sería para él muchísimo más gratificante que disponer de una ventana. Vive de eso, Starling. De eso se alimenta. Mire, no estoy seguro de que con la edad los hombres aprendan gran cosa, pero indudablemente los años enseñan a evitar determinadas desgracias. Y aquí hay bastantes desgracias que pueden evitarse.

—De modo que el doctor Lecter ha de creer que acudimos a él estrictamente en busca de teoría y percepción —dijo Starling.

—Correcto.

—¿Y por qué me ha avisado? ¿Por qué no me ha enviado a entrevistarle sin ponerme al corriente?

—Porque quiero que se halle al mismo nivel que yo. Usted hará lo mismo cuando ocupe un puesto de mando.

Lo contrario funciona poco tiempo.

—Así pues, no se menciona el insecto de la garganta de Klaus ni se establece relación alguna entre Klaus y Buffalo Bill.

—No. Usted vuelve a visitarle porque le ha impresionado el hecho de que vaticinase que Buffalo Bill empezaría a arrancar cabelleras. Haga constar que yo estoy muy escéptico al respecto, lo mismo que Alan Bloom, pero que la he autorizado a que se entretenga desenredando ese ovillo. Le dice que ha sido usted designada para hacerle una oferta de ciertos privilegios, determinadas cosas que sólo un personaje tan poderoso como la senadora Martin puede conseguir. Es fundamental que Lecter crea que debe darse prisa, ya que la oferta, si Catherine muere, se desvanece. De ocurrir tal cosa, la senadora se desinteresa por completo de él. Y especifique que si fracasa, será porque ni es tan inteligente como afirma ni tiene los conocimientos necesarios para hacer lo que dijo que haría, no porque se niegue a colaborar para

fastidiarnos.

—¿Y se desinteresará efectivamente la senadora?

—Más vale que pueda usted declarar bajo juramento que desconoce la respuesta a esa pregunta.

—Ya comprendo. De modo que la senadora Martin no había sido informada. Aquello requería cierto coraje.

Evidentemente Crawford temía las interferencias y le preocupaba el que la senadora cometiese el error de pedir ayuda al doctor Lecter.

—¿*Comprende* usted realmente?

—Sí. ¿Cómo puede ser el doctor Lecter lo suficientemente concreto para dirigirnos hacia Buffalo Bill sin demostrar que posee datos específicos? ¿Cómo puede lograrlo sin más medios que su capacidad de percepción y sus conocimientos teóricos?

—No lo sé, Starling. Ha tenido mucho tiempo para pensar en ello. Ha esperado por espacio de seis víctimas.

El teléfono de la furgoneta empezó a zumbar y a centellear al efectuar la primera de las llamadas que Crawford había programado con la centralita del FBI.

Durante los veinte minutos siguientes, Crawford estuvo hablando con oficiales que conocía en la policía estatal holandesa, con un *Overstelojtnant* de las fuerzas de seguridad suecas que había estudiado en Quántico, con un amigo que ocupaba el puesto de adjunto del *Rigspolitichef* de la policía gubernamental danesa, y sorprendió a Starling poniéndose a hablar en un correcto francés, con el oficial encargado de la guardia nocturna de la Police Criminelle belga. En todas esas ocasiones subrayó la urgente necesidad de identificar cuanto antes a Klaus y a sus asociados. Cada una de esas jurisdicciones debía tener ya la solicitud expedida por télex por la Interpol, pero con esas llamadas personales se aseguraba de que se diese curso a la solicitud con mayor rapidez.

Starling comprendió que Crawford había elegido la furgoneta por su avanzado sistema de comunicaciones estaba dotada de los más sofisticados adelantos tecnológicos—, aunque dicha tarea le hubiera resultado más cómoda desde el despacho. Aquí tenía que revisar sus notas en un diminuto tablero iluminado por una luz lateral, y cada vez que los neumáticos pisaban un remiendo de alquitrán, saltaban. Clarice no tenía demasiada experiencia de servicio, pero sabía que era bastante infrecuente que un jefe de sección anduviese en una furgoneta en una misión de este tipo. Crawford hubiera podido darle las instrucciones por radioteléfono. Se alegró de que no hubiese sido así.

Tenía la impresión de que el silencio y la calma que proporcionaban la furgoneta, así como el pausado intervalo que permitía que la misión se desarrollase con sosiego, habían sido comprados a un alto precio. Oír a Crawford hablar por teléfono confirmó

tal intuición.

Crawford hablaba con el director del FBI.

—No, señor. ¿Han vuelto a autorizarlo? ¿Cuánto tiempo me dan? No, señor. No. Nada de dispositivos de escucha. Tommy, lo recomiendo encarecidamente. Insisto en ello. No quiero que ella lleve ningún dispositivo. El doctor Bloom opina exactamente lo mismo. Está en O'Hare, bloqueado por la niebla. En cuanto despeje, saldrá. De acuerdo.

A continuación Crawford mantuvo una críptica conversación telefónica con la enfermera que hacía el turno de noche en su casa. Al terminar, se quedó mirando por la ventanilla por espacio quizá de un minuto, con las gafas colgadas de un dedo que reposaba en la rodilla; iluminada por los faros que venían en dirección contraria, la cara se le veía desnuda. Luego se puso las gafas y se volvió hacia Starling.

—Disponemos de tres días para entrevistar a Lecter. Si no obtenemos resultados, pasa a manos de la policía de Baltimore, que lo interroga a fondo mientras se lo autorice el juzgado.

—La última vez, los interrogatorios no sirvieron de gran cosa. El doctor Lecter no se deja impresionar.

—¿Qué les dio después de tantas horas, una gallina de papel?

—Una gallina, sí. La arrugada gallina de papel estaba todavía en el bolso de Starling. Ésta la alisó encima del pequeño tablero y la accionó por la cola para que picotease.

—Comprendo a la policía de Baltimore. Lecter es su prisionero. Si aparece el cadáver de Catherine, el comisario quiere poder decirle a la senadora Martin que ha hecho todo cuanto estaba a su alcance.

—¿Cómo está la senadora Martin?

—Animosa pero angustiada. Es una mujer inteligente y de carácter, rebosante de sentido común. A usted probablemente le gustaría, Starling.

—¿Cree que Johns Hopkins y homicidios de Baltimore callarán lo del insecto en la garganta de Klaus? ¿Podernos mantenerlo a salvo de la prensa?

—Al menos durante tres días, sí.

—Ha costado conseguirlo, ¿verdad?

—No podemos confiar en Frederick Chilton ni en el personal del psiquiátrico —contestó Crawford—. Si Chilton se entera, se entera todo el mundo. Chilton, por supuesto, está informado de que va usted para allá, pero simplemente como un favor hacia la policía de Baltimore. Oficialmente usted va para ayudar a cerrar el caso de Klaus; lo de Buffalo Bill queda al margen.

—¿Y no resulta sospechoso que me presente a estas horas de la noche?

—Es el único momento que le he autorizado yo a usted. También tengo que decirle que lo del insecto de la chica de Virginia aparecerá en los diarios de mañana.

La oficina del forense de Cincinnati se ha ido de la lengua, de modo que ya no es un secreto. Lo que Lecter pretenderá de usted es un relato detallado, cosa que no importa demasiado, siempre y cuando no se entere de que hemos encontrado otro en la garganta de Klaus.

—¿Qué tenemos para ofrecerle a cambio?

—Estoy trabajando en ello —contestó Crawford, y se volvió hacia el teléfono.

Capítulo 20

Un cuarto de baño espacioso, todo de azulejo blanco, luces cenitales y sanitarios de esbelta línea italiana colocados sobre unos muros de viejo ladrillo visto. Un ornamentado tocador flanqueado por plantas de gran altura y atestado de cosméticos, el espejo perlado del vapor de la ducha. De la ducha salía un canturreo excesivamente agudo para la forzada voz que lo emitía. Era una canción de Fats Walter, «Cash for Your Trash», del musical *Ain't Misbehavin'*. A ratos la voz abandonaba el tarareo y cantaba fragmentos de letra:

Guarda tus viejos DIARIOS,
Haz con ellos un MONTÓN
TARARÁ, TARÁ, TARIRO, TARARÍ,
TARÍ, TARÓOO…

Siempre que se oían palabras, una perrita de pequeño tamaño arañaba la puerta del cuarto de baño.

En la ducha se hallaba Jame Gumb, varón, de raza blanca, treinta y cuatro años, metro ochenta y cinco de estatura, noventa y dos kilos de peso, sin señales especiales que lo caractericen. Pronuncia su nombre de pila como *James* pero sin la s. Jame. Insiste en que se diga así.

Tras aclararse, Gumb se aplicó Friction des Bains, frotándose el pecho y las nalgas con las manos y empleando un paño de secar platos para las zonas que no deseaba tocar. Tenía el vello de las piernas y los pies un poco crecido, pero decidió que podía pasar.

Se secó con una toalla rosa y se aplicó una generosa cantidad de leche hidratante en todo el cuerpo. El espejo de cuerpo entero estaba provisto de una cortina de ducha suspendida de una barra que lo ocultaba.

Gumb empleó el paño para ocultarse el pene y los testículos entre las piernas. Corrió la cortina a un lado y se contempló en el espejo, adoptando una postura de vampiresa a pesar del escozor que ello le causó en las partes.

—Acércate, vida mía, acércate mucho más.

Usó el registro más agudo de su voz, que tenía una tonalidad natural de bajo,

convencido de que sus intentos progresaban. Las hormonas que había tomado —Premarin durante una temporada y después dietilestilbestrol, por vía oral— no podían cambiarle la voz pero habían reducido un poco el vello que crecía entre sus incipientes pechos. Unas prolongadas sesiones de electrólisis habían hecho desaparecer la barba de Gumb y modificado la línea del nacimiento del cabello dejándola puntiaguda, pero de aspecto no parecía una mujer. Parecía un hombre dispuesto a luchar no sólo a puñetazos y patadas sino también con las uñas.

Averiguar si su conducta obedecía a un deliberado pero infructuoso esfuerzo por afeminarse o era más bien una burla cruel hubiera resultado, para una amistad superficial, difícil de precisar, y amistades superficiales era lo único que tenía.

—Dime cuándo tú vendrás, dime cuándo, cuándo, cuánnndoooo…

Al sonido de su voz, el perro arañó la puerta. Gumb se puso el batín y dejó entrar a una perra caniche de color champaña. La cogió en brazos y le dio un beso en su rollizo trasero.

—Sí-í-í-í. ¿Estás *muerta de hambre*, Preciosa? Igual que yo.

Trasladó a la perrita de un brazo a otro para abrir la puerta del dormitorio. El animal se contorsionó deseoso de bajar al suelo.

—Sólo un minutito, cariño mío. —Con la mano libre cogió una carabina Mini-14 que estaba en el suelo junto a la cama y la colocó sobre las almohadas—. *Ya está.* Ya está. Ahora vamos a preparar la cena, que estará lista en un instante.

Dejó a la perra en el suelo mientras buscaba el pijama. El animal se arrastró ansioso escaleras abajo hacia la cocina.

Jame Gumb sacó del microondas tres bandejas de platos preparados. Dos eran sabrosos guisos para él y la tercera comida de régimen para la perra.

El caniche devoró la carne en salsa y el postre y dejó el acompañamiento de verduras. Jame Gumb no dejó más que los huesos.

Hizo salir a la perra por la puerta trasera de la casa y cruzándose el batín, porque hacía frío, se quedó observando cómo se agachaba el animal en la franja de luz que salía por la puerta a hacer sus necesidades.

—No has hecho el Número Doo-oos. De acuerdo, de acuerdo. No te miro. —Pero la contempló por una rendija de los dedos—. ¡Ahora sí, trasto, más que trasto! ¡Eres una perfecta señorita! Andando, vámonos a la cama.

Al señor Gumb le gustaba acostarse. Lo hacía varias veces cada noche. También le gustaba levantarse e irse a sentar a alguna de sus numerosas habitaciones sin encender la luz o bien trabajar un rato cuando tenía entre manos algún proyecto creativo.

Se disponía a apagar la luz de la cocina cuando se detuvo y frunció los labios con gesto juicioso, pensando en los desperdicios de la cena. Recogió las tres bandejas y pasó una bayeta por la mesa.

Un interruptor situado al inicio de la escalera encendía las luces del sótano. Jame Gumb empezó a bajar llevando consigo las bandejas. La perrita chilló en la cocina y con el hocico abrió la puerta.

—Bueno, de acuerdo, pelmaza. —Cogió al caniche en brazos y bajó las escaleras. La perra se movía y olfateaba las bandejas que él llevaba en la otra mano—. Nada de eso; tú ya has comido bastante.

La dejó en el suelo y el animal le siguió por los diversos y tortuosos niveles del sótano.

En un cuarto situado directamente debajo de la cocina había un pozo, seco desde hacía años. El pretil de piedra, reforzado con aros de metal modernos y cemento, sobresalía a medio metro de altura sobre un suelo cubierto de arena. La tapa de seguridad original, de madera, de un grosor suficiente para que un niño no pudiese levantarla, seguía todavía en su lugar. Poseía una trampilla cuyo diámetro permitía el paso de un cubo. La trampilla estaba abierta y Jame Gumb vació por ella las sobras de sus bandejas y las de la perra.

Los huesos y los restos de verduras desaparecieron tragados por la negrura del pozo. La perrita se sentó en el suelo pidiendo más de comer.

—Nada, nada. No queda nada —dijo Gumb—. Ya sabes que estás muy gorda.

Subió las escaleras del sótano murmurando a la perrita: «Gordinflona, gordinflona». No dio muestras de oír el grito, relativamente fuerte y cuerdo, cuyo eco subió por el negro agujero:

—*POR FAVOOOR.*

Capítulo 21

Clarice Starling entró en el Hospital Estatal de Baltimore para la Demencia Criminal poco después de las diez de la noche. Iba sola y confiando que el doctor Frederick Chilton estuviese ausente, pero la estaba esperando en su despacho.

Chilton llevaba una americana deportiva de lana a cuadros; era una prenda de corte británico, cuya línea ceñida y doble abertura en la cadera le confería, en opinión de Clarice, aspecto de polisón. Y anheló desde lo más hondo de su corazón que el director no se hubiese acicalado para ella.

Ante la mesa de despacho, la habitación se hallaba absolutamente vacía a excepción de una silla de respaldo recto atornillada al suelo. Starling permaneció de pie junto a ella mientras sus palabras de saludo flotaban en el aire. Percibió el rancio olor de las frías pipas de Chilton, que aparecían alineadas en un pequeño anaquel junto al humidificador.

El doctor Chilton terminó de contemplar su colección de locomotoras en miniatura y se volvió hacia ella.

—¿Le apetece un café descafeinado?

—No, gracias. Lamento interrumpirle la velada.

—Sigue empeñada en averiguar algo más sobre esa cabeza —dijo el doctor Chilton.

—Sí. La oficina del fiscal del distrito de Baltimore me ha comunicado que se había puesto en contacto con usted para concertar mi visita, doctor.

—Efectivamente, así es. Yo trabajo en *estrecho* contacto con las autoridades de la ciudad, señorita Starling. Por cierto, ¿está usted escribiendo un artículo o una tesis sobre este caso?

—No.

—¿Ha publicado algo alguna vez en las revistas profesionales?

—No, nunca. Mi visita se debe a un encargo que la oficina del fiscal del distrito me ha pedido realizar para la brigada de homicidios de Baltimore. Les hemos entregado un caso abierto y ahora les estamos ayudando a atar los cabos sueltos.

Starling descubrió que el desagrado que sentía hacia Chilton le facilitaba la tarea de mentir.

—¿Va usted electrificada, señorita Starling?

—¿Cómo dice?

—Si lleva usted un microdispositivo para grabar lo que diga el doctor Lecter. En jerga policíaca se usa el término «electrificar»; lo habrá usted oído alguna vez.

—No. El doctor Chilton tomó una pequeña grabadora que había en su mesa e introdujo en ella una cinta.

—Entonces meta esto en su bolso. Diré que lo transcriban y le enviaré una copia. Le será muy útil para completar sus notas.

—No puedo hacer eso, doctor Chilton. ¿Quiere explicarme por qué no? Las autoridades de Baltimore llevan semanas pidiéndome mi opinión sobre cualquier declaración de Lecter relacionada con el caso Klaus.

Procure por todos los medios desembarazarse de Chilton, le había dicho Crawford. *Siempre podemos librarnos de él con un mandato judicial, pero Lecter se lo olería. Ve las intenciones de Chilton con mayor claridad que si se tratase de una radiografía.*

—La oficina del fiscal ha especificado que se trata de una entrevista informal. Si grabo la conversación con el doctor Lecter sin su conocimiento y él lo averigua, ello significaría poner fin al clima de cooperación que tanto esfuerzo nos ha costado conseguir. Estoy segura de que estará usted de acuerdo con lo que acabo de decir.

—¿Y cómo podría averiguarlo?

Leyéndolo en los periódicos, junto a todo lo demás que sabes tú, gilipollas.

Naturalmente, contestó lo siguiente:

—Si conseguimos algún resultado y el doctor Lecter se ve obligado a declarar, es evidente que usted sería el primero en examinar el material y tendría que prestar declaración como experto en la materia.

—¿Sabe usted por qué accede a hablar con usted, señorita Starling?

—No, doctor Chilton.

Chilton se dedicó a examinar uno por uno la profusión de títulos y diplomas que tapizaban la pared situada detrás de su mesa como si estuviese realizando un escrutinio. Luego, con mucha lentitud, se volvió hacia Starling.

—¿Es usted *verdaderamente* consciente de lo que está haciendo, señorita Starling?

—Claro que sí. —*Menuda pregunta.* A Starling le temblaban las piernas del exceso de ejercicio que había realizado. No quería discutir con Chilton. Tenía que conservar sus energías para la entrevista con Lecter.

—Lo que está usted haciendo es presentarse en mi hospital para llevar a cabo una entrevista y negarse a compartir su información conmigo.

—No hago más que cumplir mis instrucciones, doctor Chilton. Aquí tengo el teléfono de guardia de la oficina del fiscal. Tenga la bondad de discutir este punto con el encargado o bien permitirme que realice mi trabajo.

—Señorita Starling, yo no soy el portero de esta institución. Yo no vengo a esta casa después de cenar para abrir la puerta a las visitas. Tenía una entrada para asistir a un espectáculo.

Se dio cuenta de que había dicho una entrada. En ese instante Starling vio la existencia del doctor Chilton y él lo supo.

Clarice vio el vacío frigorífico, las migas de la bandeja de la cena que acababa de ingerir a solas frente al televisor, los inmóviles montones que formaban sus cosas durante meses hasta que un día se decidía a ordenarlas; percibió el dolor de aquella sonrisa amarillenta tras la cual se ocultaba una vida de soledad, y con la rapidez de un relámpago decidió no aliviarlo, no cambiar de tema ni desviar la mirada. Se lo quedó mirando fijamente a la cara y ladeando casi imperceptiblemente la cabeza le agredió con su belleza, manifestó a las claras que lo había adivinado y lo apuñaló con su expresión, sabiendo que él no podía ya aguantar la idea de reanudar la conversación.

Lo hizo acompañar por un enfermero llamado Alonso.

Capítulo 22

Mientras bajaba con Alonso por el psiquiátrico hacia el último pabellón, Starling consiguió aislarse de los portazos y los gritos a pesar de notarlos en la piel como una corriente de aire. Notaba que aumentaba la presión, como si estuviese hundiéndose en el agua hacia las profundidades.

La proximidad de los dementes, la idea de Catherine Baker Martin sola y a la merced de uno de ellos, uno que la olisqueaba mientras se acariciaba los bolsillos en los que guardaba sus instrumentos, la fortaleció para la misión que la aguardaba. Pero necesitaba algo más que determinación.

Necesitaba estar tranquila, estar serena, para así convertirse en el más afilado bisturí.

No podía emplear más arma que la paciencia a pesar de la acuciante urgencia del momento. Si Lecter conocía la respuesta, Clarice iba a tener que localizarla entre las fibras del cerebro del doctor.

Starling descubrió que al pensar en Catherine Baker Martin la imagen que aparecía en su mente era no la de una joven sino la de una niña que había visto en el telediario, la niña que jugaba en el velero.

Alonso oprimió el zumbador de la última puerta de seguridad.

—Enséñanos a preocuparnos y a no preocuparnos, enséñanos a estar sosegados.

—Perdone, ¿cómo dice? —dijo Alonso, y Starling supo que había hablado en voz alta.

Alonso la dejó en compañía del corpulento enfermero que abrió la puerta. Cuando el primero se alejaba, Starling le vio santiguarse.

—Me alegro de volver a verla —dijo el enfermero echando los pestillos nuevamente.

—Hola, Barney.

Un libro de bolsillo envolvía el grueso dedo índice de Barney que no quería perder el punto. Era una novela de Jane Austen. Starling estaba dispuesta a verlo todo.

—¿Cómo quiere las luces? El pasillo que separaba las celdas estaba a oscuras. Al fondo, un chorro de luz procedente de la última celda iluminaba el suelo del corredor.

—El doctor Lecter está despierto.

—Por la noche, siempre; aunque apague la luz.

—Dejémoslas tal como están.

—Camine por el centro y al llegar allí no toque los barrotes, ¿de acuerdo?

—Quisiera apagar ese televisor. El televisor había cambiado de sitio. Se hallaba ahora al fondo del pasillo, encarado hacia el centro. Algunos presos llegaban a ver la pantalla apoyando la cabeza en los barrotes de la celda.

—No hay problema. Quite el sonido pero deje la imagen. A algunos les gusta mirarla. La silla, si la necesita, está donde siempre.

Starling avanzó a solas Por el sombrío corredor. No quiso mirar hacia las celdas que había a ambos lados.

Tenía la impresión de que el ruido de sus pasos era atronador. Los únicos otros sonidos eran unos apagados ronquidos procedentes de una celda, o dos a lo sumo, y una risita sofocada que salía de otra.

En la celda de Miggs había un nuevo ocupante. Vio unas largas piernas tendidas en el suelo y una cabeza apoyada en los barrotes. Al pasar junto a la celda, miró hacia el interior. Sentado en el suelo, entre un montón de recortes de cartulina de construcción, había un hombre. Tenía la cara vacía de expresión. El claroscuro del televisor se le reflejaba en los ojos y un brillante hilo de baba le unía la esquina de la boca con el hombro.

No quiso mirar hacia el interior de la celda del doctor Lecter hasta estar segura de que él la hubiese visto. Pasó ante ella, notando un picor entre los hombros, se acercó al televisor y quitó el sonido.

En su blanca celda, el doctor Lecter vestía el pijama blanco de los pacientes del psiquiátrico. La única nota de color la proporcionaban el cabello, los ojos y la roja boca del psiquiatra, una boca que destacaba en una cara durante tanto tiempo alejada de la luz del sol que llegaba a confundirse con la blancura que la rodeaba; las facciones de la cara parecían flotar suspendidas encima del cuello del pijama. Estaba sentado a su mesa, tras la red de nailon que lo mantenía a distancia de la reja. Dibujaba en papel parafinado, utilizando su propia mano de modelo. Estando ella contemplándole, dio la vuelta a la mano, flexionó los dedos con la máxima tensión y se puso a dibujar la cara interna del antebrazo. Usaba el dedo meñique para difuminar los trazos o modificar las líneas de carboncillo.

Clarice se acercó un poco a la reja y él levantó la vista. Starling tuvo la impresión de que todas las sombras de la celda volaron a acumularse en los ojos y en el puntiagudo nacimiento del cabello de aquella cara.

—Buenas noches, doctor Lecter.

Apareció la punta de la lengua, de un rojo tan intenso como el de los labios. Rozó el labio superior exactamente en el centro y desapareció.

—Clarice.

Ella oyó la leve aspereza metálica que caracterizaba a la voz de Lecter y se preguntó cuánto tiempo haría que no hablaba. Latidos de silencio…

—Qué hace usted levantada a estas horas, teniendo que ir a la escuela —dijo él.

—Estoy haciendo los deberes —contestó ella deseando que su voz hubiese sonado con mayor firmeza—. Ayer estuve en Virginia…

—¿Se hizo usted daño?

—No, fui…

—Lleva una tirita, Clarice.

Entonces lo recordó.

—Me he hecho un arañazo nadando hoy en la piscina. —La tirita no era visible; la llevaba en la pantorrilla y vestía pantalones. Debía haberla olido—. Ayer estuve en Virginia occidental porque se descubrió un cadáver. La última víctima de Buffalo Bill.

—La *última* no, Clarice.

—La penúltima.

—Sí.

—Le faltaba el cuero cabelludo. Tal y como usted vaticinó.

—¿Le importa si continúo dibujando mientras charlamos?

—No, en absoluto.

—¿Vio usted el cadáver?

—Sí.

—¿Había visto a alguna de las anteriores víctimas?

—No. Sólo en fotografía.

—¿Qué sintió usted?

—Angustia. Luego tuve que dedicarme a mi trabajo.

—¿Y después?

—Me sentí profundamente conmovida.

—¿Pudo trabajar bien? El doctor Lecter frotó el carboncillo en el borde del papel parafinado para afinar el trazo.

—Muy bien. Trabajé muy bien.

—¿Para Jack Crawford? ¿O todavía envía a sus subalternos?

—Estaba allí.

—Hágame un favor, Clarice. Es sólo un momento. ¿Le importa dejar caer la cabeza hacia delante?

Simplemente déjela caer, como si estuviera dormida. Un segundo más. Ya está, gracias. Ya lo tengo. Siéntese, si quiere. ¿Le dijo a Jack Crawford lo que anticipé antes de que la encontraran?

—Sí. No le concedió mucha importancia.

—¿Y después de ver el cadáver de Virginia?

—Habló con el principal especialista en la materia, un profesor de la universidad de…

—Alan Bloom.

—Eso es. El doctor Bloom dijo que Buffalo Bill está simplemente haciendo coincidir sus actos con la personalidad de un ser creado por la prensa, el Buffalo Bill que arranca cabelleras, insinuación que hicieron los titulares de los periódicos. El doctor Bloom afirmó que esa predicción era evidente.

—¿Era evidente para el doctor Bloom?

—Él dijo que sí.

—Era evidente pero se la calló. Ya veo. ¿Qué opina usted, Clarice?

—No estoy segura.

—Ha estudiado algo de psicología y también peritaje forense. En el punto en que coinciden ambas ciencias es fácil atrapar un pez. ¿Está usted pescando algo, Clarice?

—De momento, no. Soy bastante lenta.

—¿Qué le dicen estas dos disciplinas acerca de Buffalo Bill?

—Según el libro, es un sádico.

—La vida es demasiado escurridiza para los libros, Clarice; la ira se interpreta como lujuria, un lupus como urticaria. —El doctor Lecter terminó de dibujar su mano izquierda con la derecha y luego cambió el carboncillo de mano y empezó a dibujar la derecha con la izquierda con la misma precisión—. ¿Se refiere usted al tratado del doctor Bloom?

—Sí.

—Me ha buscado usted en ese libro, ¿verdad?

—Sí.

—¿Cómo me describe?

—Como un sociópata puro.

—¿Diría usted que el doctor Bloom siempre tiene razón?

—Sigo esperando de usted la superficialidad del afecto. La sonrisa del doctor Lecter descubrió su pequeña y blanca dentadura.

—Tenemos expertos por todas partes, Clarice. El doctor Chilton afirma que Sammie, ése que está detrás de usted, es un esquizoide hebefrénico, irremisiblemente perdido. Ha puesto a Sammie en la antigua celda de Miggs porque opina que Sammie se ha sumido en una absoluta introversión. ¿Sabe cómo se comportan generalmente los hebefrénicos? No se preocupe, no la oye.

—Son los más difíciles de tratar —repuso ella—. Generalmente se aíslan por completo y presentan problemas de desintegración de la personalidad.

El doctor Lecter rebuscó entre las hojas de papel parafinado, tomó un papel y lo depositó en la bandeja deslizante. Starling tiró de ella.

—Ayer mismo Sammie me envió esto a la hora de la cena —dijo.

Era un recorte de cartulina de construcción escrito con lápices de colores. Starling leyó:

YO CIERO IR HAZIA CRISTO
YO CIERO IR CON JESU
YO PUEDO IR HAZIA CRISTO
SI ME PORTO MUI BIEN

SAMMIE

Starling volvió la cabeza y por encima del hombro vio a Sammie. Miraba con expresión vacua hacia la pared de la celda, con la cabeza apoyada en los barrotes.

—¿Quiere leerlo en alta voz? No la oye.

Starling leyó:

—Yo quiero ir hacia Cristo, yo quiero ir con Jesús, yo puedo ir hacia Cristo si me porto muy bien.

—No, no. Léalo con más énfasis. Dele el ritmo de un verso infantil. Es posible que la métrica varíe, pero la intensidad es la misma. —Lecter empezó a dar unas suaves palmadas—. *«Cinco lobitos tiene la loba…»*. Con ritmo intenso, ¿ve usted? Con fervor. «Yo *quiero* ir hacia Cristo, yo *quiero* ir con Jesús…».

—Ya veo —dijo Starling depositando nuevamente el papel en la bandeja.

—No, perdone que le diga que no ve nada en absoluto. —El doctor Lecter se puso de pie de un brinco y con portentosa agilidad se agachó, encorvó el cuerpo con grotesca postura y llevando el ritmo con palmadas se puso a dar saltos y a cantar a pleno pulmón—: «Yo *quiero* ir hacia Cristo…».

Repentinamente, a espaldas de Clarice, surgió la voz de Sammie, atronadora como la tos de un leopardo, más estentórea que el alarido de un mono; Sammie de pie, machacándose la cara contra los barrotes, lívido, con las venas del cuello a punto de reventar, aullando:

YO *QUIERO* IR HACIA CRISTO
YO *QUIERO* IR CON JESÚS
YO PUEDO *IR* HACIA CRISTO
SI ME PORTO MUY BIEN.

Silencio. Starling descubrió que se hallaba de pie, que la silla plegable se había caído hacia atrás y que sus papeles yacían desparramados por el suelo.

—Por favor —dijo el doctor Lecter, erguido de nuevo y esbelto como un bailarín, invitando a Clarice a tomar asiento. Se dejó caer con elegancia en su silla y apoyó la barbilla en la mano—. Usted no ve nada en absoluto —repitió—. Sammie es un ser profundamente religioso. Lo único que le ocurre es que está decepcionado porque Jesús tarda mucho en venir. ¿Puedo decirle a Clarice por qué motivo estás aquí, Sammie?

Sammie se agarró el mentón y detuvo el movimiento de su cara.

—Anda, dime que sí —le pidió el doctor Lecter.

—Sííí —dijo Sammie entre los dedos.

—Sammie depositó la cabeza de su madre en la bandeja de la colecta dominical de la iglesia baptista de Trune. Estaban cantando el himno «Entrega tu más valiosa ofrenda al Señor» y así lo hizo; era lo mejor que tenía. —Por encima del hombro Lecter dijo—: Gracias, Sammie. Ya no necesito nada más. Mira la televisión.

El alto recluso volvió a sentarse en el suelo, como antes, y apoyó la cabeza en los barrotes; las imágenes del televisor pululaban en sus pupilas y en su rostro había ahora tres hilos plateados: saliva y lágrimas.

—Bien. Veamos si es capaz de concentrarse en el problema de Sammie y quizá yo me concentre en el que usted me plantea, Clarice. Una cosa por otra. No la oye.

Starling tuvo que exprimirse el seso.

—El verso transcurre desde «ir hacia Cristo» hasta «ir con Jesús» —dijo—. Se trata de una secuencia razonada: ir hacia, llegar a, ir con.

—Efectivamente. Estamos ante una progresión lineal. Una de las cosas que más me satisfacen es que sabe que Jesús y Cristo son la misma persona. Eso constituye un progreso. La idea de que un único Dios sea al mismo tiempo una Trinidad es difícil de conciliar, particularmente para Sammie, que no está seguro de cuántas personas hay en sí mismo. Eldrige Cleaver nos ofrece la parábola de los tres elementos en un solo aceite, que resulta de gran utilidad.

—Sammie ve una relación causal entre su comportamiento y sus objetivos, lo cual constituye la base del pensamiento estructurado —continuó diciendo Starling—. Lo mismo puede decirse del manejo de la rima. No está totalmente aislado; está llorando. ¿Opina usted que podría definírsele como un esquizoide catatónico?

—Sí. ¿Percibe usted el olor de su sudor? Ese peculiar olor a cabra es característico del ácido trans-3-metil-2 hexenoico. Recuérdelo siempre; es el olor de la esquizofrenia.

—¿Y cree usted que puede responder a tratamiento?

—Sí, y especialmente ahora, que sale de una fase de estupor. ¡Fíjese cómo le brillan las mejillas!

—Doctor Lecter, ¿por qué afirma usted que Buffalo Bill no es un sádico?

—Porque la prensa ha informado de que sus víctimas tenían marcas de ligaduras en las muñecas pero no en los tobillos. ¿Vio usted alguna en los tobillos del cadáver de Virginia occidental?

—No.

—Clarice, los desollamientos recreativos se llevan siempre a cabo con la víctima invertida, a fin de que la presión sanguínea permanezca constante en la cabeza y en el pecho y el sujeto paciente se mantenga consciente. ¿No lo sabía?

—No.

—Cuando regrese a Washington, vaya a la Galería Nacional y contemple *El desollamiento de Marsias* del Tiziano antes de que lo devuelvan a Checoslovaquia. Tiziano, es un prodigio para los detalles; fíjese bien en la figura de Pan, la ayuda que presta con el cubo de agua.

—Doctor Lecter, en el caso que nos ocupa concurren circunstancias extraordinarias y algunas oportunidades insólitas.

—¿Para quién?

—Para usted, si salvamos a esta víctima. ¿Vio usted a la senadora Martin por televisión?

—Sí. He visto las noticias.

—¿Qué le pareció su declaración?

—Equivocada pero inocua. Está mal asesorada.

—La senadora Martin es una mujer muy poderosa y está decidida a todo.

—Adelante. Soy todo oídos.

—Yo creo que usted posee una percepción extraordinaria. La senadora Martin ha manifestado que si usted nos ayuda a encontrar a Catherine Baker Martin sana y salva, hará que le trasladen a una cárcel federal y si en ella hay disponible una celda con una ventana, se la asignarán a usted. Seguramente también se le rogará que lleve a cabo evaluaciones e informes psiquiátricos de los reclusos; en otras palabras, se le ofrece un empleo. Todo ello sin reducir en absoluto las medidas de seguridad.

—No creo en sus palabras, Clarice.

—Pues debiera usted creerlas.

—Mejor dicho, la creo a usted. Pero, además de no saber cómo se lleva a cabo un desollamiento recreativo, hay muchas cosas que ignora del comportamiento humano. ¿No le parece insólito que le hayan elegido a usted como portavoz de una senadora de los Estados Unidos?

—Permítame decirle que fue *usted* quien me eligió, doctor Lecter. Fue usted quien decidió hablar conmigo. ¿Preferiría ahora a otra persona? ¿No será más bien que no cree que pueda ayudarnos?

—Eso, Clarice, es un descaro y una falsedad. Repito que no creo que Jack Crawford permita que yo sea objeto de ninguna concesión… Es posible que le diga a usted una cosa, una sola cosa, que podrá transmitir a la senadora Martin, pero si lo hago será exclusivamente cobrando en el acto de la entrega. A lo mejor se la revelo a cambio de cierta información sobre usted. Un trueque. ¿Sí o no?

—Oigamos su pregunta.

—¿Sí o no? Catherine está esperando, ¿no es así?, oyendo la piedra de afilar. ¿Qué cree que le pediría que hiciese, Clarice?

—Oigamos su pregunta.

—¿Cuál es el peor recuerdo de su infancia?

Starling realizó una profunda inspiración.

—Más rápido —la apremió el doctor Lecter—. No me interesa su peor *invención*.

—La muerte de mi padre —contestó Starling.

—Hábleme de ello.

—Era policía. Una noche sorprendió a dos ladrones, drogadictos, huyendo de una farmacia. Salió de su camioneta, se quedó corto con el rifle de repetición y le pegaron un tiro.

—¿Que se quedó corto?

—No accionó la palanca del cerrojo hasta el fondo. Era un rifle viejo, un Remington 870, y el casquillo se quedó en la recámara. Cuando eso ocurre, el arma no dispara y hay que bajarla para desatascarla. Yo creo que al salir del vehículo la palanca rozó con la puerta y quedó mal puesta.

—¿Murió instantáneamente?

—No. Tenía una salud de hierro. Duró un mes.

—¿Fue usted a verle al hospital?

—Doctor Lecter… Sí.

—Cuénteme un detalle que recuerde del hospital.

Starling cerró los ojos.

—Vino una vecina, una mujer ya mayor, era soltera, y le recitó el fragmento final de «Tanatopsis»; debió ser lo único que se le ocurrió decirle en esos momentos. Y eso es todo. He cumplido con el trueque.

—Cierto. Ha sido usted muy franca, Clarice. Eso siempre lo adivino. Creo que sería memorable poderla conocer a usted en su vida privada.

—Lo dicho; una cosa por otra.

—¿Diría usted que, en vida, la muchacha de Virginia occidental era muy atractiva físicamente?

—Era una chica que cuidaba de su aspecto.

—No me haga perder el tiempo con lealtades.

—Estaba gorda.

—¿Corpulenta?

—Sí.

—Muerta de un disparo en el pecho.

—Sí.

—De poco pecho, supongo.

—Para su tamaño, sí.

—Pero ancha de caderas. Opulenta.

—Efectivamente, sí.

—¿Qué más?

—Tenía un insecto alojado deliberadamente en la garganta; esto no se ha hecho público.

—¿Era una mariposa?

A Starling se le cortó el aliento un instante. Esperó que él no lo hubiese advertido.

—Una polilla —repuso—. Por favor, dígame cómo ha podido anticipar esto.

—Clarice, voy a decirle para qué quiere Buffalo Bill a Catherine Baker Martin y después buenas noches. En las presentes condiciones es mi última palabra. Puede comunicarle a la senadora para qué quiere él a Catherine; ella puede hacer dos cosas: o volver con una oferta más interesante… o esperar a que Catherine aparezca flotando en un río, comprobando así que yo tenía razón.

—¿Para qué quiere a Catherine, doctor Lecter?

—Quiere una camiseta con tetas —contestó Hannibal Lecter.

Capítulo 23

Catherine Baker Martin se hallaba tendida en el suelo a cinco metros y medio de profundidad por debajo del suelo de la bodega. La oscuridad resonaba con su aliento, estruendoso como su corazón. A ratos el miedo le oprimía el pecho con igual fuerza con que un trampero mata a una zorra. A ratos, en cambio, podía pensar: sabía que estaba secuestrada, pero ignoraba quién era su raptor. Sabía que no soñaba; en la absoluta oscuridad llegaba a oír los tenues chasquidos que le hacían los párpados al parpadear.

Se encontraba mejor ahora que en el momento de recobrar el conocimiento; el vértigo le había desaparecido casi por completo y sabía que disponía de aire suficiente para respirar. Distinguía *abajo* de *arriba* y tenía cierta idea de la posición de su cuerpo.

El hombro, la cadera y la rodilla le dolían porque se hallaban oprimidos contra el suelo de cemento, en el cual yacía. Eso era *abajo*. *Arriba* era el áspero jergón bajo el cual, arrastrándose, se había protegido durante el último intervalo de luz cegadora.

Las palpitaciones de la cabeza habían disminuido y su único dolor auténtico era el de los dedos de la mano izquierda. El índice lo tenía roto, estaba segura.

Vestía un chándal acolchado que le resultaba desconocido. Estaba limpio y olía a suavizante. El suelo también estaba limpio, a excepción de los huesos de pollo y las verduras que su captor había arrojado al agujero. Los únicos otros objetos que la acompañaban eran el jergón y un cubo sanitario de plástico, para hacer sus necesidades, provisto de un cordel fino atado al asa. Por el tacto parecía cordón de algodón de cocina y ascendía perdiéndose en la oscuridad hasta más arriba de donde alcanzaba con el brazo.

Catherine Baker Martin tenía libertad de movimientos pero no tenía adónde ir. El suelo en el cual yacía era de forma ovalada, mediría unos dos metros ochenta por tres y medio y en el centro tenía un pequeño desagüe. Era el fondo de un profundo pozo cubierto. Las lisas paredes de cemento subían inclinándose suavemente hacia adentro.

¿Ruidos arriba, o era su corazón? Ruidos arriba. Los sonidos le llegaban claramente desde encima de su cabeza. La mazmorra en la cual se hallaba prisionera se hallaba en una zona del sótano situada directamente debajo de la cocina.

Pasos ahora por el piso de la cocina, y un grifo abierto. Los arañazos de las patas

de un perro sobre linóleo.

Luego nada, hasta que arriba, por la trampilla abierta, surgió un pálido disco de luz amarilla al encenderse las luces del sótano. A continuación una luz cegadora en el pozo; esta vez se incorporó sentándose con el jergón tapándole las piernas, resuelta a mirar a su alrededor, intentando atisbar por entre los dedos mientras sus ojos se adaptaban a la luz; su sombra, provocada por un foco que descendía por el pozo atado a una cuerda, se balanceaba a su alrededor.

Retrocedió al notar que el cubo que le hacía las veces de retrete se movía, subía, ascendía oscilándose atado al fino cordón y retorciéndose a medida que se acercaba a la luz.

Procuró engullir su miedo, tragó demasiado aire al hacerlo pero a pesar de ello logró hablar.

—Mi familia pagará —dijo—. En metálico. Mi madre pagará en seguida, sin hacer preguntas. Éste es su número… *¡Oh!* —Una sombra sorda cayó sobre ella; una toalla—. Éste es su número de teléfono particular, el 202…

—Lávese.

Era la misma voz forzada que había oído hablando con el perro.

Otro cubo bajando por una cuerda fina. Olía a agua caliente con jabón.

—Desnúdese y lávese por entero; de lo contrario abriré la manguera. —Y en un aparte con el perro, la voz alejándose—: Sí que abriremos la manguera, ¿verdad cariñito? A eso de ahí abajo lo ducharemos con la manguera.

Catherine Martin oyó las pisadas del hombre y del perro en el piso del sótano. La doble visión que había sufrido la primera vez que se encendieron las luces había desaparecido. Ahora veía bien. ¿A qué altura se hallaba la abertura? ¿Sería resistente la cuerda del foco? ¿Lograría engancharlo lanzando el chándal? ¿No podría agarrar algo con la toalla? Haz *algo*, carajo. Las paredes eran sumamente lisas, un tubo liso que subía.

Una grieta de cemento, a un palmo más arriba de la distancia que alcanzaba con la mano, fue el único desperfecto que divisó. Enrolló el jergón lo más apretado que pudo y lo ató con la toalla. Se subió encima del rollo y bamboleándose alargó las manos, logró introducir las uñas en la grieta para no perder el equilibrio y miró hacia la luz. Entrecerró los ojos para poder mirar la luz. Era un foco provisto de una pantalla que pendía a palmo y medio de la abertura del pozo, como a unos tres metros por encima de sus brazos estirados. Podía haber sido la luna. Y él volvía, el jergón se balanceaba, ella se agarró con las uñas a la grieta, saltó al suelo y algo, una escama, cayó pasando junto a su cara.

Algo bajaba por debajo del foco. Una manguera. Un único manguerazo de agua helada. Una amenaza.

—Lávese. Por entero.

En el cubo había una esponja y flotando en el agua una botella de plástico de una leche hidratante de una costosa marca extranjera.

Obedeció. Con la piel de gallina en los brazos y en los muslos, los pezones erectos y doloridos a causa del aire frío, se agachó junto al cubo lo más cerca que pudo de la pared y se lavó.

—Ahora séquese y dese crema en todo el cuerpo. Dese crema en todo el cuerpo.

La hidratante estaba caliente por efecto del agua del baño. Su humedad hizo que el chándal se le adhiriese a la piel.

—Recoja toda la basura y friegue el suelo.

También obedeció; recogió los huesos de pollo y los guisantes, uno a uno. Lo metió todo en el cubo y frotó las diminutas manchas de grasa del cemento. Cerca de la pared había algo más. La escama que había descendido revoloteando desde la grieta. Era una uña humana, pintada con esmalte y rota en lo vivo.

El cubo subió tirado desde arriba.

—Mi madre pagará lo que sea —dijo Catherine Martin—. No hará preguntas. Pagará la cantidad suficiente para que todos ustedes se hagan ricos. Si se trata de una causa política, Irán o Palestina, o el Movimiento de Liberación Negro, entregará igualmente el dinero. Lo único que tiene que hacer….

Las luces se apagaron. Repentina y total oscuridad. Retrocedió y profirió un grito cuando el cubo sanitario descendió yéndose a situar junto a ella. Se sentó en el jergón y con el cerebro en plena ebullición empezó a pensar. Ahora estaba convencida de que su secuestrador era uno solo, un americano de raza blanca. Antes había intentado dar la impresión de que no tenía ni idea de quién era, que su recuerdo del aparcamiento había quedado borrado por los golpes recibidos en la cabeza. Confiaba que él creyese que podía liberarla sin peligro. Su mente trabajaba sin descanso, y al final trabajó con demasiada eficacia: la uña, aquí había habido otra persona. En este mismo lugar había estado una mujer, una chica. ¿Dónde estaba ahora? ¿Qué le había hecho él?

A pesar del susto y la desorientación, no hubiese tardado en deducirlo. Lo cierto es que la crema hidratante para la piel fue la clave. Piel. Supo quién la tenía secuestrada. La certeza cayó sobre ella como un espanto, como una olla de agua hirviendo, y se puso a gritar, a dar alaridos, a meterse debajo del jergón, a intentar subir encamarándose por las paredes, tratando de agarrarse, arañándolas, gritando hasta que empezó a toser algo tibio y salado, manos a la cara, el dorso de las manos pegajoso, rígida en el jergón, arqueando el cuerpo de pies a cabeza, agarrándose el pelo con los puños.

Capítulo 24

El cuarto de dólar de Clarice Starling cayó con estrépito en el teléfono público de la astrosa salita de los enfermeros. Marcó el número de la furgoneta.

—Crawford al aparato.

—Estoy en un teléfono público a la entrada de la sala de máxima seguridad —dijo Starling.

El doctor Lecter me ha preguntado si el insecto que encontramos en Virginia era una mariposa. No ha querido extenderse más. Ha dicho que Buffalo Bill necesita a Catherine Martin porque, cito textualmente, «quiere una camiseta con tetas». El doctor Lecter quiere canjear su información. Exige una oferta «más interesante» por parte de la senadora.

—¿Ha puesto punto final a la conversación?

—Sí.

—¿Cuánto cree que tardará en volver a hablar?

—Creo que volvería a hablar dentro de unos pocos días, pero yo preferiría apretarle más ahora, siempre y cuando dispongamos de una oferta urgente de la senadora.

—Urgente es lo apropiado. Hemos identificado a la chica de Virginia occidental. Hace media hora. Las huellas dactilares de una mujer denunciada por desaparición, enviadas desde Detroit, han coincidido. Se trata de Kimberly Jane Emberg, veintidós años, desaparecida en Detroit el siete de febrero. Estamos rastreando el barrio por si hubiera testigos. El forense de Charlottesville afirma que no murió hasta después del once de febrero, o posiblemente el día antes, el diez.

—Sólo la mantuvo con vida tres días —replicó Starling.

—Está acortando los períodos. No creo que nadie se sorprenda. —La voz de Crawford era ecuánime—. Hace veintiséis horas que tiene prisionera a Catherine Martin. Creo que si Lecter tiene algo que revelar, ha de hacerlo en su próxima conversación con usted. Estoy en la delegación de Baltimore; la furgoneta me ha pasado la llamada. He reservado una habitación para usted en el Hojo, a dos manzanas del psiquiátrico, por si más tarde necesita descansar.

—Se muestra receloso, suspicaz, señor Crawford; no cree que usted vaya a permitirle que disfrute de ningún privilegio.

»Lo que ha dicho de Buffalo Bill lo ha canjeado por cierta información privada sobre mí. No creo que exista una correlación textual entre sus preguntas y este caso… ¿Quiere saber lo que me ha preguntado?

—No.

—Por eso no quería que yo llevase ningún dispositivo de escucha ¿verdad? Pensó que a mí me resultaría más fácil, ¿no? Que era más probable que pudiese complacerle, que le contase cosas si nadie nos oía.

—Hay otra posibilidad, digna también de tener en cuenta. ¿Y si yo confiase en su criterio, Starling? ¿Y si la hubiese considerado mi mejor baza y hubiese querido librarla de la obligación de dar explicaciones justificativas a posteriori? ¿Usted cree que en ese caso le hubiera hecho llevar un dispositivo de escucha?

—No, señor. *Se ha hecho usted famoso por saber cómo tratar a sus agentes, ¿no es verdad, jefazo?* ¿Qué podemos ofrecerle al doctor Lecter?

—Un par de cosas que le envío ahora mismo. Estarán ahí dentro de cinco minutos, a no ser que quiera usted descansar un poco.

—Prefiero volver cuanto antes —repuso Starling—. Dígales que pregunten por Alonso. Y dígale a Alonso que iré a reunirme con él en el pasillo que conduce a la sección 8.

—Cinco minutos —repitió Crawford. Starling se dedicó a recorrer el piso de linóleo de aquella astrosa salita del sótano. Ella era la única belleza de esa habitación.

Rara vez podemos prepararnos en praderas o senderos de grava; en general, lo hacemos cortos de tiempo en cuchitriles sin ventanas, en pasillos de hospitales, en cuartuchos como esa habitación, con su agrietado sofá de plástico y sus ceniceros de anuncio de Cinzano, donde las mugrientas cortinas cubren un muro de cemento gris. En cuartos como ése, con tan escaso tiempo, preparamos nuestros gestos, nos los aprendemos de memoria para poderlos reproducir al hallarnos asustados ante el rostro del destino. Starling tenía los años suficientes para conocer esa verdad y no dejó que el ambiente de la habitación la afectase.

Starling paseaba arriba y abajo, gesticulando al aire.

—Resiste, muchacha —dijo en voz alta. Se lo dijo a Catherine Baker Martin y también a sí misma—. Estamos en mejores condiciones que este antro. Estamos en condiciones mucho mejores que este jodido antro —repitió en alta voz—. Estamos en mejores condiciones que el maldito lugar en que te tiene secuestrada. Ayúdame. Ayúdame. Ayúdame.

Pensó durante unos momentos en sus difuntos padres, preguntándose si ahora se avergonzarían de ella; simplemente esa pregunta, sin matices ni salvedades, sin pararse a pensar si era oportuna, esa pregunta que todos nos hemos hecho alguna vez.

La respuesta fue que no; no se avergonzarían de ella.

Se lavó la cara y salió al vestíbulo. Alonso, el enfermero, la aguardaba en el

pasillo con un paquete sellado de Crawford. Contenía un mapa e instrucciones. Clarice las leyó con rapidez bajo la luz del pasillo y oprimió el zumbador para que Barney le abriese.

Capítulo 25

El doctor Lecter estaba sentado ante su mesa examinando su correspondencia. Starling descubrió que le resultaba más fácil acercarse a la celda si él no la miraba.

—Doctor.

Lecter levantó un dedo rogando silencio. Al terminar de leer la carta, se quedó reflexionando; tenía el pulgar de la mano de seis dedos bajo el mentón y el índice a un lado de la nariz.

—¿Qué opina usted de esto? —dijo depositando el documento en la bandeja de la comida.

Era una carta de la Oficina de Patentes de los Estados Unidos.

—Hace referencia a mi reloj de pulsera de la crucifixión —explicó el doctor Lecter—. Me comunican que no pueden concederme una patente pero me aconsejan que registre como propiedad artística la cara. Mire. —Colocó en la bandeja un dibujo del tamaño aproximado de una servilleta y Starling tiró de ella—. Habrá usted observado que en la mayoría de las crucifixiones las manos señalan, digamos, las tres menos cuarto o como máximo las dos menos diez, mientras que los pies se hallan en las seis. En la esfera de este reloj, Jesús está, como puede usted ver, en la cruz y los brazos giran indicando la hora, igual que en esos populares relojes creados por Walt Disney. Los pies permanecen inmóviles en las seis y arriba, en la corona, aparece un pequeño segundero. ¿Qué le parece?

La calidad de la anatomía del dibujo era extraordinaria. La cabeza era la de Clarice.

—Se perderá mucho detalle cuando se reduzca a tamaño de reloj —repuso Clarice.

—Efectivamente, así es, por desgracia, pero piense en la originalidad de los relojes. ¿Cree usted que sería sensato intentar comercializarlo sin patente?

—Es que los movimientos serían los de los relojes de cuarzo, ¿no?, y ya están patentados. No estoy muy segura, pero creo que las patentes sólo se conceden en el caso de dispositivos mecánicos, mientras que la producción artística o literaria se protege mediante los derechos de autor.

—Pero usted no es abogada, ¿verdad? Ahora en el FBI, para ingresar, ya no exigen el título de Derecho.

—Tengo una propuesta para usted —dijo Starling abriendo la cartera.

Se acercaba Barney. Clarice cerró la cartera. Envidiaba la prodigiosa calma de Barney, cuyos ojos siempre estaban alerta y translucían una considerable dosis de inteligencia.

—Perdone —le dije Barney—. Veo que trae muchos papeles. Ahí, en al armario, hay una silla de brazo para tomar apuntes que a veces usa la policía. ¿Se la voy a buscar?

Imagen escolar. ¿Sí o no?

—¿Podemos hablar ahora, doctor Lecter?

El doctor levantó la palma de la mano.

—Sí, Barney, tráigala. Gracias.

Sentada ya, y Barney a prudente distancia.

—Doctor Lecter, la senadora tiene para usted una oferta excepcional.

—Si es o no excepcional, eso me corresponde enjuiciarlo a mí. ¿En tan breve intervalo han hablado usted con ella?

—Sí. Mire, se trata de una oferta global; la senadora no se reserva nada, de modo que no hay lugar para regateos. Lo toma o lo deja —declaró alzando la vista de la cartera y mirándole de soslayo.

El doctor Lecter, reo de nueve asesinatos, tenía los dedos apoyados sobre los labios y la miraba. A sus ojos asomaba una noche interminable.

—Si nos ayuda a descubrir a Buffalo Bill a tiempo para rescatar a Catherine Baker Martin sana y salva, obtendrá usted lo siguiente: primero, traslado al hospital de la Administración de Veteranos de Oncida Park, Nueva York, donde será alojado en una celda con vista sobre los bosques que rodean la institución, sin que ello implique una reducción de las medidas de seguridad, que seguirán aplicándose con la máxima rigidez. Segundo, redacción de informes psiquiátricos sobre determinados reclusos, aunque no necesariamente aquellos que compartan el mismo centro penitenciario que usted. Los informes serán realizados a ciegas, es decir, sin conocer la identidad de los sujetos. Tendrá usted un razonable acceso a la bibliografía que precise.

Clarice levantó la vista. El silencio puede ser burlón.

—Tercero, lo mejor de todo, lo más extraordinario: una al año saldrá usted del hospital para pasar una semana en este lugar. —Depositó un mapa en la bandeja de la comida. Lecter no tiró de ella—. La isla de Plum —continuó diciendo—. Todas las tardes de esa semana estará usted autorizado a pasear por la playa o a bañarse en el mar sin más vigilancia que una patrulla situada a cincuenta metros, si bien se tratará de una patrulla especializada. Eso es todo.

—¿Y si me niego?

—Podría probar a cubrir la pared del fondo de esta celda con una cortina. Fingir

que dispone de una ventana, a lo mejor le hace la existencia más soportable. No disponemos de ningún factor de coacción o amenaza, doctor Lecter. En cambio, lo que sí poseo es una opción de que llegue a disfrutar de la luz del día.

Ella no le miró. No quería enfrentar miradas. Aquello no era una confrontación.

—¿Autorizarán a Catherine Martin a venir a hablar conmigo, solamente acerca del secuestrador, si decido publicar mis resultados? ¿A hablar *exclusivamente* conmigo?

—Sí. Puede darlo por hecho.

—¿Cómo lo sabe usted? ¿Quién lo *autorizará*?

—La acompañaré yo misma.

—Si ella accede.

—Habrá que preguntárselo, evidentemente.

Lecter tiró de la bandeja.

—La isla de Plum —dijo.

—Mire en la parte norte de Long Island, en esa punta que se adentra en el mar.

—La isla de Plum. Aquí dice: «Centro de Veterinaria de la isla de Plum - Laboratorio de investigación federal».

Suena encantador.

—Eso solamente ocupa una parte de la isla. Tiene una playa preciosa y el alojamiento es confortable. Las golondrinas de mar anidan en esa costa en primavera.

—Las golondrinas de mar. —El doctor Lecter suspiró. Ladeó ligeramente la cabeza y sacando la punta de su roja lengua tocó el centro de su encarnado labio superior—. Si accedo a hablar de esto, Clarice, tendrá que darme usted algo a cuenta. Quid pro quo. Yo le digo una cosa y usted me dice otra.

—Adelante —repuso Starling.

Tuvo que esperar un largo minuto antes de que Lecter le dijese:

—En la metamorfosis de los insectos, la larva se convierte en una ninfa contenida en la crisálida, la cual, al cabo de cierto tiempo, sale de su camerino secreto convertida en hermosísima imago. ¿Sabe lo que es una imago, Clarice?

—Un insecto en su período adulto o final.

—¿Y qué más? Ella manifestó su ignorancia sacudiendo la cabeza.

—Es un término procedente de la muerta religión del psicoanálisis. Una imago es la imagen de uno de los padres enterrada en el subconsciente desde la infancia y venerada con infantil afecto. La palabra deriva de los retratos de cera de los antepasados que los romanos transportaban en los cortejos funerales… Hasta el flemático Crawford ha de advertir un inequívoco significado en el hecho de haber hallado una crisálida.

—Nada especialmente relevante, salvo que nos permite comparar las listas de suscriptores de las revistas de entomología con las de los criminales sexuales

conocidos para averiguar si existe alguna coincidencia.

—En primer lugar vamos a abandonar el nombre de Buffalo Bill. Es un apodo que induce a error y no tiene nada que ver con la persona que busca. Por razones de conveniencia le llamaremos Billy. Le voy a hacer un resumen de lo que opino. ¿Lista?

—Lista.

—El elemento significativo de la crisálida es la metamorfosis. Larva que se convierte en mariposa, o polilla. Billy cree que quiere transformarse. Se está confeccionando un traje de mujer con auténticas mujeres. De ahí las víctimas de gran tamaño; tiene que hacer prendas que le quepan. El número de víctimas sugiere que es posible que considere el proceso como una serie de mudas. Y está llevándolo a cabo en una casa de planta y piso. ¿Ha averiguado el porqué de los dos pisos?

—Porque durante una temporada las ahorcaba en la escalera.

—Correcto.

—Doctor Lecter, nunca he visto que exista correlación entre transexualidad y violencia; los transexuales generalmente son personas pasivas.

—Cierto, Clarice. A veces se advierte en ellos una cierta tendencia a la adicción quirúrgica; desde un punto de vista estético, o cosmético, los transexuales son difíciles de contentar. Pero es que ha de tener muy presente que Billy no es un verdadero transexual. Está muy cerca de la forma de atraparle, Clarice; ¿se da usted cuenta?

—No, doctor Lecter.

—Perfecto. Entonces no le importará contarme qué le sucedió a usted después de la muerte de su padre.

Starling se quedó mirando las cicatrices que aparecían en el tablero de tomar apuntes.

—No creo que halle la respuesta en sus papeles, Clarice.

—Mi madre nos mantuvo a todos los hijos unidos durante más de dos años.

—¿Con qué recursos?

—Trabajando de camarera en un motel durante el día y cocinando en un café por las noches.

—¿Y luego?

—Fui a vivir a casa de una prima de mi madre en Montana.

—¿Sólo usted?

—Yo era la mayor.

—¿El ayuntamiento no hizo nada por su familia?

—Nos entregó un cheque de quinientos dólares.

—Es curioso que no hubiese un seguro. Clarice, usted dijo que su padre rozó el cerrojo del rifle contra la puerta de su camioneta.

—Así es.

—¿No disponía de un coche patrulla?

—No.

—Ocurrió por la noche.

—Sí.

—¿No usaba pistola?

—No.

—Clarice, su padre trabajaba de noche con su propia camioneta, y no iba armado más que con una escopeta… Dígame ¿por casualidad llevaba en el cinturón un marcador de tiempo? Ya sabe, uno de esos aparatos que hay en todos los postes de la ciudad, que han de registrarse uno a uno cada noche, en coche, claro está, para que los capitostes de la ciudad sepan que el empleado no se tumba a la bartola. Dígame si llevaba uno de esos aparatos, Clarice.

—Sí.

—Era un vigilante nocturno, ¿verdad, Clarice?, no era policía. No me mienta porque lo adivinaré.

—Su tarjeta laboral decía policía nocturno.

—¿Qué se hizo de ello?

—¿Qué se hizo de qué?

—Del marcador de tiempo. ¿Qué se hizo de él a la muerte de su padre?

—No me acuerdo.

—Sí se acuerda, ¿me lo dirá?

—Sí. Un momento… El alcalde acudió al hospital y le pidió a mi madre el marcador y la insignia. —Ignoraba que sabía ese detalle. El alcalde, con ropa deportiva y mocasines. El muy cabrón—. Ahora usted, doctor Lecter. Quid pro quo.

—¿Ha creído que he pensado que se lo había inventado? No, si se lo hubiera usted inventado, no le dolería. Hablábamos de transexuales. Decía usted que la violencia y una conducta aberrante y destructiva no son, estadísticamente hablando, factores correlativos. Cierto. ¿Recuerda que dijimos que la cólera se manifiesta como lujuria y que un lupus puede confundirse con una urticaria? Billy no es un transexual, Clarice, aunque él piense que sí e intente serlo. Ha intentado ser muchas cosas, supongo.

—Ha dicho que eso nos acercaba a la manera de capturarle.

—Existen tres centros principales donde se practica la cirugía transexual: Johns Hopkins, la Universidad de Minnesota y el policlínico de Columbus. No me extrañaría nada que Billy se hubiese inscrito en uno de ellos para someterse a una intervención de cambio de sexo, y que su solicitud hubiera sido rechazada.

—¿Rechazada por qué motivo? ¿Qué elementos lo hacen diferente de otros solicitantes?

—Es usted una centella, Clarice. En primer lugar, sus antecedentes penales. Ello invalida a un solicitante, a menos que se trate de delitos menores y relacionados con el problema de la identidad sexual, como el travestismo público, por ejemplo. En el supuesto de que Billy hubiese logrado ocultar sus antecedentes criminales, las pruebas y diagnósticos de personalidad le delatarían.

—¿De qué modo?

—Ha de saberlo para poder cribar las listas, ¿no es así?

—Sí.

—¿Por qué no se lo pregunta al doctor Bloom?

—Prefiero preguntárselo a usted.

—¿Qué va a sacar usted de esto, Clarice? ¿Un ascenso y un aumento de sueldo? ¿A qué nivel pertenece, a un G-9? ¿Qué cobran actualmente los desgraciados G-9?

—Entre otras cosas, una llave de la puerta principal. ¿De qué modo lo delatarían los diagnósticos?

—¿Le gustó Montana, Clarice?

—Era bonito.

—¿Se entendía bien con la prima de su madre?

—Éramos diferentes.

—¿Cómo eran ella y su familia?

—Gentes agotadas de trabajar.

—¿Había más niños?

—No.

—¿Dónde vivían?

—En un rancho.

—¿Un rancho dedicado a la cría de ovejas?

—Ovejas y caballos.

—¿Cuánto tiempo pasó usted allí?

—Siete meses.

—¿Cuántos años tenía?

—Diez.

—¿Adónde fue después de allí?

—Al Hogar Luterano de Bozeman.

—Dígame la verdad.

—Le estoy diciendo la verdad.

—Está usted brincando alrededor de la verdad. Si está cansada, podemos hablar a fines de semana. Yo estoy bastante aburrido. ¿Prefiere que hablemos ahora?

—Ahora, doctor Lecter.

—Muy bien. Una niña es enviada por su madre a un rancho de Montana. Un rancho de ovejas y caballos. Echando de menos a la madre, excitada por la presencia

de los animales…

—El doctor Lecter abrió las manos invitando a Starling a continuar.

—Era maravilloso. Tenía un cuarto para mí sola, había una estera india en el suelo. Me dejaban montar un caballo, tenía permiso para pasear con él por el patio. Era una yegua; tenía algo en la vista y veía poco. Todos los caballos tenían alguna cosa; estaban enfermos o cojeaban. Algunos se habían criado en compañía de niños y, ¿sabe?, por la mañana cuando salía para tomar el autobús de la escuela, me saludaban con un relincho.

—¿Pero qué ocurrió?

—Descubrí una cosa extraña en el establo. Justo al lado había un cuarto donde guardaban trastos. Esa cosa era como una especie de casco. Me extrañó, lo cogí y vi que tenía grabada una inscripción que decía: «W.W. Greener. Matadero caballar». Era como una caperuza de metal acampanada que en la parte de arriba tenía una cámara para alojar un cartucho. Más o menos del calibre 32.

—¿En ese rancho cebaban caballos para el matadero, Clarice?

—Sí.

—¿Los mataban en el rancho?

—Los que iban a servir para fabricar cola y abonos, sí. En un camión, bien amontonados, caben seis caballos muertos. A los destinados a convertirse en comida para perros se los llevaban vivos.

—¿Y el que usted montaba por el patio?

—Nos escapamos juntos. Me escapé con él.

—¿Hasta dónde llegaron?

—Hasta aquí; no voy a decirle nada más hasta que me explique lo de los diagnósticos.

—¿Conoce el conjunto de pruebas a que se somete a los varones que solicitan una intervención quirúrgica de cambio de sexo?

—No.

—Me resultaría más fácil si pudiese usted traerme una copia del procedimiento que se sigue en cada uno de los centros, pero en síntesis todos ellos suelen incluir unas cuantas pruebas entre las que destacan la Escala de Inteligencia Adulta de Wechsler, Casa-Árbol-Persona, la de Roschach, Dibujo del Autoconcepto, Percepción Temática, la MMPI, por supuesto, y un par más, la de Jenkins, creo, desarrollada por la Universidad de Nueva York. Necesita algo que le permita ver claro rápidamente, inmediatamente, ¿verdad? ¿Verdad, Clarice?

—Sería lo mejor, algo rápido.

—Veamos… Partimos de la hipótesis de que estamos buscando a un varón que en las pruebas dará unos resultados distintos a los que daría un verdadero transexual.

»Perfecto. En la prueba Casa-Árbol-Persona, busque a alguien que en primer

lugar haya dibujado una figura que no sea femenina. Los transexuales masculinos casi siempre dibujan en primer lugar la figura femenina y es característico que concedan especial atención e importancia a los adornos de las mujeres que dibujan. Sus figuras masculinas, en cambio, son meros estereotipos, aunque se den notables excepciones sobre todo cuando dibujan a Mr. América. Entre ambos extremos queda poca cosa.

»Busque a continuación un dibujo de una casa que carezca de los embellecimientos típicos de un futuro feliz, una casa sin cochecito de bebé a la puerta, sin cortinas, sin flores en el jardín.

»Los transexuales auténticos dibujan dos tipos de árboles; sauces de copioso y fluido ramaje y temas de castración. Los árboles que quedan cortados por el borde del dibujo o del papel, esto es, las imágenes de castración, aparecen llenos de vida en los dibujos de los transexuales verdaderos. Dibujan ramas floridas y cargadas de fruto. Se trata de una distinción de suma importancia porque no se parecen en nada a los árboles canijos, asustados, muertos o mutilados que aparecen en los dibujos realizados por personas aquejadas de trastornos mentales. Es decir, el árbol de Billy será horrible. ¿Voy demasiado deprisa?

—No, doctor Lecter.

—Al dibujarse a sí mismo, un transexual prácticamente nunca se representa desnudo. No se deje impresionar por la paranoica fantasía que suele aparecer en las tarjetas TAT; es fenómeno frecuente entre los sujetos transexuales que acostumbran a vestirse de mujer, motivo por el cual han tenido experiencias con la policía. ¿Quiere que resuma?

—Sí, me gustaría que hiciese un resumen.

—Tiene que conseguir una lista de personas que hayan sido rechazadas en los tres centros donde se practican intervenciones quirúrgicas de cambio de sexo. Compruebe primero a los rechazados por poseer antecedentes penales y de ellos concéntrese en los ladrones. Entre los que han intentado ocultar el hecho de poseer antecedentes criminales, busque a los que en la infancia hayan sufrido trastornos graves asociados con episodios de violencia. Es muy posible que el hombre que le interesa haya sido internado en un correccional. Luego revise las pruebas. La persona que busca es un varón, de raza blanca, que probablemente no ha cumplido aún treinta y cinco años y de gran tamaño. Recuerde que no es un transexual, Clarice. Simplemente cree serlo, y está desconcertado e irritado porque no se le presta ayuda. Eso es todo lo que voy a decir, creo, hasta no haber leído el expediente. Lo dejará usted aquí para que lo lea.

—Sí.

—Junto con las fotografías.

—Están incluidas.

—Entonces, vale más que eche a correr con lo que se le ha regalado y a ver qué

tal se las apaña, Clarice.

—Necesito saber de qué modo ha podido usted…

—No. No sea codiciosa, porque de lo contrario tendremos que discutir esa reacción la semana próxima. Vuelva cuando haya hecho algún progreso, o aunque no haya hecho ninguno. Una última cosa, Clarice.

—Sí.

—La próxima vez me explicará usted dos cosas. Una es qué le ocurrió al caballo. Lo segundo que me pregunto es… ¿cómo consigue dominar usted su rabia?

Alonso vino a buscarla. Con las notas apretadas contra el pecho, Clarice caminaba con la cabeza baja, tratando de conservarlo todo en la mente. Ansiosa de respirar aire libre, ni siquiera lanzó una mirada hacia el despacho de Chilton cuando salió del hospital.

La luz del doctor Chilton estaba encendida. Se veía por debajo de la puerta.

Capítulo 26

Allá en las profundidades, bajo el herrumbroso amanecer de Baltimore, surgen los ruidos del día en el pabellón de máxima seguridad. En esos sótanos donde nunca oscurece, los atormentados intuyen la proximidad del día como un puñado de ostras metidas en un perdido barril zarandeado por la marca.

Eran criaturas de Dios que se dormían llorando, despertaban para volver a llorar y en su desvarío carraspeaban para aclararse el gañote.

El doctor Hannibal Lecter estaba rígidamente de pie al fondo del pasillo, con la cara a un palmo de la pared.

Unas recias cinchas de lona lo sujetaban fuertemente a una camilla de superficie reclinable, como si fuese un reloj de pared. Bajo las cinchas llevaba una camisa de fuerza y correas que le ataban las piernas. Una máscara de hockey que le cubría la cara impedía que mordiese; era tan eficaz como un bozal y más cómoda de manejar para los enfermeros.

A espaldas del doctor Lecter, un enfermero bajo y de hombros caídos fregaba la celda del psiquiatra. Barney supervisaba las sesiones de limpieza, que tenían lugar tres días por semana, y al mismo tiempo registraba el recinto en busca de objetos prohibidos, obtenidos de contrabando. Los encargados de la limpieza solían apresurarse, ya que la celda del doctor Lecter les producía aprensión. Era Barney el que, una vez finalizada la tarea, controlaba. Barney lo comprobaba todo y no descuidaba nada.

Era únicamente Barney quien supervisaba la manipulación del doctor Lecter, ya que Barney no olvidaba jamás a quién tenía entre manos. Sus dos ayudantes, entretanto, contemplaban en la televisión un programa dedicado a recoger las jugadas más sobresalientes de varios partidos de hockey.

El doctor Lecter se divertía; posee ingentes recursos internos, suficientes para entretenerse durante años seguidos. Sus pensamientos se hallaban tan poco esclavizados por el medio o la bondad como los de Milton por la física. Dentro de su cabeza era un ser libre.

El mundo interior del doctor Lecter posee vivos colores, intensos olores y escasos sonidos. Lo cierto es que tuvo que esforzarse un poco para oír la voz del difunto Benjamín Raspail. El doctor Lecter estaba meditando de qué modo entregar a Jame

Gumb a Clarice Starling, para lo cual recordar a Raspail le resultaba de utilidad.

Ahí estaba el gordo flautista en el último día de su vida, tendido en el diván de la consulta de Lecter, hablándole de Jame Gumb:

«Jame vivía en San Francisco, en una pensión de mala muerte, donde tenía la habitación más atroz que se pueda imaginar; las paredes eran de un morado berenjena, salpicadas de churretones de esmalte, según la moda de los años hippie, y todo estaba de un abandonado que daba pena.

»Jame… sabe, aparece escrito así en la partida de nacimiento, de ahí le viene el nombre, y ha de pronunciarse «James», sin la ese final, de lo contrario se pone lívido; y total no fue un nombre elegido sino un error del hospital donde nació, un error debido a la ignorancia del personal que contrataban en aquellos tiempos, gente tan analfabeta que ni siquiera sabía escribir un nombre correctamente. De todos modos, actualmente, es peor; hoy oí que tiene la desgracia de ingresar en un hospital corre peligro de perder la vida. Bueno, pues en esa horrenda habitación estaba Jame sentado en la cama, cubriéndose la cara con las manos; le habían despedido de la tienda de antigüedades y objetos de regalo donde trabajaba y había vuelto a hacer la cosa mala.

»Le dije sencillamente que no aguantaba más su forma de actuar, aparte de que Klaus acababa de entrar en mi vida, claro está. Jame, sabe usted, no es un verdadero marica; eso le viene de los años que pasó en la cárcel. En realidad, no es nada; yo diría que es un vacío total que él se empeña en llenar, y de una violencia brutal cuando se enfada. Siempre que él entraba en algún sitio, se notaba como si la habitación se vaciase. Quiero decir que una persona como él, que mató a sus abuelos cuando tenía doce años, una persona de un carácter tan explosivo parece que habría de tener más presencia, ¿no le parece?

»De manera que estaba sin trabajo, y había vuelto a hacer la cosa mala a algún desgraciado. Yo estaba harto. Él había ido a correos a recoger los envíos de su ex patrón, el dueño de la tienda, confiando encontrar algo que se pudiese vender. Y había un paquete de Malasia o de Indonesia o qué sé yo. Lo abrió con verdadera ilusión y era una maleta llena de mariposas muertas, metidas allí dentro sin más ni más, sueltas.

»El dueño de la tienda estaba en contacto con algunos jefes de correos de esas islas, quienes contra reembolso le enviaban cajas y cajas de mariposas muertas. Él las prensaba entre dos planchas de metacrilato y confeccionaba los adornos más cursis que se pueda imaginar, y tenía la caradura de llamarlos objetos *de arte. Las mariposas a Jame no le servían de nada y*

hundió las manos en ellas pensando que quizá debajo habría joyas de artesanía —a veces recibían pulseras de Bali— y se llenó los dedos de polvo de mariposa. Nada. No encontró nada. Se sentó en la cama, se cubrió la cara con las manos, todo él irisado de colores de mariposa, y sintiéndose muy deprimido, como nos hemos sentido todos alguna vez, se puso a llorar. De pronto oyó un leve ruido en la maleta, que había quedado abierta, y era una mariposa que trataba de salir de un capullo que habían metido con las mariposas muertas, y finalmente tras cierto esfuerzo lo consiguió. Había polvo de mariposa en el aire, polvo en el rayo de sol que entraba por la ventana, ya sabe lo vívido *que resulta todo lo que describe una persona drogada, bebida, intoxicada, extasiada. La observó abrir las alas. Era un insecto grande, dijo. Verde. Y abrió la ventana para que huyese volando y dijo que sintió tal alivio que inmediatamente supo lo que tenía que hacer.*

»Jame descubrió la casita de la playa que usábamos Klaus y yo y un día, al regresar de un ensayo, allí me lo encontré. En cambio, no vi a Klaus. Klaus no estaba. Le pregunté que dónde estaba Klaus y me contestó que bañándose. Sabía que era mentira, Klaus nunca se bañaba, el Pacífico tiene un oleaje demasiado violento. Y cuando abrí el frigorífico, bueno, ya sabe lo que encontré. La cabeza de Klaus mirándome desde detrás de la jarra del zumo de naranja. Jame también se había confeccionado un delantal, sabe, con la piel de Klaus, y se lo puso y me preguntó si le favorecía. Supongo que debe estar horrorizado de que, a pesar de todo, continuase mi relación con Jame; la verdad es que cuando usted lo conoció, su inestabilidad había aumentado mucho. Creo que él se quedó pasmado de que usted no le tuviese miedo».

Y a continuación, las últimas palabras pronunciadas por Raspail. «Me pregunto por qué no me mataron mis padres antes de que tuviese edad para engañarles».

El fino mango del bisturí culebreó cuando el perforado corazón de Raspail trataba de seguir latiendo; fue cuando el doctor Lecter dijo: «Parece una paja metida en el orificio de una bomba teledirigida, ¿no cree?», pero era demasiado tarde para que Raspail pudiera contestar.

El doctor Lecter recordaba todas y cada una de esas palabras, y mucho más. Agradables pensamientos con los que entretenerse mientras se llevaba a cabo la limpieza de la celda.

Clarice Starling era astuta, pensó el doctor. Puede que llegase a atrapar a Jame Gumb con lo que él le había dicho, pero era una probabilidad remota. Para atraparle a tiempo, precisaba de datos más concretos. El doctor Lecter estaba seguro de que cuando leyese los detalles de los crímenes, la misma lectura le sugeriría pistas, indicios seguramente relacionados con el oficio que Gumb aprendió en el

correccional después de haber dado muerte a sus abuelos. Le entregaría a Jame Gumb mañana, dando unas indicaciones tan inequívocas que hasta el propio Jack Crawford habría de darse cuenta.

Mañana quedaría todo listo.

El doctor Lecter oyó pasos a sus espaldas y el televisor perdió la voz. Notó que el manubrio devolvía la camilla a su posición horizontal. Iba a empezar el largo y tedioso proceso de liberarlo de sus ataduras en el interior de la celda. Siempre se seguía el mismo procedimiento. Primero Barney y sus ayudantes lo colocaban con cuidado en el jergón, boca abajo. Luego, con un par de toallas, Barney le ataba los tobillos a la barra que había a los pies de la cama, le quitaba las correas de las piernas y cubierto por sus dos ayudantes, que iban armados con porras y aerosol irritante, soltaban las hebillas de la espalda de la camisa de fuerza, retrocedían para salir de la celda, ajustaban la red de nailon y cerraban la puerta de la reja, dejando que el doctor Lecter se despojase por sí solo de sus ataduras. A continuación, el doctor, por medio de la bandeja, trocaba el material de inmovilización por el desayuno. Dicho procedimiento se empleaba desde que el doctor Lecter había atacado a la enfermera, y funcionaba a satisfacción de todo el mundo.

Ese día el proceso se vio interrumpido.

Capítulo 27

Una ligera sacudida cuando la camilla que transportaba al doctor Lecter cruzó el umbral de la celda. Y en ella se hallaba el doctor Chilton, sentado en el catre, examinando la correspondencia privada de Lecter. Chilton iba en mangas de camisa y sin corbata. El doctor Lecter vio que llevaba al cuello una cadena de la cual pendía una especie de medalla.

—Póngalo ahí de pie, junto al retrete, Barney —ordenó el doctor Chilton sin levantar la vista—. Usted y los otros esperen en la sala de guardia.

El doctor Chilton acabó de leer el más reciente intercambio de impresiones de Lecter con los Archivos de Psiquiatría. Arrojó las cartas al jergón y salió de la celda. De la máscara de hockey surgió un destello cuando los ojos de Lecter le siguieron, sin que la cabeza del psiquiatra perdiese ni un instante su inmovilidad.

Chilton se dirigió hacia la silla que había usado Starling, que aún se hallaba en el pasillo, e inclinándose con rigidez sacó de debajo del asiento un diminuto dispositivo de escucha. Lo agitó ante la máscara de hockey que cubría la cara del doctor Lecter y volvió a sentarse en el jergón.

—He pensado que la señorita Starling trataría de averiguar si la muerte de Miggs había conllevado alguna violación de los derechos civiles, de modo que he decidido escuchar —declaró Chilton—. Hacía años que no oía su voz, Hannibal; la última vez debió ser cuando, deliberadamente, contestó equivocadamente a las preguntas de mi cuestionario, dejándome en ridículo ante toda la profesión en los artículos que publicó en la *Revista de Psiquiatría*. Cuesta creer que la opinión de un recluso tenga tanto peso entre los miembros de la comunidad científica, ¿verdad? Pero yo sigo aquí, y usted también.

El doctor Lecter no se dignó contestar.

—Años de silencio y de pronto Jack Crawford le envía a esa muchacha y se pone usted a temblar como un flan de gelatina, ¿no es así? ¿Qué es lo que le ha derretido, Hannibal? ¿Esos tobillos fuertes y hermosamente torneados? ¿El brillo de sus cabellos? Esa mujer es una maravilla, ¿no le parece? Distante y maravillosa, como una puesta de sol invernal; ésa es la imagen que me viene a la mente cuando pienso en ella. Ya sé que hace mucho tiempo que no ve usted una puesta de sol invernal, pero, créame, es lo que esa chica sugiere.

»Tan sólo le queda un día más con ella, Hannibal. Luego, del interrogatorio se va a encargar Homicidios de Baltimore. Ya están atornillando una silla para usted en la sala de electrochoque. La silla está provista de un orinal, para su mayor comodidad y la de ellos cuando conecten la corriente. Yo quedo al margen; no me enteraré de nada.

»¿Se da usted cuenta de lo que estoy diciendo? *Lo saben*, Hannibal. Saben que usted sabe perfectamente quién es Buffalo Bill. Piensan que probablemente lo atendió usted en su consulta. Cuando oí a la señorita Starling preguntarle por Buffalo Bill, me quedé desconcertado. Y llamé a un amigo que tengo en Homicidios de Baltimore. Han encontrado un insecto en la garganta de Klaus, Hannibal. Saben que fue Buffalo Bill quien lo mató. Crawford simplemente usa la táctica de dejar que se crea usted muy listo. No creo que sepa usted lo mucho que Crawford le odia por haber desfigurado a su protegido. Y le tiene acorralado, Hannibal. ¿Todavía se sigue creyendo muy listo?

El doctor Lecter observó los ojos de Chilton moviéndose sobre las correas que sujetaban la máscara de hockey. Era evidente que Chilton deseaba quitársela para verle la cara. Lecter se pre untó, si Chilton se la quitaría empleando el método seguro, es decir, desde detrás. Si se la quitaba desde delante, tendría que rodearle la cabeza con los brazos, y la cara interna de los antebrazos, con sus venas azules, quedaría a poquísima distancia de la boca del psiquiatra. Vamos, doctor Chilton, acérquese. No, ha decidido no tocar la máscara.

—¿Sigue usted pensando que le van a trasladar a una celda con una ventana? ¿Cree usted que va a pasear por la playa contemplando los pájaros? No sea ingenuo. He telefoneado a la senadora Ruth Martin, quien ha manifestado no estar al corriente de haber cerrado ningún trato que le concierna a usted. He tenido incluso que recordarle quién era usted. Tampoco ha oído hablar jamás de Clarice Starling. Es una pura patraña. Ya se sabe que en una mujer son de esperar *pequeños* engaños, pero, francamente, esta vez lo han hecho objeto de un fraude. ¿No opina usted lo mismo?

»Cuando acaben de ordeñarle, Hannibal, Crawford le va a denunciar por encubrimiento de delito. Es evidente que usted recurrirá, basando su defensa en la demencia como circunstancia atenuante, pero así y todo al juez no le va a gustar. Ya verá cómo a partir de ahora se toma poquísimo interés por las condiciones de su reclusión.

»No va a haber ventanas, Hannibal. Se va a pasar el resto de la vida en un manicomio, contemplando cómo le cambian los pañales. Con los años se le caerán los dientes, perderá la fuerza, nadie le tendrá ya miedo y acabará sus días en una sala cualquiera, babeando como Flendauer. Los reclusos jóvenes le tomarán el pelo, se burlarán de usted y le usarán para el sexo siempre que les venga en gana. Lo único que podrá leer será lo que escriba usted en las paredes. ¿Y cree que al juez le importará? Ya ha visto usted cómo acaban aquí los viejos: llorando porque no les

gusta la compota de albaricoque.

»Jack Crawford y su amiguita. En cuanto se le muera la mujer, se irán a vivir juntos, ya lo verá. Él se vestirá de joven y empezará a hacer un deporte que puedan practicar juntos. Son íntimos amigos desde que Bella Crawford se puso enferma; en esto sí que, por más que lo intenten, no consiguen engañar a nadie. Lograrán ambos un ascenso y no se acordarán de usted para nada. Es probable que Crawford, cuando todo acabe, venga a verle personalmente para comunicarle la recompensa que tiene reservada para usted. Ya verá, ya. Seguro que ya tiene el discurso preparado.

»Hannibal, Crawford no le conoce tan bien como yo. Ha creído que si le pedía información sobre el caso de Catherine Baker, usted se dedicaría a atormentar a la madre de esa chica.

Y ha acertado, pensó el doctor Lecter, *Jack no tiene un pelo de tonto; con esa obtusa cara de irlandés-escocés engaña a todo el mundo. Es un rostro que según como se mire parece lleno de cicatrices. Bueno, seguramente queda sitio para unas cuantas más.*

—Yo sé muy bien lo que a usted le da miedo, Hannibal. No es el dolor, ni el sufrimiento, ni la soledad. Lo único que no puede soportar es la *indignidad*; en eso se parece usted a los gatos. Yo estoy moralmente obligado a cuidar de usted, Hannibal, y siempre lo he hecho. Por mi parte, en nuestra relación jamás han intervenido factores ni consideraciones de tipo personal. Y en este momento estoy cuidando de usted.

»Por parte de la senadora Martin, nunca ha habido una oferta para usted. Pero ahora sí la hay, o podría haberla. Llevo horas hablando por teléfono en nombre suyo, Hannibal, y sin más interés que el bien de esa chica. Y voy a decirle la primera condición: usted va a hablar exclusivamente a través de mí. Yo seré el que publique exclusivamente un informe profesional de este caso, informe que formalmente se presentará como una entrevista con usted. Usted no publicará nada. Yo seré el único que tenga acceso a cualquier información de labios de Catherine Martin, si conseguimos que salga sana y salva. Estas condiciones no pueden ser objeto de ningún tipo de negociación. Tiene usted que contestarme ahora mismo. ¿Las acepta?

El doctor Lecter sonrió para sus adentros.

—Más le vale contestarme, porque de lo contrario sólo podrá contestar al interrogatorio de Homicidios de Baltimore. La oferta consiste en lo siguiente: si identifica usted a Buffalo Bill y a través de su información se logra rescatar a la chica sana y salva, la senadora Martin —y ella se lo confirmará por teléfono— se compromete a trasladarle a usted a la prisión estatal de Brushy Mountain, en Tennessee, fuera del alcance de las autoridades judiciales y policíacas de Maryland. Estará usted bajo la jurisdicción personal de la senadora, lejos de las garras de Jack Crawford. Será usted instalado en una celda de máxima seguridad, con vistas sobre los bosques, Dispondrá de todos los libros que quiera. Hará ejercicio al aire libre; los

detalles todavía deben concretarse, pero la senadora se muestra bien dispuesta. Denos usted el nombre del secuestrador y automáticamente será usted trasladado. La policía estatal de Tennessee se encargará de custodiarle en el aeropuerto; sobre este punto contamos con el beneplácito del gobernador.

Por fin el doctor Chilton ha dicho algo interesante, aunque no tenga ni idea de qué se trata. Por detrás de la máscara, el doctor Lecter frunció sus rojos labios. *Custodiado por la policía. La policía no es tan precavida como Barney. La policía está acostumbrada a tratar con delincuentes comunes. Generalmente usa grilletes y esposas. Los grilletes y las esposas se abren con una llave. Como la que tengo en mi poder.*

—Su nombre de pila es Billy —dijo el doctor Lecter—. El resto se lo comunicaré personalmente a la senadora. En Tennessee.

Capítulo 28

Jack Crawford declinó el café que le ofrecía el doctor Danielson, pero cogió el vaso y se preparó un Alka-Seltzer en el lavabo de acero inoxidable que había en la salita de enfermeras. Todo era de acero inoxidable: la máquina expendedora de vasos, la superficie de la mesa, la papelera, la montura de las gafas del doctor Danielson. El brillo del metal sugería el centelleo del instrumental quirúrgico y a Crawford le produjo una inequívoca punzada en la zona del anillo inguinal.

El doctor y él estaban a solas en la pequeña habitación.

—No, sin un mandato judicial, imposible —repitió el doctor Danielson, esta vez con manifiesta brusquedad, como queriendo contrarrestar el hospitalario gesto que había tenido al ofrecerle el café.

Danielson era el director de la Clínica de Identidad Sexual de Johns Hopkins y había accedido a recibir a Crawford al amanecer, mucho antes de pasar visita.

—Tendrá que traerme un mandato específico para cada caso y los discutiremos todos. ¿Qué le han dicho en Columbus y en Minnesota? Lo mismo, ¿no es cierto?

—El Departamento de justicia está hablando con sus directores en estos momentos. Doctor, hemos de intentar resolver este caso con la máxima urgencia. Si la chica no ha muerto ya, la va a matar pronto, esta noche o mañana. Y a continuación, secuestrará a la próxima —contestó Crawford.

—Mire, mencionar el nombre de Buffalo Bill asociándolo a los problemas que tratamos aquí revela una profunda ignorancia, señor Crawford, además de pecar de injusto y peligroso. Hace que se me pongan los pelos de punta. Nos ha llevado años —y aún no lo hemos conseguido del todo— convencer al público de que los transexuales no están locos, ni son unos pervertidos, ni unos despreciables *maricones*, término ambiguo y que no…

—Estoy enteramente de acuerdo con usted…

—Un momento. El índice de violencia entre el colectivo transexual es notablemente inferior que el que se aprecia entre la masa de la población en general. Los transexuales son personas decentes aquejadas de un auténtico problema, un problema que siempre se ha tratado con notoria intransigencia. Merecen ayuda y aquí se la damos. No estoy dispuesto a permitir que ahora se lleve a cabo una caza de brujas. Jamás hemos violado la información confidencial de ningún paciente y le

aseguro que jamás lo haremos. Mejor será que partamos de esta base, señor Crawford.

Hacía ya meses que en su vida privada Crawford cultivaba el trato con los médicos y enfermeras de su esposa, tratando de arrancarles mediante cualquier subterfugio la más insignificante ventaja para ella. Estaba harto de médicos. Pero esto no era su vida privada. Esto era Baltimore y asunto profesional. Calmémonos.

—Seguramente no me he expresado con la suficiente claridad, doctor Danielson. La culpa es de la hora; no soy una persona excesivamente madrugadora, y es muy temprano. Lo que quiero recalcar es que el hombre que buscamos *no es paciente suyo*. Se trata de alguien cuya solicitud se rechazó porque aquí, en Johns Hopkins, se determinó que *no era un verdadero transexual*. Permítame que le diga que no venimos a ciegas; le voy a enseñar una serie de puntos concretos, relacionados con las pruebas de personalidad a que someten a los solicitantes, que demuestran una desviación de la conducta típica del transexual. Mire, aquí tengo una lista de lo que tienen que buscar sus subalternos en relación con las solicitudes rechazadas.

El doctor Danielson se frotó un lado de la nariz mientras leía. Concluida la lectura, le devolvió el papel.

—Esto es muy original, señor Crawford. La verdad, es extremadamente insólito, término que empleo, se lo aseguro, en contadísimas ocasiones. ¿Puedo preguntarle quién le ha proporcionado esta… conjetura?

No creo que le a gradase averiguarlo, doctor Danielson.

—El personal de Ciencias del Comportamiento —repuso Crawford—, tras haber consultado la opinión del doctor Alan Bloom, de la Universidad de Chicago.

—¿*Alan Bloom* respalda esto?

—Y no dependemos exclusivamente de las pruebas. Hay otro factor que probablemente hará destacar a Buffalo Bill entre las fichas de sus archivos; seguramente trató de ocultar sus antecedentes criminales o falsificó documentos de información complementaria. Enséñeme las solicitudes rechazadas, doctor.

Danielson no dejó en todo el rato de sacudir la cabeza.

—Las pruebas y la información recogida en las entrevistas constituyen material estrictamente confidencial.

—Doctor Danielson, ¿cómo es posible que el fraude y el engaño deliberado constituyan material estrictamente confidencial? En la relación que establece un médico y su paciente, ¿en qué categoría se incluye el verdadero nombre de un criminal y sus antecedentes, nombre y antecedentes que el paciente, por supuesto, no revela y son descubiertos a posteriori por el facultativo? Conozco sobradamente el rigor que caracteriza a Johns Hopkins, pero estoy seguro de que se han encontrado alguna vez con algún caso semejante a éste. Los adictos a la cirugía cursan solicitudes de admisión en todos los centros donde se realizan intervenciones quirúrgicas de este

tipo. Ello no empeña ni la reputación del centro ni la de los pacientes con legítimos problemas. ¿Cree usted que el FBI no recibe solicitudes de chalados? Pues las recibe, y continuamente. Mire, la semana pasada un tipo tocado con una peluca solicitó ser admitido en St. Louis. En la bolsa de los palos de golf le encontraron un lanzacohetes antitanque, dos obuses y un gorro de piel de oso.

—¿Y se le admitió?

—Ayúdeme, doctor Danielson. El tiempo apremia. Mientras nosotros estamos hablando aquí, Buffalo Bill puede estar convirtiendo a Catherine Martin en uno de estos despojos —dijo Crawford colocando una fotografía sobre la reluciente superficie— de la mesa.

—Retire eso inmediatamente —replicó el doctor Danielson—. Este gesto que acaba de hacer revela una puerilidad y una actitud de amenaza intolerables. Sepa que fui cirujano de guerra, señor Crawford. Vuelva a guardarse esa fotografía en el bolsillo.

—Naturalmente, un cirujano puede contemplar sin alterarse la imagen de un cadáver mutilado —argumentó Crawford, arrugando el vaso y oprimiendo con el pie el pedal de la papelera—. Pero no creo que ningún médico pueda soportar la idea de que se despilfarre una vida. —Arrojó el vaso a la cubeta y la tapa se cerró con satisfactorio ruido—. No voy a pedirle que me revele información relativa a sus pacientes sino sólo la correspondiente a determinadas solicitudes seleccionadas por usted de acuerdo con los puntos que aquí se enumeran. Usted y sus asesores psiquiátricos pueden manejar las solicitudes rechazadas con mayor rapidez y eficiencia que yo. Si descubrimos a Buffalo Bill gracias a su información, doctor, omitiré este hecho. Ya hallaré una manera convincente de explicar cómo lo hemos conseguido, y así constará en el expediente.

—¿Me está usted proponiendo que Johns Hopkins se convierta en un testigo protegido, señor Crawford? ¿Insinúa usted que adoptemos una nueva identidad? ¿Que nos convirtamos en la Universidad Bob Jones, por decir algo?

Dudo mucho de que el FBI o cualquier otra agencia del gobierno sean capaces de guardar un secreto.

—Se llevaría usted sorpresas.

—Lo dudo. Intentar justificar una burda mentira burocrática sería mucho más perjudicial que limitarse a decir la verdad. Por favor, no intente protegernos de ese modo, señor Crawford. Muchas gracias.

—Las gracias se las doy yo, doctor Danielson, por sus jocosos comentarios. Me resultan de gran utilidad; dentro de unos instantes le demostraré el porqué. Ya que tan partidario se muestra usted de la verdad, escuche esta: el hombre que buscamos asesina a mujeres jóvenes y les arranca la piel. Se viste con esas pieles para salir de parranda. No queremos que vuelva a hacer tal cosa. Si no me ayuda usted lo más

aprisa que pueda, lo que haré con usted será lo siguiente: hoy mismo por la mañana, el Departamento de justicia comunicará oficial y públicamente haber solicitado un mandato judicial manifestando que usted se ha negado a cooperar. Difundiremos ese comunicado dos veces al día, con tiempo suficiente para que se hagan eco de él los telediarios del mediodía y de la noche. Todo comunicado difundido por el Departamento de justicia sobre este caso llevará aneja una nota explicativa sobre el desarrollo de nuestras relaciones con el doctor Danielson, de Johns Hopkins, cuya colaboración intentamos conseguir. Cada vez que se produzca alguna noticia relacionada con el caso de Buffalo Bill, es decir, cuando aparezca flotando el cadáver de Catherine Baker Martin, o el siguiente, o un tercero, difundiremos acto seguido un comunicado oficial manifestando en qué estado se encuentran nuestras relaciones con el doctor Danielson, de Johns Hopkins, dando a conocer públicamente sus jocosos comentarios sobre la universidad de Bob Jones.

»Una cosa más, doctor. Ya sabe usted que el Comité de Servicios Humanos y Sanitarios tiene su sede aquí, en Baltimore. Mis pensamientos han volado sin querer a la Oficina de Políticas Prioritarias, como los suyos, si no me equivoco. Qué le parecería si la senadora Martin, poco después del entierro de su hija, plantease a los miembros de la comisión la siguiente pregunta: «¿No creen ustedes que las intervenciones quirúrgicas de cambio de sexo han de considerarse cirugía estética?». A lo mejor esos respetables caballeros reflexionan y contestan: «Pues, ¿sabe usted lo que le digo? Que la senadora Martin *tiene toda la razón*. Sí, sí, efectivamente se trata de cirugía estética», y entonces su programa, doctor Danielson, se queda sin la subvención federal que permite que se lleve a cabo.

—Esto es un insulto.

—No, señor. Es la pura verdad.

—Sus palabras no me asustan, su prepotencia no me intimida…

—Perfecto. No tenía la intención de conseguir ni una cosa ni la otra, doctor. Sólo quiero que sepa que hablo en serio. Ayúdeme, doctor, se lo pido por favor.

—Ha dicho que estaba usted trabajando con Alan Bloom.

—Así es. La Universidad de Chicago…

—Conozco a Alan Bloom y prefiero discutir este tema a nivel profesional. Dígale que me pondré en contacto con él esta misma mañana. Le comunicaré a usted lo que he decidido antes de mediodía. Me preocupan enormemente las jóvenes asesinadas, señor Crawford, y las otras también, pero hay muchas cosas en juego a las que seguramente no concede usted toda la importancia que merecen… Señor Crawford, ¿hace tiempo que no se ha hecho tomar la presión?

—Me la tomo yo mismo.

—¿Y también se receta usted mismo?

—Eso está penado por la ley, doctor Danielson.

—Pero tendrá usted un médico.

—Sí.

—Comuníquele a cuánto está de máxima y mínima, señor Crawford. Qué pérdida irreparable para todos nosotros si cayese usted muerto de repente. Me pondré en contacto con usted dentro de un rato.

—¿Cuánto rato, doctor Danielson? ¿Una hora?

—Una hora.

El zumbador de Crawford empezó a sonar en el momento en que éste salía del ascensor en la planta baja. Jeff, su chófer, le llamaba con gestos cuando Crawford se acercaba corriendo a la furgoneta. *La han encontrado muerta*, pensó Crawford mientras agarraba el teléfono. Era el director del FBI. La noticia, no tan mala como la que esperaba, no podía ser peor: Chilton se había entrometido en el caso y ahora la que iba a intervenir era la senadora Martin. El fiscal general del Estado de Maryland había autorizado el traslado del doctor Hannibal Lecter a Tennessee. Iba a hacer falta toda la fuerza del tribunal federal del distrito de Maryland para impedir o retrasar el traslado. El director quería la opinión de Crawford, y la quería ahora mismo.

—No cuelgue —dijo Crawford. Se apoyó el teléfono en el muslo y miró por la ventana de la furgoneta. Pobre era el colorido que revelaba aquel amanecer de febrero.

Todo gris. Desolado.

Jeff empezó a decir algo, pero Crawford lo silenció con un gesto.

La monstruosa egolatría de Lecter. La ambición de Chilton. El terror que la senadora Martin experimentaba por su hija. La vida de Catherine Martin. Todo había confluido.

—Déjeles ir —dijo al teléfono.

Capítulo 29

Amanecía. El doctor Chilton, acompañado por tres soldados pulcramente uniformados de las fuerzas armadas estatales de Tennessee, se hallaba en la ventosa pista de aterrizaje, hablando a voz en grito a fin de acallar el aluvión de voces que, producidas por el tráfico aéreo en la radio del Grummann Gulfstream, salían por la puerta abierta del avión así como por la de la ambulancia estacionada junto al aparato.

El capitán de los soldados entregó un bolígrafo al doctor Chilton.

Las hojas del cuaderno se arremolinaban a causa del viento y el oficial tuvo que alisarlas.

—¿No podemos hacer todo esto durante el vuelo? —preguntó el doctor Chilton.

—Los formularios de la documentación han de quedar completados antes de que se produzca el traslado físico del prisionero. Son las órdenes que he recibido.

El copiloto terminó de ajustar la rampa sobre la escalerilla del avión.

—¡Listos! —gritó. Los soldados se agruparon en torno al doctor Chilton junto a las puertas traseras de la ambulancia. Cuando este último las abrió, se pusieron tensos, como esperando que saliese un animal de un salto.

Al fondo divisaron al doctor Hannibal Lecter, erguido en la camilla, atado y envuelto en cinchas de lona y con el rostro cubierto por la máscara de hockey. Estaba orinando en una palangana que Barney sujetaba.

—Lo siento —dijo Barney dirigiéndose al doctor Lecter al tiempo que cerraba las puertas.

—No tiene importancia, Barney —contestó el doctor Lecter—. He terminado, gracias.

Barney arregló la ropa del doctor Lecter, devolvió la camilla a su posición horizontal y empujó al doctor hacia las puertas traseras de la ambulancia.

—¿Barney?

—Diga, doctor Lecter.

—Se ha portado usted siempre muy bien conmigo. Quiero darle las gracias.

—No hay de qué.

—La próxima vez que Sammie recupere el conocimiento ¿querrá usted despedirme de él?

—Claro que sí.

—Adiós, Barney.

El corpulento enfermero abrió las puertas de un empujón y llamó a los soldados.

—¿Hacéis el favor de coger la camilla por aquí? Por los dos lados. Para bajarla hasta el suelo. Así. Con cuidado.

Barney empujó al doctor Lecter por la rampa y lo introdujo en el avión. A la derecha del pasillo se habían eliminado tres asientos. En el suelo quedaban las respectivas horquillas, a las cuales el copiloto ató la camilla.

—¿Va a realizar todo el vuelo tumbado? —preguntó uno de los soldados—. ¿Lleva pañales de hule?

—Tendrá que aguantarse las ganas de mear hasta Memphis, pajarraco.

—Doctor Chilton, ¿puedo hablar con usted? —dijo Barney. Salieron ambos del aeroplano. El viento levantaba pequeños remolinos de polvo y basura a su alrededor.

—Esos individuos no saben nada —dijo Barney.

—Cuando lleguemos, tendré ayuda; enfermeros especializados en casos psiquiátricos. Ahora ya es responsabilidad de otros, Barney.

—¿Cree usted que le tratarán bien? Ya sabe usted cómo es; hay que amenazarle con el aburrimiento. Es lo único que le da miedo. Darle de bofetadas no sirve de nada.

—Nunca permitiría tal cosa, Barney.

—¿Estará usted presente cuando le interroguen?

—Sí. —*Y tú no,* añadió Chilton para sus adentros.

—Yo podría viajar con él hasta su destino y regresar después. No perdería más de dos horas de mi turno —dijo Barney.

—Ya no es competencia suya, Barney. De todos modos, yo estaré allí. Les enseñaré, paso a paso, todo lo que hay que hacer para manejarle.

—Ojalá presten atención —replicó Barney—. *Él* la prestará toda.

Capítulo 30

Clarice Starling se quedó sentada en el borde de la cama de la habitación que ocupaba en el motel, contemplando el teléfono durante casi un minuto después de colgar Crawford. Llevaba el pelo revuelto y el batín del FBI arrugado de las vueltas que había dado en su breve e inquieto reposo. Se sentía como si le hubiesen dado un puñetazo en el estómago.

Sólo habían transcurrido tres horas desde que abandonó al doctor Lecter y dos desde que Crawford y ella terminaron de redactar la lista de características que había que comparar con las solicitudes rechazadas en los tres centros médicos que practicaban intervenciones de cambio de sexo. Y en ese breve lapso de tiempo, mientras ella dormía, el doctor Frederick Chilton había conseguido joderlo todo.

Crawford venía a buscarla. Tenía que vestirse. Tenía que pensar en vestirse.

Maldita sea. MALDITA SEA. MALDITA SEA. La has matado, doctor Chilton. La has matado, gilipollas del carajo. Lecter sabía más cosas, y me las hubiera dicho. Y ahora, nada; todo echado a perder. Cuando aparezca flotando el cadáver de Catherine Martín, me ocuparé de que seas tú el que tengas que examinarla, te lo juro. Me la has robado. Tengo que ponerme a hacer algo útil. Ahora mismo. ¿Qué puedo hacer, qué puedo hacer en este mismo instante? Lavarme.

En el cuarto de baño había una cestita llena de pequeñas pastillas de jabón envueltas en un papel impreso con el anagrama del motel, frasquitos de gel y champú, un pequeño costurero, esos detalles por los que se distingue un establecimiento de categoría.

Cuando se metía bajo la ducha, como a la luz de un fogonazo, Starling se vio a sí misma a los ocho años entregándole a su madre las toallas limpias, el champú, las pastillas de jabón con sus finos envoltorios, su madre que trabajaba de camarera, limpiando habitaciones en un motel. Cuando tenía ocho años, había una urraca, una que formaba parte de una bandada que volaba azuzada por las ráfagas de viento de aquella agria ciudad; era una urraca que robaba cosas de los carros de limpieza del motel. Robaba cualquier cosa que brillase. La urraca aguardaba la ocasión y entonces rebuscaba entre los productos de limpieza almacenados en el carro. A veces, cuando una emergencia la obligaba a huir, se ensuciaba en la ropa limpia. Había una de las mujeres de la limpieza que la espantaba rociándola con lejía, sin más resultado que el

de causarle en las plumas unas salpicaduras blancas como la nieve. La urraca blanca y negra siempre aguardaba a que Clarice abandonase el carro para llevarle las cosas a su madre, que fregaba cuartos de baño. Su madre estaba en la puerta de un cuarto de baño de una habitación de motel cuando le dijo a Starling que tendría que marcharse de casa, para vivir en Montana. Su madre dejó a un lado las toallas que sostenía, se sentó en el borde de aquella cama de motel y la estrechó entre sus brazos. Starling todavía soñaba con la urraca, y la veía en ese momento, sin tener tiempo de pensar en el porqué. La mano de Clarice subió con un gesto de rechazo y de pronto, como si tuviese que excusar ese movimiento, siguió subiendo hacia la frente, para echarse hacia atrás el mojado cabello.

Se vistió deprisa. Pantalones, blusa, un ligero chaleco de punto, el chato revólver apretado contra las costillas, metido en la funda de cuero, el cargador colgado del cinturón al otro lado. La chaqueta precisaba un repaso. Una de las costuras del forro, la que quedaba encima del cargador, se estaba deshilachando. Había resuelto tener las manos ocupadas en cualquier cosa hasta calmarse. Cogió el pequeño costurero del motel y recosió el forro. Había agentes que en el dobladillo de la chaqueta cosían arandelas, para que tuviese más cuerpo y al sacar el arma la prenda se abriese con mayor facilidad; tendría que hacer lo mismo…

Crawford llamaba a la puerta.

Capítulo 31

Crawford sabía por experiencia que a las mujeres la cólera las torna desaseadas. La rabia les ponía mal color y hacía que se les soltase el moño y olvidasen subirse la cremallera. Todos los rasgos poco atractivos de las mujeres quedaban amplificados. Cuando abrió la puerta de la habitación del motel, Starling, pese a estar hecha una furia, tenía el mismo aspecto de siempre.

Y Crawford intuyó que se le presentaba la ocasión de averiguar cómo era en realidad aquella muchacha.

Una vaharada de aire húmedo y caliente, perfumado de jabón, le dio en la cara al abrir ella y quedarse en el umbral. Las sábanas de la cama estiradas, cubrían la almohada.

—¿Qué me dice, Starling?

—Digo que maldita sea, señor Crawford. ¿Qué dice usted?

Él hizo un gesto con la cabeza y replicó:

—El bar de la esquina ya está abierto. Vamos a tomar un café.

Era una mañana templada para ser febrero. El sol, bajo todavía por el este, teñía de reflejos rojos la fachada del psiquiátrico cuando pasaron por delante. Jeff les seguía despacio con la furgoneta, cuyas radios crepitaban sin cesar. En determinado momento, sacó un teléfono por la ventanilla y se lo pasó a Crawford, quien mantuvo una breve conversación.

—¿Puede denunciar a Chilton por obstrucción de la justicia? Starling caminaba delante, a pocos pasos de distancia. Crawford vio cómo tensaba los músculos de las mandíbulas después de haberle hecho esta pregunta.

—No, no serviría de nada.

—¿Y si la ha matado? ¿Y si Catherine muere por culpa de él? Le juro que quiero echárselo en cara… No me releve del caso, señor Crawford. No me mande a la escuela.

—Dos cosas. Si la mantengo en el caso, no es para que eche en cara nada a Chilton; eso no es lo prioritario. En segundo lugar, si la conservo a mi lado mucho tiempo, no le permitirán que se presente a los exámenes y tendrá que repetir. La academia no tolera ausencias ni retrasos a nadie. Puedo garantizarle que será readmitida, pero nada más. Un puesto para usted lo habrá, eso se lo aseguro.

Starling echó la cabeza hacia atrás, la inclinó luego hacia delante y siguió andando.

—A lo mejor no es correcto preguntarle al jefe lo que quiero preguntarle, pero tanto da. ¿Está usted en dificultades? ¿Puede perjudicarle a usted la senadora Martin?

—Starling, me retiro dentro de dos años. Aunque encuentre a Jimmy Hoffa y al asesino del Tylenol, tendré que dejar mi puesto. Lo que acaba de decir no entra en mis consideraciones.

Crawford, siempre precavido ante el deseo, sabía lo mucho que deseaba mostrar una cierta sabiduría. Sabía que un hombre ya maduro es capaz de anhelar con tanta desesperación la sabiduría que puede llegar a fingirla, y sabía también lo mortal que ello puede resultar para un joven que crea a ciegas en él. De modo que habló eligiendo con cuidado sus palabras, y solamente de las cosas que conocía de verdad.

Lo que Crawford le dijo a Starling en aquella sórdida calle de Baltimore lo había aprendido a lo largo de una serie de gélidos amaneceres en Corea, en el transcurso de una guerra que tuvo lugar antes de que ella naciera.

Omitió lo de Corea, ya que no precisaba el refrendo de esta autoridad.

—Éste es el momento más duro, Starling, pero debe emplearlo para templar su ánimo. Se halla ante la prueba más difícil, que consiste en no dejar que la rabia y la frustración le impidan pensar. Si sale victoriosa, habrá usted demostrado que puede mandar, pues en eso consiste en síntesis la capacidad de mando. Lo restante no es más que despilfarro y estupidez. Chilton es un perfecto imbécil y es posible que su intervención le cueste la vida a Catherine Martin. Pero puede no ser así.

»Nosotros somos la única oportunidad de esa muchacha. Starling, ¿a qué temperatura se halla el nitrógeno líquido en el laboratorio?

—¿Cómo? Ah, el nitrógeno líquido… a doscientos grados centígrados bajo cero. Hierve a una temperatura algo más elevada que esa cifra.

—¿Lo ha empleado alguna vez para congelar alguna cosa?

—Claro.

—Pues quiero que ahora congele algo. Quiero que congele el asunto de Chilton. Conserve la información que ha obtenido de Lecter y congele sus sentimientos. Quiero que no aparte los ojos de su objetivo o recompensa, Starling. Eso es lo único que importa. Se ha esforzado usted por conseguir determinada información, ha pagado por ello, la ha obtenido y ahora vamos a utilizarla. Sirve de tanto —o de tan poco— como antes de que Chilton se entrometiese en nuestro caso. Probablemente, ya no obtendremos nada más de Lecter. Separe la información de Buffalo Bill que ha obtenido de Lecter y consérvela. Congele todo lo demás. El despilfarro, la pérdida de esfuerzo y tiempo, su cólera y Chilton. Congélelo. Cuando nos sobre un momento, ya le daremos a Chilton su merecido. De momento, congélelo y déjelo a un lado para no perder de vista la recompensa, Starling, la vida de Catherine Martin y el pellejo de

Buffalo Bill colgado de la puerta del granero. Clave la vista en su objetivo. Si es capaz de hacer tal cosa, la necesito.

—¿Para trabajar con los historiales médicos? Se hallaban ante la puerta del bar.

—No, salvo que las clínicas obstruyan nuestra labor y tengamos que apoderarnos de las fichas. La quiero a usted en Memphis. Nuestra única esperanza es que Lecter le diga a la senadora Martin alguna cosa de utilidad, y quiero que usted se halle cerca, solamente por si acaso; si se cansa de jugar con ella, tal vez acceda a hablar con usted. Entretanto, quiero que se concentre en Catherine, que intente averiguar de qué modo pudo Bill fijarse en ella. Usted es aproximadamente de la misma edad que Catherine, algo mayor quizá, pero poco más, y es posible que las amistades de la muchacha le cuenten a usted cosas que no referirían a alguien con más aspecto de policía.

»Y tenemos en marcha todo lo demás. La Interpol sigue trabajando en la identificación de Klaus. Cuando lo hayamos identificado, podremos investigar qué relaciones tenía en Europa y California, donde tuvo lugar su romance con Benjamín Raspail. Yo me voy ahora a la Universidad de Minnesota —ahí empezamos con mal pie— y esta noche estaré en Washington. Voy a buscar el café. Dele un silbido a Jeff para que venga con la furgoneta. Su avión, Starling, sale dentro de cuarenta minutos.

El sol había ascendido hasta tres cuartas partes de la altura de los postes telefónicos. Las aceras todavía estaban de color violeta. Starling recibió la caricia de los rayos del sol cuando agitó la mano llamando a Jeff.

Se sentía más ligera, aliviada, mejor. Crawford, en realidad, era una buena persona. Recordó su pregunta sobre el nitrógeno líquido y supo que era un guiño alusivo a sus conocimientos de peritaje forense, destinado a complacerla y a desencadenar hábitos automáticos de pensamiento disciplinado. Se preguntó si los hombres calificarían de sutil ese tipo de manipulación. Es curioso advertir con qué eficacia operan las cosas cuando uno las reconoce.

Es curioso observar hasta qué punto es incómodo el regalo del mando.

Al otro lado de la calle, una figura bajaba los escalones del Hospital Estatal de Baltimore para la Demencia Criminal. Era Barney, embutido en un anorak que aumentaba su corpulencia. En la mano llevaba su fiambrera.

Starling gesticuló a Jeff, que la aguardaba en la furgoneta, indicándole que la esperase cinco minutos, y se acercó a Barney, que estaba abriendo la portezuela de su destartalado Studebaker.

—Barney.

Él volvió hacia ella un rostro inexpresivo. Quizá tenía los ojos algo más abiertos que de costumbre.

Estaba plantado con firmeza sobre ambos pies.

—¿Le ha dicho el doctor Chilton que no le pasaría nada por culpa de esto?

—¿Qué otra cosa podía decirme?

—¿Le cree usted?

Las comisuras de los labios de Barney cayeron. No contestó ni que sí ni que no.

—Quiero pedirle un favor. Y quiero que me lo haga ahora, sin preguntas. Se lo pido por favor, empezaremos por esto. ¿Qué queda en la celda de Lecter?

—Un par de libros… *El placer de la cocina*, revistas de psiquiatría. Se llevaron todos los documentos al juzgado.

—¿Y lo que había en las paredes? ¿Los dibujos?

—Siguen allí.

—Quiero quedarme con todo eso, y tengo una prisa del demonio. Barney se la quedó mirando unos instantes.

—Un minuto —contestó y echó a correr escaleras arriba, con ligereza para su corpulencia.

Crawford ya la estaba esperando en la furgoneta cuando regresó Barney con los dibujos enrollados y los libros y los papeles metidos en una bolsa de plástico.

—Piensa que yo estaba enterado de que en la silla que le traje había un dispositivo de escucha, ¿verdad? —le dijo Barney al tiempo que le entregaba las cosas.

—No he reflexionado sobre ello, pero lo haré. Mire, coja este bolígrafo y anote su número de teléfono en la bolsa. Barney, ¿cree usted que son capaces de *manejar* al doctor Lecter?

—Tengo mis dudas y así se lo he dicho al doctor Chilton. Recuerde que se lo he dicho a usted, por si a él se le olvida ese detalle. Es usted una gran persona, agente Starling. Oiga, cuando cojan a Buffalo Bill…

—Sí.

—No me lo traigan a mí sólo porque me he quedado con las manos libre, ¿eh? —Barney sonrió. Tenía una dentadura de niño pequeño.

Casi sin querer, Starling le devolvió la sonrisa y se despidió de él agitando la mano cuando ya corría hacia la furgoneta.

Crawford estaba contento.

Capítulo 32

El Grumman Gulfstream que transportaba al doctor Lecter aterrizó en Memphis levantando sus neumáticos dos nubecillas de humo azul. De acuerdo con las instrucciones emitidas por la torre de control, se dirigió hacia los hangares de la Guardia Aérea Nacional, situados a considerable distancia de la terminal de pasajeros. Una ambulancia del servicio de emergencia y un coche oficial se hallaban a la espera en el interior del primer hangar.

La senadora Ruth Martin contemplaba a través de los cristales ahumados del coche oficial a los soldados que sacaron la camilla del doctor Lecter del avión. Experimentó el impulso de correr hacia la figura atada y enmascarada y arrancarle la información, pero era demasiado inteligente para cometer ese error.

El teléfono de la senadora zumbó. Su secretario, Brian Gossage, levantó el auricular desde el asiento plegable del vehículo.

—Es el FBI; Jack Crawford —anunció Gossage. La senadora Martin levantó la mano para tomar el teléfono sin apartar la mirada del doctor Lecter.

—¿Por qué no me dijo usted nada del doctor Lecter, señor Crawford?

—Porque temí que fuera usted a hacer lo que está haciendo, señora Martin.

—No quiero indisponerme con usted, señor Crawford, pero si decide indisponerse conmigo, lo lamentará, se lo aseguro.

—¿Dónde está Lecter en estos momentos?

—Ante mis ojos. Lo estoy contemplando.

—¿La oye?

—No.

—Señora Martin, escúcheme. Usted quiere ofrecer una serie de garantías personales a Lecter, de acuerdo, adelante. Pero hágame un favor. Deje que el doctor Alan Bloom le dé instrucciones antes de entrevistarse con Lecter. Bloom puede prestarle a usted una ayuda inestimable, créame.

—Cuento con asesoramiento profesional.

—Espero que sea más válido que el de Chilton.

En aquel instante, la cara del doctor Chilton apareció tras el cristal del coche oficial. La senadora Martin ordenó a Brian Gossage que saliera a hacerse cargo de él.

—Las discusiones sólo conducen a una pérdida de tiempo, señor Crawford. Usted

envió a entrevistarse con Lecter a una agente inexperta que era portadora de una oferta inexistente. Yo pienso hacer las cosas mejor. El doctor Chilton afirma que Lecter es capaz de corresponder a una oferta verídica y estoy dispuesta a hacérsela, y aquí no entran papeleos, ni trámites, ni altos cargos, ni méritos. Si conseguimos rescatar a Catherine sana y salva, todo el mundo olerá a rosas, usted incluido. Si… muere, me importan un comino las excusas.

—*Utilícenos*, entonces, senadora Martin.

Ella no percibió cólera en la voz de Crawford, sino solamente un tono sereno, distante y profesional con el cual se identificó y al que respondió de inmediato.

—Explíquese.

—Si obtiene alguna información, comuníquenosla para que podamos actuar de inmediato. No omita detalles; asegúrese de comunicárnosla por entero. Comuníquela asimismo a la policía local. No deje que crean que manteniéndonos a nosotros al margen la complacerán más a usted.

—Ahora mismo va a venir Paul Krendler del Departamento de justicia. Él se encargará de ello.

—¿Quién es el oficial de mayor rango que está en este momento con usted?

—El mayor Bachman, de la Oficina de Investigación de Tennessee.

—Muy bien. Si no es demasiado tarde, procure mantener al margen a los medios de comunicación. Respecto a este punto, amenace seriamente a Chilton; es capaz de cualquier cosa por atraer la atención de la prensa. No queremos que Buffalo Bill se entere de nada. Cuando lo encontremos, tenemos la intención de emplear al equipo de rescate. Es fundamental atacarle con rapidez para evitar que se atrinchere. ¿Tiene intención de interrogar usted a Lecter personalmente?

—Sí.

—¿Tendrá la bondad de hablar primero con Clarice Starling? Está en camino.

—¿Con qué objeto? El doctor Chilton me ha resumido todo el material que ha obtenido esa muchacha. Ya hemos hecho bastante el tonto.

La cara de Chilton volvía a hacer visajes tras el cristal, pronunciando palabras sin sonido. Brian Gossage le puso una mano en la muñeca y sacudió la cabeza.

—Quiero tener acceso a Lecter después de que usted haya hablado con él —dijo Crawford.

—Señor Crawford, Lecter ha prometido que dará el nombre de Buffalo Bill a cambio de ciertos privilegios; dijo privilegios y en realidad no son sino una serie de comodidades. Si no cumple su promesa, puede usted quedárselo para siempre.

—Senadora Martin, lo que voy a decirle es delicado, pero no me queda más remedio que decírselo: ocurra lo que ocurra, sobre todo no le suplique.

—De acuerdo, señor Crawford. Disculpe pero en este momento no puedo seguir hablando. —Colgó el teléfono—. Si me equivoco, mi hija morirá igual que las otras

seis víctimas cuyos casos ha dirigido usted —añadió entre dientes, indicando con un gesto a Gossage y Chilton que subiesen al coche.

El doctor Chilton había solicitado disponer en Memphis de un despacho en el cual pudiese celebrarse la entrevista entre la senadora Ruth Martin y Hannibal Lecter. A fin de ahorrar tiempo, en el primer hangar se había acondicionado apresuradamente una salita de guardia.

La senadora Martin tuvo que esperar a que el doctor Chilton instalase a Lecter en la salita. No se sentía capaz de aguardar en el coche, de modo que esperó en la nave del hangar, recorriendo sin descanso una pequeña zona circular; a ratos levantaba la cabeza hacia el elevado techo, hacia los grandes maderos de las vigas, a ratos la bajaba hacia las rayas pintadas en el suelo. En determinado momento se detuvo junto a un anticuado Phantom F-4 y apoyó la cabeza en el frío fuselaje, en un sitio donde había un cartel que decía: NO PASAR. *Este avión debe tener más años que Catherine. Jesús mío, date prisa.*

—Senadora Martin. Era el mayor Bachman llamándola.

Chilton le hacía gestos desde la puerta.

En la salita había una mesa para Chilton y unas sillas para la senadora, su secretario y el mayor Bachman.

Una cámara de vídeo operada por un subalterno se hallaba preparada para filmar la entrevista. Chilton afirmó que se trataba de uno de los requisitos exigidos por Lecter.

La senadora Martin entró en la habitación con gran prestancia. Su traje de chaqueta azul marino exudaba poder. También había obligado a Gossage a almidonarse.

El doctor Hannibal Lecter se hallaba sentado en el centro de la estancia en una recia silla de roble atornillada al suelo. Una manta le cubría la camisa de fuerza y las correas de las piernas y ocultaba el hecho de que se hallaba encadenado a la silla. Y seguía llevando la máscara de hockey que le impedía morder.

«¿Por qué?», se preguntó la senadora… Todos habían coincidido en que debían proporcionar una cierta dignidad al doctor Lecter en aquel entorno. La senadora Martin lanzó una mirada a Chilton y se volvió hacia Gossage para pedirle los papeles.

Chilton se situó detrás del doctor Lecter y tras lanzar una mirada a la cámara soltó las hebillas, quitó la máscara que cubría la cara del psiquiatra y con una exagerada reverencia dijo:

—Senadora Martin, le presento al doctor Hannibal Lecter.

La teatralidad del gesto del doctor Chilton asustó a la senadora Martin tanto como todo lo que había ido sucediendo a partir de la desaparición de su hija. Toda la confianza que hubiese podido tener en la opinión de Chilton fue sustituida por la pavorosa certeza de que aquel individuo era un cretino.

Tendría que soslayar aquella incómoda certidumbre. Una mecha de pelo le caía al doctor Lecter sobre la frente, entre sus Ojos granates. Estaba pálido como la máscara que acababan de quitarle. La senadora Martin y Hannibal Lecter se estudiaron; la primera resultaba extremadamente brillante, el segundo inconmensurable para cualquier medida humana.

El doctor Chilton regresó a su mesa, lanzó una prolongada mirada a todos los presentes y manifestó:

—El doctor Lecter me ha indicado, senadora, que desea contribuir al progreso de la investigación con cierta información de carácter especial a cambio de una serie de mejoras relativas a las condiciones materiales de su confinamiento.

La senadora Martin levantó una mano en la que sostenía un documento.

—Doctor Lecter, esto es una declaración que voy a firmar en su presencia. En ella afirmo que le prestaré toda mi ayuda. ¿Quiere leerla?

La senadora creyó que su interlocutor no iba a contestar y ya se dirigía hacia la mesa para firmar, cuando él dijo:

—No quiero hacerle perder el tiempo ni el de Catherine con regateos por unos pocos y mezquinos privilegios. Los arribistas ya han desperdiciado bastante. Permítame que le ayude ahora, y confío en que usted me ayudará cuando este asunto haya terminado.

—Cuente usted con ello, ¿Brian?

Gossage mostró su cuaderno.

—El nombre de Buffalo Bill es William Rubin, aunque todo el mundo le conoce como Billy Rubin. Me habló de él, en abril o mayo de 1975, mi paciente Benjamín Raspail. Me dijo que vivía en Philadelphia, no recuerdo la dirección, pero estaba pasando unos días en Baltimore, en casa de Raspail.

—¿Dónde están sus ficheros, doctor? —preguntó el mayor Bachman interrumpiéndole.

—Mis ficheros fueron destruidos por orden del juez poco después de…

—¿Qué aspecto tenía? —preguntó el mayor.

—¿Tiene la bondad, mayor? Senadora Martin, la única…

—Deme usted la edad, descripción física y cualquier otra cosa que recuerde —dijo el mayor Bachman.

El doctor Lecter sencillamente se aisló. Se puso a pensar en otra cosa —los estudios anatómicos de Géricault para *La Balsa de la Medusa*— y si oyó las preguntas que se le hicieron a continuación, no lo demostró.

Cuando la senadora Ruth Martin consiguió recuperar su atención, se hallaban ellos dos solos en la habitación.

Ella tenía en la mano el cuaderno de notas de Gossage.

Los ojos del doctor Lecter se posaron en ella.

—Esa bandera huele a cigarro habano —dijo—. ¿Crió usted a Catherine?

—Perdone, ¿cómo dice?

—¿Le dio usted el pecho?

—Sí.

—Qué voraces son los recién nacidos, ¿verdad?

Al ver que las pupilas de la senadora se ensombrecían, el doctor Lecter paladeó aquel dolor hallándolo exquisito. Por hoy bastaba. De modo que continuó diciendo:

—William Rubin mide aproximadamente metro ochenta y siete de estatura y actualmente debe tener unos treinta y cinco años. Es de complexión corpulenta; cuando le conocí pesaría unos noventa y cinco kilos, y me figuro que habrá aumentado de peso. Tenía el pelo castaño y los ojos azul pálido. Deles estos detalles y luego continuaremos.

—Sí, ahora mismo —contestó la senadora Martin entreabriendo la puerta y sacando sus notas.

—Solamente le vi en una ocasión. Pidió hora para una segunda visita, pero no volvió por mi consulta.

—¿Por qué cree usted que se trata de Buffalo Bill?

—Porque entonces había cometido varios asesinatos, y a sus víctimas, anatómicamente hablando, las sometía a procesos similares. Me dijo que quería ayuda para acabar con ello y regenerarse, pero en realidad lo único que quería era fanfarronear. *Alardear* de ello.

—¿Y usted no…? ¿Estaba seguro de que no le denunciaría?

—No creía que yo le denunciase, pero en cualquier caso le agrada arriesgarse. Piense que yo no había traicionado las confidencias de su amigo Raspail.

—¿*Raspail* sabía que él se dedicaba a eso?

—Los apetitos de Raspail eran aberrantes; estaba cubierto de cicatrices. Billy Rubin me dijo que tenía antecedentes criminales, pero no entró en detalles. Yo redacté una sucinta historia médica. No había nada excepcional, excepto en una cosa: Rubin me dijo que en una ocasión estuvo aquejado de un ántrax del marfil del elefante, un ántrax sintomático acompañado de fiebre carbuncular. Eso es todo lo que recuerdo, senadora Martin, y me imagino que estará deseosa de marcharse. Si me viene a la memoria algo más, la haré llamar.

—¿Fue Billy Rubin quien mató a la persona cuya cabeza se descubrió dentro del coche?

—Así lo creo.

—¿Saben quién es esa persona?

—No. Raspail lo llamaba Klaus.

—¿Las otras cosas que dijo usted al FBI eran ciertas?

—Tan ciertas como las que el FBI me dijo a mí, senadora Martin.

—He dado las órdenes pertinentes para su breve estancia aquí, en Memphis. Hablaremos de su situación y será usted trasladado a Brushy Mountain cuando esto quede… cuando hayamos resuelto este asunto.

—Gracias. Quisiera disponer de un teléfono, por si recuerdo algo que…

—Cuente usted con él.

—Y algo de música. Las *Variaciones Goldberg*, interpretadas por Glenn Gould. ¿Sería mucho pedir?

—De acuerdo.

—Señora Martin, no confíe sus pistas exclusivamente al FBI. Jack Crawford nunca juega limpio con las otras agencias del gobierno. Para ellos no es más que un juego. Está decidido a anotarse para él el mérito del arresto. Quiere ser él quien se ponga la medalla.

—Gracias, doctor Lecter.

—Su traje sastre es de muy buen gusto —dijo él cuando ella ya se dirigía hacia la puerta.

Capítulo 33

De habitación en habitación, el sótano de Jame Gumb divaga como esos laberintos que en sueños nos frustran la salida. Cuando aún era tímido, hace de eso ya muchas vidas, al señor Gumb le gustaban las habitaciones más ocultas, las más alejadas de la escalera. Hay habitaciones en los rincones más alejados, habitaciones de otras vidas, que Gumb hace años que no ha abierto. Algunas todavía están ocupadas, por así decirlo, aunque los sonidos de detrás de sus puertas se consumieron arrastrándose hacia el silencio hace mucho tiempo.

El suelo varía de nivel según las habitaciones, con unas diferencias que llegan a alcanzar hasta treinta centímetros. Hay umbrales con un escalón que es preciso franquear, y dinteles bajo los cuales hay que agacharse. Las cargas son imposibles de hacer rodar y difíciles de arrastrar. Hacer que algo avance por delante de uno —algo que camina a tropezones, llorando, suplicando y golpeándose la aturdida cabeza— es difícil e incluso peligroso.

A medida que crecía en sabiduría y confianza, el señor Gumb dejó de pensar que había de satisfacer sus necesidades en las zonas más remotas del sótano. Y ahora emplea un conjunto de habitaciones que rodean la escalera, unos cuartos espaciosos dotados de agua corriente y electricidad.

El sótano se halla ahora en total oscuridad. Bajo la habitación cuyo suelo es de arena, en la mazmorra, Catherine Martin está callada.

El señor Gumb se encuentra aquí, en el sótano, pero no está en esa cámara.

La habitación situada detrás de la escalera, que está a oscuras, totalmente impenetrable para la visión humana, rebosa en cambio de leves sonidos. Goteos de agua y zumbidos de bombas de pequeño tamaño. Con esos ecos minúsculos, la habitación suena a grande. El ambiente rezuma humedad y es fresco. Huele a follaje de invernadero. Un temblor de alas en la mejilla, unos imperceptibles chasquidos en el aire. Un bajo sonido nasal de placer, un sonido humano.

La habitación carece de la longitud de onda luminosa susceptible de ser percibida por un ojo humano, pero en ella se encuentra el señor Gumb, que ve con absoluta claridad, aunque lo vea todo en distintas tonalidades e intensidades de verde. Lleva un excelente par de gafas infrarrojas (excedentes militares del ejército israelí, le costaron menos de cuatrocientos dólares) y dirige el haz de luz de una linterna de

rayos infrarrojos a la jaula de alambre que tiene delante de sí. Está sentado en el borde de una silla de respaldo recto, extasiado, observando a un insecto que sube por una planta del fondo de la jaula. La joven imago acaba de salir de un capullo rasgado que reposa en la tierra del suelo de la jaula. Sube lentamente por el tallo de una hierba mora, buscando espacio para desplegar las húmedas alas nuevas que todavía lleva adheridas a la espalda. Elige una fina rama horizontal.

El señor Gumb tiene que ladear la cabeza para verla. Poco a poco las pequeñas alas reciben riego sanguíneo y se llenan de aire. Todavía siguen adheridas a la espalda del insecto.

Transcurren dos horas. El señor Gumb apenas se ha movido. De vez en cuando enciende y apaga la linterna para que le sorprendan los progresos del insecto. Con objeto de matar el tiempo, pasea el haz de luz por el resto de la habitación, por los grandes acuarios llenos de solución vegetal especial para curtir la piel. Sobre hormas, maniquíes y tensores, aparecen sus más recientes adquisiciones, semejantes a vestigios de estatuaria clásica, verdes bajo las aguas del mar. La luz recorre la gran mesa de taller de hierro galvanizado, con el bloque de metal que sirve de apoyacabezas, el rociador y los desagües, y roza el polipasto que hay encima. Adosados a la pared, los largos lavaderos industriales. Todo en las verdes imágenes que producen los filtros de rayos infrarrojos. Unos aleteos, rastros fosforescentes, cruzan su radio de visión, como pequeñas estelas de cometas producidas por las polillas en libertad que revolotean por la habitación.

Dirige la vista de nuevo a la jaula justo a tiempo. Las alas del gran insecto se hallan elevadas sobre la espalda, ocultando y distorsionando sus diseños. En ese momento, baja las alas para cubrirse con ellas el cuerpo y el famoso dibujo aparece con absoluta nitidez. Una calavera humana, prodigiosamente ejecutada en el aterciopelado dorso, le contempla desde la espalda de la polilla. Bajo el cráneo sombrío de la calavera figuran los agujeros negros de los ojos y los prominentes pómulos. Debajo de ellos, una sombra oscura como una mordaza cruza la cara por encima del mentón. La calavera reposa sobre una peana, acampanada como la corona de una pelvis.

Una calavera coronando una pelvis, dibujada en la espalda de una polilla por un capricho de la naturaleza.

El señor Gumb se siente lleno de alegría y ligero en su interior. Se inclina hacia delante y sopla con dulzura por encima de la polilla. El animal yergue su puntiaguda trompa y emite un chillido de irritación.

Él se aleja sin hacer ruido y se dirige con la linterna a la habitación donde se encuentra la tapa de la mazmorra. Abre la boca para acallar su respiración. No quiere estropear su calma y su buen humor provocando ruidos en el pozo. Las lentes de las gafas, sujetas a sus pequeñas monturas protuberantes, parecen ojos de cangrejo sobre

apéndices. El señor Gumb sabe que las gafas no le favorecen en absoluto, pero se ha divertido mucho con ellas en la negrura del sótano, en ocasiones memorables, entreteniéndose con juegos de sótano.

Se inclina sobre el pretil y enfoca su haz de luz invisible hacia el fondo del pozo.

El material yace tendido de lado, encogida como una gamba. Parece dormir. Junto a ella tiene el cubo sanitario. Ya no ha vuelto a cometer la necedad de romper el cordel, intentando trepar por las lisas paredes del pozo. Duerme agarrando una esquina del jergón en la que apoya la cara al tiempo que se chupa el pulgar.

Contemplando a Catherine, paseando la linterna de infrarrojos una y otra vez por todo su cuerpo, el señor Gumb se prepara para los verdaderos problemas que le esperan.

La piel humana es endemoniadamente difícil de manejar, si la exigencia de perfección es tan elevada como la que ambiciona el señor Gumb. Le es preciso tomar fundamentales decisiones de estructura, la primera de las cuales es dónde colocar la cremallera.

Mueve la linterna por la espalda de Catherine. Lo normal sería poner la abertura en la espalda, pero entonces ¿cómo vestir la prenda por sí solo? No es el tipo de cosa para la cual se pida ayuda, por excitante que le parezca esa perspectiva. Conoce ciertos lugares, determinados círculos, donde sus labores serían muy admiradas —existen ciertos yates en los que podría ataviarse con sus prendas—, pero eso habrá de esperar. Debe hacer cosas que pueda emplear por sí solo. Rasgar la parte anterior por el centro sería un sacrilegio; rechaza tal posibilidad alejándola de inmediato de su mente.

El señor Gumb no puede apreciar el color de Catherine a la luz de la linterna infrarroja, pero diría que ha adelgazado. Cree que cuando la capturó debía estar haciendo régimen.

La experiencia le ha enseñado a esperar de cuatro días a una semana antes de cosechar la piel. Una rápida pérdida de peso afloja la piel y la torna más fácil de quitar. Además, el hambre consume una gran parte de la energía de sus suministradoras de material, tornándolas más manejables. Más dóciles. A algunas les sobreviene una lánguida resignación. No obstante, al mismo tiempo es preciso alimentarlas lo suficiente para que no se apodere de ellas la desesperación e impedir así las rabietas destructivas que podrían deteriorar la piel.

Definitivamente, ha perdido peso. Ésta es tan especial, tan crucial para la labor que tiene entre manos que no puede soportar la espera, ni tiene por qué esperar. Mañana por la tarde lo hará, o por la noche. Como máximo al día siguiente. Pronto.

Capítulo 34

Clarice Starling reconoció el letrero de Stonehinge Villas por haberlo visto en televisión. La urbanización situada en la zona oriental de Memphis era un conjunto de casas unifamiliares y bloques de apartamentos que formaba una amplia U en torno a una plaza central que hacía las veces de aparcamiento.

Starling estacionó el Chevrolet Celebrity que había alquilado en el centro de la plaza. Aquí vivían empleados bien pagados, de esos de camisa a rayas finas y traje cruzado, y jóvenes ejecutivos; eso le decían los TransAms y los IROC-Z Camaros ahí aparcados. En un sector reservado del aparcamiento se veían caravanas para los fines de semana y lanchas de esquí acuático, cuyos brillantes colores relucían al sol.

Stonehinge Villas. El nombre irritaba a Starling cada vez que miraba el letrero. Seguro que todos los apartamentos estaban decorados con muebles de mimbre blanco y moquetas de tono melocotón. Bajo el cristal de todas las mesas de café, fotos y un ejemplar de *Cenas para dos* y *Secretos de la Fondue*. Starling, cuya única vivienda consistía en un cuarto compartido con una compañera en la academia del FBI, tenía una actitud severamente crítica hacia esas cosas.

Tenía que conocer a Catherine Baker Martin, y le extrañó que la hija de una senadora viviese en ese lugar.

Starling había leído el material biográfico recopilado por el FBI, el cual mostraba que Catherine Martin brillaba por su bajo rendimiento en los estudios. Había suspendido el examen de ingreso de Farmington y pasado dos desdichados y oscuros años en Middlebury. Actualmente era alumna de Southwestern, donde al mismo tiempo hacía prácticas de magisterio.

Starling creía no equivocarse al imaginársela como una colegiala preocupada exclusivamente por sí misma, bastante obtusa, una de esas personas que no escucha. Se dijo, de todos modos, que había de procurar ser objetiva en su opinión, pues no se hallaba libre de prejuicios y además este tema suscitaba sus rencores. Starling había realizado sus estudios en escuelas estatales, gracias a sucesivas becas, y sus notas siempre habían sido mucho mejores que su ropa. Conocía a un sinfín de hijos de familias pudientes y desgraciadas, niños bien que iban al internado a perder el tiempo. Y aunque la mayoría le importasen un comino, con el tiempo se había dado cuenta de que la falta de atención es muchas veces una estratagema para esquivar el

sufrimiento y a menudo se interpreta equivocadamente como superficialidad e indiferencia.

Mejor sería pensar en Catherine como la niña que salía a navegar con su padre, recordándola tal como aparecía en la película que vio en la televisión acompañando la súplica de la senadora Martin. Se preguntó si de pequeña Catherine se habría esforzado en agradar a su padre. Se preguntó también qué estaría haciendo la niña cuando le comunicaron que su padre había muerto, de un ataque al corazón a los cuarenta y dos años. Starling estaba convencida de que Catherine lo echaba de menos. Echar de menos al padre, esa herida común, hizo que Starling se sintiese próxima a la Joven.

Era fundamental que Catherine Martin suscitase sus simpatías porque ello la ayudaría a realizar bien el trabajo que tenía entre manos.

Starling vio en seguida dónde se hallaba el apartamento de Catherine; dos coches patrulla de la policía de Tennessee estaban aparcados ante la puerta. Cerca, en el asfalto del aparcamiento, había manchas de polvo blanco. La delegación del FBI en Tennessee debía de haber recogido muestras de manchas de aceite con polvo de piedra pómez o algún otro material inerte. Crawford había dicho que contaba con un personal muy eficiente.

Clarice se dirigió hacia el sector donde se hallaban estacionadas las caravanas y las lanchas. Era cerca del apartamento de Catherine. Ahí es donde Buffalo Bill se apoderó de ella. A tan poca distancia de la puerta de su casa que al salir la dejó abierta. Algo la indujo a salir. Debió ser algo de aspecto inofensivo y habitual.

Starling sabía que la policía de Memphis había interrogado exhaustivamente a todos los vecinos y que nadie había visto nada, de modo que pensó que a lo mejor el secuestro había tenido lugar entre las altas paredes de las caravanas. Él debió estar observándola desde allí. Sentado dentro de algún vehículo, forzosamente. Pero Buffalo Bill sabía que Catherine estaba aquí, en casa. Seguramente se fijó en ella en algún otro sitio y anduvo siguiéndola, aguardando la ocasión propicia. Las chicas del tamaño de Catherine no abundan. Seguro que no se limitó a merodear al azar en espera de que apareciese una mujer del tamaño deseado. Podía pasarse días sin que apareciese ninguna.

Todas las víctimas eran grandes. Todas ellas eran grandes. Algunas, además, estaban gordas, pero todas eran grandes. «Tiene que hacer prendas que le quepan». Al recordar las palabras del doctor Lecter, Starling se estremeció. El doctor Lecter ahora estaba en Memphis.

Starling realizó una profunda inspiración, hinchó los carrillos y expulsó el aire con lentitud. *Veamos qué averiguamos acerca de Catherine.*

Un soldado de las fuerzas del Estado de Tennessee, tocado con el característico sombrero de uniforme, abrió la puerta del apartamento de Catherine Martin. Cuando

Starling le mostró sus credenciales, le indicó con un gesto que pasase.

—Agente, tengo que examinar la escena del secuestro —dijo Starling. *La escena del secuestro* le pareció expresión adecuada para un hombre que bajo techo no se quitaba el sombrero.

Él asintió con un gesto de cabeza y añadió:

—Si suena el teléfono, no haga caso. Contestaré yo. Sobre la superficie de la cocina, unida al cuarto de estar, Starling vio una cinta magnetofónica conectada al teléfono. Junto a éste había dos teléfonos nuevos. Uno de ellos carecía de disco de marcar; línea directa con el departamento de seguridad de Southern Bell, encargado de localizar las llamadas.

—¿Puedo ayudarla en algo? —le preguntó el agente.

—¿Ha terminado la policía con el registro?

—El apartamento ya puede ser usado por la familia. Yo estoy aquí exclusivamente por el teléfono. Puede tocar todo lo que quiera, si es a eso a lo que se refiere.

—Muy bien. Voy a echar un vistazo.

—De acuerdo. El agente recuperó el periódico que había escondido bajo el sofá y se arrellanó nuevamente en los almohadones.

Starling quería concentrarse. Hubiera deseado estar sola en aquel apartamento, aunque se dijo que tenía suerte de que la vivienda no estuviese atestada de policías.

Empezó por la cocina. Los utensilios revelaban que no estaba equipada para una cocinera de verdad. Catherine, según había declarado su novio, había ido a buscar palomitas de maíz. Clarice abrió el frigorífico. Había dos cajas de palomitas para tostar en el microondas.

Desde la cocina no se veía el aparcamiento.

—¿De dónde es?

La primera vez, Starling no captó la pregunta.

—¿De dónde es?

Desde el sofá, el agente la miraba por encima del periódico.

—De Washington —contestó. Bajo la fregadera… sí, rasguños en el codo del desagüe; habían sacado el sifón y lo habían investigado. Bien por la delegación del FBI de Tennessee. Los cuchillos no estaban afilados. El lavavajillas había funcionado, pero no lo habían vaciado. El frigorífico no contenía más que queso fresco desnatado y algunos envases de macedonia de frutas.

Catherine Martin compraba comida preparada, seguramente siempre era el mismo establecimiento, algún supermercado cercano. Quién sabe si alguien espiaba dicho centro comercial.

No estaría de más comprobarlo.

—¿Es usted de la oficina del fiscal general?

—No, del FBI.

—El fiscal general está a punto de llegar. Lo he oído al salir. ¿Cuánto tiempo hace que está en el FBI?

En el cajón de las verduras había una col de goma. Starling la hizo rodar y examinó el departamento interior especialmente diseñado para esconder joyas. Vacío.

—¿Cuánto tiempo hace que está en el FBI? Starling se quedó mirando al joven policía.

—Mire, agente, le voy a decir una cosa. Seguramente tendré que hacerle un par de preguntas cuando haya terminado de examinar todo esto. Supongo que me prestará su ayuda.

—Por supuesto. Todo lo que pueda serle…

—Estupendo. Entonces charlaremos luego. Ahora tengo que concentrarme en lo que estoy haciendo.

—Como quiera.

El dormitorio era luminoso, soleado, y poseía un perezoso ambiente que agradó a Starling. Estaba decorado con un mobiliario y unas tapicerías de una calidad superior a la que podrían permitirse la mayoría de muchachas de la edad de Catherine. Había un biombo de Coromandel, dos piezas de esmalte cioisonné en las estanterías y un hermoso secreter de raíz de nogal. Dos camas gemelas. Starling levantó el borde de las colchas. La cama de la izquierda estaba provista de ruedas; la de la derecha no. Catherine debe juntarlas siempre que se lo antoja. *Debe tener un amante cuya existencia el novio desconoce. O a lo mejor ella y el novio pasan algunas noches aquí. El contestador telefónico carece de dispositivo para escuchar desde fuera de casa. Ella ha de estar en casa cuando llama su madre.*

El contestador telefónico era igual que el que Starling poseía, un PhoneMate corriente. Abrió el compartimiento de la parte superior. Faltaban las dos cintas, la de entrada y la de salida. En su lugar había una nota que decía: CINTAS EN PODER DEL FBI DE TENNESSEE # 6.

El cuarto estaba razonablemente ordenado pero mostraba ese peculiar aspecto que dejan los investigadores de manos grandes, hombres que intentan volver a colocar las cosas exactamente en su sitio pero no lo consiguen del todo. Starling hubiese adivinado que la habitación había sido registrada incluso sin los rastros de polvo para tomar huellas digitales que había en todas las superficies lisas.

Starling estaba convencida de que el dormitorio no había sido escena de ningún episodio del secuestro. Seguramente Crawford tenía razón: Catherine debía haber sido capturada en el aparcamiento. Pero Starling quería conocer a la muchacha, y aquí era donde vivía. *Vive*, se dijo Starling corrigiéndose. *Vive* aquí.

En el armario de la mesilla de noche había una guía telefónica, un paquete de Kleenex, una cámara Polaroid SX-70 con disparador de cable y junto a ella un trípode

plegado. Ummmmm. Atenta como una lagartija, Starling miró la cámara. Parpadeó como parpadea una lagartija y no la tocó.

El armario ropero interesó sobremanera a Starling. Catherine Baker Martin, marca de lavandería C-B-M, poseía mucha ropa y algunas de las prendas de excelente calidad. Starling reconoció muchas de las etiquetas, incluidas las de Garfinkel’s y Britches, conocidos establecimientos de Washington. *Regalos de mamá*, se dijo Starling. Catherine tenía ropa buena, de corte clásico, confeccionada en dos tallas; una para un peso de 65 kilos y otra para 75, calculó Starling, y había también algunos pantalones de plástico para sudar en situaciones críticas de aumento de peso. En un mueble zapatero se alineaban veintitrés pares de zapatos. Siete de ellos eran de tipo salón, de la prestigiosa marca Ferragamo; había también algunos mocasines y varias zapatillas Reebok de deporte. En el estante superior había una mochila de nailon y una raqueta de tenis.

Las posesiones de una muchacha privilegiada, estudiante y en prácticas de magisterio, que vivía mejor que la mayoría de chicas de su edad.

En el secreter, muchísimas cartas. Notas de caligrafía picuda enviadas por antiguas condiscípulas. Sellos, etiquetas de envío. En el cajón inferior, papel de envolver, para confeccionar paquetes de regalo; un cuadernillo de hojas de distintos colores y dibujos. Los dedos de Starling lo recorrieron hoja por hoja. Estaba pensando en interrogar a los empleados del supermercado, cuando sus dedos hallaron entre las hojas de papel una bastante más gruesa y rígida. Los dedos pasaron por encima de ella y regresaron. La habían adiestrado para notar anomalías y ya la había medio sacado del montón cuando la miró. Era una hoja azul, de un material similar al de un papel secante no muy grueso y el dibujo que llevaba impreso era una grosera imitación de Pluto, el Perro de los dibujos animados.

Todos los perros de las pequeñas hileras eran idénticos a Pluto; eran del amarillo adecuado, pero algunas de sus proporciones no eran correctas.

—Catherine, Catherine —murmuró Starling, cogiendo unas pinzas del bolso que empleó para introducir la hoja de papel en un sobre de plástico que, de momento, quedó depositado encima de la cama.

El joyero que había en el tocador era un estuche de piel, idéntico al que aparece en el dormitorio de cualquier muchacha. Los dos cajoncitos frontales y la bandeja contenían bisutería; ninguna joya buena. Starling se preguntó si guardaría las joyas de valor en la col de goma del frigorífico, y en caso afirmativo quién las habría cogido.

Introdujo el dedo por debajo de la tapa, por un lado, y soltó el cajoncito secreto que había en la parte posterior del estuche. Estaba vacío. Pensó para quién serían secretos esos cajones; para los ladrones, indudablemente no. Estaba tocando el estuche por la parte de atrás para volver a introducir el cajón cuando sus dedos rozaron el sobre sujeto con cinta adhesiva a la parte inferior del cajón secreto.

Starling se puso un par de guantes de algodón y dio la vuelta al estuche. Sacó el cajón posterior y lo colocó boca abajo. En la parte inferior había un sobre de papel manila sujeto con cinta adhesiva. La solapa del sobre no estaba cerrada, simplemente introducida. Se acercó el sobre a la nariz. No había sido espolvoreado en busca de huellas digitales. Empleó las pinzas para abrirlo y extraer su contenido. Había cinco instantáneas Polaroid, que sacó una por una. Eran de un hombre y una mujer copulando. No aparecían cabezas ni rostros.

Dos de las fotografías habían sido tomadas por la mujer, dos por el hombre y la quinta parecía haber sido tomada desde el trípode que había en la mesilla.

Era difícil calcular el tamaño mediante una fotografía, pero a juzgar por los espectaculares sesenta y cinco kilos de peso de aquel alto cuerpo humano, la mujer tenía que ser Catherine Martin. El hombre llevaba en el pene algo que parecía un anillo de marfil tallado. La resolución de la fotografía no era lo suficientemente buena como para poder apreciar sus detalles. El hombre ostentaba una cicatriz de apendicitis. Starling introdujo cada fotografía en una bolsa de plástico y las introdujo en un sobre manila de los que ella llevaba. A continuación colocó de nuevo el cajón en el joyero.

—Lo bueno lo tengo en el bolsillo —dijo una voz a sus espaldas—. No creo que hayan robado nada.

Starling miró al espejo. La senadora Ruth Martin se hallaba en el umbral del dormitorio. Parecía agotada.

Clarice se dio media vuelta.

—Buenos días, senadora. ¿Quiere sentarse un momento? Ya casi he terminado.

Incluso exhausta, la senadora Martin conservaba su imponente presencia. Bajo la capa de deliberados buenos modales, Starling advirtió síntomas de agresividad.

—¿Le importa decirme quién es usted? Creía que la policía ya había terminado de registrar por aquí.

—Soy Clarice Starling, del FBI. ¿Ha hablado con el doctor Lecter, senadora?

—Me ha dado un nombre. —La senadora Martin encendió un cigarrillo y observó a Starling de pies a cabeza—. Veremos de qué nos sirve. ¿Y qué ha encontrado usted en el joyero, agente Starling? ¿Algo de valor?

—Cierta documentación que podremos comprobar dentro de pocos minutos —fue todo lo que Starling acertó a decir.

—¿En el joyero de mi hija? Déjeme verla.

Starling oyó voces en la habitación de al lado y confió con toda su alma que se produjese una interrupción.

—¿Ha venido el señor Copley, el agente especial de Memphis encargado de…?

—No, no ha venido y eso no contesta a mi pregunta. No se ofenda, agente, pero exijo ver lo que ha sacado del joyero de mi hija. —La senadora volvió la cabeza y por

encima del hombro llamó—: ¡Paul! ¡Paul! ¿Quieres venir, por favor? Agente Starling, conocerá usted sin duda al señor Krendler, del Departamento de justicia. Paul, ésta es la chica que Jack Crawford envió a entrevistar a Lecter.

La calva de Krendler aparecía bronceada y para sus cuarenta años estaba en forma.

—Hola, señor Krendler —dijo Starling—. He oído hablar mucho de usted. *Enlace de la Comisión Criminal del Congreso, mediador en desavenencias, como mínimo adjunto del fiscal general. Jesús bendito, sálvame, te necesito.*

—La agente Starling ha encontrado algo en el joyero de mi hija, algo que ha introducido en un sobre manila de su propiedad. Creo que hemos de ver de qué se trata, ¿no te parece?

—Agente —ordenó Krendler.

—¿Puedo hablar un instante con usted, señor Krendler?

—Por supuesto. Después —declaró Krendler tendiendo la mano.

Starling tenía la cara ardiendo. Sabía que la senadora Martin estaba fuera de sí, pero jamás le perdonaría a Krendler la sombra de duda que atravesó su cara. Jamás.

—Aquí tiene —dijo Starling. Y le entregó el sobre. Krendler contempló la primera fotografía y había ya cerrado la solapa del sobre cuando la senadora Martin le cogió el sobre de las manos.

Fue muy doloroso verla examinar las fotografías. Al terminar, se acercó a la ventana y permaneció de espaldas, con la cara vuelta hacia el cielo encapotado y los ojos cerrados. A la luz del día se la veía envejecida y al encender un cigarrillo le tembló la mano.

—Senadora, yo… —empezó a decir Krendler.

—Esta habitación ha sido previamente registrada por la policía —le interrumpió la senadora—. Y estoy segura de que han encontrado estas fotografías y han tenido el sentido común de dejarlas donde estaban y no mencionar su existencia.

—No, no las han encontrado —replicó Starling. La senadora sufría, pero qué caray, había cosas que no podían dejarse pasar—. Señora Martin, usted misma se da cuenta de que hemos de averiguar quién es este hombre. Si se trata del novio de Catherine, mejor que mejor. Puedo averiguarlo en menos de cinco minutos. Nadie más verá estas fotografías y Catherine no tiene por qué saber que han sido descubiertas.

—Yo me ocuparé de ello.

—La senadora Martin metió el sobre en su bolso y Krendler se lo permitió.

—Senadora Martin, ¿fue usted quien cogió las joyas de la col de goma que estaba en el frigorífico? —le preguntó Starling.

El secretario de la señora Martin, Brian Gossage, asomó la cabeza por la puerta.

—Disculpe, senadora, acaban de instalar el terminal. Ya podemos contemplar

cómo investigan el nombre de William Rubin en el FBI.

—Vaya, señora Martin —le insistió Krendler—. Estaré con usted dentro de unos momentos.

Ruth Martin salió de la habitación sin contestar a la pregunta de Starling.

Clarice tuvo ocasión de examinar a Krendler mientras éste cerraba la puerta del dormitorio. El traje que vestía acreditaba a su sastre y no iba armado. El medio centímetro inferior de los tacones de sus zapatos relucía, de tanto andar sobre mullidas moquetas, y los bordes de los tacones parecían afilados.

Krendler permaneció un instante con la mano en el pomo de la puerta, inclinada la cabeza.

—La felicito por la eficacia de su registro —dijo al darse la vuelta.

Starling no iba a dejarse comprar por tan poco. Sin contestar, se lo quedó mirando fijamente.

—Veo que en Quántico enseñan a registrar con gran minuciosidad —añadió Krendler.

—Efectivamente, pero no enseñan a robar.

—De eso no tengo la menor duda —replicó Krendler.

—Pues nadie lo diría.

—Basta. Cambiemos de tema.

—Habrá que investigar el asunto de las fotografías y el de la col de goma, ¿no le parece?

—Sí.

—¿Qué es eso del nombre de «William Rubin», señor Krendler?

—Lecter afirma que ése es el nombre de Buffalo Bill. Éste es el texto del mensaje que hemos transmitido a la sección de identificación y también al CINC. Fíjese.

—Y le entregó una transcripción de la entrevista de Lecter con la senadora Martin, una copia borrosa efectuada por una impresora matricial de agujas.

—¿Qué opina? —le preguntó Krendler cuando ella terminó de leerla.

—No dice nada que pueda comprometerle —contestó Starling—. Dice que se trata de un varón, de raza blanca, que en determinado momento estuvo aquejado de ántrax contagioso de marfil de elefante. Eso, ocurra lo que ocurra, no da pie a que pueda acusársele de mentir. Como máximo, alegaría haberse equivocado. Espero que todo esto sea verdad. Pero podría haberse burlado de la senadora, por divertirse, señor Krendler; es un hombre perfectamente capaz de ello. ¿Le… conoce usted?

Krendler contestó negativamente con la cabeza y expulsó aire por la nariz.

—Que sepamos, el doctor Lecter ha asesinado a nueve personas. Ahora no está en libertad, pero no importa; aunque fuese capaz de resucitar a los muertos, jamás le dejarían salir. De modo que lo único que le queda es divertirse. Por eso simulábamos…

—Sé lo que estaban simulando. He oído la cinta de Chilton. No diré que haya sido un error, pero sí que ese juego ha terminado. Ciencias del Comportamiento va a limitarse a investigar la pista que usted obtuvo, el aspecto transexual, y nada más. Y mañana estará usted de nuevo en la academia, en clase.

Dios mío.

—He descubierto otra cosa.

La hoja de papel de colores había permanecido inadvertida en la cama.

Se la entregó a Krendler.

—¿Qué es esto?

—Parecen dibujos de Pluto.

—Le obligó a que preguntase el resto. Él exigió la información con un gesto de mano.

—Estoy casi segura de que es un secante de ácido. LSD. Seguramente de mediados de los setenta, o quizá anterior. Actualmente tiene valor de curiosidad. Merece la pena investigar dónde lo consiguió. Para estar seguros tendríamos que someterlo a ciertas pruebas.

—Lléveselo a Washington y entréguelo al laboratorio. Se va usted a marchar dentro de pocos minutos.

—Si no quiere esperar tantos días, puedo hacer yo misma las pruebas con un equipo cualquiera. Si la policía dispone de material de identificación de narcóticos, no hay más que seleccionar la prueba J, y en dos segundos se sabe si…

—Usted regresa a Washington y se va directa a la academia.

—El señor Crawford me ordenó.

—Sus *órdenes* son las que yo le estoy dando ahora. Ya no trabaja usted para Jack Crawford. Está usted a las órdenes de sus profesores, exactamente igual que cualquier otro estudiante, y su misión está en Quántico, ¿queda claro? A las dos y diez sale un avión. Tómelo.

—Señor Krendler, el doctor Lecter accedió a hablar conmigo después de haberse negado a hablar con la policía de Baltimore. Es posible que acceda nuevamente. El señor Crawford opina que…

Krendler cerró la puerta con más fuerza de la que era necesaria.

—Agente Starling, no tengo por qué explicarle mis razones, pero escúcheme con atención. El papel de Ciencias del Comportamiento es meramente consultivo, siempre lo ha sido y a pesar del protagonismo de Jack Crawford no pasará de serlo. Además, Crawford tendría que estar de permiso.

Me sorprende que en sus circunstancias sea capaz de actuar con la eficacia con que lo ha hecho hasta ahora.

Respecto de este asunto, al no consultar a la senadora Martin, ha cometido una tontería que puede costarle muy cara. Su hoja de servicios y el hecho de que esté muy

próximo al retiro hace que ni siquiera *ella* pueda perjudicarle demasiado. De modo que, señorita, no se preocupe tanto de dejarle en buen lugar.

Starling perdió un poco los estribos.

—¿Disponen ustedes de alguien más que haya detenido a tres asesinos reincidentes? ¿Conoce usted a alguien más que haya apresado siquiera a uno? Señor Krendler, no debería usted permitir que ella dirija este caso.

—Seguramente debe usted ser una chica inteligente; de lo contrario, Crawford no la hubiera elegido, pero le diré una cosa que no voy a repetir: vigile sus palabras, o acabará usted de secretaria. Por orden mía. ¿No comprende usted que la única razón de que se la enviase a usted a entrevistar a Lecter fue para que su director obtuviese información con la consiguiente baza que jugar ante el Congreso? Información inofensiva sobre criminales importantes, un «nuevo enfoque» del temible doctor Lecter; no sabe usted lo bien que maneja su jefe esos datos cuando tiene que defender el presupuesto de su sección. Los congresistas se los tragan y los comentan impresionados durante la cena. Está usted fuera de onda, agente Starling, queda relevada de este caso. Sé que dispone usted de credenciales del FBI. Entréguemelas inmediatamente.

—Las necesito para que me permitan volar con la pistola. Pertenece al arsenal de Quántico.

—La pistola. *Santo Dios*. Entregue las credenciales en cuanto llegue a la academia.

La senadora Martin, Gossage, un técnico y varios policías estaban apiñados en torno a una pantalla de vídeo conectada mediante un modem al teléfono. El Centro de Información Nacional del Crimen emitía una constante información sobre el progreso de las investigaciones llevadas a cabo en Washington sobre los datos proporcionados por el doctor Lecter. Una noticia procedente del Centro de Control Sanitario de Atlanta: el ántrax contagioso del marfil del elefante se contrae respirando el polvo que produce el pulido del marfil, material que se usa en mangos de cubiertos de lujo. En los Estados Unidos, se trata de una enfermedad típica de los operarios que trabajan en la manufactura de cuchillos.

Al oír la palabra «cuchillos», la senadora Martin cerró los ojos. Los tenía calientes y resecos. Y arrugó el Kleenex que llevaba en la mano.

El joven policía que había abierto la puerta del apartamento a Starling le traía a la senadora una taza de té. Seguía con el sombrero puesto. Starling ya había decidido que no iba a escabullirse como una cobarde. Se detuvo ante la senadora y dijo:

—Buena suerte, señora Martin. Espero que Catherine se encuentre bien.

La senadora asintió con la cabeza sin mirarla. Krendler apremió a Starling a que saliera.

—No sabía que esta chica no tenía derecho a entrar aquí —dijo el joven policía

cuando ella ya salía de la sala.

Krendler salió a la puerta con ella.

—Siento un gran respeto por Jack Crawford —dijo—. Por favor, transmítale lo mucho que todos lamentamos… los problemas de Bella. Y usted, andando a la escuela y a estudiar, ¿de acuerdo?

—Adiós, señor Krendler. Y de pronto Clarice se encontró sola en el aparcamiento, invadida por la desconcertante impresión de que no entendía nada de lo que ocurría en este mundo.

Se quedó contemplando a un palomo que se paseaba entre las caravanas y las motoras. Apresó con el pico una cáscara de cacahuete y la soltó. El viento húmedo le encrespaba las plumas.

Starling anheló poder hablar con Crawford. *El despilfarro y la estupidez no sirven de nada,* eso le había dicho. *Emplee bien esta situación y templará su espíritu. Ésta es la prueba más difícil de todas: no permitir que la rabia y la frustración le impidan pensar con claridad. En eso consiste en síntesis la capacidad de mando.*

Mandar le importaba un pepino. Y a continuación descubrió que también le importaba un pepino, o por usar otra palabra, una mierda, el hecho de ser la agente especial Starling. De bien poco servía, si había que jugar con esas normas.

Y se puso a pensar en la pobre, gorda y triste muchacha muerta que vio tendida en la mesa funeraria de Potter, Virginia occidental. *Se pintaba las uñas con esmalte rojo, igual que estas condenadas lanchas deportivas.*

¿Cómo se llamaba? ¿Kimberly?

Y una mierda me van a ver llorar estos gilipollas.

Por Dios, todo el mundo se llamaba Kimberly; en su clase había cuatro chicas. Tres chicos se llamaban Sean. Con aquel fantasioso nombre de opereta, Kimberly hacía todo lo posible por acicalarse, aquellos agujeros en las orejas para ponerse bonita, para adornarse. Y Buffalo Bill le miró aquellos tristes senos planos, apoyó entre ellos el cañón de una pistola y le hizo una estrella en el pecho.

Kimberly, su triste hermana gorda que se depilaba las piernas. Lo más natural… Era de esperar… A juzgar por la cara, los brazos y las piernas, lo mejor que tenía Kimberly era la piel. *Kimberly, dondequiera que estés, ¿estás enfadada?* A ella no la buscaba ningún senador. Para ella no había aviones que transportasen chalados. *Chalado* era una palabra que Starling no debía emplear. Muchas eran las cosas que Starling no debía hacer.

Clarice echó un vistazo a su reloj de pulsera. Le sobraba una hora y media antes de que saliese el avión y había una pequeña cosa que sí podía hacer. Quería verle la cara al doctor Lecter cuando él dijese: «Billy Rubin». Si Starling conseguía sostener la mirada de aquellos extraños ojos granate durante el tiempo suficiente, si conseguía atravesar la oscuridad que devoraba el centelleo de aquellos ojos, quizá vería algo

útil. Estaba convencida de que vería regocijo.

Gracias a Dios aún conservo en mi poder las credenciales.

Dejó dos centímetros de caucho al arrancar y dejar atrás el aparcamiento.

Capítulo 35

Clarice Starling conducía a toda velocidad entre el peligroso tráfico de Memphis. En sus mejillas todavía se apreciaban lágrimas de ira. No obstante, se sentía flotando y en libertad. Una desacostumbrada claridad de visión le avisó de que se hallaba propensa a pelearse, de modo que procuró vigilarse.

Al entrar en la ciudad procedente del aeropuerto había pasado por delante del antiguo palacio de justicia, y volvió a encontrarlo sin dificultad.

Los responsables de la policía de Tennessee no querían correr ningún riesgo con Hannibal Lecter. Estaban dispuestos a mantenerle en reclusión sin exponerle a los peligros de la cárcel municipal.

Por eso lo tenían en el antiguo juzgado y prisión, un macizo edificio de estilo neogótico construido con granito en una época en que la mano de obra era barata. En la actualidad, excesivamente restaurado, albergaba algunas dependencias municipales de esta próspera ciudad amante de su pasado.

En ese momento parecía una fortaleza medieval acordonada por la policía.

Una poco frecuente mezcla de vehículos —de la guardia de tráfico, del departamento de justicia del condado de Shelby, de la delegación del FBI en Tennessee y del cuerpo de funcionarios de prisiones— atestaban el aparcamiento. Starling tuvo que pasar ante un puesto de guardia incluso antes de poder estacionar su automóvil alquilado.

El doctor Lecter presentaba, para el exterior, un problema adicional relacionado con su seguridad. Desde que los boletines de noticias de media mañana habían informado de su paradero, no habían cesado de recibirse llamadas telefónicas preñadas de amenazas; sus víctimas tenían numerosos parientes y amistades que ansiaban verle muerto.

Starling confió que el jefe de la delegación del FBI, Copley, no se hallase en el edificio. No quería ponerle en dificultades.

En un recuadro de césped contiguo a la escalinata de acceso, Starling vio el cogote de Chilton entre un enjambre de reporteros. Entre los numerosos informadores había dos cámaras de televisión. Starling lamentó no llevar gorra o sombrero. Al acercarse a la entrada de la torre, giró la cabeza.

Un policía estacionado en la puerta examinó sus credenciales antes de autorizarla

a entrar en el vestíbulo de la torre, que parecía una sala de guardia. Ante el único ascensor había un policía, más otro apostado al pie de las escaleras. Una multitud de agentes, que iban a sustituir a los que acordonaban el lugar, leían revistas sentados en unos sofás alejados de la vista del público.

Tras la mesa situada a la salida del ascensor había un sargento. Su tarjeta de identidad decía: TATE, C.L.

—Prohibido el paso a la prensa —dijo el sargento Tate al ver a Starling.

—No soy periodista —contestó ella.

—¿Está con los de la oficina del fiscal general? —preguntó el sargento al examinar sus credenciales.

—Con Krendler, adjunto al fiscal general —respondió Starling—. Acabo de dejarle.

El sargento Tate hizo un gesto de aprobación.

—Menuda mañana. Todas las secciones de la policía de Tennessee han pasado por aquí para ver al doctor Lecter. Por suerte, no ocurre todos los días. Tendrá que hablar con el doctor Chilton antes de subir.

—Lo he visto ahí fuera —replicó Starling—. Esta misma mañana, de madrugada, hemos estado juntos en Baltimore trabajando en este caso. ¿Firmo aquí, sargento Tate?

El sargento comprobó brevemente el estado de uno de sus molares con la lengua.

—Ahí mismo —contestó—. Normas estrictas, señorita. Todas las visitas deben entregar el arma, sean o no policías.

Starling asintió. Sacó las balas del revólver; el sargento pareció complacido al verla mover los dedos en el arma. Se la entregó presentando la culata y él la guardó en el cajón.

—Vernon, acompáñala arriba.

—Descolgó el teléfono, marcó tres números y pronunció el nombre y apellido de la visita. El ascensor, un adelanto añadido en los años 1920, crujió mientras subía al último piso. Se detuvo en un rellano de la escalera del que nacía un corto pasillo.

—Por ahí, todo recto, señora —dijo el guardia. Un letrero pintado en el cristal esmerilado de la puerta anunciaba: SOCIEDAD HISTÓRICA DEL CONDADO DE SHELBY.

Casi todo el último piso de la torre consistía en una sala octogonal pintada de blanco, cuyo suelo y molduras eran de madera de roble. Olía a cera y a engrudo de biblioteca. Con su escaso mobiliario, tenía un ambiente austero que casi podía calificarse de religioso. Era más agradable ahora que cuando hacía las veces de oficina del alguacil.

De guardia había dos hombres vestidos con el uniforme del cuerpo de prisiones de Tennessee. El más bajo, instalado ante una mesa, se levantó al ver entrar a

Starling. El alto permaneció sentado en una silla plegable situada al fondo de la habitación, frente a la puerta de una celda. Era el que vigilaba que el prisionero no se suicidase.

—¿Está usted autorizada a hablar con el prisionero, señora? —preguntó el agente de la mesa. En su tarjeta de identificación se leía: PEMBRY, T.W., y sobre la mesa tenía un teléfono, dos porras y un aerosol cargado con gas irritante. En el rincón, a sus espaldas, había un artilugio inmovilizador de gran tamaño.

—Sí —contestó Starling. Ya lo he interrogado en otras ocasiones.

—¿Conoce las normas? No cruce la barrera.

—Perfectamente.

La única nota de color de la habitación era la barrera de la policía de tráfico, un caballete a rayas naranja y amarillo equipado con unos focos ámbar intermitentes que estaban apagados. Estaba colocada sobre el pulido parquet a metro y medio de la puerta de la celda. De un perchero situado a poca distancia colgaban los atavíos del doctor: la máscara de hockey y una prenda que Starling no había visto nunca, una chaquetilla de condenado a muerte de Kansas. Confeccionada con cuero recio y dotada con dobles grilletes de cierre doble en la cintura y hebillas en la espalda, debía ser la camisa de fuerza más infalible del mundo. La máscara y la chaqueta negra suspendida por el forro en el perchero formaban una inquietante composición sobre el fondo blanco de la pared.

Starling divisó al doctor Lecter al acercarse a la celda. Estaba leyendo sentado ante una mesa atornillada al suelo. Se hallaba de espaldas a la puerta. Tenía consigo varios libros y la copia del expediente de Buffalo Bill que ella le había entregado en Baltimore. Encadenada a la pata de la mesa había una pequeña cinta magnetofónica. Le resultaba extraño verle fuera del psiquiátrico.

Starling había visto, de pequeña, celdas como ésa. Eran prefabricadas, las producía una empresa de St. Louis a principios de siglo y hasta la fecha nadie ha conseguido fabricarlas mejor; consistían en una jaula modular de acero templado que convierte cualquier habitación en una cárcel. El suelo era una plancha de acero dispuesta sobre barrotes, y las paredes y el techo, de barrotes troquelados que rayaban por completo la habitación. Carecía de ventana. La celda estaba pintada de un blanco inmaculado y estaba bien iluminada. Ante el retrete había un biombo de papel fino.

Esos barrotes blancos destacaban como costillas encima de las paredes. El doctor Lecter tenía una oscura cabeza, de pelo liso y brillante.

Es una comadreja de cementerio. Vive purgando sus crímenes en una caja torácica, entre las bojas secas de un corazón.

Starling parpadeó para alejar ese pensamiento.

—Buenos días, Clarice —dijo él sin volverse. Terminó de leer la página, colocó un punto en el libro y giró en la silla para ponerse de cara a ella, con los brazos

apoyados en el respaldo y la barbilla reposando sobre ellos—. Dumas afirma que añadir un grajo al consomé en otoño, cuando el pájaro se ha alimentado de bayas de enebro, mejora considerablemente el color y el sabor del caldo. ¿Le gusta a usted el grajo en la sopa, Clarice?

—He pensado que le gustaría tener sus dibujos, las cosas que había en su celda, hasta que no consiga la ventana.

—Cuánta delicadeza. El doctor Chilton se ha puesto eufórico al enterarse de que Jack Crawford y usted han sido relevados del caso. ¿Es que acaso la envían para intentar sonsacarme algo por última vez?

El agente encargado de vigilar un eventual suicidio se había dirigido a la mesa del agente Pembry para charlar con él.

Starling confió que desde allí no la oyesen.

—No me envía nadie. He venido por decisión propia.

—La gente dirá que estamos enamorados. ¿No quiere preguntarme por Billy Rubin, Clarice?

—Doctor Lecter, sin pretender en absoluto… impugnar lo que le ha dicho a la senadora Martin, ¿sigue aconsejándome que continúe trabajando en la idea que usted…?

—*Impugnar*… me encanta esta palabra. No tengo nada que aconsejarle. Intentó engañarme, Clarice. ¿Cree acaso que estoy jugando con esta gente? _Creo que a mí me decía la verdad.

—Es una lástima que intentase engañarme, ¿no cree? —La cara del doctor Lecter se hundió entre sus brazos hasta que sólo los ojos quedaron visibles—. Es una lástima que Catherine Martin no vuelva a ver el sol jamás.

El sol es un fuego en el que ha muerto el Dios de esa muchacha, Clarice.

—Lo que es una lástima es que usted ahora tenga que complacer para poder sorber de vez en cuando alguna lágrima —replicó Starling—. Lo que es una lástima es que no hayamos podido terminar la conversación que mantuvimos. Su teoría de la imago, la estructura en la que se fundamentaba, tenía una… ¿cómo diré?, una elegancia que es difícil olvidar. Lo de ahora es una pura ruina, un arco roto que soporta…

—Un arco roto no soporta nada. Hablando de arcos, ¿todavía le permiten ejercer de policía, Clarice? ¿Le han quitado las insignias?

—No.

—¿Qué lleva debajo de la chaqueta? ¿Un reloj de vigilante como el de su papá?

—No, eso es una pistolera.

—¿De modo que va por ahí armada?

—Sí.

—Entonces tendría que ensancharse la chaqueta. ¿Sabe coser, Clarice?

—Sí.

—¿Se ha hecho usted ese traje de chaqueta?

—No. Doctor Lecter, usted lo averigua todo. No puede usted haber hablado íntimamente con ese tal Billy Rubin y haber averiguado tan pocas cosas de él.

—¿Usted cree?

—Sí le hubiese conocido, lo sabría *todo* de él. Pero tan sólo ha recordado un detalle. Que contrajo un ántrax del marfil del elefante. Hubiera tenido que verles saltar a todos cuando Atlanta ha comunicado que se trata de una enfermedad típica de los que fabrican cuchillos. Se lo han tragado, tal y como usted esperaba. Sólo por eso hubieran tenido que concederle una suite en el Peabody. Doctor Lecter, si hubiese conocido a Billy Rubin, sabría muchas cosas de él. Mi opinión es que no le conoció, que fue Raspail quien le habló de él. Pero una información de segunda mano no impresionaría tanto a la senadora Martin, ¿verdad?

Starling lanzó una ojeada por encima del hombro. Uno de los guardianes le estaba enseñando al otro algo que aparecía en la revista *Armas & Municiones*.

—En Baltimore tenía usted más cosas que decirme, doctor Lecter. Estoy convencida de que la información que me dio era válida. Dígame el resto.

—He leído todos los casos del expediente, Clarice. ¿Y usted? Todo cuanto precisa saber para descubrirle está ahí, si sabe prestársele la debida atención. Hasta el inspector emérito Crawford tendría que haberlo deducido. Por cierto, ¿ha leído el *asombroso* discurso que pronunció Crawford el año pasado en la Academia Nacional de Policía? Citando pomposamente a Marco Aurelio a propósito del deber, el honor, la fortaleza… Ya veremos qué estoicismo muestra Crawford cuando Bella se vaya al otro barrio. Alardea de imitar esta filosofía, pero a mi juicio no entiende nada. Si entendiese a Marco Aurelio, quizá podría resolver este caso.

—Dígame cómo.

—Cuando veo en usted esos destellos de inteligencia contextual, Clarice, olvido que su generación es analfabeta. El emperador aconseja simplicidad. Primeros principios. De cada cosa concreta pregúntese: ¿Qué es en sí misma, en su propia esencia? ¿Cuál es su naturaleza causal?

—Eso para mí no significa nada.

—¿Qué hace él, el hombre que usted persigue?

—Mata…

—¡Ah! —exclamó Lecter con aspereza, apartando un instante la cara para no tener que presenciar la obstinación de Clarice en el error—. Eso es accesorio. ¿Qué es lo primero, lo primordial que hace? ¿Qué necesidad satisface matando?

—Ira, resentimiento social, frustración sexual…

—No.

—¿Cuál, pues?

—Codicia. De hecho, codicia ser lo que usted es. Su naturaleza es la codicia. ¿Y cómo empezamos a codiciar, Clarice? ¿Buscarnos cosas que codiciar? Esfuércese por contestar correctamente.

—No. Lo que nos…

—Exactamente. No. Su respuesta es correcta. Empezamos por codiciar lo que vemos cada día. ¿No nota usted cada día ojos que la recorren por entero, Clarice, en encuentros casuales?

No diga que no porque no lo voy a creer. ¿Y no acarician sus ojos ciertas cosas?

—De acuerdo. Entonces, dígame cómo…

—Le toca a usted decirme cosas, Clarice. Ya no tiene el recurso de ofrecerme vacaciones en esa isla cuyo mayor atractivo es el Centro de Veterinaria. A partir de ahora, la conversación se desarrolla en términos de un riguroso intercambio. No puedo hacer tratos con usted a la ligera.

Dígame, Clarice.

—¿Que le diga qué?

—Las dos cosas que me debe del otro día. Qué le ocurrió a usted y al caballo, y cómo domina su rabia.

—Doctor Lecter, cuando tenga tiempo estaré…

—Usted y yo no contamos el tiempo de la misma manera.

Este momento es todo el tiempo de que puede disponer.

—Se lo diré luego. Escuche, yo…

—Soy yo el que *ahora va a escuchar*. Dos años después de la muerte de su padre, Clarice, su madre la envió a vivir con la familia de su prima a un rancho de Montana. Tenía usted diez años. Allí descubrió que se dedicaban al negocio de engordar caballos para el matadero. Usted escapó con un caballo que estaba medio ciego. ¿Y?

—Era verano y podíamos dormir al raso. Llegamos hasta Bozeman por caminos secundarios.

—¿Tenía nombre el caballo?

—Seguramente, pero ellos no… Eso no tiene importancia cuando uno se dedica a cebar caballos para el matadero. Era una yegua; yo la llamaba Hannah, que me parecía un nombre bonito.

—¿La llevaba de la brida o iba montada en ella?

—Las dos cosas, a ratos. En una ocasión tuve que desmontarme y guiarla para cruzar una cerca. De modo que montando y caminando llegaron hasta Bozeman.

—Había unos establos, una especie de rancho donde daban clases de equitación, a las afueras de la ciudad. Intenté que la acogieran allí. Costaba veinte dólares a la semana alojarla en un cercado. Instalarla en una cuadra valía más. Inmediatamente se dieron cuenta de que no veía. Y entonces dije que bueno, que me ofrecía a guiarla para que los niños dieran un paseo montados en Hannah mientras los padres estaban

en clase de equitación. Dije que me ofrecía a quedarme allí para limpiar los establos. Uno de ellos, el hombre, accedió a todo lo que yo dije, pero la mujer llamó al sheriff.

—El sheriff era un policía, como su padre.

—Sí, pero eso no impidió que al principio me diese mucho miedo. Tenía una cara grande y roja. Al fin, el sheriff adelantó veinte dólares para que Hannah pudiera quedarse una semana mientras «se arreglaban las cosas». Dijo que con aquel calor no hacía falta que durmiese en un establo. La prensa publicó la noticia. Se armó mucho revuelo. La prima de mi madre accedió a que me marchase. Y acabé en el Hogar Luterano de Bozeman.

—¿Se trata de un orfelinato?

—Sí.

—¿Y Hannah?

—Se vino conmigo. Un importante ranchero luterano se ofreció a pagar el heno. En el orfelinato había una cuadra. Labrábamos el huerto con Hannah. Aunque había que vigilar por dónde iba, porque se metía por entre las cañas de las judías y pisaba cualquier planta que fuera baja y no la notase en las patas. Y la atábamos a un carro en el que paseábamos a los niños.

—Pero murió.

—Pues… sí.

—Hábleme de eso.

—Ocurrió el año pasado. Me escribieron a la universidad contándomelo. Calculan que tendría veintidós años. El día antes de morir estuvo paseando a niños, como siempre, y murió mientras dormía.

El doctor Lecter pareció decepcionado.

—Qué conmovedor —comentó—. ¿Su padrastro de Montana follaba con usted, Clarice?

—No.

—¿Lo intentó alguna vez?

—No.

—¿Por qué motivo huyó usted con la yegua?

—Porque iban a matarla.

—¿Sabía usted cuándo?

—No exactamente. Pero me angustiaba mucho. Hannah estaba engordando bastante.

—¿Qué le impulsó a escapar? ¿Por qué huyó aquel día en concreto?

—No lo sé.

—Creo que sí lo sabe.

—Estaba muy angustiada.

—¿Qué fue lo que la impulsó, Clarice? ¿A qué hora se marchó?

—Muy temprano. Aún no había amanecido.

—Luego algo la despertó. ¿Qué fue lo que la despertó? ¿Soñaba usted? ¿Qué soñaba?

—Me desperté oyendo balar a los corderos. Me desperté a media noche y los corderos balaban.

—¿Estaban matando a los corderos lechales?

—Sí.

—¿Y qué hizo usted?

—No podía hacer nada por ellos. Yo no era más que una… ¿Qué hizo usted con la *yegua*?

—Me vestí sin encender la luz y salí al exterior. Ella estaba asustada. Todos los caballos del cercado estaban asustados y se arremolinaban. Me acerqué a ella, le soplé en la nariz y ella supo que era yo. Las luces de la cuadra estaban encendidas y también las del cobertizo que había junto al aprisco de los corderos. Eran unas bombillas desnudas que proyectaban grandes sombras. Había llegado el camión frigorífico y tenía el motor en marcha: rugía. Me llevé a Hannah.

—¿La ensilló?

—No. No cogí la silla. Sólo un cabestro de cuerda. Nada más.

—Cuando se marchaba en la oscuridad, ¿siguió oyendo a los corderos cerca de donde estaban las luces?

—Durante poco rato. No había más que doce.

—Todavía se despierta, ¿verdad? Todavía se despierta a media noche oyendo a los corderos.

—A veces.

—¿Cree usted que si apresase a Buffalo Bill y salvase a Catherine conseguiría que los corderos dejasen de balar? ¿Cree que entonces los corderos estarían a salvo y usted no volvería a despertarse a media noche oyéndolos balar? ¿Clarice?

—Sí. No lo sé. Quizá.

—Gracias, Clarice.

—Curiosamente el doctor Lecter parecía en paz.

—Dígame el nombre de Buffalo Bill, doctor Lecter —dijo Starling.

—El doctor Chilton —dijo Lecter—. Creo que ya se conocen. Durante unos instantes, Starling no comprendió que Chilton estaba detrás de ella. Entonces él la cogió por el codo, Ella se desasió. El agente Pembry y su corpulento compañero acompañaban a Chilton.

—Al ascensor —dijo Chilton. Tenía la cara moteada de rojo.

—¿Sabía usted que Chilton no tiene el título de médico? —dijo el doctor Lecter —. Téngalo muy en cuenta para más adelante.

—Vamos —ordenó Chilton.

—Aquí no es usted el que manda, doctor Chilton —replicó Starling.

El agente Pembry se acercó a ella rodeando a Chilton.

—No, señora, pero yo sí. Ha llamado a mi jefe y al suyo y lo siento mucho pero tengo órdenes de hacerla salir de aquí. Le ruego que me acompañe.

—Adiós, Clarice. Si los corderos dejan de balar, ¿me lo comunicará?

—Sí.

Pembry ya la cogía del brazo. Le acompañaba de buen grado o empezaba a pelearse con él.

—Sí —repitió Clarice—. Se lo diré.

—¿Me lo promete?

—Sí.

—Entonces, ¿por qué no termina el arco? Llévese su expediente, Clarice. Yo ya no lo necesito. —Extendió el brazo por entre los barrotes, con el dedo índice a lo largo del lomo. Por un brevísimo instante, la punta del índice de Clarice rozó el del doctor Lecter. El contacto chisporroteó en los ojos del doctor.

—Gracias, Clarice.

—Gracias, doctor Lecter.

Y así es como perduró Lecter en la mente de Starling. Atrapado en el instante en que no se burlaba. De pie en su blanca celda, arqueado como un bailarín, con los brazos extendidos, las manos unidas y la cabeza ligeramente ladeada.

Ella se dirigió al aeropuerto a tanta velocidad que en los baches se golpeaba la cabeza contra el techo del coche, y tuvo que echar a correr para no perder el avión que Krendler le había ordenado tomar.

Capítulo 36

Los agentes Pembry y Boyle eran expertos guardianes traídos especialmente de la prisión estatal de Brushy Mountain para vigilar al doctor Lecter. Eran hombres serenos y minuciosos, y estaban convencidos de que el doctor Chilton no tenía nada que explicarles a propósito de su trabajo.

Llegados a Memphis antes que Lecter, habían examinado la celda escrupulosamente. Cuando el doctor Lecter fue trasladado al viejo palacio de justicia, también le registraron a él. El prisionero fue sometido a un exhaustivo registro corporal llevado a cabo por un enfermero mientras el recluso se hallaba todavía maniatado. Se examinaron minuciosamente sus ropas, por cuyas costuras se pasó un detector de metales.

Boyle y Pembry hicieron un trato con el psiquiatra, a quien hablaron al oído en voz baja y cortés mientras le registraban.

—Doctor Lecter, vamos a procurar que las cosas funcionen lo mejor posible para usted y para nosotros. Tenga presente que nosotros le trataremos igual que nos trate usted. Si se comporta como un caballero, todo irá sobre ruedas. Pero no vamos a andarnos con miramientos, amigo; ándese con cuidado, porque como intente morder, le dejaremos la boca hecha papilla. Parece que las perspectivas que tiene son muy buenas; no vaya a joderlas cometiendo tonterías.

El doctor Lecter les guiñó un ojo con expresión amistosa. De haberse sentido inclinado a contestarles, se lo hubiese impedido el taco de madera que separaba sus molares mientras el enfermero le iluminaba la cavidad bucal con una linterna y recorría con un dedo enfundado en un guante de goma el interior de los carrillos y las encías.

Al pasar por encima de las mejillas, el detector de metales sonó.

—¿Qué es eso?

—Empastes —dijo Pembry—. A ver, retira un poco el labio por ahí. Todas las muelas de detrás las lleva arregladas, ¿eh, doctor?

—A mí me parece que este tipo no es tan peligroso como dicen —le confió Boyle a Pembry una vez que instalaron al doctor Lecter en la celda—. Tengo la impresión de que si no hace tonterías, no va a dar ningún problema.

La celda, a pesar de ser inexpugnable, carecía de bandeja deslizante para servir la

comida. Y a la hora de comer, en medio del desagradable ambiente creado por la visita de Starling, el doctor Chilton molestó a todo el mundo obligando a Boyle y Pembry a llevar a cabo el largo proceso de inmovilizar a un dócil doctor Lecter con la camisa de fuerza y las correas y colocarlo de espaldas a los barrotes, mientras él mismo, Chilton, armado con un aerosol de gas irritante se apostaba junto al prisionero antes de permitir que abriesen la puerta y le entrasen el almuerzo.

Chilton no se dignó llamar a Boyle y Pembry por sus nombres, pese a que ambos llevaban visibles sus apellidos en las solapas, y cometió la descortesía de dirigirse a ellos conjuntamente, llamándoles «ustedes dos».

Por otra parte, cuando los guardianes se enteraron de que Chilton en realidad no era médico, Boyle no perdió ni un segundo en comentar a Pembry que «aunque se dé muchos humos, ese papanatas no es más que un miserable maestro de escuela».

Pembry trató de explicarle a Chilton que la visita de Starling había sido aprobada no por ellos sino por el guardia del vestíbulo, pero en la cólera de Chilton vio de inmediato que ese nimio detalle carecía de importancia.

A la hora de cenar el doctor Chilton se hallaba ausente, de modo que, con la absorta cooperación del doctor Lecter, Boyle y Pembry emplearon su propio método para entrarle la bandeja. Funcionó a las mil maravillas.

—Doctor Lecter, esta noche no va a hacer falta que se ponga el esmoquin —anunció Pembry—. En cambio, va a sentarse en el suelo y va a retroceder con los brazos extendidos hacia atrás, hasta sacar las manos por los barrotes. Muy bien. Así. Un poco más. Enderece los brazos y mantenga los codos rectos. —Pembry colocó una barra entre los brazos del doctor Lecter, lo esposó y como última precaución aseguró los antebrazos colocando sobre ellos una barra de hierro en sentido transversal—. Duele un poco, ¿verdad? Ya lo sé. Tenga un poco de paciencia. Se lo quito en seguida. Es fastidioso, pero nos va a ahorrar a todos un sinfín de molestias.

El doctor Lecter no podía levantarse, ni siquiera ponerse en cuclillas, y con las piernas extendidas en el suelo no podía dar patadas.

Sólo cuando hubo inmovilizado al doctor Lecter, Pembry se dirigió a la mesa a buscar la llave de la celda.

Colocó una porra en la anilla que pendía de su cinturón, se metió un frasco de aerosol irritante en el bolsillo y regresó a la celda. Abrió la puerta para que Boyle entrase con la bandeja. Una vez la puerta quedó nuevamente cerrada, Pembry devolvió la llave al cajón de la mesa antes de quitar las esposas al doctor Lecter.

En ningún momento estuvo Pembry cerca de los barrotes con la llave de la puerta mientras el doctor se hallaba en libertad dentro de la celda.

—Ha sido bastante más fácil, ¿no cree? —dijo Pembry.

—Efectivamente, mucho menos desagradable. Se lo agradezco mucho, agente —contestó Lecter—. ¿Sabe? Hago todo lo posible por facilitar las cosas.

—Como todos, amigo, como todos —replicó Pembry.

El doctor Lecter jugueteó con la cena mientras escribía, dibujaba y hacía garabatos en su cuaderno con un rotulador de punta de fieltro. Luego introdujo una cinta en el aparato encadenado a la pata de la mesa y oprimió el botón de puesta en marcha. Glenn Gould interpretando al piano las *Variaciones Goldberg* de Bach. La música, de una belleza indemne al paso del tiempo y a los cambios de la moda, llenó con sus hermosos acordes la iluminada jaula y la habitación en la que se encontraban los guardianes.

Para el doctor Lecter, sentado inmóvil a su mesa, el tiempo aminoró su inexorable transcurso y quedó en suspenso, como ocurre en la acción. Para él, las notas de la música discurrían por separado, sin perder su propio ritmo. Hasta las plateadas acometidas de Bach quedaban convertidas en notas discretas que salían deslizándose de los barrotes que lo rodeaban. El doctor Lecter, con expresión absorta, se levantó y se quedó contemplando cómo la servilleta de papel resbalaba de su muslo y caía al suelo. La servilleta permaneció en el aire largo rato, rozó la pata de la mesa, se desplegó, se ladeó, quedó en suspenso un instante y giró sobre sí misma antes de reposar en el suelo, Él no hizo esfuerzo alguno para recogerla sino que cruzó la celda, se ocultó tras el biombo de papel y se sentó en la tapa del retrete, su único lugar privado. Escuchando la música, se apoyó de lado en el lavabo con la barbilla en la mano y sus extraños ojos granate semicerrados. Las *Variaciones Goldberg* le interesaban por la estructura de su composición. Aquí estaba, la progresión de los bajos de la sarabanda, repetida una y otra vez. Y mientras asentía siguiendo con las inclinaciones de la cabeza el ritmo de la música, su lengua recorría los bordes de la hilera de sus dientes. Todo el semicírculo superior. Todo el semicírculo inferior. Fue para su lengua un largo e interesante paseo, tan tonificador como una caminata por los senderos de los Alpes.

Ahora le tocaba el turno a las encías; la lengua se deslizó por el pliegue que forma la mejilla con la encía superior y la recorrió por entero, como hacen algunos al reflexionar. Notó las encías más frías que la lengua.

El pliegue estaba fresco. Cuando la lengua alcanzó el diminuto tubo de metal, se detuvo.

Superando las notas de la música, oyó el ascensor cerrarse con estrépito y zumbar mientras subía. Al cabo de un sinfín de notas musicales, la puerta del ascensor se abrió y una voz desconocida para él dijo:

—Vengo a buscar la bandeja. El doctor Lecter oyó acercarse al bajo, Pembry. Le vio por la rendija que dejaban las hojas del biombo. Pembry se hallaba en los barrotes.

—Doctor Lecter, venga por favor a sentarse en el suelo de espaldas a la reja, como antes.

—Agente Pembry, ¿le importaría que terminase? Me temo que el viaje ha trastornado un poco mi digestión.

—De acuerdo. —Pembry levantando la voz para que se le oyese al otro extremo de la habitación—: Ya os avisaremos cuando estemos listos.

—¿Puedo ver al prisionero?

—Cuando te llamemos.

Nuevamente el ascensor y después tan sólo la música. El doctor Lecter se sacó el tubito de la boca y lo secó con un trozo de papel higiénico. Tenía las manos firmes y las palmas completamente secas.

Durante sus años de reclusión, con su inagotable curiosidad, el doctor Lecter había aprendido muchos de los secretos de las artes carcelarias. En los años transcurridos después de atacar a la enfermera del psiquiátrico de Baltimore, sólo en dos ocasiones se habían producido fallos de seguridad, ambos cuando Barney tenía el día libre. El primero consistió en que un psiquiatra llegado a interrogarle le prestó un bolígrafo y olvidó reclamárselo. Antes de que el científico hubiese salido del pabellón, el doctor Lecter ya había roto la envoltura de plástico del bolígrafo y arrojado los restos al retrete. El tubo de metal que contenía la tinta fue a parar a la costura hueca que ribetea el colchón.

El único borde afilado de la celda del doctor en el psiquiátrico era una arandela que poseía el extremo de un perno que sujetaba el colchón a la pared. Era más que suficiente. Tras dos meses de frotar, el doctor Lecter practicó las dos incisiones necesarias, paralelas y de unos cinco milímetros de longitud, efectuadas en sentido longitudinal a lo largo del tubo. Luego cortó el tubo de tinta en dos pedazos a dos centímetros y medio del extremo abierto y arrojó el trozo largo, el que tenía la punta, al retrete. Barney no advirtió los callos que se le habían formado en los dedos tras tantas noches de frotar.

Seis meses después, un enfermero se dejó un clip sujetapapeles en ciertos documentos enviados al doctor Lecter por su abogado. Dos centímetros y medio de dicho clip fueron introducidos en el interior del tubo y el resto fue a parar al retrete. El tubito, liso y corto, era fácil de esconder en costuras, en el pliegue de la encía, en el recto.

Ahora, detrás del biombo de papel, el doctor Lecter golpeó el tubo contra la uña del pulgar hasta hacer salir el alambre que guardaba en su interior. El alambre iba a servir de herramienta y ahora llegaba la etapa más difícil del proceso. El doctor Lecter introdujo el hierro hasta la mitad y con sumo cuidado lo usó como palanca para hundir la franja de metal situada entre las dos incisiones. A veces se rompe. Con enorme precaución y con sus fuertes manos dobló el metal. Lo estaba consiguiendo. Ya estaba. La diminuta franja de metal había quedado en ángulo recto con el tubo. Ya disponía de una llave apta para abrir esposas.

El doctor Lecter se llevó las manos a la espalda y se pasó la llave de una a otra mano quince veces. Volvió a meterse la llave en la boca mientras se lavaba las manos y se las secaba meticulosamente. A continuación, con la lengua, ocultó la llave entre los dedos de la mano derecha, sabiendo que Pembry se quedaría mirando su extraña mano izquierda cuando la esposase por detrás.

—Cuando quiera, estoy listo, agente Pembry —dijo el doctor Lecter. Se sentó en el suelo de la celda y estiró los brazos hacia atrás, sacando las manos y las muñecas por los barrotes—. Gracias por tener la bondad de esperar.

Le pareció un discurso larguísimo, pero quedó entremezclado con la música.

Oyó a Pembry a sus espaldas. Pembry le tocó una muñeca para ver si se la había enjabonado. Pembry le tocó la otra muñeca para averiguar si se la había enjabonado. Pembry le colocó las esposas muy apretadas y se dirigió a la mesa a buscar la llave de la puerta de la celda. Por encima de las notas del piano, el doctor Lecter oyó el choque de la anilla de la llave cuando Pembry la sacaba del cajón. Ya regresaba, andando entre las notas, separando el aire cuajado de un enjambre de notas cristalinas. Esta vez le acompañaba Boyle. El doctor Lecter oía los huecos que producían sus guardianes en los ecos de la música.

Pembry comprobó una vez más las esposas. El doctor Lecter olió el aliento de Pembry a sus espaldas. Ahora Pembry daba vuelta a la llave en la cerradura y abría la puerta. Entró Boyle. El doctor Lecter volvió la cabeza y en su visión la celda se movió a un ritmo que le pareció lento aunque todos los detalles destacaban con prodigiosa nitidez: Boyle junto a la mesa, recogiendo los desparramados elementos de la cena y depositándolos en la bandeja con un malhumorado estrépito provocado por el desorden y la suciedad. La cinta magnetofónica con los carretes girando, la servilleta en el suelo, junto a la pata atornillada de la mesa. A través de los barrotes y por el rabillo del ojo, el doctor Lecter veía la rodilla de Pembry y la punta de la porra que le pendía del cinturón; Pembry estaba apostado fuera de la celda sujetando la puerta.

El doctor Lecter halló la cerradura de la esposa izquierda, introdujo la llave y la hizo girar. Notó saltar la esposa que quedó abierta en su muñeca. Se pasó la llave a la mano izquierda, halló la cerradura, introdujo la llave y la giró.

Boyle se inclinó a recoger la servilleta. Veloz como un mordisco de tortuga, la esposa se cerró en la muñeca de Boyle y cuando éste giraba la vista hacia Lecter la otra esposa se cerró en torno a la pata atornillada de la mesa. Las piernas del doctor Lecter bajo su cuerpo dirigiéndose hacia la puerta, Pembry intentando acercarse y el hombro de Lecter propinando un fuerte empujón que lanzó la puerta contra su cuerpo, Pembry buscando el aerosol irritante con uno de los brazos aplastado por efecto del portazo. Lecter agarró la porra por el extremo y la levantó. Ayudado por el efecto de palanca que hacía la porra sujeta al cinturón de Pembry, le propinó un

codazo en la garganta y hundió los dientes en la cara de Pembry. Pembry intentando agarrar a Lecter con la nariz y el labio superior atenazados por la desgarrante dentadura. Lecter sacudió la cabeza como un perro cazador y logró arrancar la porra del cinturón de Pembry. En la celda, Boyle aullando, sentado en el suelo, rebuscando desesperado en el bolsillo la llave de las esposas, encontrándola, dejándola caer, volviéndola a encontrar. Lecter descargó un porrazo en el estómago y en la garganta de Pembry y se arrodilló.

Boyle introdujo la llave en una de las cerraduras de las esposas, aullaba, Lecter se abalanzaba sobre él. Lecter calló a Boyle con una descarga de gas irritante y mientras este último jadeaba le fracturó el brazo con dos golpes de porra. Boyle intentó meterse debajo de la mesa, pero cegado por el gas se arrastró en dirección contraria y resultó muy fácil, con cinco certeros golpes de porra, dejarlo muerto.

Pembry había conseguido incorporarse y lloraba. El doctor Lecter inclinó la cabeza y lo miró con su sonrisa roja.

—Cuando quiera, estoy listo, agente Pembry —dijo. La porra, describiendo con un silbido un arco plano, cayó con un sordo ruido sobre la nuca de Pembry, quien después de estremecerse quedó tieso como un pescado.

El pulso del doctor Lecter ascendió a más de cien pulsaciones a causa del ejercicio, pero pronto descendió a su ritmo habitual. Apagó la música y se quedó escuchando.

Se dirigió a las escaleras y volvió a escuchar. Vació los bolsillos de Pembry, cogió la llave de la mesa y abrió todos los cajones. En el más bajo se hallaban las armas de Pembry y Boyle, dos revólveres del 38 Especial.

Todavía mejor, en el bolsillo de Boyle encontró una navaja.

Capítulo 37

El vestíbulo estaba repleto de policías. Eran las 6.30 de la tarde y los agentes que montaban guardia en el exterior acababan de ser relevados del turno regular, que duraba dos horas. Los hombres, que entraban ateridos pues era una cruda tarde de invierno, se calentaban las manos en varias estufas eléctricas. Algunos habían apostado dinero en el resultado del partido de baloncesto que disputaba el equipo del Estado de Tennessee y estaban ansiosos de saber cómo se desarrollaba el encuentro.

El sargento Tate no había autorizado a conectar la radio en el vestíbulo, pero uno de los agentes la estaba escuchando a través de los auriculares de un walkman y anunciaba el resultado con frecuencia, aunque no con la que hubiesen deseado los apostantes.

En total, en el vestíbulo había quince policías armados más dos funcionarios del cuerpo de prisiones llegados para sustituir a Pembry y Boyle a las siete de la tarde. El propio sargento Tate no tenía más deseo que quedar libre de servicio, lo cual sucedería cuando se incorporase el turno de once a siete.

Todos los puestos de guardia informaron que no había novedades. Ninguna de las llamadas anónimas que amenazaban a Lecter se había concretado en nada.

A las 6.45, Tate oyó subir el ascensor. Vio que la flecha de bronce situada encima de la puerta comenzaba a recorrer el disco. Se detuvo en el piso quinto.

Tate miró a su alrededor, recorriendo el vestíbulo.

—¿Ha subido Sweeney a buscar la bandeja?

—No, aquí estoy, sargento. ¿Le importa llamar para ver si ya han terminado? He de marcharme.

El sargento Tate marcó tres cifras y permaneció a la escucha.

—El teléfono comunica —dijo—. Suba a ver qué ocurre.

El sargento regresó a completar el informe que debía entregar al turno de once a siete.

El agente Sweeney pulsó el botón del ascensor. No acudió.

—Esta noche ha pedido *chuletas de cordero*, poco hechas —comentó Sweeney—. ¿Qué coño se le antojará para el desayuno? ¿Alguna exquisitez que solamente se suministra en el zoológico? ¿Y quién tendrá que ir a buscársela? Sweeney, claro.

La flecha de bronce permaneció en el quinto. Sweeney aguardó otro minuto más.

—¿Qué cojones pasa? —exclamó. El revólver del 38 atronó en algún piso de arriba; los disparos levantaron ecos al bajar por toda la escalera; dos tiros seguidos y después un tercero.

El sargento Tate, de pie al oírse el tercero, micrófono en mano:

—Puesto de mando, se han oído disparos en la torre. Alerta todos los puestos de guardia del exterior. Vamos a subir.

Gritos y aglomeraciones en el vestíbulo. Entonces Tate vio que la flecha de bronce del ascensor se movía. Ya estaba en el cuarto. Por encima del griterío Tate vociferó:

—¡Doble refuerzo de guardia en los puestos exteriores! ¡Los del primer escuadrón se quedan conmigo! ¡Berry y Howard, cubrid ese maldito ascensor cuando se abra!

La flecha se detuvo en el tercero.

—Primer escuadrón, andando. No crucéis ninguna puerta sin comprobar previamente. Bobby, sal ahí afuera… Coge un fusil y los chalecos y súbelo todo arriba.

La mente de Tate volaba al subir el primer tramo de escaleras. La cautela contendía con la urgente necesidad de ayudar a los agentes de arriba. *Que no le dejen salir. Dios mío. Nadie lleva los chalecos, mierda. Malditos gilipollas de prisiones.*

Se había informado que los despachos de los pisos segundo, tercero y cuarto estaban vacíos y cerrados con llave. En esos pisos se podía llegar desde la torre al edificio principal, pasando por los despachos. El quinto quedaba incomunicado.

Tate había asistido a la excelente escuela de los SWAT de Tennessee y sabía cómo hacer las cosas. Subió él el primero llevándose consigo a los más jóvenes. Con rapidez y eficacia tomaron las escaleras, cubriéndose desde un descansillo a otro.

—Como deis la espalda a una puerta antes de haberla comprobado, os pego un tiro en el culo.

Las puertas del descansillo del segundo piso estaban a oscuras y cerradas con llave.

Al tercero; el corto pasillo estaba débilmente iluminado. Un rectángulo de luz en el suelo, procedente de la puerta abierta del ascensor. Tate se agachó y avanzó por la pared opuesta al ascensor, en el cual no había espejos que pudiesen ayudarle. Con el dedo en el gatillo miró hacia el interior del ascensor vacío.

Tate gritó por el hueco de la escalera:

—*¡Boyle! ¡Pembry!* Mierda.

Apostó a un hombre en el tercero y siguió subiendo. El piso cuarto se hallaba invadido por la música de piano que procedía del quinto. La puerta que franqueaba el paso a los despachos se abrió de un empujón. Más allá de los despachos, el haz de luz de la linterna reveló una puerta abierta de par en par que conducía al edificio

principal.

—*¡Boyle! ¡Pembry!* —Dejó a otros dos hombres en el descansillo—. Cubrid la puerta. Los chalecos antibala llegarán en seguida. No se os ocurra menear el culo por aquella puerta.

Tate subió los peldaños de piedra que conducían a la música. Se hallaba ya en la última planta de la torre, en el descansillo del quinto piso. Luz mortecina en el corto pasillo. Luz potente tras el cristal esmerilado que anunciaba: SOCIEDAD HISTÓRICA DEL CONDADO DE SHELBY.

Tate avanzó agachado por debajo del cristal de la puerta hasta colocarse junto al lado opuesto a las bisagras.

Hizo con la cabeza un gesto a Jacobs, que estaba al otro lado, giró el pomo y empujó con tanta fuerza que la puerta al abrirse rebotó y el cristal se hizo añicos. Tate entró de un salto, se apartó del umbral y cubrió la habitación con la amplia mira del revólver.

Tate había visto muchas cosas. Había visto un sinfín de accidentes, peleas, asesinatos. Había visto a seis policías muertos en su vida. Pero pensó que lo que yacía a sus pies era lo peor de todo lo que había visto sucederle a un policía. El amasijo de carne que sobresalía del cuello del uniforme no parecía una cara. La parte frontal y superior de la cabeza era una masa lisa y sanguinolenta coronada por pedazos de carne desgarrada; junto a los orificios nasales aparecía adherido un solo ojo; las cuencas estaban llenas de sangre.

Jacobs pasó junto a Tate y resbaló en el suelo ensangrentado al dirigirse a la celda. Se inclinó sobre Boyle, esposado todavía a la pata de la mesa. Boyle, parcialmente eviscerado, con el rostro destrozado a puñaladas, parecía haber explotado sangre; las paredes y el colchón rayado de la celda estaban cubiertos de salpicaduras y chorretones.

Jacobs le puso los dedos en el cuello.

—Éste está muerto —gritó para hacerse oír sobre la música—. ¿Sargento?

Tate, recuperado el dominio, avergonzado del instante de retraso, hablaba por radio.

—Puesto de mando, dos agentes fuera de combate. Repito, dos agentes fuera de combate. El prisionero ha huido. Lecter ha huido. Puestos de guardia exteriores, vigilen las ventanas, el fugitivo ha cogido las sábanas, puede estar fabricando una cuerda. Envíen ambulancias de inmediato.

—¿Está muerto Pembry, sargento? —Jacobs quitó la música. Tate se arrodilló y al tender la mano para tocar el cuello, aquella cosa horrenda que yacía en el suelo gimió y en el orificio de su boca se formó una burbuja sanguinolenta.

—Pembry vive.

Tate no quería aplicar su boca a aquel amasijo sangriento, sabía que lo haría si

tenía que ayudar a Pembry a respirar, sabía que no obligaría a ninguno de sus hombres a hacerlo. Ojalá Pembry muriese, aunque si era preciso le ayudaría a respirar.

Pero el corazón latía, lo encontró, y también había aliento. Aquel ser despedazado y palpitante respiraba.

Aquel destrozo respiraba por sí solo.

La radio de Tate crepitó. En el aparcamiento, un teniente había asumido el mando y quería noticias. Tate tenía que hablar con él.

—Ven aquí, Murray. —Tate llamó a uno de sus hombres, uno de los más jóvenes—. Quédate al lado de Pembry y cógele por algún sitio para que note tus manos. Háblale.

—¿Cómo se llama, sargento?

—Murray estaba verde.

—¡Pembry! ¡Háblale, maldita sea! —Tate por radio—: Dos agentes fuera de combate. Boyle ha muerto. Pembry está gravemente herido. Lecter ha huido y va armado, ha cogido las armas de los agentes. Las fundas y los cinturones están aquí, en la mesa.

La voz del teniente sonaba rasposa.

—¿Está libre la escalera para que suban las camillas?

—Sí, señor. Llame al cuarto antes de que entren. Tengo hombres en todos los descansillos.

—Soy el teniente Roger, sargento. El puesto número ocho cree haber advertido movimiento en las ventanas del cuarto piso del edificio principal. Tenemos todas las salidas cubiertas, de modo que no va a escapar. Mantenga las posiciones en los descansillos. De la operación se van a encargar los SWAT. Espero que le den una lección. Confirme que me ha entendido.

—Entendido. De la operación se encargan los SWAT.

—¿Qué armas ha cogido?

—Dos pistolas y una navaja, teniente… Jacobs, mire si queda munición en los cinturones.

—Cargadores —contestó el subalterno—. El de Pembry está lleno, y el de Boyle también. El muy idiota no se ha llevado las balas.

—¿De qué calibre son?

—Del treinta y ocho Plus Ps. JHP.

Tate conectó nuevamente la radio.

—Teniente, por lo visto tiene en su poder dos 38 de seis disparos. Hemos oído tres tiros y los cargadores están llenos, de modo que sólo le quedan nueve balas. Avise a los SWAT de que son de envoltura metálica y punta hueca. Este individuo tiene marcada preferencia por la cara.

Las Plus Ps. son balas velocísimas, pero que no traspasan el chaleco blindado de los SWAT. Aun así, un disparo en la cara la destroza; un disparo en un miembro deja tullido.

—Suben las camillas, Tate. A pesar de que las ambulancias llegaron con pasmosa rapidez, a Tate, que oía los lastimeros quejidos de aquella cosa que yacía a sus pies, no se lo pareció. El pobre Murray trataba de sujetar aquel cuerpo gimiente y convulso, intentaba tranquilizarle sin mirarlo, y sin cesar, en un tono monocorde que no lograba disimular la repulsión, repetía:

—Estás bien, Pembry. Ya verás qué pronto te curas.

En cuanto vio a los enfermeros de la ambulancia en el descansillo, Tate, como había hecho en la guerra, gritó:

—¡Camilleros!

Cogió a Murray por el hombro y lo apartó de en medio. Los enfermeros actuaron deprisa; primero sujetaron con destreza aquellos puños apretados y chorreantes de sangre bajo las correas, luego abrieron una vía respiratoria y, por último, para mantener la presión, aplicaron en la cara ensangrentada un vendaje quirúrgico. Uno de ellos abrió un paquete de plasma intravenoso, pero el otro, después de tomar la tensión y el pulso del herido, sacudió la cabeza y se limitó a decir:

—Abajo. Órdenes por radio.

—Tate, quiero que despeje los despachos de la torre y los deje cerrados. Atranque las puertas del edificio principal y cúbralas desde los descansillos. Le envío chalecos blindados y armas. Si quiere salir, le cogeremos vivo, pero no corra ningún riesgo con objeto de salvarle la vida. ¿Entendido?

—A la orden, teniente.

—En el edificio principal, quiero a los SWAT y a nadie más que a los SWAT. Repita lo que acabo de decir.

Tate repitió la orden. Tate era un buen sargento, hecho que demostró en ese momento. Vistió el engorroso chaleco blindado, obligó a Jacobs a hacer otro tanto y siguió escaleras abajo la camilla que los enfermeros transportaban a la ambulancia.

Una segunda pareja seguía con Boyle. Los hombres apostados en los descansillos se indignaron al ver pasar los despojos, y Tate les aconsejó con popular sabiduría:

—No permitáis que la rabia haga que os disparen en el culo.

Cuando ya las sirenas gemían por la calle, Tate, cubierto por el veterano Jacobs, inspeccionó los despachos y cerró la torre.

Una fría corriente de aire azotó el pasillo de la cuarta planta. Detrás de la puerta, en las enormes estancias sombrías del edificio principal, sonaban los teléfonos. En los oscuros despachos de todo el edificio, las luces de los teléfonos centelleaban como luciérnagas y las señales acústicas sonaban sin cesar.

Se había propagado la noticia de que el doctor Lecter se hallaba «parapetado» en

el edificio y todos los medios de comunicación, en especial la radio y la televisión, llamaban empleando todos los medios a su alcance, confiando obtener una entrevista en directo con el monstruo. En situaciones similares, para impedir tal caos, los SWAT suelen desconectar todos los teléfonos excepto uno, el que emplea el negociador, pero en este caso el edificio era inmenso y los teléfonos demasiados.

Tate echó la llave a la puerta que incomunicaba los despachos en los que centelleaban los teléfonos. El pecho y la espalda, húmedos de sudor, le escocían bajo el chaleco blindado.

Tomó la radio que llevaba suspendida del cinturón.

—Puesto de mando, aquí Tate, la torre está despejada.

Cambio.

—Roger al habla, Tate. El capitán quiere verle en el puesto de mando.

—Diez-cuatro. Vestíbulo de la torre. ¿Me oye?

—Le escucho, sargento.

—Soy yo desde el ascensor. Voy a bajar.

—Entendido, sargento. Jacobs y Tate se hallaban en el ascensor bajando al vestíbulo cuando una gota de sangre cayó en el hombro de Tate. Una segunda gota le cayó en el zapato.

Levantó la vista hacia el techo del ascensor y tocó a Jacobs, indicándole con un gesto que guardase silencio.

Por la grieta que rodeaba la escotilla de la polea de funcionamiento caían gotas de sangre. En bajar hasta el vestíbulo tardaron una eternidad. Al llegar, Tate y Jacobs salieron retrocediendo, con las armas apuntadas al techo del ascensor. Tate alargó la mano y cerró la puerta.

—Ssss —hizo Tate dirigiéndose al vestíbulo. Y en voz baja—: Berry, Howard, está en el techo del ascensor.

Mantenedlo vigilado.

El sargento Tate salió al exterior. La furgoneta negra de los SWAT se hallaba en el aparcamiento. Los SWAT siempre llevan herramientas y llaves de todas clases.

En un instante acudieron dos miembros del SWAT; vestidos con el uniforme negro blindado y provistos de cascos, subieron por la escalera hasta el descansillo de la tercera planta. Junto a Tate, en el vestíbulo, había otros dos, con sus rifles de asalto apuntados al techo del ascensor.

Como esas grandes hormigas que se aprestan a luchar, pensó Tate.

El comandante de los SWAT habló por radio.

—Adelante, Johnny. En la tercera planta, a considerable distancia del ascensor, el agente Johnny Peterson introdujo la llave en la cerradura de la puerta del ascensor y ésta se abrió. El hueco estaba a oscuras. Tendiéndose de espaldas en el suelo del descansillo, sacó del chaleco una granada inmovilizante y la colocó en el suelo, a su

lado.

—Listo. Voy a echar un vistazo.

Sacó un espejo provisto de un mango largo y lo introdujo en el hueco mientras su compañero encendía una potente linterna.

—Lo veo perfectamente. Está en el techo del ascensor. A su lado veo un arma. No se mueve.

Una pregunta en los auriculares de Peterson.

—¿Le ve las manos?

—Veo una. La otra la tiene debajo del cuerpo. Está medio envuelto en unas sábanas.

—Háblele.

—LEVANTE LAS MANOS Y QUÉDESE QUIETO —vociferó Peterson hacia lo hondo del hueco—. No se ha movido, teniente… SI NO LEVANTA LAS MANOS, LE LANZARÉ UNA GRANADA INMOVILIZANTE, TIENE TRES SEGUNDOS —gritó Peterson. Sacó del chaleco uno de los topes de puerta que todo agente de los SWAT lleva siempre consigo y gritó—: EH, MUCHACHOS, AHÍ ABAJO, CUIDADO QUE VA LA GRANADA —Arrojó el tope por el hueco y lo vio rebotar en la figura—. No se ha movido, teniente.

—De acuerdo, Johnny. Vamos a subir el ascensor con una palanca desde fuera. ¿Puede cubrir el hueco?

Peterson se tendió boca abajo. El cañón de su 45 automática apuntó directo a la figura.

—Cubierto —dijo.

Mirando el hueco del ascensor, Peterson vio aparecer al fondo un resquicio de luz; eran los agentes SWAT que hacían subir el ascensor con la palanca. La inmóvil figura se hallaba parcialmente tendida sobre la escotilla y al empujar desde abajo los agentes, uno de sus brazos se movió.

El pulgar de Peterson oprimió un poco más el seguro de su Colt.

—Ha movido un brazo, teniente. Pero creo que es a causa del movimiento de la palanca.

—Roger. Abrid la escotilla.

La escotilla se abrió con estrépito hacia atrás y quedó apoyada en la pared del hueco del ascensor. La luz que subía por el pozo cegó a Peterson.

—No se ha movido. No lleva el arma en la mano.

La voz del teniente, serena, en los oídos.

—De acuerdo, Johnny. Manténgase como está. Vamos a entrar en el ascensor; mire con el espejo a ver si hay movimiento. Si hay que disparar, lo haremos nosotros. ¿Comprendido?

—Comprendido.

En el vestíbulo, Tate les observó entrar en el ascensor. Un agente pertrechado con material perforante apuntaba su arma al techo del ascensor. Un segundo agente se encaramó a una escala de mano. Iba armado con una gran pistola automática provista de una linterna sujeta al cañón. Un espejo y la pistola-linterna desaparecieron por la escotilla. Luego aparecieron la cabeza y los hombros del agente, que entregó un revólver del 38.

—Está muerto —gritó el agente.

Tate se preguntó si la muerte del doctor Lecter significaba que Catherine Martin también iba a morir; toda la información perdida al apagarse las luces de la mente de aquel monstruo.

Los agentes lo estaban bajando; el cadáver apareció cabeza abajo por la escotilla del techo del ascensor, quedó depositado en muchos brazos, extraño sepelio en un ataúd iluminado. El vestíbulo se estaba llenando de gente; todos los policías querían acercarse a ver.

Un funcionario de prisiones se abrió paso a empujones y se quedó mirando los brazos tatuados del cadáver que pendían inertes.

—Éste es Pembry —dijo.

Capítulo 38

En el compartimento trasero de la ambulancia, el joven enfermero se apuntaló para contrarrestar el balanceo y conectó la radio con objeto de informar a su superior en la sala de urgencias. Tuvo que levantar la voz para apagar el aullido de la sirena.

—Se encuentra en estado comatoso pero mantiene las constantes vitales, Tiene la presión correcta. Uno treinta sobre noventa. Sí, noventa. Pulso, ochenta y cinco. Presenta cortes profundos en la cara, heridas de labios elevados, un ojo enucleado. He añadido presión a la cara y le he colocado un conducto respiratorio. Es posible que haya recibido un disparo en la cabeza, aunque no puedo afirmarlo.

A sus espaldas, en la camilla, los puños ensangrentados y apretados relajan la tensión bajo la correa que sujeta al herido por la cintura. La mano derecha sale deslizándose y busca la hebilla de la cinta que lo mantiene sujeto por el pecho.

—Me da miedo aplicar demasiada presión a la cabeza; ha efectuado movimientos convulsivos antes de tenderle en la camilla. Sí, claro que lo he colocado en la posición de FowIer.

A espaldas del joven, la mano agarró el vendaje quirúrgico y se restregó los ojos.

El enfermero oyó el silbido del conducto respiratorio, se dio la vuelta, vio la cara ensangrentada a muy poca distancia de la suya y no vio la pistola que al descender descargó un golpe acertándole de lleno junto a la oreja.

La ambulancia frenando hasta detenerse en medio del tráfico de la autopista de seis carriles; detrás de ella, los conductores desconcertados, tocando la bocina, sin atreverse a adelantar a un vehículo de emergencia. Dos leves detonaciones, como tantas falsas explosiones de cualquier motor, y la ambulancia de nuevo en marcha, sorteando el tráfico, enderezando la dirección, desplazándose hacia el carril de la derecha.

Se aproximaba la salida del aeropuerto. La ambulancia avanzando lentamente por el carril de la derecha, con los intermitentes y luces de emergencia encendiéndose en marcha y apagándose, los limpiaparabrisas poniéndose en marcha y deteniéndose, luego la sirena aminorando su sonido, sonando de nuevo con fuerza y finalmente extinguiéndose, así como las luces de emergencia que al fin se apagan. La ambulancia avanzando silenciosa hacia el aeropuerto internacional de Memphis, el hermoso edificio de la terminal resplandeciente de luz en aquella noche de invierno.

Enfiló la curva de asfalto hasta las vallas automáticas que señalaban la entrada del inmenso aparcamiento subterráneo. Una mano ensangrentada salió de la ventanilla para coger el billete de entrada. Y la ambulancia desapareció por el túnel que descendía a los sótanos del aparcamiento.

Capítulo 39

En circunstancias normales, Clarice Starling hubiera sentido curiosidad por ver la casa de Crawford en Arlington, pero el boletín de noticias que había oído en la radio informando de la huida del doctor Lecter aniquiló todo su interés.

Con los labios embotados y notando escalofríos en todo el cuero cabelludo, siguió conduciendo como una autómata, miró sin ver la cuidada vivienda de los años cincuenta y sólo se preguntó vagamente si las ventanas de la izquierda, iluminadas tras las cortinas, corresponderían al cuarto donde yacía Bella. El timbrazo de la puerta le pareció demasiado estridente.

Crawford abrió la puerta a la segunda llamada. Llevaba una usada chaqueta de punto y hablaba por un teléfono inalámbrico.

—Copley, desde Memphis —dijo. Indicándole con un gesto que le siguiera, la condujo por la casa, emitiendo mientras caminaba gruñidos al teléfono. En la cocina, una enfermera sacó una botellita del frigorífico y la levantó para mirarla al trasluz. Cuando Crawford elevó las cejas mirando a la enfermera, ésta sacudió la cabeza; no, no le necesitaba.

Condujo pues a Starling a su estudio, tras bajar tres escalones que separaban lo que evidentemente era un garaje capaz para dos coches transformado. Se trataba de una habitación muy espaciosa, amueblada con un sofá y varias butacas, y una mesa atiborrada de papeles sobre la cual resplandecía, junto a un antiguo astrolabio, la verde pantalla de un terminal de ordenador. Las pisadas revelaban que la alfombra estaba colocada sobre un tosco pavimento de cemento. Crawford le indicó que tomase asiento.

Cubrió el teléfono con la mano.

—Starling, ya sé que es innecesario, pero ¿le ha dado usted algo a Lecter en Memphis?

—No.

—¿Ningún objeto?

—Nada.

—Le llevó los dibujos y las cosas de su celda.

—Pero no se los he dado. Todavía llevo todos esos objetos en el bolso. Él ha sido quien me ha dado a mí el expediente. Que es lo único que hemos intercambiado.

Crawford se colocó el teléfono bajo la mandíbula.

—Copley, eso es una auténtica calumnia. Quiero que desmientas a ese hijo de puta. Habla ahora mismo con el jefe, directamente con el FBI. Y procura que la línea esté conectada con las demás delegaciones. Borroughs se encarga de ello. Sí.

Desconectó el teléfono y se lo metió en el bolsillo.

—¿Quiere café, Starling? ¿Coca-Cola?

—¿Qué ha querido decir con eso de entregar cosas al doctor Lecter?

—Chilton afirma que ha debido darle usted algo que ha empleado para abrir la cerradura de las esposas. Dice que, evidentemente, no lo hizo usted a propósito; simplemente por ignorancia. —A veces a Crawford se le ponían ojillos rabiosos, de galápago. Se la quedó mirando, observando cómo se lo tomaba—. ¿Ha intentado Chilton alguna vez propasarse con usted, Starling? ¿Es eso lo que le pasa?

—Tal vez. Tomaré café solo, con azúcar, gracias.

Mientras él estaba en la cocina, Starling efectuó varias inspiraciones profundas y contempló la habitación. Cuando se vive en un internado o en un cuartel, es muy acogedor encontrarse en un hogar. A pesar de notar que se le hundía el mundo, a Starling percibir la vida del matrimonio Crawford en esa casa la tranquilizó.

Llegaba Crawford, que a causa de los bifocales bajó con cuidado los escalones, trayendo una bandeja con las tazas de café. Con los mocasines que llevaba, resultaba un centímetro más bajo. Cuando Starling se levantó para coger el café, los ojos de ambos quedaban casi al mismo nivel. Olía a jabón y tenía el pelo esponjoso, ahuecado y gris.

—Copley dice que todavía no han encontrado la ambulancia. Toda la policía del sur está en estado de alerta poniéndolo todo patas arriba.

Ella sacudiendo la cabeza dijo:

—Desconozco los detalles. Lo único que sé es la noticia que han dado por radio: el doctor Lecter, tras dar muerte a dos policías, ha escapado.

—Dos funcionarios del cuerpo de prisiones. —Crawford hizo correr hacia arriba el texto que aparecía en la pantalla de su ordenador—. Se llamaban Boyle y Pembry. ¿Los vio usted o habló con ellos?

Starling asintió.

—Fueron ellos los que… me obligaron a salir de la celda. Me trataron con mucha consideración. *Pembry rodeando a Chilton, incómodo, decidido, pero con rústica cortesía. «Le ruego que me acompañe», me dijo. Tenía manchas hepáticas en las manos y en la frente. Ahora está muerto, pálido bajo las pecas.*

De pronto Starling tuvo que dejar en la mesa la taza de café. Realizó una profunda inspiración y durante unos instantes permaneció mirando al techo…

—¿Cómo ha logrado huir? —preguntó.

—Según ha dicho Copley, se escapó en la ambulancia. Ya lo comentaremos con

más detenimiento. ¿Qué ha averiguado del secante con ácido?

Starling había empleado parte de la tarde y las primeras horas de la noche paseando la hoja de Plutos por distintos departamentos del laboratorio, cumpliendo así las órdenes de Krendler.

—Nada. Están comprobando los archivos de la DEA para ver si encuentran algo, pero es difícil porque los restos de LSD tienen más de diez años. Es posible que la sección de documentos averigüe más cosas por el tipo de impresión que la DEA por los restos de droga.

—Pero se trataba efectivamente de un secante con ácido, ¿verdad?

—Sí. ¿Cómo ha conseguido escapar, señor Crawford?

—¿Quiere saberlo?

Starling asintió con la cabeza.

—Pues se lo voy a explicar. Han metido a Lecter en una ambulancia por equivocación, creyendo que era Pembry y que estaba gravemente herido.

—¿Llevaba puesto el uniforme de Pembry? Eran más o menos de la misma estatura.

—No sólo se puso el uniforme de Pembry sino también parte de su cara. Y por si fuera poco, como medio kilo más de carne de Boyle. Introdujo el cuerpo de Pembry en la funda impermeable del colchón para que no gotease, lo envolvió en las sábanas y luego lo depositó en el techo del ascensor. Se puso el uniforme, se arregló para parecer herido, se tendió en el suelo y efectuó tres disparos al techo para iniciar la estampida. Ignoro lo que hizo con la pistola; seguramente se la escondió en los pantalones. Llega la ambulancia, policías por todas partes armados hasta los dientes. Los enfermeros suben enseguida y hacen lo que se les enseña a hacer en situación de combate: colocar un conducto respiratorio, aplicar un vendaje compresivo, contener la hemorragia y salir con el herido a toda velocidad. Cumplen con su misión. Pero la ambulancia no ha llegado al hospital. La policía sigue buscándola. Esos médicos me dan una cierta mala espina. Copley dice que están estudiando las grabaciones de solicitud, porque por lo visto las ambulancias fueron llamadas dos veces. Creen que fue el propio Lecter quien pidió las ambulancias antes de disparar, para no tener que pasar demasiado rato tendido en medio de aquella carnicería. *Al doctor Lecter le encanta bromear.*

Starling jamás había oído aquel deje de amargura en la voz de Crawford. Y como asociaba la amargura a la debilidad, se asustó.

—La huida no significa que el doctor Lecter mintiese —replicó Starling—. Es evidente que mentía; o a nosotros o a la senadora Martin, pero es posible que no nos mintiese a todos a la vez. A la senadora Martin le dijo que se trataba de Billy Rubin, afirmando que no sabía nada más. A mí me dijo que se trataba de un hombre que estaba persuadido de ser transexual. Casi lo último que me dijo fue: «¿Por qué no

termina el arco?», refiriéndose a que investigase la pista de la teoría del cambio de sexo que…

—Lo sé. Lo he leído en su informe. Pero eso no nos lleva a ninguna parte, a menos que las clínicas nos entreguen una lista de nombres. Alan Bloom ha ido personalmente a solicitarlo a los jefes de servicio. Dicen que lo están mirando. No me queda más remedio que creer que es así.

—Señor Crawford, ¿está usted en dificultades?

—Se me ha sugerido que solicite la baja temporal por problemas familiares —contestó Crawford—. Se ha creado una nueva fuerza de operaciones con miembros del FBI y de la DEA, así como algunos «elementos adicionales» procedentes de la oficina del fiscal general, léase Krendler.

—¿Y quién es el jefe?

—Oficialmente, el subdirector del FBI, John Colby. Digamos que Colby y yo estamos en contacto permanente, John es una excelente persona. Y usted, ¿está en dificultades?

—Krendler me ordenó que devolviese mis credenciales y el arma y que regresase a clase.

—Eso fue *antes* de que usted acudiese a visitar a Lecter, Starling. Esta tarde ha enviado un obús a la Oficina de Responsabilidad Profesional. Se trata de una solicitud «sin menoscabo» a la academia para que sea usted cesada mientras se llevaba a cabo una nueva estimación de su capacidad para el servicio. Medida disciplinaria; una gilipollez. El instructor de tiro, John Brigham, ha visto el documento en la reunión de profesores de Quántico que acaba de celebrarse hace poco rato. Les ha metido una bronca y me ha pasado el momio a mí y me ha puesto sobre aviso.

—¿Qué suerte me espera?

—Tiene usted derecho a un juicio. Yo garantizaré personalmente su capacidad, y con eso bastará. Pero si pasa más días sin asistir a clase, la obligarán a repetir, independientemente del veredicto que emita el tribunal. ¿Sabe lo que ocurre cuando obligan a alguien a repetir?

—Por supuesto. Le envían a la oficina regional donde se produjo el ingreso, y le ponen a ordenar archivos y preparar café hasta que queda una plaza libre en el curso.

—Puedo prometerle que obtendrá plaza en su curso, pero lo que no puede impedir es que la hagan repetir si sigue faltando a clase.

—De modo que o vuelvo a clase y dejo de trabajar en este caso o…

—Así es.

—¿Qué me aconseja que haga?

—Su misión era Lecter. Ya la ha cumplido. No voy a aconsejarle que repita. Podría costarle medio año de retraso, o quizá más.

—¿Y Catherine Martin?

—Ya casi han transcurrido las cuarenta y ocho horas… cumplen hoy a media noche. Si no le atrapamos, probablemente la liquidará mañana, o pasado, si sucede como la última vez.

—Lecter no es la única pista que poseemos.

—De momento tienen seis individuos llamados Billy Rubin, todos ellos igualmente sospechosos por uno u otro motivo. Ninguno, sin embargo, parece reunir todos los requisitos. No aparece ningún Billy Rubin en las listas de suscriptores de revistas entomológicas. El gremio de cuchilleros, por otra parte, tiene registrados unos cinco casos de ántrax del marfil en los últimos diez años; de ésos nos falta investigar a un par. ¿Qué más? Klaus no ha sido identificado… todavía. La Interpol nos ha informado de que en Marsella hay pendiente una orden de detención de un fugitivo expedida contra un marino mercante noruego, un tal Klaus Bjefland, o como quiera que se pronuncie. Noruega está intentando localizar sus radiografías dentales para enviárnoslas. Si las clínicas de cambio de sexo se dignan confiarnos algún tipo de información y suponiendo que disponga usted de tiempo, podría colaborar en eso. ¿Starling?

—Sí, señor Crawford.

—Vuelva a clase.

—Si no quería usted que persiguiese a Buffalo Bill, no hubiera debido llevarme a aquella funeraria, señor Crawford.

—Tiene razón —replicó Crawford—. Toda la razón. Pero si no la hubiese llevado, no dispondríamos ahora del insecto. No devuelva usted su arma. En Quántico estará a salvo, pero quiero que vaya armada siempre que tenga que salir de la academia hasta que Lecter sea capturado o tengamos noticia de que ha muerto.

—¿Y usted? A usted le odia. Y ha tenido bastante tiempo para concentrarse en ese odio.

—Como tantas personas en tantas otras cárceles, Starling. No digo que no pueda liquidarme, si se empeña, pero creo que de momento va a estar muy ocupado. Hallarse en libertad es un dulcísimo placer y no creo que esté dispuesto a desperdiciarlo de ese modo. Además, esta casa es más segura de lo que parece.

El teléfono que Crawford llevaba en el bolsillo sonó indicando una llamada. El que estaba sobre la mesa emitió una señal luminosa y zumbó. Crawford escuchó unos instantes, dijo: «De acuerdo» y colgó.

—Se ha encontrado la ambulancia en el aparcamiento subterráneo del aeropuerto de Memphis. —Sacudió la cabeza defraudado—. Ni una pista. Los enfermeros estaban en el compartimento trasero.

Muertos ambos.

Crawford se quitó las gafas y buscó el pañuelo para limpiarlas.

—Starling, los del Smithsonian han llamado a Borroughs preguntando por usted. Ese entomólogo llamado Pilcher. Están a punto de concluir con el insecto. Quiero que redacte un informe para que conste con su firma en el expediente. Fue usted quien descubrió el insecto y lo investigó, y quiero que quede constancia de ello en el archivo. ¿Se ve con ánimo?

Starling estaba agotada, como nunca en su vida.

—Por supuesto —contestó.

—Deje el coche en el garaje; Jeff la acompañará a Quántico cuando haya usted terminado.

En los escalones de la entrada, ella volvió la cabeza hacia las ventanas iluminadas donde velaba la enfermera y después miró a Crawford.

—Pienso mucho en ustedes dos, señor Crawford.

—Gracias, Starling —dijo él.

Capítulo 40

—Agente Starling, el doctor Pilcher me ha dicho que la esperaba en la sección de Insectos Vivos. Ahora mismo la acompaño —dijo el vigilante.

Para llegar a la sección de Insectos Vivos desde la entrada de la Avenida de la Constitución, es preciso tomar el ascensor hasta la primera planta situada encima del gran elefante disecado y cruzar una amplia zona dedicada al estudio del hombre.

Lo primero que se encontraban eran varias hileras de cráneos dispuestas en forma de pirámide invertida que representaba la explosión demográfica desde los tiempos de Cristo, Starling y el vigilante avanzaban por un paisaje débilmente iluminado y poblado por figuras que ilustraban los orígenes y evolución del género humano. Ahora se hallaban rodeados por elementos rituales: tatuajes, pies ligados, modificaciones dentales, cirugía peruana, momificación.

—¿Ha visto alguna vez a Wilhelm von Ellonbogen? —le preguntó el vigilante enfocando con la linterna el interior de una caja.

—Creo que no —respondió Starling sin aminorar el paso.

—Pues tendría que volver de día para verlo con detalle.

Fue enterrado en Filadelfia en el siglo XVIII y al entrar en contacto con las corrientes de agua subterráneas quedó convertido en jabón.

La sección de Insectos Vivos está alojada en una sala de grandes dimensiones, que en ese momento estaba poco iluminada y en la cual resonaban un sinfín de chirridos y frágiles aleteos. Se halla repleta de jaulas y cajas que contienen insectos de todas clases. Ejerce especial atractivo para los niños, que durante el día acuden a ella en tropel. Por la noche, en soledad, los insectos se afanan en sus tareas. Algunas cajas estaban iluminadas con luz roja y los letreros que anunciaban las salidas de incendios resplandecían con un colorado intenso en la oscuridad.

—Doctor Pilcher —llamó el vigilante desde la puerta.

—Estoy aquí —contestó Pilcher, enarbolando un bolígrafo luminoso corno si fuese una antorcha.

—¿Acompañará usted a la señorita a la salida?

—Sí, no se preocupe. Gracias.

Starling sacó del bolso su linterna; se la había dejado encendida y las pilas estaban descargadas. La oleada de cólera que la invadió le recordó que estaba cansada

y que tenía que dominarse.

—Hola, agente Starling.

—Doctor Pilcher.

—¿Y si me llamase profesor?

—¿Es usted catedrático?

—No, ni doctor tampoco. Me alegro mucho de volver a verla. ¿Le apetece contemplar ciertos insectos?

—Naturalmente. ¿Y el doctor Roden?

—Ha sido el que ha trabajado más estas dos últimas noches y se ha desmoronado. ¿Vio usted la crisálida antes de que empezásemos las investigaciones?

—No.

—Era pura pulpa.

—Pero lo ha conseguido. La ha identificado.

—Sí. Hace muy poco rato. —Se detuvo ante una jaula de tela metálica—. Primero quiero enseñarle una polilla como la que trajo el lunes. En realidad, no es idéntica a la suya, pero pertenece a la misma familia. La llamamos la lechuza. —El haz de luz de su linterna localizó a una gran polilla, de un azul radiante, posada, con las alas plegadas, en una endeble ramita. Pilcher sopló sobre ella y al instante, al desplegar el insecto las alas, apareció la feroz cara de un búho con los ojos brillantes de furia, como la última visión que ve una rata antes de morir—. Su nombre científico es *Caligo beltrao*; se trata de una especie bastante corriente. Pero la muestra que halló en la garganta de Klaus pertenece a otro tipo, ya más serio, Venga por aquí.

Al fondo de la estancia había una vitrina colocada en una hornacina y protegida por delante mediante una barandilla. Se hallaba fuera del alcance de los niños y estaba cubierta con un paño oscuro. Junto a ella zumbaba un humidificador de pequeño tamaño.

—La tenemos dentro de una caja de cristal para proteger los dedos de la gente, porque pica. Además, para vivir necesita humedad y el cristal contribuye a conservarla.

Pilcher levantó la caja con cuidado, cogiéndola por las asas, y la acercó al borde de la hornacina. Quitó luego el paño y encendió una pequeña bombilla situada encima de la vitrina.

—La polilla de la muerte —dijo—. Está posada en un brote de hierba mora. Tenemos la esperanza de que se reproduzca.

La polilla era un espectáculo a la vez maravilloso y aterrador, con sus grandes alas de un pardo negruzco extendidas como una capa y con aquel ancho dorso aterciopelado sobre el cual aparecía la rúbrica que despierta el miedo de los hombres siempre que alguno se tropieza con ella en la plácida bonanza en un jardín: la

siniestra calavera, una calavera que es a la vez cráneo y cara que mira desde las oscuras cuencas vacías, los pómulos, el arco cigomático exquisitamente trazado sobre los ojos.

—La *Acherontia sayx* —dijo Pilcher—. Su nombre deriva de dos ríos mitológicos del infierno. Ese individuo que persigue arroja los cadáveres a un río distinto cada vez… Lo he leído en algún periódico. ¿Es cierto?

—Sí —contestó Starling—. ¿Es una especie rara?

—En esta parte del mundo sí. Aquí no existe ningún ejemplar en la naturaleza. Los únicos que poseemos viven en cautividad.

—¿De dónde procede? —Starling inclinó la cara hacia la superficie de tela metálica que hacía las veces de techo de la vitrina. Su aliento encrespó el pelaje del dorso del insecto. Retrocedió sobresaltada cuando éste chilló aleteando con furia. Starling notó la minúscula brisa que provocaron las alas.

—De Malasia. Existe también una variedad europea, llamada *atropos*, pero ésta y la que se encontró en la garganta de Klaus son malayas.

—Por lo tanto, alguien la crió aquí.

Pilcher asintió con un gesto de cabeza.

—Sí —añadió cuando ella dejó de mirarle—. Seguramente la enviaron de Malasia, en forma de huevo o más probablemente en estado de larva. Nadie ha conseguido que se reproduzcan en cautividad. Copulan, pero no ponen huevos. Lo más difícil es encontrar la oruga en la jungla.

Una vez logrado eso, no son difíciles de criar.

—Ha dicho usted que pican.

—Tienen una trompa afilada y robusta que no dudan en clavar en cualquier dedo que juguetee con ellas. Se trata de un arma insólita que en los ejemplares conservados en alcohol es indemne a ese líquido. Este factor nos ha ayudado enormemente a reducir el campo y por eso hemos podido identificarla en tan poco tiempo. —Pilcher se puso violento, como si sus palabras hubiesen pecado de fanfarronas—. Además son muy vigorosas —se apresuró a añadir—. Penetran en las colmenas y se alimentan de miel. En cierta ocasión, estábamos en Sabah, Borneo, en una expedición entomológica capturando ejemplares y se agolpaban en la luz de la farola que había detrás del albergue. Era bastante siniestro oírlas; estábamos…

—¿Este ejemplar de dónde procede?

—De un intercambio científico con el gobierno malayo. Ignoro lo que ofrecimos nosotros. Fue muy gracioso; estábamos allí, en la oscuridad, esperando con un cubo de cianuro, cuando…

—¿Qué tipo de formalidades tuvieron que cumplir en Aduanas? ¿Conservan ustedes copias de las declaraciones? ¿Se necesita licencia para sacarlas de Malasia? ¿Quién puede tener actualmente la documentación de esta operación?

—Sé que andan ustedes escasos de tiempo. Mire, en este papel he anotado toda la información que poseemos así como los lugares adecuados para poner anuncios, si es que pretenden seguir esta pista. Venga, la acompañaré a la salida.

Cruzaron el enorme piso en silencio. A la luz del ascensor, Clarice advirtió que Pilcher estaba tan cansado como ella.

—Se ha quedado hasta altas horas de la noche trabajando en esto —le dijo—. Se lo agradezco mucho. Disculpe si antes me he mostrado un poco brusca. No era mi intención; lo único que quería era…

—Mi mayor deseo es que detengan a ese asesino y que acabe usted con este caso cuanto antes —replicó él—. He anotado un par de sustancias químicas que es posible que tenga que comprar si se dedica a criar este tipo de polillas…

Agente Starling, me gustaría mucho conocerla mejor.

—Podríamos quedar para vernos algún día, cuando haya tiempo.

—No sabe lo mucho que me agradaría —dijo Pilcher—. Llámeme cuando pueda, por favor.

La puerta del ascensor se cerró y Starling y Pilcher desaparecieron. La planta dedicada al estudio del hombre quedó en silencio; ninguna de las figuras humanas que la poblaban efectuó el menor movimiento, ni las estatuas, ni las momias, ni las de los pies ligados.

En la sección de Insectos Vivos, los letreros de las salidas de incendios brillaban con un rojo resplandor que se reflejaba en los diez mil ojos de aquel orden animal más antiguo que el del hombre. El humidificador zumbaba y siseaba.

Bajo el paño, en la oscura vitrina, la polilla de la muerte bajó por la rama de hierba mora. Atravesó el suelo de la jaula arrastrando las alas como una capa y halló el pequeño fragmento de panal. Lo agarró con sus robustas patas delanteras, desenrolló su puntiaguda trompa y la clavó en la cubierta de cera de una celdilla de miel. Y permaneció alimentándose en silencio mientras a su alrededor, en la oscuridad, se reanudaban los chirridos y aleteos y con ellos los diminutos apareamientos y matanzas.

Capítulo 41

Catherine Baker Martin se encontraba sumida en aquella abominable negrura. La oscuridad hormigueaba dentro de sus párpados y, en los escasos segundos de agitado sueño, soñaba que la oscuridad la penetraba invadiéndola por entero. La oscuridad se introducía insidiosa penetrándole por la nariz, por los oídos; ante cada orificio de su cuerpo se apostaban los dedos húmedos de la oscuridad. Se tapó con una mano la boca y la nariz, se cubrió con la otra la vagina, apretó las nalgas, ladeó la cabeza, apoyó un oído en el jergón y sacrificó el otro oído a la instrucción de la oscuridad. Con la oscuridad llegó un ruido que la despertó con sobresalto. Un ruido conocido y doméstico, una máquina de coser. De velocidad variable. Primero despacio, ahora aprisa.

Arriba, en el sótano, las luces estaban encendidas; divisaba un pálido disco amarillo arriba, muy por encima de ella, en el lugar correspondiente a la tapa del pozo, que estaba abierta. El caniche ladró un par de veces; la voz siniestra hablaba apagada con el perro.

Coser. Qué incongruente era coser ahí abajo. Coser pertenece a la luz. El soleado cuarto de costura de su infancia apareció en la mente de Catherine como un benévolo relámpago… La criada, la querida Bea Love, sentada en la máquina… El gato pestañeando a las ondulaciones del visillo.

La voz lo borró todo, la voz riñendo al caniche.

—Preciosa, *suelta eso* ahora mismo. Te vas a pinchar con un alfiler y entonces, ¿cómo lo arreglaremos? Ya casi he terminado. Sí, cariño mío, sí. Y cuando haya terminado, tendrás un caramelito, te lo prometo, mi pichoncito.

Catherine no sabía cuánto tiempo llevaba cautiva. Sabía que se había lavado dos veces; la última vez lo había hecho de pie, mostrándose a plena luz, deseosa de que él viera su cuerpo, sin tener la certeza de que él la estuviera mirando por detrás de aquella luz cegadora. Desnuda, Catherine Baker Martin era una mujer espléndida, cortaba la respiración, y ella lo sabía. Quería que él la viese. Quería salir de aquel pozo. Quien se acerca para follar se acerca igual para luchar, se dijo en silencio una y otra vez mientras se lavaba. Las raciones de comida que le daba eran muy magras y tenía la certeza de que más le valía pelearse con él antes de perder las fuerzas. Catherine sabía que lucharía con él. Sabía que era capaz de luchar. ¿Pero no sería

mejor follar con él primero, follar tantas veces como él fuese capaz, con objeto de agotarle? No albergaba duda alguna de que si lograba rodearle el cuello con las piernas, podía enviarle al otro barrio en cuestión de segundos. *¿Sería capaz de hacer semejante cosa? ¡Y tanto! Hay que echarle huevos, hay que echarle huevos, hay que echarle huevos al asunto.* Pero terminó de lavarse y de ponerse el chándal limpio sin que de arriba llegase sonido alguno. Sus ofrecimientos no obtuvieron respuesta; lo único que ocurrió fue que el cubo del baño, izado por el fino cordel que lo sujetaba, subió balanceándose y fue sustituido por el cubo sanitario.

Y ahora, horas después, Catherine aguardaba escuchando el ruido de la máquina de coser. No llamó a su carcelero. Al cabo de un rato, transcurridos quizá miles de alientos, le oyó subir las escaleras, hablar con la perra, decir algo así como «… el desayuno cuando vuelva». Él dejó encendida la luz del sótano.

A veces lo hacía.

Ruido de patas y pisadas, arriba, en el suelo de la cocina. Gimoteos del caniche. Catherine tuvo la impresión de que su raptor salía. A veces pasaba fuera de casa varias horas.

Transcurrieron más alientos. El caniche paseaba por la cocina, gimoteando, empujando algo por el suelo, dando golpes a algo, seguramente su plato. Arañazos, arañazos, arriba. Y otra vez ladridos, unos ladridos breves y estridentes, esta vez no tan nítidos como los que hacía la perra cuando estaba encima de ella, en la cocina. Porque la perra no estaba en la cocina. Había logrado abrir la puerta con el hocico y estaba en el sótano, persiguiendo ratones, como había hecho otras veces, cuando él salía.

Sumida en la oscuridad, Catherine Martin palpó el suelo bajo el jergón. Encontró el hueso de pollo y lo olfateó. Le costó un considerable esfuerzo no roer las pocas hebras de carne y los cartílagos que aún conservaba adheridos. Se lo metió en la boca para calentarlo. Luego se puso de pie, tambaleándose un poco en aquella mareante oscuridad. No tenía en el pozo más que el jergón, el chándal que vestía, el cubo sanitario de plástico y el fino cordel al que estaba atado y que subía hacia la pálida luz amarilla.

Había pensado en ello en todos los intervalos en que podía pensar. Catherine estiró el brazo y agarró el cordel lo más arriba que pudo. ¿Qué sería mejor, tirar bruscamente o con suavidad? Había pensado en ello a lo largo de miles de alientos. Mejor tirar con suavidad.

El cordón de algodón cedía más de lo que se figuraba. Volvió a agarrarlo lo más arriba que pudo y volvió a tirar de él, balanceando el brazo de lado a lado, confiando que el cordón, al rozar arriba con el borde de madera de la abertura, se deshilachase. Repitió ese gesto hasta que le dolió el hombro. Volvió a tirar, el cordón cedía, ya no cedía, ya no cedía más. Por favor, por favor, que se rompa muy arriba. Un leve

chasquido, y cayó, bucles de cordón le cayeron en la cara.

Se puso en cuclillas; el cordón le caía por la cabeza y los hombros; la luz que venía de arriba era tan poca que apenas veía el cordón amontonado encima de ella. Ignoraba qué longitud tenía. Sobre todo que no se enredase. Con mucho cuidado, fue depositando en el suelo gazas de cordón después de medirlas con su antebrazo. Contó catorce. El cordón se había roto en la abertura del pozo.

En el extremo sujeto al asa del cubo, ató fuertemente el hueso de pollo con sus hebras de carne.

Ahora venía lo más difícil. Actúa con cuidado. Había adoptado la actitud mental propia de los días de temporal. Era igual que cuidar de sí misma en una barca pequeña un día de tempestad.

Se ató el otro extremo del cordón, el deshilachado, a la muñeca y apretó el nudo con los dientes.

Se alejó todo lo que pudo del cordón. Cogiendo el cubo por el asa, lo balanceó describiendo un gran círculo y lo lanzó hacia arriba, hacia el pálido disco de luz. El cubo de plástico no acertó a pasar por la abertura, chocó con la parte inferior de la tapa y cayó, golpeándola a ella en la cara y en el hombro. La perrita ladró con más fuerza.

Tardó un poco en ordenar nuevamente el cordón y lanzó de nuevo el cubo, dos veces más. En el tercer lanzamiento, el cubo, al caer, le golpeó el dedo fracturado y tuvo que apoyarse en la inclinada pared del pozo y respirar hondo hasta que cedieron las náuseas. El cuarto lanzamiento cayó nuevamente encima de ella, pero el quinto no. Había salido. El cubo se hallaba en algún punto de la tapa de madera del pozo, cerca de la trampilla abierta. ¿A qué distancia estaba el agujero? Tranquilízate. Tiró del cordón con suavidad y luego lo agitó hasta que oyó el asa del cubo golpeando contra la madera.

Tenía que procurar que el cubo no cayese por el agujero, pero había que acercarlo lo más posible al borde.

Tiró para acercarlo lo más posible.

La perrita deambulando entre los maniquíes y espejos en un cercano cuarto del sótano. Olisqueando los hilos y retales desparramados por el suelo bajo la máquina de coser. Husmeando por los alrededores del gran armario negro. Mirando hacia el fondo del sótano, de donde procedían los ruidos. Corriendo hacia la oscura zona del fondo para ladrar y retroceder de nuevo a la carrera.

Y una voz, cuyo eco resonó débilmente por todo el sótano.

—¡Preciooooosa…!

La perrita ladró y saltó, sin moverse del lugar en donde estaba. Los ladridos hicieron temblar su grueso cuerpecito.

Ahora, el húmedo sonido de un beso. La perrita levantó la cabeza y miró hacia el

suelo de la cocina, pero no era de allí de donde procedían los sonidos.

Un chasquido de labios, como quien come con ruido.

—¡Ven aquí, Preciosa! ¡Ven aquí, cariño!

De puntillas y con las orejas tiesas, el caniche penetró en la oscuridad. Alguien se relamía.

—¡Ven aquí, amorcete! ¡Ven, Preriosa, ven! El animal olió el hueso de pollo atado al asa del cubo. Arañó la pared del pozo y gimoteó.

Más chasquidos de labios. El caniche se encaramó de un salto a la tapa de madera del pozo. El olor venía de ahí cerca, de un punto situado entre el cubo y el agujero. La perrita ladró al cubo y gimoteó indecisa. El hueso de pollo se agitó casi imperceptiblemente.

El animal se agazapó; con el hocico entre las patas delanteras y el trasero al aire, meneaba el rabo con furia.

Ladró dos veces y se abalanzó sobre el hueso del pollo, que agarró con los dientes. El cubo parecía querer alejar a la perrita del hueso de pollo. Resistiéndose, el caniche gruñó al cubo y con los dientes firmemente clavados en el hueso tomó el asa entre las patas. De repente, el cubo derribó al caniche, le hizo perder el equilibrio, lo empujó, la perra pugnaba por levantarse, el cubo volvió a derribarla, el caniche peleaba con el cubo, una de las patas traseras resbaló cayendo al agujero, las patas arañaban frenéticas la madera, el cubo se deslizaba, se balanceaba peligrosamente al borde del agujero, atrapadas las patas traseras de la perra, y ésta por fin logró escapar, pero el cubo resbaló por el borde y cayó, el cubo huyó por el agujero con el hueso de pollo. El caniche ladró furioso al borde del agujero; el eco de los ladridos bajó resonando por el pozo. De pronto, la perrita dejó de ladrar y ladeó la cabeza para escuchar un ruido que sólo ella podía oír. Bajó con dificultad de la tapa del pozo y subió las escaleras aullando en el momento en que arriba, en algún sitio, se oía un portazo.

Las lágrimas de Catherine Baker Martin resbalaron ardientes por sus mejillas y cayeron derramándose por el jersey del chándal, empapándolo, traspasando tibias hasta los pechos, y ella tuvo la certeza de que iba a morir.

Capítulo 42

Crawford estaba solo, de pie en el centro de su estudio, con las manos hundidas en los bolsillos. Permaneció en esa actitud desde las 12.30 de la noche hasta las 12.33, exigiendo una idea.

Luego envió un télex a la jefatura de tráfico de California, solicitando que se localizase la caravana que, según información del doctor Lecter, Raspail había comprado en California, la que Raspail había utilizado durante su romance con Klaus. Crawford pidió que se comprobasen todos los permisos de circulación expedidos a nombre de cualquier conductor que no fuese Benjamín Raspail.

A continuación, tomó un bloc de notas, se sentó en un sofá y redactó un provocativo anuncio personal para publicarlo en los diarios de mayor tirada del país:

Despampanante, apasionada, dulce, 21 años, modelo de profesión, busca hombre capaz de apreciar calidad y cantidad. Me has visto en muchas revistas anunciando productos de belleza; ahora quiero verte yo. Adjunta fotos con tu primera carta.

Crawford reflexionó unos instantes, tachó «despampanante» y lo sustituyó por «escultural».

Empezó a dar cabezadas y se adormiló. La verde pantalla del terminal del ordenador formaba cuadraditos verdes en los cristales de sus gafas. Repentinamente la pantalla se animó; las líneas empezaron a subir, moviéndose igualmente hacia arriba en las gafas de Crawford. A pesar de dormir, sacudió la cabeza, como si hubiese sentido el cosquilleo de la imagen.

El mensaje era el siguiente:

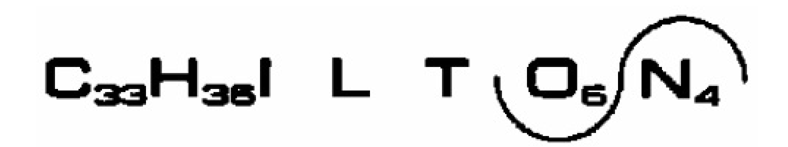
LA POLICÍA DE MEMPHIS DESCUBRE DOS OBJETOS AL REGISTRAR LA CELDA DE LECTER.

1. LLAVE DE ESPOSAS IMPROVISADA, FABRICADA CON TUBO DE BOLÍGRAFO. INCISIONES PRODUCIDAS POR ABRASIÓN. HE SOLICITADO A BALTIMORE QUE SE REGISTRE LA CELDA DEL PSIQUIÁTRICO POR SI QUEDAN HUELLAS DE SU MANUFACTURA. FIRMADO: COPLEY, MEMPHIS.
2. HOJA DE PAPEL FLOTANDO EN EL RETRETE, DEJADA ADREDE POR EL FUGITIVO. ORIGINAL ENVIADO AL LABORATORIO DE LA SECCIÓN DE DOCUMENTOS DE WASHINGTON. SIGUE GRÁFICO DEL TEXTO. GRÁFICO ENVIADO ASIMISMO A LANGLEY.

FIRMADO:

BENSON, CRIPTOGRAFÍA.

Cuando apareció el gráfico, que asomó como a hurtadillas por el borde inferior de la pantalla, tenía este aspecto.



El apagado doble zumbido del terminal del ordenador no despertó a Crawford, pero sí lo hizo, tres minutos después, el teléfono. Era Jerry Burroughs desde el Centro de Información Nacional del Crimen.

—¿Has visto la pantalla, Jack?

—Un segundo —contestó Crawford—. Sí, ya sí.

—El laboratorio ya lo ha descifrado, Jack. Me refiero al gráfico que ha dejado Lecter flotando en el retrete. Se trata de una fórmula bioquímica —$C_{33}H_{36}N_{40}$—, la de un pigmento que contiene la bilis humana llamado bilirrubina. El laboratorio indica que se trata de uno de los principales agentes colorantes de la mierda.

—Coño.

—¿Ves la semejanza entre bilirrubina y el nombre del asesino, Billy Rubin? Tenías razón en lo de Lecter, Jack. Ha estado tomándoles el pelo. Lo siento por la senadora Martin. Según el laboratorio, la bilirrubina es exactamente del mismo color que el cabello de Chilton. Humor manicomial, así lo han calificado. ¿Has visto a Chilton en el telediario de las seis?

—No.

—Marilyn Sutter lo ha visto arriba. Chilton cotorreaba a todo cotorrear refiriéndose a la «intensa búsqueda de Billy Rubin». Y después se ha ido a cenar con un periodista de la tele. Allí es donde estaba cuando al doctor Lecter le ha apetecido darse un paseo. Menudo gilipollas.

—Lecter le dijo a Starling que «tuviese en cuenta» que Chilton no posee el título de médico —replicó Crawford.

—Sí. Lo he visto en el informe. A mí me da la impresión de que Chilton intentó ligarse a Starling y que ella le dio un corte de cuidado. Ese tío será tonto, pero no es ciego. ¿Cómo está ella?

—Bien, creo. Agotada.

—¿Crees que Lecter también le mintió a ella?

—Quién sabe. De todos modos, seguimos todas las pistas. No tengo idea de lo que estarán haciendo las clínicas; no hago más que repetirme que hubiera debido solicitar un mandato judicial para investigar los archivos. No sabes lo que detesto tener que depender de esa gente. A media mañana, si no hemos sabido nada, me voy a

ver al juez.

—Oye, Jack… tú conoces a varias personas de fuera que saben cómo es ese Lecter, ¿verdad?

—Sí, claro.

—Lo que se estará riendo, el tío.

—Quizá no por mucho tiempo —replicó Crawford.

Capítulo 43

El doctor Hannibal Lecter se hallaba en la recepción del lujoso hotel Marcus de St. Louis. Llevaba un sombrero marrón y una gabardina abrochada hasta el cuello. Un pulcro esparadrapo le cubría la nariz y las mejillas.

Firmó el registro como «Lloyd Wyman», firma que había ensayado en el coche de Wyman.

—¿Pagará en metálico o con tarjeta, señor Wyman? —le preguntó el recepcionista.

—Con American Express.

—El doctor Lecter entregó al empleado la tarjeta de crédito de Lloyd Wyman.

Del salón llegaba una suave música de piano. En el bar, el doctor Lecter divisó a dos personas que llevaban esparadrapos en la nariz. Una pareja de mediana edad cruzó el vestíbulo en dirección a los ascensores, tarareando una melodía de Cole Porter. La señora llevaba un ojo cubierto con una gasa.

El recepcionista terminó de realizar la impresión de la tarjeta.

—Ya sabe, señor Wyman, que puede utilizar el garaje del hospital.

—Sí, gracias —contestó el doctor Lecter. Ya había aparcado el coche de Wyman en el garaje, con el cadáver de Wyman en el maletero.

El botones que transportó el equipaje de Wyman a la pequeña suite obtuvo de propina uno de los billetes de cinco dólares de Wyman.

El doctor Lecter pidió un bocadillo y una bebida y se relajó con una larga ducha.

Tras su prolongado período de reclusión, la suite le parecía enorme al doctor Lecter, que disfrutó recorriéndola de punta a punta una y otra vez.

Desde las ventanas divisaba, al otro lado de la calle, el pabellón Myron y Sadie Fleischer del Hospital Municipal de St. Louis, que albergaba uno de los centros más famosos del mundo de cirugía craneofacial.

El rostro del doctor Lecter era demasiado conocido para que pudiese aprovecharse de los cirujanos plásticos que operaban en esta ciudad, pero era uno de los pocos lugares del mundo en que podía pasearse con un esparadrapo en la cara sin llamar la atención.

Había estado en St. Louis anteriormente, años atrás, cuando para llevar a cabo ciertas investigaciones psiquiátricas, tuvo que consultar la magnífica biblioteca del

Robert J. Brockman Memorial.

Era embriagador disponer de una ventana, de varias ventanas. Permaneció ante ellas a oscuras, contemplando el tráfico de automóviles por el puente Mac Arthur, mientras saboreaba su bebida. Experimentaba un agradable cansancio tras conducir cinco horas desde Memphis.

El único ajetreo verdadero de la noche había tenido lugar en el aparcamiento subterráneo del aeropuerto internacional de Memphis. Limpiarse sin más medios que unos discos de algodón empapados en alcohol y agua destilada en el compartimento trasero de la ambulancia resultó francamente incómodo. Pero una vez vestido con la bata blanca de uno de los camilleros, no tuvo más que dirigirse a uno de los desiertos sectores de estacionamiento prolongado del inmenso garaje y seleccionar a un hombre que viajase solo. Éste accedió amablemente a inclinarse hacia el interior del maletero de su coche para buscar su maleta de muestras y no vio al doctor Lecter abalanzarse sobre él por detrás.

El doctor Lecter se preguntó si la policía le creía tan estúpido como para salir de Memphis desde el aeropuerto.

El único problema del trayecto hacia St. Louis había sido localizar las luces largas, las de cruce, los limpiaparabrisas y los intermitentes de aquel coche extranjero, ya que el doctor Lecter, dejando aparte el volante, no estaba familiarizado con los mandos del vehículo. Mañana saldría a comprar determinadas cosas que necesitaba; decolorante capilar, utensilios de barbero, una lámpara de rayos ultravioletas, y otros productos, éstos con receta, que requería para efectuar ciertos cambios inmediatos en su aspecto físico. Cuando lo considerase oportuno, seguiría el viaje.

No había razón para apresurarse.

Capítulo 44

Ardelia Mapp se encontraba en su posición predilecta, incorporada en la cama con un libro. Estaba escuchando el boletín de noticias de la radio. La apagó al ver entrar a Clarice con aire de cansancio. Después de mirar el rostro exhausto de Starling, tuvo la delicadeza de no preguntarle nada a excepción de:

—¿Quieres un té?

Cuando preparaba exámenes, Mapp se hacía un brebaje, una infusión de unas hierbas que le enviaba su abuela, que ella llamaba «té de la gente inteligente».

De las dos personas más inteligentes que Starling conocía, una era también la más serena y la otra la más aterradora. Starling pensaba que ello equilibraba en cierto modo sus amistades.

—Menuda suerte has tenido al librarte hoy de la clase —dijo Ardelia—. Ese maldito Kim Won nos ha tenido todo el rato por el *suelo*. Hablo en serio. Llego a pensar que en Corea hay más gravedad que aquí. Luego sus habitantes se vienen a este país y se ganan la vida dando clases de defensa personal, porque no les supone el menor esfuerzo… Ha venido Joe Brigham.

—¿Cuándo?

—Esta noche, hace un rato. Quería saber si ya habías vuelto. Iba peinado con brillantina. Andaba dando vueltas por el vestíbulo como un novato. Hemos charlado un momento. Me ha dicho que si ibas atrasada y tenías que empollar, mañana y pasado suprimirá las clases de tiro para todos, para que puedas aprovechar ese rato, y ya las recuperaremos durante el fin de semana. Le he contestado que le diría algo. Es un buen tío.

—Sí, sí lo es.

—¿Sabes que quiere que formes parte del equipo de tiro en el campeonato contra la DEA y Aduanas?

—No.

—Y no en el femenino. En el abierto. Siguiente pregunta: ¿te sabes lo de la Cuarta Enmienda para el viernes?

—Bastante.

—Muy bien. A ver. Contesta. ¿Qué es *Chimel contra California*?

—Inspecciones en escuelas secundarias.

—¿Inspecciones conforme a qué *criterio*?

—No lo sé.

—Conforme al concepto del «alcance inmediato». ¿Quién era *Schneckloth*?

—Pues… no tengo ni puta idea.

—*Schneckloth contra Bustamonte.*

—¿Es lo de la esperanza razonable de intimidad?

—Suspenso. La esperanza de intimidad es el principio de *Katz*. *Schneckloth* es el consentimiento a la inspección. Veo que habrá que empollar, muchacha. Tengo todos los apuntes.

—Esta noche no.

—No. Pero mañana te levantarás con la mente fértil e ignorante y empezaremos a sembrar la cosecha del viernes.

Starling, Brigham ha dicho —confidencialmente, claro, y le he prometido que no diría nada— que saldrás absuelta de la vista. Opina que ese petulante hijo de puta de Krendler dentro de dos días ni se acuerda de ti. Tienes unas notas excelentes y estos temas los vamos a machacar como si nada. —Mapp observó la exhausta cara de Starling—. Has hecho más de lo que debías por esa pobre desgraciada, Starling. Te has jugado el cuello por ella, por su culpa has recibido una patada en el culo, y has movido las cosas. Tú también tienes derecho a tu oportunidad. ¿Por qué no sigues adelante y te lo cargas? A mí, de verdad, lo único que me interesa es darles en las narices.

—Ardelia… gracias. Y una vez que apagaron la luz…

—¿Starling?

—Dime.

—¿A quién encuentras más guapo, a Brigham o al cachondo de Bobby Lowrance?

—Difícil me lo pones.

—Brigham lleva una frase tatuada en el hombro; se la he visto porque se le transparentaba por debajo de la camisa. ¿Qué dice?

—No tengo la menor idea.

—¿Si lo averiguas me lo dirás?

—Probablemente no.

—Pues yo te dije lo de los calzoncillos estampados de serpiente que llevaba Bobby.

—Porque se los viste por la ventana cuando estaba haciendo levantamiento de pesos.

—Eso se lo ha chivado Gracie, ¿verdad? Esa tía es una bocazas y el día menos pensado la…

Starling dormía.

Capítulo 45

Poco antes de las tres de la madrugada, Crawford, que dormitaba junto a su mujer, se despertó. El aliento de Bella había quedado en suspenso y ella se había movido en la cama. Se levantó, se sentó y la tomó de la mano.

—¿Bella? Ella realizó una profunda inspiración y expulsó el aire. Por primera vez en muchos días había abierto los ojos, aunque él estaba seguro de que no le veía.

—Bella, amor mío, te quiero —le dijo, por si le oía. El miedo rozó las paredes de su pecho, como un murciélago aleteando prisionero en el interior de una casa. Al cabo de un momento se dominó.

Quería hacer algo por ella, ir a buscarle algo, cualquier cosa, pero no quería que ella notase que se desasía de su mano.

Apoyó el oído en el pecho de Bella. Oyó un suave latido, unas palpitaciones y luego el corazón se detuvo. No se oía nada; tan sólo un flujo frío y curioso. No supo si el rumor procedía del pecho de Bella o de sus propios oídos.

—Dios te bendiga y te tenga a su lado… y al lado de los tuyos —murmuró Crawford, queriendo que sus palabras fuesen veraces.

Se abrazó a ella, se sentó apoyándose en la cabecera de la cama y la estrechó contra su pecho, sin soltarla mientras moría el cerebro. Luego, apartó con la barbilla el turbante que cubría sus escasos restos de cabello.

No lloró. Eso ya lo había hecho.

Después la cambió, la vistió con su mejor camisón, el que ella prefería, y estuvo un rato sentado junto a la cama, con la mano de Bella en la mejilla. Era una mano ancha, cuadrada, hábil, que mostraba las huellas de toda una vida cuidando el jardín, que ahora mostraba las huellas de innumerables inyecciones intravenosas.

Cuando Bella entraba en casa desde el jardín, las manos le olían a tomillo. «Es como si tuvieses clara de huevo en los dedos», le habían dicho a Bella sus compañeras de escuela refiriéndose al sexo. Y cuántas veces ellos dos habían repetido esa broma en la cama, años atrás, años después, el año pasado. No pienses en eso, piensa en todo lo bueno, en lo puro. Lo puro era eso precisamente. Ella llevaba un sombrerito redondo y guantes blancos, y la primera vez, al subir en el ascensor, él se puso a silbar una teatral versión de Begin the Beguine. En la habitación, ella se burló de él, diciéndole que llevaba los bolsillos abultados, como un chiquillo.

Crawford se apartó del lado de Bella y se dirigió a la habitación contigua; desde allí la veía, por la puerta abierta, arreglada bajo la cálida luz de la lámpara de la mesilla. Estaba esperando que el cuerpo de su esposa se convirtiese en un objeto ceremonial, aislado de la persona que había abrazado en la cama, aislado de la compañera de toda una vida a la que ahora abrazaba en su mente. Para así poder telefonear para que viniesen a buscarla.

Con las manos vacías, caídas a los costados, permaneció ante la ventana mirando hacia el vacío del este. No buscaba el alba; el este era simplemente la dirección hacia la cual se hallaba orientada la ventana.

Capítulo 46

—¿Lista, Preciosa?

Jame Gumb estaba cómodamente tumbado en la cama, apoyado en la cabecera, con la perrita enroscada en el estómago.

El señor Gumb acababa de lavarse el pelo y llevaba una toalla enrollada a la cabeza. Rebuscó entre las sábanas, encontró el mando a distancia del vídeo y oprimió el botón de puesta en marcha.

Había compuesto él mismo este programa a partir de dos películas independientes que había copiado en una cinta. Cuando se hallaba en período de preparaciones vitales, la contemplaba todos los días, y nunca dejaba de hacerlo poco antes de cosechar una piel.

La primera parte procedía de una deteriorada película del noticiario Movietone, un carrete en blanco y negro de 1948. Se trataba de los cuartos de final del curso para la elección de Miss Sacramento, episodio preliminar del prolongado proceso que culminaba con la fiesta de la elección de Miss América en Atlantic City.

Era la prueba de la competición en bañador, y todas las participantes, con sendos ramos de flores, subían en fila por la escalera que conducía al escenario.

La perrita del señor Gumb, que había contemplado el programa muchas veces, guiñó los ojos al oír los primeros compases de la música, sabiendo que iba a ser objeto de un sinfín de apretujones.

Las participantes eran, de aspecto, muy Segunda Guerra Mundial. Llevaban bañadores de la marca Rose Marie Reid y algunas eran guapísimas. También tenían las piernas bonitas y bien torneadas, unas pocas, pero les faltaba tono muscular y hasta parecía que se les formase una pequeña bolsa en la rodilla.

Gumb apretujó al caniche.

—Preciosa, ahora viene, ahora viene, ¡ahora viene!

Y, efectivamente, ahora venía, ya llegaba, se acercaba a la escalera con su bañador blanco, con una radiante sonrisa dedicada al joven que la ayudaba a subir, y luego se alejaba contorneándose con sus zapatos de alto tacón, mientras la cámara enfocaba la lisura de la parte trasera de sus muslos: Mamá. Ésa era Mamá.

El señor Gumb no tuvo necesidad de accionar el mando a distancia; lo había dejado todo listo al efectuar la grabación. Marcha atrás; ahí volvía caminando de

espaldas, de espaldas bajaba la escalera, recuperaba la sonrisa dedicada al joven, retrocedía por la pasarela, y ahora otra vez hacia delante, atrás y adelante, adelante y atrás.

Cuando ella sonrió al joven, Gumb también sonrió. Luego aparecía otra vez más, en medio de un grupo, aunque la imagen, al detener la filmación, siempre quedaba borrosa. Era mejor pasarla a velocidad normal y contentarse con el atisbo de su rostro. Mamá se hallaba con las restantes participantes felicitando a las vencedoras.

El segundo fragmento lo había grabado directamente de un programa de televisión por cable en un motel de Chicago; había tenido que salir a toda prisa a comprar un vídeo y una cinta, y pernoctar allí un día más. Correspondía al filme que en circuito cerrado proyectan los canales eróticos, casi ya de madrugada, como telón de fondo para los anuncios pornográficos que aparecen sobreimpresos en la pantalla.

Dichos filmes están compuestos por secuencias de películas verdes de los años cuarenta y cincuenta, bastante inocuas por cierto; sale, por ejemplo, un partido de voleibol en un camping nudista, y otras imágenes, las menos explícitas, de películas eróticas de los treinta, aquellas en que los actores usaban narices falsas y todavía lo hacían con calcetines. Para la banda sonora se utilizaba cualquier tipo de música. La de esa secuencia era la melodía de The Look of Love, que resultaba bastante fuera de ritmo con el dinamismo de la acción que aparecía en la pantalla.

El señor Gumb no pudo conseguir eliminar la sobreimpresión de los anuncios. De modo que no le quedaba más remedio que aguantarlos.

Aquí está; una piscina al aire libre en California, a juzgar por la vegetación. Elegante mobiliario de jardín, todo muy años cincuenta. Varias chicas atractivas, bañándose desnudas. Algunas de ellas, unas pocas, hubieran podido actuar en películas de segunda categoría. Vivarachas y alegres, salían de la piscina y echaban a correr, mucho más aprisa que la música, hacia la escalerilla de un tobogán, subían por ella y bajaban… ¡zas, pechos al aire, riéndose a carcajadas al lanzarse hacia abajo, piernas abiertas, y pumba, al agua!

Ahora venía Mamá. Ahí estaba, saliendo de la piscina detrás de la chica del pelo rizado. La cara le quedaba parcialmente cubierta por un anuncio de Sinderella, una famosa boutique de lencería provocativa, pero se la veía alejándose y luego aparecía subiendo por la escalerilla, toda mojada y brillante, maravillosamente exuberante y ágil, con la pequeña cicatriz de la cesárea y… ¡tobogán abajo! ¡Al agua! Qué guapa; aunque no se le viese la cara, el señor Gumb intuía, sabía en su corazón, tenía la absoluta certeza de que se trataba de Mamá, filmada después de la última vez que la vio en su vida. Salvo mentalmente, claro está.

La escena cambiaba dando paso a un anuncio de ayuda conyugal y finalizaba bruscamente.

El caniche guiñó los ojos dos segundos antes de que el señor Gumb le estrechase

fuertemente entre sus brazos.

—Preciosa, Preciosa mía, ven aquí con tu mamá. Ya verás lo guapa que va a estar mamá muy pronto. Mucho trabajo, mucho trabajo, mucho trabajo para tenerlo todo listo para mañana.

Desde la cocina, gracias a Dios, no lo oía aunque aquello gritase a todo pulmón, pero sí lo oyó desde la escalera cuando bajaba al sótano. Había alimentado la esperanza de que el material estuviese callado, dormido, pero gritaba. El caniche, que realizaba el mismo viaje bajo el brazo del señor Gumb, respondió con un gruñido a los sonidos que llegaban del pozo.

—Tú estás mucho mejor educada —dijo el señor Gumb, acercando los labios al pelaje de la nuca de la perrita.

Al cuarto donde se encuentra la mazmorra se llega a través de una puerta, situada al pie de la escalera, a la izquierda. No se molestó ni en echarle un vistazo ni se detuvo a escuchar las palabras que llegaban desde lo hondo del pozo; para él no guardaban la menor semejanza con ningún lenguaje conocido.

El señor Gumb se dirigió a la derecha, al taller, dejó el caniche en el suelo y encendió las luces. Varias polillas emprendieron el vuelo y se posaron inofensivas en la rejilla de tela metálica que protegía las bombillas del techo.

En su taller, el señor Gumb era sumamente meticuloso. Siempre preparaba sus soluciones en recipientes de acero inoxidable, nunca de aluminio.

Había aprendido a hacerlo todo con sobrada antelación. A medida que iba trabajando, se decía a sí mismo:

Has de ser ordenado, has de ser preciso, has de ser eficiente, porque los problemas son formidables.

La piel humana es pesada —equivale a un dieciséis o dieciocho por ciento del peso corporal y muy resbaladiza—. Una piel entera es difícil de manipular y fácilmente se resbala de los dedos cuando todavía está húmeda. El factor tiempo reviste asimismo una gran importancia; la piel empieza a arrugarse inmediatamente después de haber sido cosechada, especialmente en el caso de adultos jóvenes, que tienen la piel más tersa.

Añádase a ello el hecho de que la piel no es perfectamente elástica, ni siquiera en los jóvenes. Si se estira, jamás recupera sus proporciones originales. Si una costura, por perfecta que sea su ejecución, se estira demasiado al trabajarla encima de una almohadilla de sastre, que afloja y hace bolsas, ya puede uno llorar de desesperación encima de la máquina, que el llanto no elimina ni una arruga. Luego viene el problema de las líneas del escote, que han de definirse con muchísimo cuidado.

La piel no se estira en la misma proporción en todas las direcciones, detalle que es preciso tener en cuenta antes de que los depósitos de colágeno se deformen, porque ello hace que las fibras se desgarren; si estiras en la dirección equivocada, no hay

quien quite la marca del estirón.

El material sin tratar es simplemente imposible de trabajar. Muchos y prolongados experimentos, unidos a mucho sufrimiento, condujeron al señor Gumb a esta incontrovertible conclusión.

Al final llegó al convencimiento de que los métodos tradicionales eran los más convenientes. Su procedimiento era el siguiente: primero dejaba sus artículos en remojo dentro de los acuarios, sumergidos en una solución de extractos vegetales conocida ya por los indios americanos, cuyos ingredientes eran todos ellos sustancias naturales que no contenían ningún tipo de sales minerales. Luego empleaba el método gracias al cual se obtiene el inigualable ante americano, famoso en el mundo entero por su flexibilidad y suavidad; el clásico curtido del cuero mediante la utilización de sesos. Los indios creían que cada animal poseía la cantidad de seso suficiente para curtir su propio pellejo. Pero el señor Gumb sabía que tal cosa no era cierta y hacía mucho tiempo que había dejado de confiar en su eficacia, incluso al curtir el del primate que poseía el cerebro de mayor tamaño. Y ahora disponía de un congelador repleto de sesos de ternera, para no andar nunca escaso de tan primordial elemento.

Las dificultades que planteaba procesar el material podía solventarlas solo; la práctica le había hecho casi perfecto.

Quedaban, por supuesto, importantes problemas de tipo estructural, pero estaba especialmente capacitado para resolver también este tipo de obstáculos. El taller daba a un pasillo del sótano, que conducía a un cuarto de baño, en desuso, en el que el señor Gumb guardaba el polipasto y el cronómetro, así como al estudio y a la enorme y negra madriguera que había allá.

Abrió la puerta del estudio y encendió la luz, un torrente de luz; focos y tubos incandescentes, calculados para reproducir con exactitud la luz del día, aparecían clavados de las vigas.

Sobre una tarima de roble crudo aparecían varios maniquíes. Todos estaban parcialmente vestidos, algunos con prendas de cuero, otros con modelos en glasilla de prendas que aguardaban su futura confección. Las dos paredes de espejo —espejo de calidad, de azogue, no de azulejo— reflejaban ocho maniquíes. Una repisa a modo de tocador contenía cosméticos y varios soportes con diversas pelucas. Era el estudio más luminoso del mundo, todo blanco y roble rubio.

Los maniquíes iban vestidos con prendas destinadas a la venta aún por terminar; casi todas ellas eran copias fusiladas de modelos de Armani, de fina cabritilla negra, llenas de pliegues, tablas, hombros acentuados y bolsillos de plastrón en el pecho.

La tercera pared estaba ocupada por una espaciosa mesa de trabajo, dos máquinas de coser industriales, dos maniquíes de mujer, de los que usan las modistas para las pruebas, y uno de hombre confeccionado según las medidas exactas del torso de Jame Gumb.

Adosado a la cuarta pared y dominando esa luminosa habitación había un gran armario negro de laca china que cubría casi los dos metros y medio de altura que medía la estancia hasta el techo. Era un mueble ya viejo y los dibujos que adornaban la laca habían perdido color; quedaban todavía unas pocas escamas doradas en un punto en que había habido un dragón, del que perduraba un ojo blanco y vigilante, y también la lengua roja de otro dragón cuyo cuerpo se había desvanecido. La laca, en cambio, permanecía intacta, si bien bastante agrietada.

El armario, inmenso y profundo, no guardaba ninguna prenda destinada al trabajo comercial. Contenía, en maniquíes de pruebas y perchas, las Prendas Especiales, y sus puertas estaban cerradas.

La perrita bebió un poco de agua del cacharro dispuesto para ella en una esquina y se tendió a los pies de un maniquí, con los ojos fijos en el señor Gumb.

Él había estado trabajando en la confección de una chaqueta de cuero. Tenía que terminarla; su intención había sido dejar listo todo lo demás, pero se hallaba dominado por un acceso de fiebre creativa y la glasilla que había confeccionado para su propia prenda no le satisfacía por completo.

Pese a que el señor Gumb había progresado en el oficio de sastre infinitamente más de lo que le habían enseñado en el correccional de California en su juventud, la obra que tenía entre manos constituía un verdadero desafío. Ni siquiera el manejo de la más flexible cabritilla preparaba para un trabajo de verdadera finura.

Examinó dos modelos de prueba confeccionados en glasilla que parecían dos camisetas blancas; una estaba hecha a su medida y la otra cortada según las medidas que había tomado a Catherine Baker Martin mientras aún estaba inconsciente. Al colocar la glasilla más pequeña en el maniquí que reproducía su torso, los problemas se tornaron evidentes. A pesar de que era una chica de gran tamaño y maravillosamente proporcionada, ni tenía la estatura del señor Gumb ni mucho menos su misma anchura de espalda.

El ideal del señor Gumb era una prenda sin costuras. Tal cosa no era posible. Sin embargo, se había empeñado en que la parte delantera del modelo careciese de costuras y asimismo que su confección fuese impecable. Ello significaba que todos los retoques habían de hacerse en la espalda. Difícil tarea, muy difícil.

Ya había descartado una glasilla y empezó otra nueva. Si resolvía el problema a base de estirar el material con suma prudencia, quizá podría solventarlo con un par de pinzas en las sisa, no de las llamadas francesas, sino dos piezas triangulares verticales, colocadas con la punta hacia abajo. También había de colocar otras dos pinzas en la espalda, en la cintura, justo a la altura de los riñones. Estaba acostumbrado a trabajar dejando un pequeñísimo margen en las costuras.

Sus reflexiones superaban los aspectos meramente visuales para tomar en cuenta consideraciones de tipo táctil; no era inconcebible que una persona atractiva pudiera

ser abrazada.

El señor Gumb se espolvoreó las manos con un poco de talco y propinó al maniquí que reproducía su torso un estrecho, espontáneo y cariñoso abrazo.

—Dame un beso —dijo en broma al vacío que hubiera debido ocupar la cabeza —. *Tú* no, tontina —añadió para la perrita, al ver que ésta alzaba las orejas.

Gumb acarició la espalda del maniquí a la altura natural de sus brazos. Luego lo examinó por detrás para ver las marcas que había dejado el talco. A nadie le gusta notar una costura.

En un abrazo, sin embargo, las manos al cruzarse pasan más allá del centro de la espalda. Por otra parte, razonó, estamos acostumbrados a notar el rosario de la columna vertebral, de modo que notar allí un pespunte no resultaría tan desagradable como palpar una asimetría en cualquier otro punto del cuerpo. Las costuras de los hombros quedaban, pues, descartadas. La solución era una pinza en la parte alta de la espalda, con la punta situada ligeramente más arriba del centro de los omóplatos. Además, podría emplear la misma costura para sujetar el canesú del forro, imprescindible para que la prenda tuviera cuerpo. Dos pedazos de Lycra bajo las aberturas de ambos lados —tenía que acordarse de comprar ese material elástico— y un cierre de Velcro disimulado debajo de la abertura de la derecha. Y pensó en aquellos maravillosos vestidos confeccionados por Charles James en los que las costuras estaban cosidas de manera que quedaban completamente planas.

La pinza de la espalda quedaría cubierta por su pelo, o mejor dicho, por el pelo que muy pronto tendría.

El señor Gumb sacó la glasilla del maniquí y se puso a trabajar.

La máquina de coser, antigua y de excelente calidad, repleta de dibujos ornamentales y accionada mediante un pedal, había sido adaptada hacía quizá ya cuarenta años para funcionar con electricidad. En el brazo, en letras doradas, ostentaba una inscripción que decía: «Nunca me canso, sirvo». El pedal seguía siendo operativo, y Gumb siempre se servía de él al empezar cualquier pespunte. En las costuras delicadas, prefería trabajar descalzo, y accionaba el pedal con aquel pie carnoso, agarrando el borde posterior con los dedos, cuyas uñas llevaba impecablemente pintadas, para evitar que se acelerase demasiado. Durante un buen rato, los únicos ruidos que se oyeron en el caldeado sótano fueron el de la máquina, los ronquidos del caniche y el silbido de las cañerías del vapor.

Cuando hubo terminado de añadir las pinzas a la glasilla, se la probó frente a los espejos. Con la cabeza ladeada, la perrita le observaba desde el rincón.

Tendría que abrir un poco más las sisas. Quedaban luego unos pequeños problemas relacionados con las vistas y las entretelas. Por lo demás, quedaba perfecta. Era flexible, adaptable y tenía una hermosa caída. Ya se veía subiendo por la escalera de un tobogán, corriendo y brincando de alegría.

El señor Gumb hizo varias pruebas de luz, se puso varias pelucas para comprobar el efecto y por último se engalanó ciñéndose una maravillosa gargantilla de conchas al cuello. Quedaría espectacular cuando llevase un vestido de noche escotado o un pijama de seda sobre el nuevo tórax que se estaba confeccionando.

Sintió la tentación de continuar, de ponerse de inmediato manos a la obra, pero tenía los ojos fatigados.

Además, quería tener las manos completamente firmes, y no estaba de humor para berridos. Con paciente lentitud quitó los hilvanes y colocó las piezas planas sobre la mesa. El modelo era perfecto.

—Mañana, Preciosa —le dijo al caniche cuando sacaba los sesos de ternera con objeto de descongelarlos—. ¡Mañana por la mañanaaaaaaa! ¡Ya verás lo *guapísima* que se va a poner mamá!

Capítulo 47

Starling durmió Profundamente cinco horas y, en plena noche, sobresaltada por el terror del sueño, se despertó. Mordió una esquina de la sábana, se cubrió los oídos con las manos y esperó unos instantes, a fin de averiguar si estaba completamente despierta y a salvo del miedo. Silencio; no se oían balidos de corderos. Al darse cuenta de que estaba despierta, el corazón se le tranquilizó, pero los pies se negaban a permanecer debajo de las sábanas. Al cabo de un momento la mente le empezaría a galopar, lo sabía.

Notó con alivio que la invadía una oleada de ira y no de miedo.

—Imbéciles —dijo, sacando un pie de la cama.

Después de aquel largo día en que había sido interrumpida por Chilton, insultada por la senadora Martin, abandonada y reprendida por Krendler, provocada por el doctor Lecter, descompuesta por su sanguinaria huida y relevada del caso por Jack Crawford, había una cosa que era lo que más le dolía: que la hubiesen llamado ladrona.

La senadora Martin era una madre sometida a una extrema tensión y estaba harta de que la policía anduviese manoseando las pertenencias de su hija. No había tenido intención de ofender a Starling.

No obstante, a Starling la acusación se le había clavado como una aguja al rojo vivo.

De pequeña, le habían enseñado que robar es, a excepción de violar y matar por dinero, el acto más mezquino y despreciable que puede cometerse, hasta tal punto que ciertos casos de homicidio son preferibles al robo.

De niña, cuando vivía en instituciones en las que había pocas recompensas y mucha hambre, había aprendido a aborrecer a un ladrón.

Tendida en la cama en la oscuridad, afrontó una segunda razón que explicaba por qué seguía doliéndole tanto la insinuación de la senadora Martin.

Starling sabía lo que diría el perverso doctor Lecter, y era cierto: temía que la senadora Martin hubiese visto en ella una cierta falta de clase, un aire de ordinariez, un punto de rapacidad, estímulos ante los cuales la senadora había reaccionado con desprecio. La senadora Martin, tan distinguida, la mala puta.

El doctor Lecter disfrutaría poniendo de manifiesto que el rencor de clase, ese

resentimiento soterrado que se transmite con la leche de la madre, era un factor determinante de la personalidad de Clarice. Starling no tenía nada que envidiar a ningún Martin en cuestión de formación, inteligencia, iniciativa e incluso atractivo físico, lo cual no impedía que el sentimiento existiese, como ella bien sabía.

Starling era un miembro aislado de una tribu altiva que no poseía más árbol genealógico que el que proporcionan el cuadro de honor de la escuela y la ausencia de antecedentes penales. Muchos de los Starling, desposeídos en Escocia y expulsados de Irlanda por el hambre, se habían inclinado hacia oficios peligrosos. Cuántos se habían desgastado de ese modo, cayendo al fondo de un agujero o resbalando de un tablón con un balazo en los pies, o habían sido enviados a la gloria con un «toque de silencio» de madrugada, cuando sus restantes compañeros no tenían más deseo que irse a casa. Es posible que algunos de ellos fuesen lacrimosamente recordados por algún que otro oficial en las noches de cantina, de igual modo que un borracho recuerda con emoción a un buen perro cazador. Nombres marchitos en una Biblia.

Según le habían contado a Starling, ninguno de ellos había destacado demasiado, a excepción de una tía abuela que se dedicó a escribir un prodigioso diario hasta que enfermó de meningitis.

Pero no robaban. En América, ya se sabe, lo importante es la escuela, y los Starling, que lo habían comprendido de inmediato, se envanecían de ello. Uno de los tíos de Clarice había mandado que en su lápida grabasen el título de bachiller elemental.

Durante los muchos años en que no tuvo otro sitio adonde ir, para Starling lo esencial habían sido las escuelas y su arma de choque los exámenes.

Sabía que podía superar este bache, ser lo que siempre había sido y hacer lo que siempre había hecho desde que descubrió cómo funcionan las cosas; es decir, luchar para contarse entre los primeros de su clase y verse así aceptada, incluida, elegida y no rechazada.

Era simplemente cuestión de trabajar con ahínco y andarse con cuidado. Sacaría buenas notas. En defensa personal, el coreano no lograría suspenderla. Su nombre, el de Clarice Starling, sería grabado en la placa del vestíbulo, junto al de los mejores, por su extraordinaria actuación en el servicio.

Dentro de cuatro semanas tendría en sus manos el título de agente especial del FBI.

¿Tendría acaso que vigilar durante el resto de su vida a ese cabrón de Krendler?

En presencia de la senadora, el muy cobarde se había querido lavar las manos. Cada vez que Starling pensaba en aquello, sentía un aguijonazo de dolor. El tío no estaba seguro de que dentro del sobre hubiese alguna prueba concluyente. Menudo elemento. Ahora, al recordar a Krendler, veía que calzaba zapatos deportivos azul

marino, iguales a los que llevaba el alcalde de su pueblo, el jefe de su padre, cuando fue a recoger el reloj de vigilante.

Lo peor era que Jack Crawford salía de todo aquello disminuido. Era evidente que se hallaba sometido a una tensión inhumana. La había enviado a comprobar el coche de Raspail sin concederle apoyo ni protegerla con ningún símbolo de autoridad. De acuerdo, ella había solicitado realizar esa misión en esos términos; eso, bien mirado, era irrelevante. Pero Crawford tenía forzosamente que saber que surgirían dificultades cuando la senadora Martin la viese a ella en Memphis; dificultades las hubiese habido, aunque no hubiera descubierto las malditas fotografías.

Catherine Baker Martin está sumida en esta misma oscuridad. Starling lo había olvidado unos instantes, mientras reflexionaba sobre sus propios problemas.

Varias imágenes de los últimos días castigaron a Starling por el olvido y centellearon ante sus ojos con vivos colores, exagerados colores, repugnantes colores, esos colores que surgen del negro cuando de noche brilla un relámpago.

Ahora era Kimberly la que la obsesionaba. Kimberly, gorda, muerta, que se había perforado las orejas para adornarse, para estar más bonita, que ahorraba para depilarse las piernas. Kimberly, con el cuero cabelludo arrancado. Kimberly, su hermana. Starling no creía que Catherine Baker Martin hubiese tenido tiempo para dedicárselo a Kimberly.

Ahora, bajo la piel, ambas eran hermanas. Kimberly, tendida en una funeraria repleta de policías bocazas e insensibles.

Starling no tuvo fuerzas para seguir contemplando aquella imagen. Intentó apartar la cara, como hace un nadador para respirar.

Todas las víctimas de Buffalo Bill eran mujeres, su obsesión eran mujeres, vivía para dar caza a las mujeres.

Ninguna mujer le estaba dando caza a él. Ninguna investigadora se había molestado en estudiar en serio todos y cada uno de sus crímenes.

Starling se preguntó si Crawford tendría las narices de llevarla a ella, en calidad de ayudante técnica, cuando tuviese que ir a examinar el cadáver de Catherine Martin. Bill la «liquidaría mañana», había vaticinado Crawford. *Liquidarla. Liquidarla. Liquidarla.*

—*Joder* —dijo Starling en voz alta, poniendo los pies en el suelo.

—Estás corrompiendo a un retrasado mental, ¿verdad, Starling? —dijo Ardelia Mapp—. Te lo has metido en la cama a escondidas y ahora le estás dando instrucciones… No creas que no te oigo.

—Perdona, Ardelia. No creía que…

—Con ese tipo de personas, tienes que ser más concreta mujer. No puedes limitarte a decir lo que has dicho. Corromper a un retrasado mental es como el periodismo; has de especificar *qué, cuándo, dónde y cómo.* El *porqué* se torna

evidente a medida que progresa la cosa.

—¿Tienes ropa que lavar?

—¿He entendido correctamente? ¿Has dicho si tenía ropa que lavar?

—Sí. Creo que voy a poner una lavadora. ¿Tienes algo?

—Sólo ese chándal que está colgado de la puerta.

—Muy bien. Cierra los ojos. Voy a encender la luz un instante.

No fueron los apuntes de la Cuarta Enmienda, el tema del próximo examen, lo que Starling colocó encima de la cesta de la ropa y se llevó a la lavandería.

Lo que cogió fue el expediente de Buffalo Bill, un tomo de diez centímetros de grosor, repleto de sufrimiento y terror, encuadernado con unas tapas de cuero cuyas etiquetas estaban escritas con una tinta del color de la sangre. Se llevó también el borrador de su informe sobre la polilla de la muerte. Tenía que devolver el expediente al día siguiente y si quería que incluyese una copia del informe, tenía que acabar de redactarlo. En la caldeada lavandería, acunada por el acogedor traqueteo de la lavadora, quitó las bandas elásticas que sujetaban el expediente. Dispuso los papeles en la repisa de doblar la ropa y se dispuso a pulir la redacción del informe sin mirar las fotografías, sin pensar en las fotografías que pronto se adjuntarían. Encima de todo estaba el mapa, menos mal. Pero en el mapa había algo escrito a mano.

La elegante caligrafía del doctor Lecter cruzaba la zona de los Grandes Lagos y decía:

Clarice, ¿No le parece excesivo el azar que preside la dispersión de estos puntos? ¿No le da la impresión de que constituye un conjunto desesperadamente fortuito? ¿Fortuito hasta pecar de inconveniente? ¿No le sugiere el artificio de un pésimo embustero?

Gracias,
Hannibal Lecter

P.D. No se moleste en revisar el expediente. No hay nada más.

Tardó veinte minutos en pasar todas las páginas para asegurarse de que no había, efectivamente, nada más.

Starling se dirigió al teléfono público del vestíbulo, llamó a la centralita de guardia y le leyó el mensaje a Burroughs, preguntándose cuándo dormía este hombre.

—Debo decirle, Starling, que el precio de mercado por cualquier información procedente de Lecter ha bajado varios puntos —dijo Burroughs—. ¿La ha llamado Jack para decirle lo de la bilirrubina?

—No. Starling se apoyó en la pared y cerró los ojos mientras él le explicaba la broma del doctor Lecter.

—No sé, no sé —dijo Burroughs al concluir—. Jack dice que van a seguir investigando las clínicas de cambio de sexo, pero ¿hasta cuándo? Si se observa la información almacenada en el ordenador, el modo de introducir los datos, se advierte que toda la información procedente de Lecter, la que le dio a usted y la que comunicó en Memphis, posee unos prefijos especiales. Todo el material de Baltimore o todo el material de Memphis, o ambos a la vez, pueden eliminarse pulsando una sola tecla. Yo creo que el Departamento de justicia tiene muchas ganas de pulsar esa tecla. Mire, he recibido un comunicado de dicho departamento sugiriendo que el insecto descubierto en la garganta de Klaus es, veamos cómo dice, «una pura nimiedad».

—De todos modos, le pasará esto al señor Crawford, ¿verdad? —insistió Starling.

—Sí, claro, se lo dejaré en pantalla, pero ahora no voy a llamarle por teléfono. Y usted tampoco debe llamarle.

Bella acaba de morir.

—Oh —murmuró Starling.

—Pero no todo son malas noticias. Los muchachos de la delegación de Baltimore han registrado la celda de Lecter en el psiquiátrico, con la ayuda de Barney, el enfermero. Y han descubierto en la cabeza de un perno del jergón de Lecter abrasiones de metal, método que empleó para fabricar la llave de las esposas. Quédese tranquila, Starling. Va usted a salir oliendo a rosas.

—Gracias, señor Burroughs. Buenas noches.

Oliendo a rosas. Tuve que ponerme Vicks VapoRub en la naríz.

Despuntaba el alba del último día de la vida de Catherine Martin.

¿Qué quería decir el doctor Lecter? Era imposible saber qué sabía el doctor Lecter. Cuando ella le entregó el expediente, se imaginó que Lecter disfrutaría contemplando las fotografías y que emplearía como guión los datos que en él aparecían, mientras a ella le comunicaba cosas de Buffalo Bill que ya sabía previamente.

Quizá Lecter le había mentido siempre, como había mentido a la senadora Martin. Tal vez no sabía ni comprendía nada de Buffalo Bill.

Lo ve todo con prodigiosa claridad; a mí me ha calado por completo. Es duro aceptar que una persona pueda comprenderte sin descarte lo mejor. A la edad que tenía, Starling todavía no se había hallado muchas veces en semejante situación.

Desesperadamente fortuito, había escrito el doctor Lecter.

Starling y Crawford y un montón de gente habían contemplado el mapa con los puntos que señalaban los lugares en que se habían producido los secuestros y aquellos en que habían aparecido los cadáveres. A Starling el conjunto le había parecido una constelación negra, con una fecha junto a cada una de las estrellas, y sabía que Ciencias del Comportamiento había intentado comparar el mapa con los signos del zodíaco sin obtener resultado.

Si el doctor Lecter se había dedicado a leer el expediente por placer, ¿por qué se había entretenido en el mapa? Starling se lo imaginaba ojeando el expediente y burlándose de la prosa de varios de los informes.

La disposición de los puntos de secuestro y de los lugares en que habían aparecido los cadáveres no formaban ningún dibujo concreto; no se advertían relaciones de conveniencia entre los puntos ni tampoco el menor signo de coordinación temporal con ninguna norma comercial conocida, con ninguna serie de hurtos ni robos de ropa interior ni con ningún otro delito de orientación fetichista.

Una vez de regreso a la lavandería, oyendo el zumbido de la secadora, Starling recorrió el mapa con los dedos. Aquí un secuestro; ahí el cadáver. Aquí el segundo secuestro; allí el segundo cadáver. Aquí el tercero y… Pero estas fechas están equivocadas, o no, el segundo cadáver, fue descubierto primero.

Este hecho se había registrado, sin subrayarlo, en tinta borrosa junto al punto exacto del hallazgo. El cadáver de la segunda mujer secuestrada fue el primero en descubrirse; apareció flotando en el río Wabash, en el centro de Lafayette, Indiana, justo debajo de la Nacional 65.

La primera mujer cuya desaparición se denunció había sido secuestrada en Belvedere, Ohio, en las proximidades de Columbus, y su cadáver descubierto mucho tiempo después en el río Blackwater de Missouri, a las afueras de Lone Jack. El cadáver iba provisto de plomos. Era el único; ninguno de los demás llevaba pesos.

El cadáver de la primera víctima se había descubierto en el fondo de un río y en una comarca aislada. La segunda había sido arrojada a un río a muy poca distancia de una ciudad, donde evidentemente se descubriría pronto.

¿Por qué? A la primera la había escondido; a la segunda no. ¿Por qué? ¿Qué significaba «desesperadamente fortuito»? Vayamos por orden. Lo primero es lo primero. ¿Qué había dicho el doctor Lecter refiriéndose a «primero»? ¿Qué significaba todo lo que decía el doctor Lecter?

Starling repasó las notas que había garabateado en el avión que la alejaba de Memphis.

El doctor Lecter había dicho que el expediente contenía toda la información suficiente para identificar al asesino. «Simplicidad», había dicho. ¿Y «primero»? ¿Dónde estaba lo de «primero»? Aquí: «Primeros principios» eran fundamentales. «Primeros principios»; le sonó de una petulancia insoportable cuando se lo oyó decir.

¿Qué hace él, Clarice? ¿Qué es lo primero, lo primordial, qué hace? ¿Qué necesidad satisface matando? Codicia. ¿Y cómo empezamos a codiciar? Empezamos por codiciar lo que vemos cada día.

Resultaba más fácil pensar en las frases de Lecter sin notar los ojos del doctor clavados en su piel. Resultaba más fácil aquí, a salvo en el corazón de Quántico.

Si empezamos a codiciar codiciando lo que vemos cada día, ¿acaso Buffalo Bill

se desconcertó al matar a la primera? ¿Liquidó a una mujer de su entorno? ¿Y por eso escondió a la primera con cuidado y en cambio a la segunda no? ¿Secuestró a la segunda lejos de su pueblo y la arrojó a un lugar donde fuera descubierta pronto, para así establecer desde el principio la creencia de que los puntos de secuestro eran fortuitos?

Cuando Starling pensaba en las víctimas, Kimberly Emberg era la primera que, le venía a la mente, porque a Kimberly la había visto muerta y, en cierto modo, sentía por ella una especial preferencia.

Pero ahí estaba la primera. Fredrica Bimmel, veintidós años, de Belvedere, Ohio. Había dos fotografías. En la del anuario escolar se veía a una muchacha grandullona y poco agraciada, dueña de una hermosa mata de pelo y de un cutis precioso. En la segunda, tomada en el depósito de cadáveres de Kansas City, sus despojos no parecían humanos.

Starling volvió a llamar a Burrouglis. Le respondió con la voz algo más áspera, pero la escuchó.

—¿Qué hay de nuevo, Starling?

—A lo mejor vive en Belvedere, Ohio, que es donde vivía la primera víctima. A lo mejor la veía todos los días y la mató de forma, ¿cómo decir?, espontánea. A lo mejor sólo quería… invitarla a un refresco y charlar un rato. Y por eso se tomó la molestia de esconder el cadáver y luego secuestró a la segunda lejos de su pueblo. A ésa no la escondió, para que la descubriesen antes y desviar así las sospechas y la atención de la policía hacia un lugar lejano. Ya sabe usted el revuelo que levantan las denuncias por desaparición; la cosa no se calma hasta que no se descubre el cadáver.

—Starling, los resultados dependen de que el caso sea reciente, la gente lo recuerda, puede haber testigos…

—Eso es precisamente lo que estoy diciendo. Él lo *sabe*.

—Por ejemplo, hoy no puede usted ni estornudar sin toparse con un policía en cada esquina de la ciudad de la última víctima, Kimberly Emberg, de Detroit. Menudo interés ha despertado de repente Kimberly Emberg, desde que ha desaparecido la pequeña Martin. De pronto todos se han puesto a trabajar como negros. Esto último no me lo ha oído decir.

—Por favor, ¿le pasará lo de la primera ciudad al señor Crawford?

—Desde luego. Le juro que se lo voy a pasar a todo el mundo. No diré que su razonamiento sea equivocado, Starling, pero tenga en cuenta que esa población se investigó en cuanto esa mujer, ¿cómo se llamaba?, Bimmel, ¿verdad?, fue identificada. Belvedere fue investigado por la delegación de Columbus y por la policía local, naturalmente. Está todo en el expediente. No creo que esta mañana consiga usted suscitar mucho interés por Belvedere ni por cualquier otra teoría del doctor Lecter.

—Todo lo que él…

—Starling, estamos organizando una colecta a favor de UNICEF en nombre de Bella. Si quiere participar, añadiré su nombre en la tarjeta.

—Por supuesto. Gracias, señor Burroughs. Starling sacó la ropa de la secadora. Las prendas estaban tibias, olían bien y tenían un tacto suave. Las dobló y estrechó el montón contra su pecho.

Su madre con los brazos cargados de sábanas limpias.

Hoy es el último día de la vida de Catherine.

La urraca blanca y negra robaba objetos del carro. Su madre no podía salir para ahuyentarla y hacer al mismo tiempo la limpieza de la habitación.

Hoy es el último día de la vida de Catherine.

Su padre, cuando enfilaba el sendero de casa con la camioneta, indicaba el giro con el brazo en lugar de emplear el intermitente. Ella, que estaba jugando en el jardín, pensaba que con aquel brazo grande le indicaba a la camioneta dónde había de girar, la obligaba a girar.

Cuando Starling tomó la decisión de lo que iba a hacer, se le llenaron los ojos de lágrimas. Y ocultó la cara en la ropa limpia y tibia.

Capítulo 48

Crawford salió de la funeraria y miró a ambos lados de la calle en busca de Jeff, que le aguardaba con el coche. Vio en cambio a Clarice Starling, aguardando bajo la marquesina, vestida con un traje de chaqueta oscuro, real a la luz del día.

—Déjeme ir —le dijo ella. Crawford acababa de elegir el ataúd de su mujer y en una bolsa de papel llevaba un par de zapatos de ésta que había traído por equivocación.

—Perdone —añadió Starling—. No hubiese venido ahora si hubiera habido otro momento. Déjeme ir.

Crawford hundió las manos en los bolsillos y giró el cuello hasta que el de la camisa crujió. Tenía los ojos brillantes, tal vez peligrosos.

—¿Que la deje ir adónde?

—Usted me envió a Memphis para que me familiarizase con el entorno de Catherine Martin; déjeme ir a casa de las demás.

Lo único que nos queda es averiguar cómo las secuestra. Cómo las descubre, cómo las elige. Tengo tanta capacidad como cualquier otro de sus investigadores; para ciertas cosas, sirvo incluso más. Todas las víctimas son mujeres, y no hay ninguna mujer trabajando en este caso. Yo entro en la habitación de una mujer y veo el triple de cosas más que un hombre, y usted lo sabe. Déjeme ir.

—¿Está dispuesta a aceptar que la obliguen a repetir?

—Sí.

—Le va a costar seis meses de retraso, seguramente. Ella no contestó. Crawford golpeó la hierba con la punta del zapato. Alzó la vista y la miró, advirtiendo la amplia inmensidad, como la de una pradera, que tenía su mirada. La muchacha tenía fortaleza como Bella.

—¿Por cuál empezaría? —le preguntó Crawford.

—Por la primera. Fredrica Bimmel, de Belvedere, Ohio.

—¿No por Kimberly Emberg, la que usted vio?

—Él no empezó con ella. —*¿Mencionar a Lecter? No. Ya vería la pantalla.*

—Emberg sería la opción *emocional*, ¿no es cierto, Starling? Los gastos del viaje le serán reembolsados. ¿Tiene dinero? Los bancos no abrirían hasta dentro de una hora.

—Me queda algo en la cuenta de la Visa.

Crawford metió las manos en los bolsillos. Le dio trescientos dólares en metálico y un cheque al portador.

—Vaya usted, Starling. Pero sólo a la primera. Envíe un informe a la centralita. Y llámeme.

Ella levantó la mano a modo de despedida. No le tocó ni la cara ni la mano, no parecía haber lugar para el contacto físico, y dándose media vuelta echó a correr hacia el Pinto.

Cuando ella ya arrancaba, Crawford se dio unas pocas palmadas en los bolsillos. Le había dado hasta el último centavo que tenía en su poder.

—La pequeña necesita un par de zapatos nuevos —dijo en voz alta—. Mi pequeña ya no necesita zapatos.

Estaba llorando a lágrima viva en medio de la acera, todo un jefe de sección del FBI, qué absurdo.

Jeff, desde el coche, vio que le brillaban las mejillas, y se metió marcha atrás en un callejón para que Crawford no le viera. Jeff salió del coche. Encendió un cigarrillo y se puso a fumar con furia. Su regalo para Crawford consistiría en entretenerse hasta que el jefe hubiese enjugado las lágrimas, se hubiese puesto de malhumor y tuviese motivos sobrados para meterle una bronca.

Capítulo 49

En la mañana del cuarto día, el señor Gumb lo tenía todo a punto para cosechar la piel.

Regresó a casa con las últimas compras que precisaba y tuvo que hacer un esfuerzo para no bajar corriendo la escalera del sótano. Una vez en el estudio, desempaquetó las compras: bies para las costuras, unos pedazos de Lycra para debajo de las aberturas y un tarro de sal marina.

No había olvidado nada.

En el taller, dispuso los cuchillos sobre una toalla limpia junto a los apaisados lavaderos. Los cuchillos eran cuatro: uno de filo hundido para desollar; un preciso estilete de punta curva, que seguía perfectamente la curva del dedo índice en los sectores estrechos; un bisturí, para los trabajos más delicados, y una bayoneta de la Primera Guerra Mundial. El borde romo de la bayoneta proporciona el instrumento más útil para descarnar un pellejo sin desgarrarlo.

Además, contaba con una sierra de autopsia Strycker que apenas usaba y lamentaba haber comprado.

A continuación, engrasó la cabeza de un soporte de peluca, amontonó sal gruesa sobre la grasa y colocó el soporte sobre una bandeja de horno provista de rejilla para recoger la grasa. En un alarde de buen humor, retorció la nariz de celuloide de soporte, depositó un beso en la punta de los dedos y se lo envió soplando.

Cuánto le costaba comportarse con seriedad… Tenía ganas de volar, bailar por la habitación, como Danny Kaye. Se echó a reír y con un soplido alejó a una polilla que revoloteaba cerca de su cara.

Era hora de poner en marcha las bombas de los acuarios, llenos hasta los bordes de solución. ¿Qué era eso? ¿Una hermosa crisálida semienterrada en el humus de la jaula? Escarbó con el dedo. Sí, efectivamente, una crisálida.

Ahora, la pistola. El problema de matar a ésta había preocupado varios días al señor Gumb. Ahorcarla quedaba descartado porque no quería que los pectorales se moteasen y, además, no podía arriesgarse a que el nudo le desgarrase la piel de detrás de las orejas.

El señor Gumb había aprendido de todos sus anteriores esfuerzos, a veces a costa de grandes sufrimientos. Y estaba decidido a evitar algunas de las pesadillas por las

que había tenido que pasar. Un único principio fundamental; por muy débiles de hambre o desmayadas de miedo que estén, cuando ven el aparato, siempre pelean.

Tiempo atrás, en el pasado, había perseguido a algunas jóvenes por el sótano, del que había apagado las luces, usando él luz y gafas infrarrojas, y era maravilloso verlas correr a tientas o tratar de acurrucarse en los rincones. Le gustaba perseguirlas con la pistola. Le encantaba emplear la pistola. Siempre se desorientaban, perdían el equilibrio, tropezaban con los muebles. Él, con las gafas, podía pasar horas en la más absoluta oscuridad o bien esperar a que se quitaran las manos de la cara para entonces dispararles a la frente. O antes a las piernas, debajo de la rodilla, para que pudieran seguir arrastrándose.

Pero todo aquello era, además de pueril, una pérdida de tiempo. Después quedaban inservibles y hacía tiempo que había abandonado tales prácticas.

En su actual proyecto, a las tres primeras les había propuesto subir al piso de arriba a tomar una ducha, antes de lanzarlas escaleras abajo con un dogal en el cuello, sin mayores problemas. Pero la cuarta había sido un desastre. Había tenido que emplear la pistola en el cuarto de baño y había tardado más de una hora en limpiarlo. Y recordó a la muchacha, mojada, toda en piel de gallina, y en lo que temblaba cuando amartilló la pistola. Le encantaba amartillarla, clic clic, luego una detonación y se acabó el alboroto.

Le agradaba su pistola, y con razón, pues era un arma excelente, un Colt Python de acero inoxidable, con un tambor de seis pulgadas. Todos los mecanismos del modelo Python son ajustados por el departamento postventa de la casa Colt y ésta daba gusto tocarla. La amartilló y la sacudió, alcanzando el percutor con el pulgar. Luego la cargó y la depositó en la repisa del taller.

El señor Gumb tenía grandes deseos de proponerle a ésta que se lavase la cabeza, porque quería verla desenredándose el cabello. Viendo cómo se peinaba, podría aprender mucho para su propio acicalamiento.

Pero ésta era alta, y seguramente tenía fuerza. Ésta era demasiado especial para correr el riesgo de tener que echarlo todo a perder por culpa de varias heridas de bala.

No, sacaría el polipasto del cuarto de baño, le ofrecería un baño y cuando ella se hubiese sentado en la barra del trapecio, la subiría hasta la mitad del pozo y entonces le dispararía varios tiros en la base de la espina dorsal. Y cuando quedase inconsciente, podría hacer lo demás con cloroformo.

Eso es. Ahora subiría a su dormitorio para quitarse la ropa. Despertaría a Preciosa, contemplaría el vídeo con ella y luego se pondría a trabajar, desnudo en el caldeado sótano, desnudo como el día que nació.

Se sentía casi marcado de emoción al subir la escalera. A toda prisa se desnudó y se puso el batín. Introdujo la cinta en el vídeo.

—Preciosa, ven aquí, Preciosa. Hoy es día de trajín, mucho trajín. Ven aquí,

cariñito.

Tendría que encerrar a la perrita aquí arriba, en el dormitorio, mientras llevaba a cabo la etapa ruidosa en el sótano.

Preciosa, que detestaba el alboroto, se trastornaba. Para que no se aburriera, al salir le había comprado una caja entera de huesos de goma para masticar.

—Preciosa. —Al ver que no acudía, bajó al recibidor—: ¡Preciosa! —y luego a la cocina—: ¡Preciosa! —y al sótano—: ¡Preciosa!

Cuando la llamó desde la puerta del cuarto donde estaba la mazmorra, obtuvo respuesta:

—¡Está aquí abajo, cabrón! —contestó Catherine Martin.

El señor Gumb experimentó tanto miedo por Preciosa que sintió náuseas. Luego sufrió un acceso de cólera, y después de aporrearse las sienes con los puños, apoyó la frente en el marco de la puerta y trató de dominarse. Un sonido, entre arcada y lamento, le escapó de la garganta, y la perrita respondió con un gemido.

Se dirigió al taller y agarró la pistola. El cordel del cubo sanitario estaba roto. Todavía no estaba seguro de cómo lo había conseguido. La última vez que vio la cuerda rota, supuso que la había roto ella misma en un absurdo intento de trepar por el pozo. Muchas lo habían intentado: habían cometido todas las tonterías imaginables.

Se inclinó por la abertura, procurando controlar la voz.

—Preciosa, ¿estás bien? Contéstame.

Catherine propinó un pellizco al rollizo trasero de la perra, que gimió y le pagó con un mordisco en el brazo.

—¿Qué es eso? —exclamó Catherine.

Al señor Gumb le resultaba de lo más antinatural hablar de ese modo con Catherine, pero hizo un esfuerzo por superar su repugnancia.

—Voy a bajar una cesta. La meterá usted dentro.

—Un teléfono es lo que va a bajar, porque si no, le rompo el cuello. No quiero hacerle daño ni a usted ni a la perra. Lo único que quiero es un teléfono.

El señor Gumb empuñó la pistola. Catherine vio el cañón sobresaliendo de la luz. Y se agachó, manteniendo el caniche encima de ella y agitándolo frente a la pistola. Entonces le oyó amartillar el arma.

—¡Como dispares, cabrón, maldito hijo de puta, más vale que me mates de un balazo, porque te juro que si no, le rompo el cuello! ¡Te lo juro por Dios!

Y se puso la perra bajo el brazo, le agarró el hocico con la mano y le levantó la cabeza.

—¡Apártate, hijo de puta!

La perrita gimió. La pistola desapareció. Con la mano que le quedaba libre, Catherine se retiró el pelo de la frente. La tenía empapada.

—No he querido insultarle —dijo—. Sólo quiero un teléfono, un teléfono que

funcione. Usted puede marcharse, no me importa lo que haga, jamás le he visto la cara. Cuidaré bien de Preciosa.

—No.

—No le faltará de nada. Piense un poco en ella y no sólo en usted. Si dispara contra mí, ocurra lo que ocurra, ella se quedará sorda. Todo lo que quiero es un teléfono que funcione. Traiga un hilo largo, para que pueda usarlo desde aquí; coja cinco o seis teléfonos, empálmelos, ahora los venden con las conexiones preparadas, y bájemelo aquí. Le enviaré a la perra por avión donde usted quiera. Mi familia tiene perros. A mi madre le encantan los perros. Usted puede huir si quiere; no me importa lo que haga.

—No le voy a dar más agua, ni una gota más.

—Pues ella se morirá de sed, porque yo no pienso darle ni una gota de la botella. Siento decírselo, pero creo que tiene una pata rota. —Esto último era mentira; la perrita había caído, junto con el cubo y la carnaza, encima de Catherine y era ésta la que tenía una mejilla arañada por culpa del frenético agitar de las patas de la perra. No podía dejarla en el suelo porque él, desde arriba, se daría cuenta de que no cojeaba—. Le duele mucho. Tiene la pata torcida y está intentando lamérsela. Me resulta insoportable verla sufrir —mintió Catherine—. Tengo que llevarla a un veterinario.

El alarido de rabia y angustia del señor Gumb hizo llorar a la perrita.

—Que le duele mucho, dice —replicó el señor Gumb—. Usted no sabe lo que es el dolor. Como le haga daño, le arrojaré un cubo de agua hirviendo.

Cuando le oyó subir con desgana y pesadez la escalera, Catherine Martin se sentó sin poder dominar las violentas sacudidas de sus brazos y piernas. No podía sostener a la perra, no pudo contener la orina, no tenía fuerzas para nada.

Y cuando la perrita se le encaramó a la falda, la abrazó, llena de agradecimiento por su calor.

Capítulo 50

Por el agua espesa y marrón viajaban plumas, plumas rizadas procedentes de las jaulas, transportadas por alientos de aire que estremecían la piel del río.

Las casas de la calle Fell, la calle de Fredrica Bimmel, se anunciaban como «a orillas del río» en los carteles curtidos por la intemperie de las agencias inmobiliarias, porque sus patios traseros terminaban en un lodazal, una charca del río Licking a su paso por Belvedere, Ohio, ciudad de 112.000 habitantes del Cinturón de Herrumbre, situada al este de Columbus.

Era un barrio abandonado de casas grandes y viejas. Algunas habían sido adquiridas a bajo precio por parejas jóvenes y repintadas con varias capas de esmalte, haciendo que las demás se viesen más cochambrosas. La casa de los Bimmel no había sido restaurada.

Clarice Starling permaneció un momento en el patio trasero de Fredrica contemplando las plumas en el agua, con las manos hundidas en los bolsillos de la gabardina. Quedaban restos de nieve sucia entre los juncos, que brillaban azules bajo el cielo azul de ese soleado y tibio día de invierno.

A sus espaldas, Starling oía al padre de Fredrica dando martillazos en aquella población de jaulas de palomos, aquella Orvieto de jaulas que empezaban al borde del agua y se alzaban casi hasta la misma altura de la casa.

Todavía no había visto al señor Bimmel. Los vecinos le habían dicho que lo encontraría allí. Se lo dijeron con rostro inexpresivo.

Starling notaba cambios dentro de sí. A partir de aquel momento de la noche en que había tenido la certeza de que debía salir de la academia para dar caza a Buffalo Bill, un sinfín de ruidos ajenos habían cesado. Sentía en el centro de su mente un silencio nuevo y puro, y una gran calma.

En cambio, en otro punto de su ser, en la boca del estómago, notaba unos fogonazos que le decían que se estaba saltando las clases porque sí y que además era tonta.

Las insignificantes molestias de la mañana no la habían molestado; ni el hedor a vestuario del avión que la conducía a Columbus, ni la confusión e ineptitud de la oficina de alquiler de vehículos. Había tenido que increpar al empleado que había de alquilarle el coche para que se diese prisa, pero ello no le había producido la menor

alteración.

Starling había pagado un elevado precio por el tiempo libre de que disfrutaba y estaba dispuesta a emplearlo a fondo para sacarle el máximo rendimiento. Sabía que su tiempo podía terminar en cualquier momento si Crawford era relevado de la dirección del caso y a ella la privaban de sus credenciales.

A pesar de la urgencia de la situación, se dijo que detenerse a pensar en el porqué, demorarse en la idea de que hoy era el último día de Catherine, equivaldría a desperdiciar su tiempo miserablemente. Pensar en ella en términos de tiempo real, en que estaba a punto de ser procesada de igual modo que Kimberly Emberg y Fredrica Bimmel, paralizaría cualquier otro pensamiento.

La brisa quedó en suspenso, el agua inmóvil como la muerte. A poca distancia de los pies de Starling, una pluma rizada giraba sobre sí misma en la tensa superficie de la charca. Resiste, Catherine.

Starling se mordió el labio inferior. Si él decidía matarla a tiros, su único deseo es que fuese un competente tirador.

Enséñanos a preocuparnos y a no preocuparnos.

Enséñanos a estar sosegados.

Se dirigió hacia las inclinadas paredes de jaulas y por un pasillo de tablones colocados sobre el barro que las separaban enfiló hacia el lugar de donde venían los martillazos. Los centenares de palomos que allí había eran de todos los tamaños y colores; los había grandes y con esas patas que llaman de panadero, y había también palomas buchonas, de esternón pronunciado. Con sus ojillos brillantes y sacudiendo la cabeza al caminar, las aves desplegaban las alas al sol y emitían tiernos arrullos.

El padre de Fredrica, Gustav Bimmel, era un individuo alto, flaco y ancho de caderas, dueño de ojos de un azul acuoso enrojecidos al borde de los párpados. Llevaba un gorro de punto hundido hasta las cejas. Estaba ante la puerta de su taller, construyendo otra jaula más sobre un par de caballetes. Starling percibió olor a vodka en su aliento, cuando él, achinando los ojos, examinó sus credenciales.

—No tengo nada nuevo que decirle —le dijo—. Anteanoche volvió por aquí la policía. Querían repasar mi declaración. Me la leyeron. «¿Todo correcto? ¿Todo correcto?», me preguntaron. «Pues, coño, claro que sí —les dije—; si no, ya no se lo hubiera dicho».

—Estoy intentando formarme una idea de dónde…, averiguar dónde pudo haber visto el secuestrador a Fredrica, señor Bimmel. Hacerme una idea de dónde la descubrió y decidió secuestrarla.

—Aquel día fue a Columbus en autobús para acudir a una entrevista de trabajo; había una tienda que ofrecía empleo. La policía dice que estuvo en la entrevista, pero ya no volvió a casa. No sabemos a qué otros sitios pudo ir. El FBI se llevó los comprobantes de su tarjeta Master Charge, pero no encontraron ninguno de aquel día.

Todo eso ya lo sabe, ¿no es verdad?

—Lo de la tarjeta de crédito, sí. Señor Bimmel, ¿conserva todavía las cosas de Fredrica? ¿Están aquí?

—Su habitación es la del último piso de la casa.

—¿Me dejaría verla? Bimmel tardó un momento en decidir dónde dejaba el martillo.

—De acuerdo —contestó—. Venga.

Capítulo 51

La oficina de Jack Crawford en la sede central del FBI en Washington estaba pintada de un gris opresivo, pero tenía unos grandes ventanales.

Crawford estaba de pie ante ellos, examinando a la luz una borrosa lista copiada por una maldita impresora que no sé cuántas veces había dicho que no servía más que para que la echaran a la basura.

Llegaba de la funeraria y se había puesto a trabajar, apremiando a los noruegos a que enviasen cuanto antes las radiografías dentales del marino desaparecido que respondía al nombre de Klaus, acosando al personal de la delegación de San Diego para que inspeccionase a todos los conocidos de Raspail en el conservatorio, donde había dado un curso, y espabilando a los de Aduanas, que teóricamente habían de comprobar cualquier violación de las normas de importación relacionadas con envíos de insectos vivos.

Al cabo de cinco minutos de la llegada de Crawford, John Golgy, subdirector del FBI y jefe de la recién creada fuerza de servicio interdepartamental, asomó la cabeza por la puerta para decir:

—Jack, quiero que sepas lo mucho que sentimos lo ocurrido y lo mucho que te agradecemos que hayas venido hoy. ¿Cuándo es el entierro?

—El entierro mañana por la tarde. El funeral, el sábado a las once.

Golby hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

—Hemos reunido una colecta para UNICEF, Jack. ¿Quieres que pongamos Phyllis o Bella? Haremos lo que tú digas.

—Bella, John. Pongamos Bella.

—¿Puedo hacer algo por ti, Jack?

Crawford dijo que no con un gesto.

—Estoy trabajando. Voy a seguir trabajando.

—De acuerdo —contestó Golby. Aguardó un decente intervalo y añadió—: Chilton ha solicitado protección federal.

—Magnífico. Oye, John, ¿hay alguien de Baltimore interrogando a Everett Yow, el abogado de Raspail? ¿Recuerdas que te lo mencioné? Es posible que sepa alguna cosa sobre los amigos de Raspail.

—Sí, he dado orden esta misma mañana. Acabo de enviarle el guión a Burroughs.

El director ha puesto a Lecter en la lista de fugitivos más buscados.

Jack, si necesitas algo…

Golby alzó las cejas y la mano y desapareció. Si necesitas algo. Crawford volvió a situarse frente a los ventanales. La oficina gozaba de una vista espléndida. Ahí estaba el hermoso edificio de la antigua sede de Correos, donde había realizado parte de su carrera. Y a la izquierda, la antigua sede del FBI. Cuando se graduó, había desfilado por el despacho de J. Edgar Hoover con todos sus compañeros. Hoover estaba en una pequeña tarima y les iba estrechando la mano uno por uno. Fue la única vez en su vida que Crawford vio al gran hombre. Al día siguiente se casaba con Bella.

Se habían conocido en Livorno, Italia. Él estaba en el ejército, ella en el personal de la NATO y entonces se llamaba Phyllis. Una tarde, paseando juntos por los muelles, un pescador la piropeó: «¡Bella!». La palabra quedó suspendida sobre las aguas quietas del puerto y a partir de aquel momento para él siempre fue Bella.

Sólo era Phyllis cuando discutían.

Bella ha muerto. Eso tendría que alterar la vista que se divisa desde estos ventanales. No es justo que la vista permanezca igual que antes. ¿Por qué coño tenía que *morirse*, Jesús santo? Amor mío. Sabía que era inevitable, pero *duele*.

¿Qué es lo que dicen sobre el retiro forzoso a los cincuenta y cinco años? Tú te enamoras del FBI, pero el FBI no se enamora de ti. Cuántas veces lo había visto.

Gracias a Dios, Bella le había salvado de esa trampa. Esperó que ella estuviese en algún sitio, por fin sin sufrir. Esperó que ella supiese lo que guardaba él dentro de su corazón.

El zumbador del teléfono interno estaba sonando.

—Señor Crawford, un tal doctor Danielson de…

—Póngame. —Oprimió un botón—. Jack Crawford, doctor Danielson.

—¿Esta línea telefónica es segura, señor Crawford?

—Sí. Al menos en este extremo, sí.

—No está usted grabando la conversación, ¿verdad?

—No, doctor Danielson. Dígame lo que tenga que decirme.

—Quiero dejar muy claro que lo que voy a decirle no tiene relación alguna con nadie que haya sido jamás paciente de Johns Hopkins.

—Entendido.

—Si de ello surge algo de utilidad, quiero que deje usted bien claro ante la opinión pública que no se trata de un transexual y que jamás ha tenido nada que ver con esta institución.

—De acuerdo. Se lo garantizo. Con toda seguridad. —*Anda, suelta ya, pedante de los cojones.* Crawford hubiese prometido cualquier cosa.

—Derribó al doctor Purvis a empellones.

—¿Quién, doctor Danielson?

—Solicitó ser admitido en el programa hace tres años, bajo el nombre de John Grant, de Harrisburg, Pennsylvania.

—¿Descripción?

—Varón, de raza blanca, tipo caucasiano, entonces tenía treinta y un años. Metro ochenta y cinco de estatura, ochenta y ocho kilos de peso. Vino a hacerse las pruebas y obtuvo un buen resultado en la escala de inteligencia de Wechsler (normal tirando a superior), pero en cambio las pruebas psicológicas y las entrevistas fueron otra cosa. Lo cierto es que en el test de Persona-Casa-Árbol y en el TAT dio unos resultados calcados a la hoja que usted me dio. Me hizo creer que el autor de esa pequeña teoría era Alan Bloom cuando en realidad era Hannibal Lecter, ¿verdad?

—Continúe con Grant, doctor.

—La comisión hubiese desestimado su solicitud de todos modos, pero cuando nos reunimos para discutir el caso, la cuestión quedó zanjada porque nos llegaron informes negativos.

—Explíquese un poco más.

—Tenemos la costumbre, como medida rutinaria, de comprobar los antecedentes penales de todos los solicitantes en su ciudad de origen. La policía de Harrisburg tenía en este caso dos denuncias pendientes por asalto a dos homosexuales. La víctima del segundo estuvo a punto de morir. Nos había dado una dirección que resultó ser la de una pensión en la que a veces pernoctaba. La policía obtuvo allí sus huellas digitales y un recibo del gas pagado con tarjeta de crédito en el que figuraba el número del permiso de conducir. Mediante eso descubrimos que no se llamaba John Grant; era un nombre falso. Al cabo de aproximadamente una semana, aguardó a que saliesen los médicos del hospital y por despecho interpeló al doctor Purvis y lo derribó de un empujón.

—¿Cómo se llamaba, doctor Danielson?

—Será mejor que se lo deletree. J-A-M-E G-U-M-B.

Capítulo 52

El hogar de Fredrica Bimmel era un caserón de tres pisos, alto y macilento, de fachada recubierta de planchas alquitranadas manchadas de herrumbre en los lugares en que goteaban los canalones del tejado. Unos arces voluntariosos que crecían junto a la casa habían resistido bastante bien los fríos del invierno. Las ventanas de la cara norte estaban protegidas con plásticos.

En una pequeña salita, muy caldeada por obra de una estufa eléctrica, una mujer de media edad, sentada en la alfombra, jugaba con un bebé.

—Mi esposa —dijo Bimmel al cruzar por la habitación—. Acabamos de casarnos, en Navidad.

—Hola —dijo Starling.

La mujer contestó al saludo esbozando una difusa sonrisa. En el recibidor hacía frío y por todas partes se veían cajas de cartón apiladas hasta la altura de la cintura, cajas que llenaban las habitaciones, que formaban corredores, cajas con pantallas de lámparas y tapas de tarros de conservas, cestas de mimbre para llevar la merienda al campo, ejemplares atrasados del *Reader's Digest* y del *National Geographic*, viejas raquetas de tenis de madera, ropa de cama, una caja llena de dianas de dardos, fundas de Leacril para los asientos del coche, de un estampado a cuadros muy de los años cincuenta, que olían a meadas de ratones.

—Nos trasladamos dentro de poco —explicó el señor Bimmel.

Lo que había cerca de las ventanas estaba descolorido por efecto del sol, las cajas amontonadas durante años se abombaban a causa de la edad y las alfombras, dispuestas todas ellas al azar, mostraban zonas rápidas que revelaban el camino empleado para entrar y salir de las habitaciones.

El sol moteaba la barandilla mientras Starling subía la escalera detrás del padre de Fredrica, cuya ropa, en aquel ambiente frío, olía a usada. Vio luz filtrándose por el combado techo que cubría el último descansillo de la escalera. Las cajas de cartón allí amontonadas estaban protegidas por un plástico.

La habitación de Fredrica era un cuarto pequeño y abuhardillado del tercer piso.

—¿Me necesita para algo más?

—Ahora no; cuando termine me gustaría hablar con usted, señor Bimmel. ¿Y la madre de Fredrica?

El expediente decía «fallecida», pero no especificaba cuándo.

—¿Qué quiere decir con eso? Murió cuando Fredrica tenía doce años.

—Ya.

—No se habrá figurado que ésa de abajo era la madre de Fredrica, ¿verdad? ¿No le he dicho que nos hemos casado en Navidad? No me diga que no me ha oído. Antes la policía empleaba a gente más espabilada.

Ésa no ha conocido a Fredrica.

—Señor Bimmel, ¿la habitación está tal y como Fredrica la dejó?

El malhumor de la expresión de aquel hombre desapareció.

—Sí —contestó con un murmullo—. No hemos tocado nada. Al fin y al cabo, nadie podía usar su ropa. Encienda la estufa, si tiene frío, pero no se olvide de desenchufarla cuando baje.

No quería ver la habitación y dejó a Starling en el rellano. Starling permaneció unos momentos con la mano apoyada en el frío pomo de loza blanca. Necesitaba poner orden en su mente antes de dejarse invadir por las impresiones de Fredrica.

Veamos, el punto de partida es que Buffalo Bill liquidó en primer lugar a Fredrica, puso plomos en su cadáver y la escondió con cuidado, arrojándola a un río muy alejado de la ciudad. La escondió mejor que a las demás —era el único cadáver que llevaba pesos— porque quería que las otras fuesen descubiertas antes. Quería dejar bien establecida la teoría de que las víctimas eran seleccionadas al azar en ciudades dispersas en un amplio radio de acción, antes de que Fredrica, de Belvedere, fuese descubierta. Era fundamental desviar la atención de Belvedere. Porque vive aquí, o tal vez en Columbus.

Empezó por Fredrica porque codiciaba su piel. No empezamos a codiciar cosas imaginarias. La codicia es un pecado muy literal; empezamos a codiciar elementos tangibles, empezamos a codiciar lo que vemos todos los días. Él veía a Fredrica en el transcurso de su vida cotidiana. La veía durante la vida cotidiana de esta muchacha.

¿Cuál era la vida cotidiana de Fredrica? Manos a la obra…

Starling abrió la puerta. La silenciosa y fría habitación olía a enmohecido. En la pared, un calendario del año anterior se había quedado inmovilizado en abril. Fredrica llevaba muerta diez meses.

En un rincón, en el suelo, había un plato con comida para gatos, endurecida, negra.

Starling, veterana en las tareas de decorar con tejidos de rebajas, permaneció en el centro del cuarto y miró en derredor. Fredrica había logrado un magnífico resultado con los pocos recursos de que disponía. Había cortinas de cretona floreada. A juzgar por los ribetes de los bordes, había aprovechado las fundas de algún tresillo para confeccionarlas.

Había un tablón de anuncios con una cinta clavada de un alfiler; la cinta llevaba,

en letras doradas, una inscripción que decía: BANDABHS. En la pared había un cartel de la cantante Madonna y otro de Deborah Harry y Blondie. En un estante situado sobre la mesa, Starling divisó un rollo del luminoso papel autoadhesivo que Fredrica había empleado para empapelar las paredes de su habitación. El resultado de esa tarea no era muy perfecto, aunque mejor, pensó Starling, que el que ella había conseguido la primera vez que empapeló.

En un hogar normal, el cuarto de Fredrica hubiera sido alegre. En esa casa desolada era estridente; resonaba con un eco de desesperación.

No había fotografías de Fredrica en su cuarto.

Starling encontró una en el anuario escolar que había en la pequeña librería. Club del Buen Humor, Club Ecológico, Las Modistillas, Banda de Música, Club de los Cuatrocientos; a lo mejor los palomos le servían de proyecto para ingresar en este último.

El anuario contenía algunas dedicatorias: «A una gran amiga», «Para una chica estupenda», «A mi compañera de química» y «En recuerdo de los bollos que vendimos en la ferias».

¿Traería Fredrica aquí a sus amigas? ¿Tenía una amiga lo suficientemente querida como para hacerle subir esa escalera por cuyo techo se filtraban las goteras? Junto a la puerta había un paraguas.

Mira esa foto de Fredrica; está en la primera fila, con los componentes de la banda de música. Fredrica es ancha de caderas y gorda, pero su uniforme cae mejor que los de las demás. Es alta y tiene un cutis precioso.

Sus irregulares facciones se combinan formando un rostro agradable, pero no es lo que se dice una chica guapa.

Kimberly Emberg tampoco era atractiva, al menos según las necias normas que imperan en los institutos, como tampoco lo eran un par de las otras.

Catherine Martin, en cambio, resultaría atractiva para cualquiera; era una chica alta y guapa que tendría que luchar contra la grasa cuando cumpliese los treinta años.

Recuerda que no contempla a las mujeres como cualquier otro hombre. El atractivo convencional no cuenta.

Simplemente tienen que ser grandes y tener la piel bonita.

Starling se preguntó si al pensar en las mujeres las consideraba «pieles», igual que algunos cretinos que suelen llamarlas «coños».

De pronto cayó en la cuenta de que su mano reseguía la lista de las calificaciones que aparecía bajo la fotografía del anuario, y tuvo conciencia de su propio cuerpo, todo entero, del espacio que ocupaba, de su tipo, de su cara, del efecto que ambos conseguían, de sus pechos, que estaban encima del libro, de su vientre duro y liso, sobre el cual se apoyaba el volumen, y de sus piernas. ¿Qué porción de su experiencia podría aplicar aquí?

Starling se vio en el espejo de cuerpo entero que había en la pared del fondo y se alegró de ser distinta de Fredrica. Pero sabía que la diferencia respondía a un prejuicio de su razonamiento.

¿Qué era lo que le impedía ver?

¿Qué aspecto quería tener Fredrica? ¿Qué anhelaba? ¿Dónde lo buscaba? ¿Qué hacía para mejorar su apariencia?

Encontró un par de planes de dietas alimentarías, la dieta del zumo de frutas y el régimen del arroz, junto con una dieta de choque según la cual no se podía comer y beber en la misma comida.

Grupos de adelgazamiento organizados… ¿Acaso Buffalo Bill los vigilaba para encontrar muchachas corpulentas? Qué difícil de verificar. Starling sabía por el expediente que dos de las víctimas habían pertenecido a grupos de adelgazamiento y que se habían investigado las listas de inscritos. A un agente de la delegación de Kansas City, por tradición «la oficina de los gordos» del FBI, y a algunos policías con problemas de exceso de peso se les había encomendado la misión de investigar en Sinderella y el Centro Dietético, así como inscribirse en los Weight Watchers y otras agrupaciones de este tipo en las ciudades de las víctimas. No sabía si Catherine Martin pertenecía a uno de esos grupos. Para Fredrica Bimmel, el coste de la inscripción hubiera supuesto un problema económico.

Fredrica poseía varios números de *Grandes y Hermosas*, revista especialmente dedicada a la mujer de gran tamaño. Uno de los artículos aconsejaba «desplazarte a Nueva York, ciudad en la que podrás conocer a extranjeros llegados de varios países del mundo en los que tu talla y estatura se consideran valiosísimas ventajas». Estupendo. Como alternativa, «podrías viajar a Italia o Alemania, donde a partir del primer día de estancia los hombres no te dejarán en paz». Seguro. A continuación ofrecemos algunos consejos sobre lo que hay que hacer si de las sandalias te sobresalen los dedos de los pies. ¡Madre mía! Todo lo que Fredrica necesitaba era conocer a Buffalo Bill, que la consideró de inmediato «una valiosísima ventaja».

¿Cómo se arreglaba Fredrica? Tenía maquillaje y muchos productos para el cutis. Bravo, muchacha, *emplea* a fondo esa ventaja. Starling se descubrió alentando a Fredrica, como si aún importase.

En una caja de puros guardaba bisutería. Entre las baratijas había un broche redondo chapado de oro que seguramente habría pertenecido a su difunta madre. Había cortado los dedos de unos guantes de encaje para llevarlos, sin duda, al estilo de Madonna, pero se le habían deshilachado.

También tenía algo de música, un tocadiscos Decca de los años cincuenta provisto de una palanca sujeta al brazo mediante anillas de goma como contrapeso. Discos de oferta. Temas románticos interpretados por Zarrifir, el maestro de la flauta.

Cuando tiró del cordón que encendía la luz del cuartito que hacía las veces de

armario, a Starling le sorprendió el vestuario de Fredrica. Poseía ropa bonita, no en exceso pero sobrada para ir a clase y suficiente para trabajar en una oficina seria o incluso en una tienda elegante. Una rápida ojeada al interior de las prendas le explicó el porqué. Fredrica se las confeccionaba ella misma, y muy bien, por cierto; las costuras estaban pulidas con trencilla y las vueltas pulcramente terminadas. En un estante del fondo del armario había un montón de patrones. La mayoría era de Sencillo y Favorecedor, pero había un par del Vogue que parecían difíciles.

Seguramente, para la entrevista de trabajo, se puso su mejor ropa. ¿Qué debió ponerse? Starling ojeó el expediente. Aquí: vista por última vez con un traje verde. Vamos, agente, ¿qué demonios es un «traje verde»?

El punto flaco del vestuario de Fredrica era la escasez de presupuesto —tenía pocos zapatos—, y con su peso los que tenía los estropeaba pronto. Sus mocasines estaban tan dados que parecían ovalados. En los zapatos de salón llevaba plantillas DevorOlor. En las zapatillas de correr, los ojetes estaban deformados.

A lo mejor Fredrica hacía un poco de ejercicio; había algunas prendas de plástico para sudar.

Eran de la marca Juno. Catherine Martin también tenía unos calcetines de plástico de la marca Juno.

Starling salió del ropero. Retrocedió hasta la cama, se sentó en los pies, y con los brazos cruzados se quedó mirando hacia el interior del iluminado armario.

Juno era una conocida marca que se vendía en multitud de tiendas y establecimientos especializados en tallas grandes, pero tenía interés porque planteaba el problema de la ropa. Todas las ciudades americanas dignas de merecer el nombre de tal poseen al menos una tienda especializada en ropa para personas obesas.

¿Acaso Buffalo Bill espiaba dichas tiendas, elegía a una clienta y la seguía?

¿Entraba tal vez vestido de mujer en un establecimiento especializado en tallas grandes para vigilar a la clientela? Este tipo de comercios cuentan entre sus clientes con todos los travestidos y maricas de la ciudad.

La teoría de que Buffalo Bill podía ser un transexual se había tomado en cuenta, respecto a la investigación, muy recientemente, sólo desde que el doctor Lecter expusiera esa idea a Clarice Starling. ¿Cómo resolvía el problema de la ropa?

Todas las víctimas debían haber adquirido la ropa en tiendas especializadas para personas obesas. Catherine Martin podía usar una talla doce, pero las otras no, y la propia Catherine debió adquirir sus chándals de la marca Juno en un establecimiento dedicado exclusivamente a comercializar tallas grandes.

Catherine Martin podía llevar una doce. Era la más menuda de las víctimas. Fredrica, la primera, era la de mayor corpulencia. ¿Cómo solucionaba Buffalo Bill, al elegir a Catherine, el problema de la reducción de tamaño? Catherine tenía curvas francamente opulentas, pero no era tan grande. ¿Habría perdido peso el asesino?

¿Acaso se había inscrito en un grupo de adelgazamiento? Kimberly Emberg estaba a medio camino; era corpulenta, pero tenía cintura.

Starling había evitado deliberadamente pensar en Kimberly Emberg, pero en ese momento el recuerdo la abrumó. Volvió a verla tendida en la mesa de la funeraria de Potter. A Buffalo Bill le habían importado un cuerno sus piernas depiladas, sus uñas pulcramente esmaltadas: miró el pecho plano de Kimberly y como no le pareció suficiente, agarró la pistola y le abrió un boquete en forma de estrella de mar en el pecho.

La puerta de la habitación se abrió unos centímetros. Starling notó el movimiento en su corazón antes de saber qué era.

Entró un gato, un gato grande, de rubio pelaje, con un ojo dorado y el otro azul. Se subió de un brinco a la cama y se acurrucó junto a Starling. Buscaba a Fredrica.

Soledad. Chicas corpulentas y solitarias tratando de satisfacer a alguien.

La policía había eliminado de inmediato los clubes de corazones solitarios. ¿Acaso Buffalo Bill tenía otra forma de aprovecharse de la soledad? Nada nos hace más vulnerables que la soledad, a excepción de la avaricia.

Es posible que la soledad hubiera permitido a Buffalo Bill entrar en contacto con Fredrica, pero no con Catherine. Catherine no era una persona solitaria.

Kimberly sí era una chica solitaria. *No empieces.* Kimberly, obediente y fláccida, pasado ya el rigor mortis, puesta boca abajo en la mesa de la funeraria para que Starling pudiese tomarle las huellas dactilares. Basta.

No puedo evitarlo. Kimberly, solitaria, deseosa de agradar, ¿se habría puesto alguna vez dócilmente boca abajo para complacer a un hombre, solamente para sentir en la espalda los latidos de su corazón? Y se preguntó si Kimberly habría sentido alguna vez el roce de un bigote entre los omóplatos.

Mientras miraba hacia el interior del iluminado ropero, Starling recordó el prominente trasero de Kimberly y los trozos triangulares de piel que le faltaban en los hombros.

Mientras miraba hacia el interior del ropero iluminado, Starling vio los triángulos que faltaban de los hombros de Kimberly dibujados con tiza sobre un patrón. La idea se alejó, voló describiendo varios círculos y se le presentó de nuevo, acercándose tanto que esta vez pudo atraparla, cosa que hizo con un salvaje impulso de alegría: ¡SON PINZAS! ¡LE ARRANCÓ ESOS TRIÁNGULOS CON OBJETO DE HACER DOS PINZAS Y ASÍ PODERLA ENSANCHAR DE CINTURA! ¡ESE MALDITO HIJO DE PUTA SABE COSER! ¡BUFFALO BILL SABE COSER DE VERDAD! ¡HA DE SER SASTRE DE OFICIO! ¡EL MUY CABRÓN NO SE CONTENTA CON ROPA DE CONFECCIÓN!

¿Qué había dicho el doctor Lecter? «Se está confeccionando un traje de mujer con mujeres de verdad». ¿Qué me dijo a mí? «¿Sabe usted coser, Clarice?». Claro

que sé, maldita sea.

Starling echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos un instante. Solucionar un problema es cazar; produce un placer feroz que es innato en el hombre.

En la salita había visto un teléfono. Empezó a bajar la escalera para emplearlo, pero ya la voz chillona de la señora Bimmel la llamaba, la llamaba para que se pusiera al teléfono.

Capítulo 53

La señora Bimmel pasó el teléfono a Starling y cogió en brazos al bebé, que estaba lloriqueando. No salió de la salita.

—Clarice Starling.

—Jerry Burroughs al aparato. Starling…

—Qué suerte. Iba a llamarle. Oiga, Jerry, Buffalo Bill sabe coser. Los triángulos que arrancó… Un segundo. Señora Bimmel, ¿tendría la bondad de llevarse al niño a la cocina? Tengo que hablar… Gracias… Jerry, sabe coser de verdad. Arrancó…

—Starling.

—Los triángulos que le arrancó a Kimberly Emberg eran para hacer unas pinzas, pinzas de modistería. ¿Sabe a lo que me refiero? Es un hombre que conoce el oficio a fondo; sabe lo que es la confección. Mire, es preciso que la sección de Identificación repase las listas de criminales conocidos en busca de sastres, confeccionistas de velas marinas, loneros, pañeros, tapiceros… Que registren el archivo de señas distintivas en busca de alguien que tenga una muesca de sastre en los dientes…

—De acuerdo, de acuerdo, en seguida transmito el mensaje a Identificación. Ahora escúcheme, es posible que tenga que colgar. Jack me ha encargado que la avise. Tenemos un nombre y una dirección que parecen interesantes. El equipo de rescate acaba de salir en avión desde Andrews. Jack le está dando instrucciones desde aquí.

—¿A dónde se dirige?

—A Calumet City, a las afueras de Chicago. El nombre de pila del sospechoso es Jame, como «dame» pero con J; el apellido es Gumb, alias John Grant, varón, de raza blanca, treinta y cuatro años, uno ochenta y cinco, pelo castaño, ojos azules. Jack acaba de recibir una llamada de Johns Hopkins con esta descripción. Su teoría, Starling, de que había de ser distinto de un transexual, hizo levantar la liebre en Johns Hopkins. Por lo visto, ese individuo solicitó ser intervenido en ese centro para cambiar de sexo hace tres años. Y cuando su solicitud fue rechazada, le dio una paliza a un médico. Johns Hopkins poseía su nombre, Grant, un alias, y una dirección falsa en Harrisburg, Pennsylvania. La policía tenía en su poder un recibo del gas con el número del permiso de conducir, y hemos partido de esos dos datos. Tiene un historial de antología: delincuente juvenil en California, mató a sus abuelos y estuvo

recluido seis años en el psiquiátrico de Tulare. El Estado lo puso en la calle hace dieciséis años, al cerrar el manicomio. Entonces desapareció durante mucho tiempo. Es un homosexual que se dedica a perseguir maricones. Tuvo un par de líos en Harrisburg, y volvió a desaparecer.

—Ha dicho Chicago. ¿Cómo se ha averiguado que se trata de Chicago?

—Por Aduanas. Conservaba un expediente a nombre de John Grant. Hace un par de años, Aduanas interceptó en el aeropuerto de Los Ángeles una maleta procedente de Surinam llena de «ninfas» vivas —¿se dice así?—, bueno, insectos al fin y al cabo, polillas. El destinatario era John Grant, y la dirección la de una empresa de Calumet llamada —fíjese bien— «Don Cuero». Confección de prendas de piel. A lo mejor, eso de que sabe coser encaja con este dato; voy a transmitir lo de que sabe coser a Chicago y Calumet. Todavía no sabemos el domicilio de Grant, o Gumb; ese negocio que le he mencionado cerró. Pero pronto lo averiguaremos.

—¿Hay fotografías?

—Sólo las del correccional de Sacramento. No sirven de gran cosa; tenía doce años. De pinta recuerda a Beaver Cleaver. De todos modos, la sala de radio las está enviando por fax a todas partes.

—¿Puedo ir?

—No. Jack ya me ha advertido que lo preguntaría. Llevan dos mujeres policías de Chicago y una enfermera para hacerse cargo de Catherine, si consiguen salvarla. Además, no llegaría usted a tiempo, Starling.

—¿Y si opone resistencia? Podrían tardar…

—No va a haber contemplaciones. Crawford ha autorizado una entrada explosiva. Este individuo es peligroso, Starling; no es la primera vez que captura rehenes. Cuando cometió el homicidio de sus abuelos, en la adolescencia, la policía de Sacramento lo acorraló; entonces cogió a su abuela como rehén —ya había matado al abuelo— y le aseguro que fue espantoso. Salió con ella ante la policía, que había enviado a un sacerdote a parlamentar con él; como era un chaval, nadie se atrevió a dispararle, y allí, delante de todos, le pegó un tiro a la pobre mujer en los riñones. Los esfuerzos de los médicos por salvarle la vida fueron inútiles. Y eso lo hizo a los doce añitos. De modo que esta vez, nada de negociaciones, nada de advertencias. Lo más seguro es que Catherine Martin ya esté muerta, pero supongamos que la suerte esté de nuestro lado.

Supongamos que por cualquier motivo, por cualquier razón, aún no la ha matado. Si nos ve venir, la liquidará delante de nuestras narices aunque sólo sea por rencor, porque con eso no pierde nada. De manera que si le encuentran, ¡bum!, y la puerta abajo.

La salita estaba insoportablemente caliente y olía a pipí de crío. Burroughs seguía hablando.

—Estamos buscando ambos nombres en las listas de suscriptores de revistas entomológicas, en el gremio de cuchilleros, en las de delincuentes conocidos, en todas partes; hasta que esto no termine, no se va a librar nadie. Usted está investigando a las amistades de Bimmel, ¿no es así?

—Así es.

—El Departamento de justicia ha dicho que es un caso muy difícil de probar como no le atrapemos con las manos en la masa. Hemos de cazarle con Catherine Martin o con algo identificable, algo que tenga dientes y uñas, francamente. Huelga decir que si ya ha liquidado a Martin, necesitamos testigos relacionados con las otras víctimas. Por lo tanto, podemos utilizar todo lo que descubra sobre Bimmel independientemente de… Starling, le juro que hubiese querido que esto hubiera ocurrido ayer, no sólo a causa de Catherine Martin, sino por otros motivos. ¿Ya han empezado a actuar contra usted en Quántico?

—Creo que sí. Han incluido en el curso a alguien que estaba esperando un hueco producido por algún repetidor; al menos eso es lo que me han dicho.

—Si conseguimos atraparle en Chicago, usted ha contribuido enormemente a la solución de este caso. Y por muy gilipollas que sean los de Quántico, que lo son, eso han de tenerlo en cuenta. Espere un minuto.

Starling oyó vociferar a Burroughs a cierta distancia del teléfono. Luego regresó.

—Nada; estarán listos para atacar en Calumet dentro de cuarenta o cuarenta y cinco minutos, según lo rápido que les permita aterrizar la intensidad del viento. Los SWAT de Chicago están preparados para actuar en caso de que se le encuentre antes. La Compañía Hidroeléctrica de Calumet ha proporcionado cuatro posibles direcciones. Starling, esté atenta a cualquier detalle que pueda servir para estrechar el cerco. Si ve algo relacionado con Chicago o Calumet, llámeme inmediatamente.

—De acuerdo.

—Y ahora escuche. Una cosa más y tengo que colgar. Si lo logramos, si conseguimos atraparle en Calumet, mañana se presenta usted en Quántico de punta en blanco a las ocho en punto. Jack Crawford la acompañará al tribunal para declarar en su favor, y Joe Brigham, el instructor de tiro, también. Por nosotros que no quede.

—Jerry, sólo una cosa: Fredrica Bimmel poseía una ropa de deporte de la marca Juno, que es una casa especializada en la confección de prendas para personas obesas. Catherine Martin también tenía unas de la misma marca. Lo digo por si sirve de algo. A lo mejor este tío se dedicaba a vigilar las tiendas especializadas en ropa para personas obesas para seleccionar a víctimas de gran tamaño. Podríamos investigar en Memphis, en Akron y en los otros sitios.

—Entendido. No se me desanime.

Starling salió al miserable jardín de Belvedere, Ohio, alejado quinientos largos kilómetros de Chicago, el lugar de la acción. Notó con agrado la caricia del aire frío

en la cara. E hizo un gesto de aliento destinado a animar al equipo de rescate. Al mismo tiempo notó un leve temblor en el mentón y en las mejillas. ¿Qué demonios era eso? ¿Qué diantres hubiera hecho si hubiese descubierto algo? Hubiera llamado a la delegación de Cleveland, a los SWAT de Columbus y a la comisaría de Belvedere, por supuesto, para que vinieran todos.

Salvar a la muchacha, a la hija de la aborrecible senadora Martin, y a las que pudieran venir después era lo único que verdaderamente contaba. Si lo lograban, todo el mundo quedaría bien.

Y si no llegaban a tiempo, si se encontraban con un espectáculo horrendo, Dios mío, por favor, que cojan a Buffa… A Jame Gumb o a Don Pellejo o Don Cuero o como le dé la gana de llamarse a ese maldito monstruo.

No obstante, haber llegado tan cerca, tener ya casi una mano en el gañote, dar con una buena idea con un día de retraso y acabar en un lugar tan lejano del arresto, expulsada de las clases, olía a fracaso completo. Hacía tiempo que Clarice sospechaba, llena de sentimientos de culpabilidad, que la suerte de los Starling llevaba como mínimo un par de siglos mostrándose adversa, que todos los Starling no habían hecho más que deambular confusos y enfurecidos por entre las nieblas del tiempo. Que si se pudiesen descubrir los rastros del primer Starling, el camino que trazaban era un círculo. Ése era el razonamiento clásico del fracasado y maldita si iba a permitirse refocilarse con él.

Si le atrapaban gracias a la teoría que ella había obtenido de labios del doctor Lecter, sin duda ello la beneficiaría ante el Departamento de justicia. Starling tuvo que obligarse a pensar en eso un rato; sus perspectivas profesionales, sus esperanzas de futuro, sufrían violentas crispaciones, como un miembro amputado.

De todas formas, ocurriese lo que ocurriese, haber tenido el destello de visualizar lo del patrón de sastrería le había producido una de las mayores satisfacciones de su vida. Eso era digno de conservarse. Había hallado fuerzas en el recuerdo de su madre y en el de su padre. Se había ganado a pulso la confianza de Jack Crawford y no la había perdido. Esas cosas serían las que ella guardaría en su joyero.

Su misión, su deber, era pensar en Fredrica Bimmel y cómo podía haberla secuestrado Gumb. Un proceso contra Buffalo Bill exigiría conocer todos esos hechos.

Piensa en Fredrica, clavada en este sitio toda su juventud. ¿Dónde buscaría una salida? ¿Acaso sus anhelos hallaron eco en los de Buffalo Bill? ¿Fue eso lo que los unió a ambos? Qué espanto pensar que quizá él, con su experiencia, la comprendió e incluso se compadeció de ella, para después servirse de ella hasta arrancarle la piel.

Starling se acercó al borde del agua. Casi todos los sitios poseen un momento del día, un ángulo, una intensidad de luz en que aparecen bajo su más bello aspecto. Cuando uno está clavado en un sitio determinado, aprende a conocer ese momento,

que se espera con ilusión. Aquella hora del día, a media tarde, era probablemente el momento más hermoso del río Licking, a espaldas de la calle Fell. ¿Era ése el momento en que Fredrica Bimmel se permitía soñar? El sol, pálido ya, arrancaba al agua el vapor suficiente para difuminar los inservibles frigoríficos y cocinas económicas arrojados entre los matorrales en la otra orilla de la charca. Y el viento del noreste, que soplaba en dirección opuesta a la de la luz, combaba las finas espadañas, doblándolas hacia el sol.

Un pedazo de tubería de polictileno blanco salía del cobertizo del señor Bimmel y desaguaba cerca del río. De pronto gorgoteó y de ella salió un breve chorro de agua ensangrentada que manchó la sucia nieve. Bimmel salió al exterior. Llevaba la delantera de los pantalones llena de salpicaduras de sangre y en la mano transportaba, en una bolsa de plástico transparente, unos bultos grises y rosados.

—Pichones —dijo, al ver que Starling lo miraba—. ¿Ha comido alguna vez pichones?

—No —contestó Starling, volviendo la espalda al río—. Pero palomas torcaces, sí.

—En los pichones no hay miedo de encontrar perdigones.

—Señor Bimmel, ¿conocía Fredrica a alguien de la zona de Chicago o Calumet City?

Él se alzó de hombros y sacudió la cabeza.

—¿Había estado alguna vez en Chicago, que usted supiera?

—¿Qué quiere decir con eso de «que usted supiera»? ¿Cree usted que una hija mía puede marcharse a Chicago sin que yo me entere? Ni a *Columbus* iba sin que yo lo supiera.

—¿Conocía a algún hombre que se ganase la vida cosiendo, algún sastre o tapicero?

—Ella cosía para todo el mundo. Cosía tan bien como su madre. No creo que cosiera para ningún hombre.

Cosía para varias señoras, para tiendas, pero no sé quiénes son.

—¿Quién era su mejor amiga, señor Bimmel? ¿Con quién salía a matar el tiempo? *—Dios mío, ¿por qué habré dicho «matar»? Menos mal, no lo ha pescado; sólo se ha puesto furioso.*

—Ella no salía a matar el tiempo, como esos gandules que abundan tanto hoy en día. Siempre estaba ocupada. Dios no la había hecho guapa, pero sí muy laboriosa.

—¿Quién era su mejor amiga?

—Stacy Hubka, creo, desde que eran pequeñas. La madre de Fredrica siempre decía que Stacy salía con Fredrica porque quería tener a alguien que le hiciese de sirvienta; qué sé yo.

—¿Sabe dónde podría ponerme en contacto con ella?

—Stacy trabajaba en la agencia de seguros. Creo que todavía sigue allí. Seguros Franklin.

Con la cabeza baja y las manos metidas en los bolsillos, Starling cruzó el trillado patio hacia el coche. El gato de Fredrica la miraba desde la ventana más alta de la casa.

Capítulo 54

Cuanto más al oeste se desplaza uno, más rápida es la respuesta que obtienen las credenciales del FBI. La tarjeta de identificación de Starling, que de un funcionario de Washington no hubiera merecido más que el levantamiento de una aburrida ceja, obtuvo la íntegra atención del jefe de Stacy Hubka en la agencia de seguros Franklin de Belvedere, Ohio, el cual sustituyó personalmente a Stacy en el mostrador y ante la centralita y ofreció a Starling la intimidad de su oficina para que allí se celebrase la entrevista.

Stacy Hubka tenía una cara redonda y cubierta de vello, y con tacones altos no mediría más de metro sesenta. Iba peinada con raya en medio y melena lisa que se apartaba de la cara con un gesto imitado de Cher Bono. Examinaba a Starling de pies a cabeza cada vez que ésta no la miraba.

—Stacy… ¿puedo tutearte?

—Desde luego.

—Stacy, quisiera que me contases cómo pudo ocurrirle aquello a Fredrica Bimmel, dónde pudo localizarla ese hombre.

—Qué cosa tan espantosa. Arrancarle la *piel*… menudo tío. ¿La vio usted? Dicen que estaba hecha trizas, como si le hubiesen sacado el aire a un…

—Stacy, ¿te mencionó alguna vez a alguien de Chicago o Calumet City?

Calumet City. El reloj de pared que había encima de Stacy Hubka atrajo la atención de Starling. Si el equipo de rescate llega en cuarenta minutos, faltan diez para que aterrice. ¿Tendrán una dirección fiable? No te distraigas. Tú a lo tuyo.

—¿Chicago? —repitió Stacy—. No. A Chicago fuimos una vez a tomar parte en el desfile del día de Acción de Gracias.

—¿Cuándo?

—Estábamos en octavo… Pues, hará unos nueve años. Fuimos todos los de la banda de música, en autobús, a pasar el día y volvimos por la noche.

—¿Qué pensaste, en el mes de abril, cuando se produjo la desaparición de Fredrica?

—Que no lo entendía.

—¿Recuerdas dónde estabas cuando te enteraste, cuando te comunicaron la noticia? ¿Qué pensaste en aquel momento?

—Pues la noche en que desapareció, Skip y yo fuimos al cine y luego al bar del señor Toad a tomar una copa y entonces Pam y los otros, quiero decir que entró Pam Malavesi y nos dijo que Fredrica había desaparecido, y Skip va y contesta: «A Fredrica no logra hacerla desaparecer ni *Houdini*». Y entonces tuvo que explicar a todo el mundo quién era Houdini; siempre hace igual, alardear de la cantidad de cosas que sabe; pero nosotros le dijimos que ya estaba bien. Yo pensé que Fredrica se había enfadado con su padre. ¿Ha visto la casa? ¿No es una pocilga? Yo no sé dónde estará, pero lo que sí sé es que se avergüenza de que haya estado en su casa. ¿Usted no se escaparía?

—¿Pensaste que a lo mejor se había escapado con alguien? ¿Te vino algún nombre a la cabeza, aunque fuese absurdo?

—Skip dijo que a lo mejor había encontrado a un tío que le gustaban las gordas. Pero, no, nunca tenía a nadie. Una vez tuvo un novio, pero hace tantos años que eso ya es prehistórico. Era uno que formaba parte de la banda de música, en décimo. Digo novio, pero lo único que hacían era charlar y reírse, como dos amigas, y hacer los deberes juntos. Era muy afeminado, llevaba uno de esos gorritos de pescador griego, ¿sabe lo que quiero decir? Skip decía que era, bueno, pues, marica. Todos nos burlábamos de ella porque salía con un marica. Pero él y su hermana se mataron en un accidente de tráfico, y Fredrica ya no tuvo a nadie más.

—¿Qué pensaste al ver que ella no regresaba?

—Pam decía que a lo mejor se había metido en los Mormones o en alguna secta; yo, pues no sé, pero cada vez que pensaba en aquello tenía un miedo espantoso. Le dije a Skip que no quería salir de noche, a no ser que me viniese a buscar. Le dije: «Mira, chaval, a la que se ponga el sol, si no es contigo, no salgo».

—¿Le oíste mencionar a alguien llamado Jame Gumb? ¿O John Grant?

—Mmmmmm… No.

—¿Crees que podía tener algún amigo sin que tú lo supieras? ¿Hubo quizá temporadas en que os visteis menos?

—No. Si hubiera tenido un amigo, yo lo hubiera sabido, créame. Nunca tuvo ningún amigo.

—¿Y es posible, digamos, que tuviese algún amigo y no quisiera comentarlo?

—¿Y por qué no?

—Pues, tal vez para que nos os burlaseis de ella.

—¿Nosotros? ¿Burlarnos de ella? ¿Lo dice por lo que le he contado del marica? —Stacy se sonrojó—. No, no. Nosotros no le hubiéramos hecho ningún daño. Eso se lo he comentado pues porque sí. Ella no… todo el mundo fue muy, no sé cómo decir, muy amable con ella después que murió.

—¿Trabajaste alguna vez con Fredrica, Stacy?

—Cuando estábamos en el último curso del instituto, yo, ella, Pam Malavesi y

Jaronda Askew trabajamos en verano en el Centro de Ropa de Ocasión. Y luego Pam y yo fuimos a Richard's a ver si nos daban empleo; ahí venden ropa buena, y me contrataron a mí, y luego a Pam. Y Pam le dijo a Fredrica que por qué no iba, que necesitaban a otra dependienta, y ella fue, pero la señora Burdine, que era la jefa de ventas, va y le dice: «Mira, Fredrica, aquí necesitamos a una chica que sepa relacionarse con la gente, una persona que las clientas al verla digan que quieren parecerse a ella, que sea capaz de ayudarlas a elegir una prenda, que sepa decirles si les sienta bien o no. Mira, si haces régimen y adelgazas un poco, vienes a verme enseguida», le dice. «Pero de momento, lo único que puedo ofrecerte es darte arreglos para que los hagas en casa; para eso te cojo a prueba; ahora mismo voy a decírselo a la señora Lippman que es la que se encarga de eso». La señora Burdine, aunque hablaba así de fina, luego resultó ser una arpía, pero yo la verdad es que de momento no me di cuenta.

—¿De modo que Fredrica hacía arreglos para Richard's, la tienda de modas donde tú trabajabas?

—Aquello le dolió mucho, pero sí, claro, qué remedio. La señora Lippman ya era muy mayor y hacía arreglos para todo el mundo. Tenía más trabajo del que podía atender y Fredrica trabajaba para ella. La señora Lippman era modista y cosía para mucha gente, vestidos y de todo. Cuando la señora Lippman se retiró, su hija o quien fuese no quiso continuar con el oficio, y se lo pasó a Fredrica que se puso a coser para todo el barrio. No hacía más que coser. A veces salíamos juntas Pam, ella y yo; íbamos a casa de Pam a la hora de comer a ver un programa de televisión que nos gustaba mucho y Fredrica se traía la costura y se pasaba todo el rato cose que te coserás.

—¿Trabajó alguna vez Fredrica en la tienda, tomando medidas? ¿Conocía a algún cliente o a algún proveedor?

—A veces, pero muy pocas. No lo sé, porque yo trabajaba todos los días.

—¿La señora Burdine estaba en la tienda todos los días? ¿Podría saberlo ella?

—Sí, supongo que sí.

—¿Mencionó Fredrica alguna vez que trabajaba para una empresa de confección de Chicago o Calumet City llamada Don Cuero, quizá forrando prendas de cuero?

—No lo sé. Tal vez la señora Lippman lo supiera.

—¿Viste alguna vez la marca Don Cuero? ¿La comercializaba Richard's o alguna tienda que conocieses?

—No.

—¿Sabes la dirección de la señora Lippman? Quisiera hablar con ella.

—Ha muerto. Al jubilarse se marchó a Florida y murió allí, según me dijo Fredrica. Yo no llegué a conocerla. Skip y yo fuimos algunas veces a su casa a buscar a Fredrica, cuando tenía mucha ropa para llevarse a casa. Pero podría hablar con su

familia. Le voy a apuntar la dirección.

Esto era sumamente tedioso para Starling, que sólo quería noticias de Calumet City. Los cuarenta minutos ya habían transcurrido. El equipo de rescate ya habría aterrizado. Cambió de posición para no ver el reloj y continuó con el interrogatorio.

—Stacy, ¿dónde se compraba la ropa Fredrica? ¿Dónde se pudo comprar ese chándal de la marca Juno de talla tan grande?

—Casi todo se lo confeccionaba ella misma. Supongo que lo de Juno se lo compraría en Richard’s porque cuando se pusieron de moda los chándals enormes para todo el mundo, para que quedasen sueltos encima de los leotardos, los vendíamos allí. Ella en Richard’s tenía descuento por hacerles los arreglos de taller.

—¿Sabes si compraba ropa en tiendas especializadas en tallas grandes?

—Entrábamos en todos los sitios a ver qué había, a curiosear, ya sabe lo que quiero decir. A veces íbamos a Personality Plus a buscar ideas para ella, en fin, modelos favorecedores para mujeres corpulentas.

—¿En estas tiendas, hubo alguien que os siguiera? ¿Notó Fredrica que alguien se fijase en ella?

Stacy se quedó mirando al techo unos segundos y contestó que no con la cabeza.

—Stacy, ¿entraban alguna vez travestis en Richard’s, o bien hombres que comprasen vestidos de mujer de talla grande? ¿Te encontraste alguna vez con eso?

—No. Yo y Skip vimos una vez a un grupito de travestis en un bar de Columbus.

—¿Iba Fredrica con vosotros?

—¡Qué va! Nos fuimos a pasar el fin de semana juntos.

—¿Puedes hacerme una lista de las tiendas especializadas en tallas grandes a las que fuiste con Fredrica? ¿Crees que podrías recordarlas todas?

—¿Sólo las de aquí o también las de Columbus?

—Las de aquí y las de Columbus. Y anota también la dirección de Richard’s. Quiero hablar con la señora Burdine.

—De acuerdo. Es un trabajo interesante ser agente del FBI, ¿verdad?

—Sí, a mí me lo parece.

—Tendrá que viajar, ¿no?, quiero decir a sitios más apetecibles que éste.

—A veces sí.

—Y hay que ir bien arreglada todos los días, ¿verdad?

—Pues sí. Hay que cuidarse y tener aspecto profesional.

—¿Y qué hay que hacer para ser agente del FBI?

—Primero hay que ir a la universidad, Stacy.

—Eso cuesta mucho dinero.

—Sí, es verdad. Pero existen becas y otras ayudas. ¿Quieres que te envíe folletos de información?

—Oh sí. Estaba pensando que Fredrica se *alegró* muchísimo por mí cuando

conseguí este trabajo. Estaba como loca, porque como ella nunca había trabajado en una oficina, le parecía que conseguir empleo aquí era meterse en algo de mucho futuro. *Esto*, rellenar fichas de cartulina y escuchar todo el santo día a Barry Manilow por los altavoces, le parecía maravilloso. ¿Qué sabría ella, la tonta?

Los ojos de Stacy Hubka se llenaron de lágrimas. Y los abrió mucho y echó la cabeza hacia atrás para no tener que retocarse el maquillaje.

—¿Me haces la lista, Stacy?

—Prefiero hacérsela en mi mesa. Allí tengo el tratamiento de textos, la libreta de direcciones y todo lo demás.

Y salió con la cabeza echada hacia atrás, orientándose por el techo.

Era el teléfono lo que fascinaba a Starling. En el momento en que Stacy Hubka salió del despacho, Starling llamó a Washington para averiguar noticias.

Capítulo 55

En ese momento, sobre la punta meridional del lago Michigan, un avión privado capaz para veinticuatro pasajeros y dotado de letreros civiles aminoró la velocidad de crucero y dio comienzo a la larga curva que iniciaba el descenso hacia Calumet City, Illinois.

Los doce miembros del equipo de rescate notaron el efecto en la boca del estómago. A lo largo del pasillo se produjeron varios bostezos cuya deliberada intensidad no logró más que revelar la tensión que reinaba en el grupo.

El comandante de la brigada, Joe Randall, sentado en la primera fila de asientos de la sección de pasajeros, se quitó los auriculares y echó un vistazo a sus notas antes de levantarse para hacer las últimas recomendaciones a sus subalternos. Estaba convencido de mandar al equipo mejor entrenado del mundo, y es posible que no le faltara razón. Varios de sus hombres no habían tomado nunca parte en una operación de rescate, pero a juzgar por los resultados obtenidos en diversas pruebas y simulacros, eran indiscutiblemente lo mejor de lo mejor.

Randall, que había pasado muchas horas de su vida en pasillos de aviones, no tuvo dificultad en mantener el equilibrio a pesar de las sacudidas del descenso.

—Caballeros, el transporte que nos espera al aterrizar es cortesía de los servicios clandestinos de la DEA: una furgoneta de reparto de una floristería y una camioneta de fontanero. De manera que, Eddie y Vernon, ustedes dos, armas largas y de civiles, y no olviden que si hemos de arrojar granadas, no irán provistos de máscaras protectoras.

—No te olvides de taparte los mofletes con las manos —le dijo Vernon a Eddie entre dientes.

—¿Qué ha dicho? ¿Que estuviéramos al tanto? Me ha parecido oír algo de granadas —le contestó Eddie en el mismo tono.

Vernon y Eddie, los encargados de realizar el acercamiento inicial a la puerta, sólo podían llevar unos delgados chalecos antibalas debajo de sus ropas de paisano. Los demás podrían utilizar uniformes blindados, a prueba de balas de rifle.

—Bobby, encárgate de instalar una radio de las nuestras en cada furgoneta, para el chófer; a ver si esta vez no la jodemos al intentar hablar con los de la DEA —dijo Randall.

La DEA, la Agencia Antinarcóticos de los Estados Unidos, emplea en sus batidas radios UHF, mientras que el FBI usa VHF, lo cual en anteriores ocasiones había creado problemas.

Iban preparados para cualquier eventualidad que pudiese surgir de día o de noche: para escalar paredes llevaban equipo de alpinismo; para escuchar, dispositivos electrónicos de alta sensibilidad; y para ver, material de espionaje nocturno. Las armas, provistas asimismo de visores nocturnos, parecían, en sus abultadas fundas, instrumentos de música.

La operación que iban a llevar a cabo sería de una precisión quirúrgica y las armas así lo reflejaban: no había ninguna que disparase mediante un simple cerrojo.

Los integrantes del grupo se pertrecharon con sus equipos de radio cuando los alerones del avión se inclinaron hacia abajo.

Randall recibió noticias de Calumet por los auriculares. Cubriendo el micro con la mano, se dirigió nuevamente a sus hombres.

—Muchachos, las posibilidades han quedado reducidas a sólo dos direcciones; nosotros vamos a la más probable y los SWAT de Chicago a la segunda.

El aeródromo al cual se dirigían era el municipal de Lansing, el más próximo a Calumet, en el sector sudeste de Chicago. El avión recibió pista de inmediato. El piloto lo detuvo con un chirriar de frenos entre dos vehículos que aguardaban en marcha en el extremo de la pista opuesto al de la terminal.

Hubo veloces saludos junto a la furgoneta de la floristería. El comandante de la D E A entregó a Randall algo que parecía un alto adorno floral. Se trataba de un martillo magnético para derribar puertas, con la cabeza envuelta en papel de plata simulando una maceta y hojas verdes sujetas al mango.

—Por si quiere entregar este regalo —dijo—. Bienvenidos a Chicago.

Capítulo 56

El señor Gumb reanudó sus tareas a última hora de la tarde.

Con un par de lagrimones peligrosamente suspendidos al borde de sus párpados, estuvo contemplando el vídeo una y otra vez. En la pequeña pantalla, Mamá subía al tobogán y se lanzaba a la piscina. Las lágrimas borraban la visión de Jame Gumb, como si fuese él quien se hallase dentro del agua.

Apoyada sobre su tripa, burbujeaba una botella de agua caliente, como burbujeaba el estómago de su perrita cuando se acurrucaba encima de él.

Ya no podía soportarlo más; no podía soportar que aquello que tenía metido en el pozo hubiese secuestrado a su Preciosa, la tuviese prisionera y encima la amenazase. En realidad ’ el señor Gumb no estaba seguro de poder liquidar al material antes de que aquel ser hiriese fatalmente a su Preciosa, pero había de intentarlo. Y ahora mismo.

Se desnudó y se puso el batín; siempre concluía las tareas de la cosecha desnudo y ensangrentado como un recién nacido.

De su amplio y bien surtido botiquín sacó el ungüento que había empleado para curar a Preciosa cuando la arañó aquel gato. Sacó también una caja de tiritas, mercromina y la pantalla de plástico que le había dado el veterinario para impedir que la perrita se lamiese si tenía una llaga. En el sótano tenía un par de depresores de lengua que emplearía para entablillarle la patita fracturada y un tubo de pomada calmante que le aplicaría en el caso de que aquella cosa estúpida, al defenderse con patadas y manotazos antes de morir, le causase algún rasguño a su Preciosa.

Un certero disparo en la cabeza; estaba dispuesto a sacrificar la melena. Preciosa valía más que todas las melenas del mundo. Renunciar a aquella cabellera era un sacrificio, una ofrenda destinada a comprar la seguridad de su querido animalito.

Bajó con cuidado la escalera, entró en la cocina. Se sacó las zapatillas y empezó a bajar la oscura escalera del sótano, permaneciendo junto a la barandilla, para que los escalones no crujiesen.

No encendió la luz. Al llegar abajo, giró a la derecha, hacia el taller, avanzando a tientas por aquella conocida oscuridad, notando cómo cambiaba el suelo bajo sus pies.

La manga del batín rozó la jaula y oyó el leve pero irritado aleteo de una polilla

que incubaba. Ahí estaba el armario. Cogió la linterna de rayos infrarrojos y se colocó las gafas en la cabeza. El mundo apareció bañado en un resplandor verde. Permaneció un instante dejándose acunar por el tranquilizador gorgoteo de los acuarios, por el tibio silbido de las tuberías del vapor. Señor de las tinieblas, reina de la oscuridad.

Las polillas que volaban con libertad por la estancia dejaban verdes estelas fluorescentes al pasar ante el radio de visión del señor Gumb, y al agitar sus aterciopeladas alas causaban unos leves soplos de brisa que le acariciaban la cara.

Comprobó que la Python estuviese en orden. Así era. Estaba cargada con balas expansivas del 38 que perforarían el cráneo y al estallar provocarían una muerte inmediata. Si aquello estaba de pie cuando él disparase, si le disparaba justo en la coronilla, la bala no efectuaría el recorrido de una Magnum, por lo cual no saldría por la mandíbula inferior ni le desgarraría el pecho.

Con mucho cuidado empezó a avanzar, las rodillas flexionadas, los dedos de los pies, con sus uñas pintadas, agarrándose con cautela a los tablones. Sin hacer ruido en el suelo de arena del cuarto de la mazmorra; sin hacer ruido pero aprisa. No quería que desde el fondo del pozo Preciosa percibiese su olor.

La boca del pozo resplandecía verde; el cemento y las piedras del pretil se distinguían con toda claridad, los nudos de la madera de la tapa quedaban en su centro de visión. Enfoca la linterna e inclínate. Ahí estaban las dos. Aquello estaba tumbado de lado, como una gamba gigante. Tal vez durmiera.

Preciosa estaba acurrucada contra aquel cuerpo, seguro que durmiendo, por favor, por favor, que no esté muerta.

La cabeza quedaba al descubierto. Un disparo en el cuello resultaba de lo más tentador, porque le permitiría salvar la melena. Demasiado arriesgado.

El señor Gumb se inclinó hacia el pozo y miró abajo con los protuberantes ojos de sus gafas. La Python tiene un tacto maravilloso, suave y pesado, y es extraordinariamente certera. Lo único que había de hacer era enfocar a su objetivo el haz de luz infrarroja. Apuntó a un lado de la cabeza, al punto en que el cabello, humedecido, se adhería a la sien.

Ruido u olor, no sabría decirlo, el caso es que Preciosa se incorporó, empezó a gemir y se puso a dar saltos hacia arriba en la oscuridad. Catherine Baker Martin se dobló sobre la perra y se cubrió con el jergón. Debajo del jergón, movimiento de bultos, sólo bultos; el señor Gumb no sabía cuál de ellos era Preciosa y cuál aquello. La luz infrarroja dificultaba la profundidad de su visión. No acertaba a saber cuál de los bultos era Catherine.

Pero había visto saltar a Preciosa. Sabía, pues, que no tenía una pata fracturada y supo también otra cosa: que Catherine Baker Martin no haría daño a la perrita, que no sería capaz de hacer tal cosa, igual que él. ¡Oh, qué dulce alivio! En virtud del

sentimiento de bondad para con el animal que ambos compartían, le dispararía a las malditas piernas y cuando ella las encogiese, le volaría la tapa de los sesos. Ya no hacía falta andarse con miramientos.

Encendió las luces, todas las condenadas luces del sótano, y sacó el foco del cuarto en que lo guardaba. Había recobrado el control de sus actos, razonaba con toda lucidez; de camino hacia el taller, recordó abrir un poco los grifos de los acuarios para que cuando los usase, los filtros de los desagües no se atascasen.

En el momento en que, foco en mano, pasaba ante la escalera resuelto a ponerse manos a la obra, sonó el timbre de la puerta.

El timbre sonando estrepitoso, estridente; tuvo que detenerse y reflexionar sobre lo que era aquel sonido.

Hacía años que no lo había oído; ni siquiera sabía si funcionaba. Instalado en la escalera, para que pudiera oírse desde arriba y desde abajo, lo vio repiquetear, una teta de metal negro, cubierta de polvo. Mientras lo miraba, volvió a sonar, seguía sonando, entre nubecillas de polvo. Había alguien llamando a la entrada, oprimiendo el viejo botón sobre el cual había un pequeño rótulo que decía: INSPECTOR.

Quienquiera que llamase se iría. Montó el foco. No se iba. Abajo, en el fondo del pozo, aquello dijo algo a lo que él no prestó atención. El timbre seguía llamando estridente, insistente. Quienquiera que llamase, se había apoyado en el botón.

Lo más sensato sería subir y atisbar por las ventanas de arriba. La Python, con su largo cañón, no le cabía en el bolsillo de la bata. La dejó en la repisa del taller.

Estaba a medio subir la escalera cuando el timbre dejó de sonar. Permaneció quieto unos instantes, esperando.

Silencio. Decidió echar un vistazo de todos modos. Al pasar por la cocina, un fuerte aldabonazo le hizo sobresaltarse. En la despensa, situada junto a la puerta trasera de la casa, guardaba una escopeta. Sabía que estaba cargada.

Si cerraba la puerta de la escalera del sótano, nadie podría oír a aquello gritando al fondo del pozo, ni aunque gritase con todas sus fuerzas, de eso estaba seguro.

Un nuevo aldabonazo. Abrió la puerta un resquicio, sin quitar la cadena de seguridad.

—He estado llamando a la puerta de delante, pero no venía nadie —dijo Clarice Starling—. Estoy buscando a la familia de la señora Lippman. ¿Puede darme alguna indicación?

—No vive aquí —contestó el señor Gumb, y cerró la puerta.

Se dirigía de nuevo a la escalera cuando se reanudaron los aldabonazos, esta vez con mayor fuerza.

Abrió de nuevo la puerta sin quitar la cadena de seguridad. La joven le mostraba unas credenciales a través del resquicio. Decían Oficina Federal de Investigación.

—Disculpe, tengo que hablar con usted. Tengo que encontrar a la familia de la

señora Lippman. Sé que ella vivía aquí. Tiene que ayudarme, por favor.

—La señora Lippman hace varios años que ha muerto. No tenía parientes, y si los tenía, yo no los conozco.

—¿Y tampoco un abogado, un administrador? ¿Alguien que le llevase las cuentas del negocio? ¿Conocía usted a la señora Lippman?

—Un poco, muy poco. ¿Cuál es el problema?

—Estoy investigando la muerte de Fredrica Bimmel. ¿Tiene la bondad de decirme quién es usted?

—Jack Gordon.

—¿Conocía usted a Fredrica Bimmel cuando ella trabajaba para la señora Lippman?

—No. ¿Era quizá una mujer alta y gorda? Tal vez la vi en alguna ocasión, pero no estoy seguro. Disculpe que antes no haya salido a abrir; estaba durmiendo… La señora Lippman tenía un abogado; a lo mejor encuentro la tarjeta. Voy a ver si la he guardado por algún sitio. ¿Le importa entrar? Me estoy congelando y por la rendija se me va a escapar la gata. Antes de que me dé cuenta, saldrá como una exhalación.

Se dirigió hacia un pequeño escritorio de persiana que había en el extremo opuesto de la cocina, levantó la tapa y rebuscó en un par de compartimentos. Starling entró en la casa, abrió el bolso y sacó un bloc de notas.

—Qué crimen tan espantoso —comentó él mientras rebuscaba por el escritorio—. Cada vez que me acuerdo, me pongo a temblar. ¿Sospechan de alguien? ¿Están próximos a detener al asesino?

—Todavía no, pero estamos trabajando en ello. Señor Gordon, ¿se trasladó usted a esta casa después de morir la señora Lippman?

—Sí.

Gumb se inclinó sobre el escritorio, de espaldas a Starling. Abrió un cajón y anduvo rebuscando.

—¿Y no quedaron papeles en la casa? ¿Papeles del negocio de la señora Lippman?

—No, nada de nada. ¿Y el FBI tiene alguna idea del asesino? La policía de aquí anda perdida del todo. ¿Se conoce alguna descripción, huellas dactilares?

Por entre los pliegues de la espalda de la bata del señor Gordon asomó una polilla de la muerte, que avanzó un poco, se detuvo en el centro, más o menos, a la altura del corazón, y desplegó las alas.

A Starling se le cayó el bloc de notas en el bolso.

El señor Gumb. Menos mal que llevo el abrigo desabrochado. Invéntate cualquier excusa para salir de aquí, corre a un teléfono. No, sabe que soy del FBI y si me aparto un instante de él, la matará. Le pegará un tiro en los riñones. La única forma es que lo encuentren y se abalancen sobre él. Su teléfono. No lo veo. Aquí no

hay ninguno. Pregúntale por el teléfono. Da aviso y luego arrójate sobre él. Oblígale a tenderse boca abajo y espera a la policía. Eso es. Se está volviendo hacia aquí.

—Aquí está —dijo él; en la mano sostenía una tarjeta.

¿Cogerla? No.

—Estupendo. Gracias, señor Gordon. ¿Me permitiría usar el teléfono?

En el momento en que él depositaba la tarjeta en la mesa, la polilla echó a volar. Salió de su espalda, voló por encima de la cabeza y se posó entre ambos, en un armario que había encima del fregadero.

Él miró la polilla. Y al ver que ella no la miraba, cuando sus miradas se encontraron, él lo supo. Sus ojos se encontraron y ambos supieron quién era el otro.

El señor Gumb ladeó levemente la cabeza. Y sonrió.

—Tengo un teléfono inalámbrico en la despensa. Voy a buscarlo.

¡No! ¡Hazlo! Ella se llevó la mano a la pistola, un gesto suave que había efectuado mil veces; el arma estaba donde tenía que estar. Notó el tranquilizador contacto, podía usarse con ambas manos; no veía nada más que lo que abarcaba su radio de visión frontal, concentrada en el centro del pecho de aquel hombre.

—Quieto.

Él frunció los labios.

—Obedezca. Levante las manos. Despacio.

Hazle salir al exterior, procurando mantener siempre la mesa entre ambos. Hazle caminar hacia la entrada principal. Ponle boca abajo en el centro de la calle, y enseña la placa, para que se vea bien.

—Señor Gub… señor Gumb, queda usted arrestado. Eche a andar despacio hacia la calle.

Sin embargo, lo que hizo el detenido fue salir de la habitación. Si hubiese hecho un gesto hacia el bolsillo, si Starling hubiese visto cualquier tipo de arma, hubiera podido hacer fuego. Pero él se limitó a salir de la habitación.

Clarice le oyó bajar corriendo la escalera, mientras ella tenía que rodear la mesa y llegar hasta la puerta que conducía a la escalera del sótano. Él había desaparecido. La escalera, iluminada, estaba vacía. Es una *trampa*. Ella, en la escalera, era un blanco facilísimo.

Y entonces, del fondo del sótano, un grito levísimo, fino como una hoja de papel.

Clarice Starling, no te gusta la escalera, no te gusta la escalera, pero has de reaccionar, te guste o no te guste.

Catherine Martin volvió a gritar, la está matando, y Starling bajó por fin la escalera, una mano en la barandilla, la otra empuñando la pistola, el suelo saltando bajo la línea de visión, el brazo del arma oscilando a la misma velocidad que la cabeza cuando trató de cubrir las dos puertas situadas frente a frente que había al pie de la escalera.

El sótano estaba inundado de luz y no podía cruzar una puerta sin dar la espalda a la otra; rápido, la de la izquierda, hacia el grito. Notó la arena del suelo del cuarto de la mazmorra y se apartó de un salto del umbral; nunca había llevado los ojos tan abiertos como entonces. El único lugar para esconderse era detrás del pozo, se deslizó de lado por la pared, empuñando la pistola con ambas manos, con los brazos estirados, haciendo una leve presión en el gatillo; rodeó todo el perímetro del pozo y no encontró a nadie.

Un leve grito ascendía del pozo como una tenue columna de humo. Y de pronto un gemido, un perro. Con los ojos fijos en la puerta, Clarice se acercó al pozo, se arrimó al pretil y se asomó. Vio a la chica, levantó la vista, volvió a mirar hacia abajo e hizo lo que le habían enseñado a hacer, tranquilizar al rehén:

—Soy del FBI. Estás a salvo. Y UNA MIERDA, a salvo. Tiene una pistola. Sáqueme de aquí. ¡SÁQUEME DE AQUÍ!

—Tranquilízate, Catherine. Por favor, no grites. ¿Sabes dónde está él?

—SÁQUEME DE AQUÍ, ME IMPORTA UNA MIERDA DONDE ESTÉ. SÁQUEME DE AQUÍ.

—Pronto te sacaré de aquí. No grites, por favor, y ayúdame, Quédate callada para que pueda oírle. Procura que se calle ese perro.

Apuntalada detrás del pozo y cubriendo la puerta, el corazón le latía desbocado y su aliento levantaba nubecillas de polvo del pretil. No podía abandonar a Catherine Martin para pedir ayuda sin saber dónde estaba Gumb. Avanzó hasta la puerta y se quedó apostada junto al marco. Desde allí divisaba el bajo de la escalera y una parte del taller.

No tenía más que tres alternativas: encontrar a Gumb, asegurarse de que había huido o bien sacar a Catherine del pozo.

Una rápida ojeada por encima del hombro por el cuarto de la mazmorra.

—Catherine, Catherine, ¿hay por aquí una escalera de mano?

—No lo sé. Sólo he estado aquí abajo. Él me bajaba un cubo con una cuerda.

Sujeto a una viga de la pared, había un pequeño montacargas manual; al tambor le faltaba la cuerda.

—Catherine, tengo que encontrar algo para sacarte de aquí. ¿Puedes andar?

—Sí. No me deje sola.

—Tengo que salir de esta habitación un minuto.

—¡No te vayas, mala puta, no me dejes aquí abajo! ¡Cómo te vayas, mi madre te destrozará, imbécil…!

—Cállate, Catherine. Cállate y déjame oír. Para que pueda *salvarte*, tienes que estarte callada, ¿me entiendes? —Y a continuación, levantando más la voz—: Los otros agentes llegarán dentro de un minuto, de modo que haz el favor de callarte. No te vamos a dejar ahí.

Este individuo tenía que tener una cuerda. ¿Pero dónde? Ve Starling cruzó ante la escalera de una corrida y se dirigió a la puerta del taller; la puerta es el sitio más peligroso, entra rápido,, protegiéndose junto a la pared más próxima hasta haber visto toda la habitación, formas familiares nadando dentro de los acuarios de cristal, ella demasiado alerta para sobresaltarse. Cruzó a toda prisa la habitación, dejó atrás los acuarios, los lavaderos, la jaula, unas cuantas polillas echaron a volar. Ella las ignoró.

Se acercaba al pasillo del fondo, que estaba inundado de luz. El frigorífico se puso en marcha y ella giró sobre sí misma agazapándose; el percutor, al levantar el mecanismo de la Magnum, hizo salir la presión. Hacia el pasillo. Le habían enseñado que no debía asomar la cabeza. El arma y la cabeza al mismo tiempo y por lo bajo. El pasillo vacío. Al fondo el estudio, inundado de luz. Recorrió el pasillo a toda velocidad, se arriesgó a dejar atrás la puerta cerrada y avanzó hacia la puerta del estudio. La habitación toda de azulejo blanco y roble rubio. Apártate de la puerta, leñe. Asegúrate de que todos los maniquíes son maniquíes, que todas las imágenes reflejadas no son más que maniquíes. Que todos los movimientos de los espejos responden exclusivamente a tus propios movimientos.

El gran armario estaba abierto y vacío. La puerta de la pared del fondo daba a la oscuridad, al sótano que se extendía más allá. Ni una cuerda, ni una escalera de mano en ninguna parte. Pasado el estudio, la oscuridad.

Cerró la puerta que daba a las tinieblas del sótano, colocó una silla debajo del pomo y contra ella apoyó una máquina de coser. Si podía estar segura de que él no se hallaba en la misma zona del sótano que ella, se arriesgaría a subir un momento para buscar el teléfono.

De nuevo en el pasillo, ante la puerta cerrada frente a la cual había pasado. Colócate en el lado opuesto a las bisagras. Se han de abrir siempre con un solo movimiento. La puerta se abrió de golpe y rebotó. Detrás no había nadie. Un viejo cuarto de baño. Allí, cuerda, ganchos, una honda. ¿Saco a Catherine o busco el teléfono? Catherine, al fondo del pozo, no recibiría un disparo accidental. Pero si a Starling la mataba, Catherine estaba muerta. Saca a Catherine y llévatela a buscar el teléfono.

Starling no quería permanecer mucho rato en aquel cuarto de baño. Desde la puerta, él podía inmovilizarla allí dentro. Miró a ambos lados del pasillo y entró a buscar la cuerda. Había una bañera grande. La bañera estaba llena casi hasta el borde de un yeso duro, de un color rojo violáceo. Del yeso sobresalía una mano y una muñeca, la mano ennegrecida y arrugada, reseca, las uñas esmaltadas de rosa. La muñeca llevaba un fino reloj de mujer. Starling lo veía todo a la vez, la cuerda, la muñeca, la mano, el reloj.

El minúsculo avance del segundero, que le recordó al de un insecto, fue lo último que vio antes de que las luces se apagasen.

El corazón le latió con tanta fuerza que los brazos y el pecho le empezaron a temblar. La oscuridad era absoluta, vertiginosa, tenía que tocar algo, el borde de la bañera. El cuarto de baño. Sal del cuarto de baño. Si este tío encuentra la puerta, me inmoviliza, no tengo nada donde esconderme. Dios mío; sal, sal de una vez. Salir agachada para llegar al pasillo. ¿Todas las luces apagadas? Todas. Debía haberlo hecho en la caja de los fusibles, accionando la palanca general. ¿Dónde estaba la caja? ¿Dónde estaría? Cerca de la escalera. Generalmente las ponen cerca de la escalera. Si es así, él vendrá de allí. Lo cual quiere decir que se encuentra entre Catherine y yo.

Catherine Martin volvía a chillar. ¿Qué hago? ¿Espero aquí? ¿Espero aquí eternamente? A lo mejor ese tío se ha ido. No está seguro de que no lleguen refuerzos. Sí, sabe que vengo sola. Pero me encontrarán a faltar. Por la noche. La escalera se encuentra en la dirección de los chillidos. Resuelve el problema.

Starling empezó a moverse, sin ruido, su hombro rozando apenas la pared, rozándola con excesiva suavidad para que hiciese ruido, una mano extendida hacia delante, la pistola al nivel de la cintura, cerca de su cuerpo en aquel limitado pasillo. Llegó al taller. Notó cómo se ampliaba el espacio. Habitación abierta. Allí se agachó y extendió los brazos, empuñando, la pistola con ambas manos. Sabes exactamente dónde se encuentra la pistola; está justo debajo del nivel de los ojos. Quieta; escucha. Cuerpo, cabeza y brazos giraron a la vez, como una torreta blindada. Quieta, escucha.

En aquella absoluta oscuridad, silbido de tuberías de vapor, goteo de agua.

Percibió con claridad un intenso olor a cabra. Catherine chillando. De pie, apoyado contra la pared, estaba el señor Gumb. Llevaba las gafas infrarrojas puestas. No habría peligro de que ella tropezase con él; entre ambos había una mesa con material de trabajo. Recorrió a la chica de arriba a abajo con la linterna infrarroja.

Demasiado delgada para serle de gran utilidad. Pero recordó su cabellera, de cuando estuvo en la cocina, y era espectacular, y sólo le llevaría unos minutos. Se la podía arrancar en un segundo. Y ponérsela él, y asomarse al pozo y decirle a aquello que había al fondo: «¡Mira qué sorpresa!».

Era divertido observar cómo intentaba avanzar escabulléndose por la habitación. En ese momento, rozaba con la cadera los lavaderos, avanzando de puntillas y arma en ristre hacia los chillidos. Le hubiera divertido perseguirla un buen rato; todavía no había perseguido a ninguna que fuese armada. Sí, la verdad es que le hubiera divertido enormemente. Pero no tenía tiempo. Lástima.

Un disparo a la cara sería lo mejor y bien fácil, a dos metros y medio de distancia. Ahora.

Quitó el seguro de la Python al levantarla, clic clic, y la figura se tornó borrosa, y floreció, floreció toda verde dentro de su radio de visión, y la pistola le saltó violentamente de la mano y el suelo le golpeó brutalmente en la espalda y su luz

seguía encendida y él veía el techo. Starling, en el suelo, cegada por el fogonazo, resonándole los oídos, ensordecida por los disparos de las pistolas. Se apresuró a actuar en la oscuridad, mientras ninguno de los dos pudiese aún oír nada; vacía los casquillos, dale un golpecito, asegúrate de que han salido todos, introduce el cargador, encájalo, dale un golpecito, media vuelta, hazlo caer, cierra el cilindro. Ella había disparado cuatro veces. Dos y dos. Él sólo una vez. Encontró las dos balas intactas que no había usado. ¿Dónde las iba a poner? En la funda del cargador. Permaneció inmóvil. ¿Me muevo antes de que pueda oírme?

El ruido que hace un revólver al quitársele el seguro es inconfundible. Starling había disparado contra ese ruido, sin ver nada más que los respectivos fogonazos de ambas pistolas. Y confiaba que él ahora disparase en la dirección equivocada y ella pudiese averiguar la posición de su adversario por el fogonazo de su arma. Estaba recuperando el oído; los oídos todavía le resonaban, pero ya oía.

¿Qué era ese ruido? ¿Un silbido? Sí, como el de una tetera, pero interrumpido. ¿Qué era? ¿Parecía una respiración? ¿Lo hago yo? No. Starling sopló hacia el suelo y luego hacia su propia barbilla; su aliento era cálido. Cuidado, no respires polvo, no estornudes. Es una respiración. Es una herida pulmonar. Está herido en el pecho. Le habían enseñado cómo efectuar una cura de urgencia en una herida pulmonar, cubrirla con algo, un impermeable, una bolsa de plástico, cualquier objeto hermético, y sujetarla con fuerza, para ayudar a reinflar el pulmón. Luego, le había herido en el pecho. ¿Qué hacer? Espera.

Deja que se ponga rígido y se desangre. Espera.

Starling notó un dolor en la mejilla. No quiso tocársela por temor a tener una herida que sangrase; no quería que sus manos resbalasen.

Nuevamente se oyeron gemidos en el pozo. Catherine hablando, llorando. Starling tenía que esperar. No podía responder a Catherine. No podía decir nada ni moverse.

La luz invisible del señor Gumb jugueteaba en el techo. Él trató de moverla y no lo logró, como tampoco pudo mover la cabeza. Una polilla malasia de gran tamaño que volaba por el techo fue atrapada por el haz de luz infrarroja, empezó a describir círculos y cayó encima de la linterna. Las espasmódicas sombras de sus alas, enormes en el techo, sólo fueron visibles para el señor Gumb.

Apagando las aspiraciones que resonaban en la oscuridad, Starling oyó la espectral voz del señor Gumb, asfixiándose:

—¿Qué… se siente… siendo… tan guapa?

Y acto seguido, otro ruido. Un burbujeo, una especie de cascabeleo y el silbido cesó.

Starling también conocía aquel sonido. Lo había oído una vez, en el hospital, cuando murió su padre. Buscó a tientas el borde de la mesa y se puso de pie.

Avanzando con cuidado, hacia los gritos de Catherine, halló el hueco de la escalera y subió por ella a oscuras.

Le pareció que subir le llevaba mucho tiempo. En un cajón de la cocina encontró una vela. Con esa ayuda, encontró la caja de los fusibles, junto a la escalera, y sufrió un sobresalto cuando las luces se encendieron.

Para llegar a la caja de los fusibles y apagar las luces, el señor Gumb debió abandonar el sótano por otra salida y bajar por la escalera situándose detrás de ella.

Starling tenía que asegurarse de que Gumb estaba muerto. Esperó a que sus ojos se hubiesen habituado a la luz y entró entonces en el taller, no sin tomar toda clase de precauciones. Divisé los pies descalzos y las piernas de su enemigo sobresaliendo de debajo de la mesa de trabajo. Starling no apartó los ojos de la mano que reposaba junto a la pistola hasta que no alejó el arma de un puntapié. Tenía los ojos abiertos. Estaba muerto, de un disparo que le había entrado por el lado derecho del pecho, tendido sobre un charco de sangre. Se había vestido con algunas de las prendas del armario y Starling no pudo mirarle mucho rato.

Se dirigió a uno de los lavaderos, colocó la Magnum en el escurridor y luego de abrir el grifo se mojó las muñecas y se lavó la cara con las manos. No vio rastros de sangre. Alrededor de la rejilla que cubría las bombillas revoloteaban polillas. Tuvo que rodear el cadáver para apoderarse de la Python.

Luego se asomó al pozo y dijo:

—Catherine, está muerto. Ya no puede hacerte daño. Voy arriba a llamar…

—¡NO! SÁCAME DE AQUÍ. SÁCAME DE AQUÍ. SÁCAME DE AQUÍ.

—Escúchame, Catherine. Está muerto. Ésta es su pistola. ¿La recuerdas? Voy a llamar a la policía y a los bomberos. Tengo miedo de sacarte yo sola, podrías caerte. En cuanto les haya avisado bajaré aquí y los esperaré contigo. ¿De acuerdo? Procura hacer callar a ese perro. ¿De acuerdo? Ahora vuelvo.

Los equipos móviles de la televisión local llegaron justo después que los bomberos y antes que la policía de Belvedere. El capitán de bomberos, irritado por la intensidad de los focos, desalojó a las cámaras ordenándoles que subiesen a la planta, mientras procedía a montar un andamiaje para elevar a Catherine Martin, ya que no se fiaba del gancho que el señor Gumb había instalado en el techo. A continuación, bajó al pozo un bombero que acomodó a la muchacha en la silla de rescate. Catherine salió llevando a la perrita en brazos y con la perrita en brazos realizó todo el trayecto en la ambulancia.

En el hospital, donde estaba prohibido el acceso a los perros, no dejaron entrar a la perrita. Un bombero, que había recibido orden de depositarla en la Sociedad Protectora de Animales, prefirió llevársela a su casa.

Capítulo 57

Había unas cincuenta personas en el aeropuerto nacional de Washington esperando el fatigoso vuelo procedente de Columbus, Ohio. La mayoría de ellas iban a buscar parientes y tenían aspecto soñoliento y malhumorado; a muchos les salían los faldones de la camisa por debajo de la americana.

Una de ellas era Ardelia Mapp que, desde la muchedumbre, tuvo ocasión de observar a Starling mientras ésta bajaba del avión. Starling estaba pálida y tenía cercos oscuros bajo los ojos. En la mejilla, restos negros de pólvora. Starling divisó a Mapp y ambas se fundieron en un abrazo.

—Hola, muchacha —dijo Mapp—. ¿Llevas equipaje? Starling contestó que no con la cabeza…

—Jeff nos espera fuera con la furgoneta. Vamos a casa.

En el exterior también estaba Jack Crawford; su coche estaba estacionado detrás de la furgoneta, en el carril reservado a los vehículos oficiales. Había tenido toda la noche a los familiares de Bella en casa.

—Yo… —empezó a decir—. No hace falta que le diga lo que pienso. Menudo gol has marcado, muchacha. —Y le tocó la mejilla con el dedo—. ¿Qué es eso?

—Nada, un poco de pólvora seca. El médico me ha dicho que no me lo toque, que dentro de un par de días las costras saltarán solas.

Y entonces Crawford la atrajo hacia sí y la estrechó entre sus brazos con fuerza un momento, sólo un momento, y luego la alejó y le dio un beso en la frente.

—No hace falta que le diga lo que pienso —repitió—. Ahora váyase a casa. Váyase a descansar. Duerma tranquila. Mañana por la mañana venga a verme y hablaremos de todo el asunto.

La nueva furgoneta de vigilancia era sumamente confortable; estaba diseñada para desplazamientos largos.

Starling y Mapp se instalaron en los cómodos asientos del compartimento trasero.

Sin la presencia de Jack Crawford en la furgoneta, Jeff conducía un poco más aprisa que de costumbre.

Circulaban a buen promedio hacia Quántico.

Starling iba con los ojos cerrados. Recorridos un par de kilómetros, Mapp le dio un golpecito en la rodilla.

Ardelia había abierto dos botellines de Coca-Cola. Le entregó uno a Starling y del bolso sacó una petaca de Jack Daniel's.

Ambas bebieron un sorbo de Coca-Cola y añadieron al resto del refresco una generosa dosis de whisky. Luego taparon la boca del botellín con el pulgar, agitaron el contenido y abriendo la boca engulleron la espuma.

—Ahhh, qué delicia —exclamó Starling.

—No vayáis a derramar esa porquería —dijo Jeff.

—Tranquilo, Jeff —replicó Mapp que bajando la voz le dijo a Starling—: Hubieras tenido que ver al pobre Jeff esperándome delante de la licorería mientras compraba el whisky. Estaba horrorizado de que lo viese alguien y se chivase. —Y al ver que el whisky empezaba a hacer su efecto, al ver que Starling se arrellanaba en el asiento, Mapp le preguntó—: ¿Qué tal estás, Starling?

—Ardelia, si quieres que te diga la verdad, te juro que no lo sé.

—No tienes que volver allá, ¿verdad?

—Quizá tenga que ir un día de la semana próxima, pero espero que no sea necesario. El fiscal general ha ido a Columbus a hablar con la policía de Belvedere. Yo ya he prestado declaración.

—Un par de cosas, buenas las dos —anunció Mapp—. La senadora Martin ha llamado durante toda la noche, desde Bethesda; a Catherine la han llevado a Bethesda, ¿lo sabías? Bueno, la chica está bastante bien; por lo visto no sufre ningún daño físico y respecto de las consecuencias emocionales, aún no se sabe; han de tenerla unos días en observación. Y por las clases no te preocupes. Crawford y Brigham han ido los dos a ver al director de la academia. El juicio se ha suspendido. Krendler ha retirado la querella. De todos modos, no creas que te van a regalar nada; los profesores de la academia tienen el alma de sargento. Tú no tienes que hacer el examen de Investigación y Captura, que es mañana a las ocho, pero lo haces el lunes, justo antes del examen de P.E. De todas formas, no te preocupes, empollaremos juntas durante todo el fin de semana.

Terminaron la bebida justo cuando ya se divisaba el sector norte de Quántico y arrojaron las pruebas condenatorias a una papelera de un área de descanso de la carretera.

—Ese Pilcher, el doctor Pilcher del Smithsonian, ha llamado tres veces. Me ha hecho prometerle que te diría que había llamado.

—No es doctor todavía.

—¿Opinas que puedes hacer algo con él?

—Quizá. Todavía no lo sé.

—Por su forma de hablar, suena bastante divertido. Y he llegado a la conclusión de que lo mejor de un hombre es que sea divertido. Dejando aparte, por supuesto, el que tenga dinero y sea básicamente manejable.

—Sí, y que tenga educación, eso no puede excluirse…

—Totalmente de acuerdo. Que sea todo lo hijo de puta que quiera, pero con educación.

Starling se fue de la ducha a la cama como una drogada. Mapp dejó encendida un rato la lámpara de la mesilla, hasta que la respiración de Starling se hizo regular y acompasada. Starling dormía agitada, un músculo de la mejilla le temblaba y en una ocasión se incorporó con los ojos abiertos de par en par.

Ardelia se despertó de madrugada y notó la habitación vacía. Encendió la luz. Starling no estaba en su cama.

Las bolsas de la ropa sucia de las dos habían desaparecido, de modo que Mapp supo dónde encontrarla.

Halló a Starling en la caldeada lavandería, con la cabeza apoyada en el suave runrún de una lavadora, durmiendo entre el olor a jabón, lejía y suavizante.

Starling tenía unos conocimientos de psicología más sólidos —Mapp sobresalía en derecho—, pero a pesar de ello fue Mapp la que adivinó que el ronroneo de la lavadora evocaba los latidos de un gran corazón y que el flujo de sus aguas era lo que oye un feto: nuestro último recuerdo de la paz.

Capítulo 58

Jack Crawford se despertó temprano en el sofá de su estudio y oyó los ronquidos de los parientes de Bella. En aquel momento de paz previo a los quehaceres del día recordó no la muerte de Bella sino la última cosa que le había dicho, mirándole con aquellos ojos claros y serenos:

—Dime, ¿cómo está el jardín?

Cogió el saquito de maíz de Bella y, en batín, salió a dar de comer a los pájaros, tal como le había prometido. Después de dejar una nota a sus dormidos familiares, salió de su casa antes del amanecer. Crawford siempre se había llevado más o menos bien con la familia de Bella y le reconfortaba que hubiese ruido en la casa, pero se alegró de poderse marchar a Quántico.

Estaba revisando los télex recibidos por la noche y contemplando el primer telediario del día cuando Starling apretó la nariz contra el cristal de la puerta de su oficina. Quitó un montón de papeles de un sillón, la hizo pasar y juntos contemplaron el informativo sin intercambiar una palabra. Ahí estaba.

La fachada de la vieja casa de Jame Gumb en Belvedere, con la galería acristalada vacía y las ventanas cerradas con gruesos postigos. Starling apenas si la reconoció.

«La mazmorra de los horrores», la llamó el locutor. Crudas y apresuradas imágenes del sótano y del pozo, cámaras fotográficas disparando ante la cámara de televisión, irritados bomberos apartando a los fotógrafos de en medio. Polillas enloquecidas por los focos, revoloteando hacia las luces, una polilla en el suelo, boca arriba, agitando las alas en el temblor final.

Catherine Martin rechazando la camilla y caminando hacia la ambulancia cubierta con la guerrera de un policía, el caniche asomando la cabeza entre las solapas.

Una toma lateral de Starling andando apresurada hacia un coche, la cabeza baja, las manos hundidas en los bolsillos del abrigo.

La filmación había sido revisada a fin de eliminar los objetos más siniestros. Del fondo del sótano, las cámaras tan sólo mostraron los bajos umbrales salpicados de cal de los cuartos que contenían los cuadros plásticos de Gumb. En el recuento de cadáveres en esa zona del sótano alcanzaba hasta ese momento la cifra de seis.

Dos veces oyó Crawford que Starling expulsaba el aire por la nariz. El noticiario quedó interrumpido por un intervalo publicitario.

—Buenos días, Starling.

—Hola —contestó ella como si fuese más tarde.

—El fiscal de Columbus me ha enviado esta noche por fax sus declaraciones. Tendrá que firmar algunas copias… De modo que desde la casa de Fredrica Bimmel se fue a ver a Stacy Hubka y luego a esa señora Burdine a la tienda para la cual cosía la señora Lippman, Richard’s; y fue la señora Burdine la que le dio la dirección de la señora Lippman, esa casa que acaba de aparecer.

Starling asintió con un gesto de cabeza y añadió:

—Stacy Hubka había ido a esa casa un par de veces a buscar a Fredrica, pero conducía el novio de Stacy y ella no recordaba exactamente el lugar. La señora Burdine tenía la dirección.

—¿La señora Burdine no mencionó que en casa de la señora Lippman hubiese un hombre?

—No.

El telediario proyectaba ahora imágenes del Hospital Naval de Bethesda. La cara de la senadora Martin apareció enmarcada por la ventanilla de un coche oficial.

—Catherine anoche estaba perfectamente normal, sí. Ahora duerme, está sedada. Aún no acabo de creer la suerte que hemos tenido. No, como ya he dicho, sufre un fuerte impacto emocional, pero está perfectamente. No tiene más que algunos rasguños y un dedo fracturado. Y también está deshidratada. Gracias, eso es todo. —Propinó una palmadita al chófer en la espalda—. Gracias. No, me habló del perro anoche, pero no sé qué vamos a hacer; en casa ya hay dos perros.

La noticia concluía con una insignificante cita de un psicólogo especializado en estados de tensión que al cabo de unas horas mantendría una entrevista con Catherine a fin de evaluar la magnitud del perjuicio emocional que podía sufrir la muchacha.

Crawford apagó el televisor.

—¿Qué le parece este cambio, Starling? ¿Qué me dice?

—Estoy pasmada… ¿usted también?

Crawford asintió con la cabeza y rápidamente cambió de tema.

—La senadora Martin me ha telefoneado esta noche. Quiere venir a verla. Catherine también, en cuanto la autoricen a viajar.

—Siempre estoy en casa.

—Y Krendler lo mismo, quiere venir a verla aquí. Ha retirado la querella.

—Ahora que lo pienso, no siempre estoy en casa.

—Mire, le voy a dar un consejo. Use a la senadora Martin. Deje que le diga lo muy agradecida que le está, deje que le repita que está a su disposición. Y hágalo pronto. La gratitud tiene una vida muy corta, Starling. Y por su forma de actuar, o mucho me equivoco o va usted a necesitar de los favores de los grandes.

—Eso es lo que dice Ardelia.

—¿Mapp, su compañera de habitación? El director me ha dicho que Mapp está dispuesta a repasar con usted todos los temas de los exámenes del lunes. Dice que le ha sacado un punto y medio a su más inmediato rival, Stringfellow.

—¿Para el discurso de fin de curso?

—Pero Stringfellow es tozudo como el demonio; creo que va diciendo que Mapp no podrá con él.

—Pues que se vaya preparando. Entre el desorden que se acumulaba en la mesa de Crawford estaba la gallina de papel confeccionada por el doctor Lecter.

Crawford la accionó por la cola y la gallina se puso a picotear.

—Lecter se ha convertido en el objetivo primordial de toda la policía; encabeza la lista de los criminales más buscados —dijo—. De todas formas, mientras ande suelto por ahí, procure usted adoptar buenas costumbres.

Starling asintió.

—Ahora estará atareado —añadió Crawford—, pero cuando deje de estarlo, querrá entretenerse. Hay algo que quiero dejar muy claro: usted sabe que no tendría inconveniente en liquidarla, como liquidaría a cualquiera.

—No creo que a mí me tienda una celada; es una forma de descortesía y nunca optaría por esa forma de hacer preguntas. Aunque sé perfectamente que en cuanto le aburriese, me liquidaría sin contemplaciones.

—Todo lo que le digo es que adopte buenas costumbres. Cuando salga de la academia, lleve siempre consigo sus credenciales. No dé información telefónica de su paradero sin asegurarse de la identidad de la persona que llame. Quiero instalar un dispositivo de rastreo de llamadas y grabación en su teléfono, si no le importa. La conversación será privada si usted no acciona el dispositivo.

—No creo que se dedique a perseguirme, señor Crawford.

—Pero ya ha oído lo que he dicho.

—Efectivamente. Con toda claridad.

—Llévese esas declaraciones y repáselas. Añada todo lo que considere necesario. Cuando esté lista, venga a firmarlas aquí. Nosotros haremos de testigos. Starling, estoy orgulloso de usted. Lo mismo ha dicho Brigham, y lo mismo ha dicho el director —sonó un poco envarado, no como él quería que sonase.

Crawford la acompañó hasta la puerta de la oficina. Ella se alejaba de él, por el desierto pasillo. Y desde aquel iceberg de dolor consiguió llamarla diciendo:

—Starling, su padre la está viendo.

Capítulo 59

Jame Gumb ocupó los titulares de la prensa durante varias semanas, después de haber sido descendido a su agujero final.

Los informadores reconstruyeron su historia, comenzando por los archivos del condado de Sacramento.

Su madre estaba embarazada de un mes de él cuando quedó eliminada del concurso para elegir a Miss Sacramento en 1948. El «Jame» de su partida de nacimiento era, por lo visto, un error burocrático que nadie se molestó en corregir.

Al no conseguir abrirse camino como actriz, su madre se convirtió en una alcohólica; Gumb tenía dos años cuando el condado de Los Ángeles lo entregó a una familia adoptiva.

Al menos dos revistas especializadas explicaron que esta desdichada infancia constituía la causa de que posteriormente asesinase a mujeres para arrancarles la piel. Las palabras *loco* y *maldad* no aparecen en ninguno de esos dos artículos.

La película del concurso de belleza que Jame Gumb contemplaba de mayor era una filmación real de su madre, pero la mujer que aparecía en la película de la piscina no era su madre, según revelaron una serie de medidas comparativas.

Los abuelos de Gumb le sacaron a los diez años de un hogar adoptivo en el que no era feliz, y él los mató dos años después.

En el centro de rehabilitación de Tulare, y durante los años que pasó en el psiquiátrico, Gumb aprendió el oficio de sastre, para el cual demostró sobresalientes aptitudes.

La lista de empleos de Gumb muestra interrupciones y es incompleta. Los periodistas descubrieron al menos dos restaurantes en los que trabajó ilegalmente, sin estar dado de alta, mientras trabajaba esporádicamente para la industria de la confección. No se ha podido probar que durante este período asesinase, pero Benjamín Raspail afirmaba que así era.

Trabajaba en la tienda de antigüedades donde se confeccionaban objetos decorativos a base de mariposas, cuando conoció a Benjamín Raspail, a cuyas expensas vivió durante cierto tiempo. Fue en esa época cuando Gumb se obsesionó por las polillas y mariposas y las transformaciones que experimentaban esos insectos.

Cuando Raspail lo abandonó, Gumb mató al siguiente amante de Raspail, Klaus,

al cual degolló y parcialmente desolló.

Al cabo de cierto tiempo, fue a visitar a Raspail cuando éste ya vivía en el este, y Raspail, que sentía especial fascinación por los muchachos perversos, se lo presentó al doctor Lecter.

Todo ello quedó confirmado la semana posterior a la muerte de Gumb, cuando el FBI consiguió obtener de los herederos de Raspail las grabaciones de las sesiones de psicoanálisis que éste había realizado en la consulta del doctor Lecter.

Años atrás, cuando a Lecter se le declaró perturbado mental, las grabaciones de sus sesiones de psicoanálisis fueron entregadas a las familias de las víctimas para que las destruyeran. Pero los litigantes familiares de Raspail conservaron las cintas por si les servían para impugnar el testamento del difunto. Y tras escuchar las primeras grabaciones, que no contienen más que aburridas reminiscencias de la vida escolar de Raspail, perdieron el interés. Tras el revuelo periodístico que produjo el caso de Jame Gumb, la familia de Raspail escuchó el resto de las cintas y cuando sus miembros telefonearon al abogado Everett Yow amenazando con emplear las grabaciones para renovar sus ataques contra el testamento, Yow llamó a Clarice Starling.

Las cintas incluyen la última sesión, durante la cual Lecter mató a Raspail, y además revelan, lo cual es mucho más importante, qué le contó Raspail a Lecter a propósito de Jame Gumb:

Raspail le dijo a Lecter que Gumb tenía verdadera obsesión por las polillas, que había desollado a varios cadáveres en el pasado, que había matado a Klaus, que trabajaba en la empresa de confección de artículos de piel Don Cuero, en Calumet City, pero que también cobraba de una anciana de Belvedere, Ohio, a la que había conocido porque confeccionaba los forros de las prendas comercializadas por Don Cuero. Raspail vaticinaba que llegaría el día en que Gumb se apoderaría de todas las posesiones de la anciana.

—Cuando Lecter se enteró de que la primera víctima era de Belvedere y había sido desollada, supo quién era el autor del crimen —le comentó Crawford a Starling, se hallaban juntos escuchando la grabación—. A usted le hubiera servido en bandeja a Gumb y hubiese quedado como un genio si Chilton no se hubiera entrometido.

—Eso me lo insinuó al escribir en el expediente que los lugares de secuestro y aparición de los cadáveres eran demasiado fortuitos —replicó Starling—. Y en Memphis me preguntó si sabía coser. ¿Qué quería conseguir con ello?

—Quería divertirse —sentenció Crawford—. Hace mucho, mucho tiempo que no hace más que eso, divertirse.

De Jame Gumb no se halló ninguna grabación, de modo que sus actividades posteriores a la muerte de Raspail tuvieron que reconstruirse fragmentariamente a través de su correspondencia comercial, recibos del gas o entrevistas con propietarios de tiendas de modas.

Cuando la señora Lippman murió durante un viaje a Florida efectuado en compañía de Gumb, éste lo heredó todo: la vieja casa con su vacía galería acristalada y su inmenso sótano, así como una respetable suma de dinero. Dejó entonces de trabajar para Don Cuero, si bien mantuvo un apartamento en Calumet City durante cierto tiempo, pero empleaba ese domicilio comercial para recibir paquetes, usando el nombre falso de John Grant. Conservó a unos pocos y selectos clientes y continuó visitando tiendas de modas desplazándose por todo el país, como había hecho para Don Cuero, para tomar las medidas de las prendas que luego confeccionaba por encargo en Belvedere. Empleaba esos viajes para descubrir víctimas y arrojar sus cadáveres cuando ya las había utilizado; su furgoneta marrón circulaba horas y horas por la autopista, cargada de prendas de cuero terminadas que se balanceaban en los colgadores encima de la bolsa de hule que reposaba en el suelo y contenía el cadáver.

Poseía la prodigiosa libertad que le proporcionaba el sótano. Espacio sobrado para trabajar y jugar. Al principio sólo se trató de juegos: perseguir a muchachas aterradas por las sombrías dependencias o inventar originales cuadros plásticos en cuartos aislados y dejarlas encerradas, sin abrir las puertas más que para prolongar la diversión.

Fredrica Bimmel empezó a colaborar con la señora Lippman durante el último año de vida de la anciana.

Fredrica conoció a Jame Gumb en casa de la señora Lippman cierto día en que fue a recoger ropa para coser. Fredrica Bimmel no fue la primera chica que Gumb asesinó pero sí la primera que asesinó para arrancarle la piel.

Entre las pertenencias de Gumb se encontraron las cartas que le escribió Fredrica Bimmel.

Starling apenas si pudo leer aquellas cartas por la ilusión que revelaban, por la falta de cariño que ponían de manifiesto y por el fingido amor de Gumb, que quedaba implícito en las respuestas de la muchacha: «Queridísimo amigo secreto de mi corazón: ¡Te quiero! *Nunca* me imaginé que un día llegaría a pronunciar estas palabras, y debo decirte que lo más maravilloso de todo es pronunciarlas como respuesta a las tuyas».

¿Cuándo se manifestó él tal como era? ¿Conocía ella el sótano? ¿Qué cara pondría Fredrica al ver la transformación de Gumb? ¿Cuánto tiempo la tuvo con vida?

Lo peor de todo era que Fredrica y Gumb siguieron siendo amigos hasta el final; ella le escribió una nota desde el pozo.

Los titulares de la prensa cambiaron el apodo de Gumb por el de Don Cuero y, defraudados por no haber sido ellos los inventores del nombre, virtualmente iniciaron de nuevo la publicación de toda la historia.

A salvo en el corazón de Quántico, Starling no tenía que ocuparse de la prensa

sensacionalista, si bien la prensa sensacionalista quiso ocuparse de ella.

Del doctor Frederick Chilton, La *Actualidad Nacional* consiguió, previo estipendio, las cintas de la conversación de Starling con el doctor Hannibal Lecter. La revista amplió dichas conversaciones para usarlas como guión del serial «La Novia de Drácula» y dio a entender que Starling, a cambio de información sobre el caso, había hecho francas revelaciones de tipo sexual al doctor Lecter, y hasta presionó a Starling para que aceptara una oferta efectuada por *Charlas en la Oscuridad: La Revista del Teléfono del Sexo*.

La revista *People* publicó un breve y agradable artículo sobre Starling, intercalando fotografías de la joven en la Universidad de Virginia y en el Hogar Luterano de Bozeman. La mejor era una de la yegua Hannah, en los últimos años de su vida, tirando de un carro lleno de niños.

Starling recortó esa foto de Hannah y la guardó en el billetero. Fue lo único que conservó.

Empezaba a curarse.

Capítulo 60

Ardelia Mapp era una profesora particular excelente —lograba adivinar una pregunta de examen en un texto con mayor rapidez de la que tarda un leopardo en divisar a una presa coja—, pero no era una buena corredora. Siempre le decía a Starling que era porque le pesaban mucho los hechos. Starling le había sacado un buen trecho en la pista de correr, retraso que Mapp recuperó junto al viejo DC-6 que usa el FBI para los simulacros de secuestros aéreos. Era el domingo por la mañana. Llevaban dos días de codos ante los libros y aquel pálido sol les parecía una delicia.

—¿Qué te ha dicho Pilcher cuando te ha llamado? —le preguntó Ardelia apoyándose en el tren de aterrizaje.

—Que él y su hermana tienen una casa en Chesapeake.

—¿Ah sí? ¿Y qué más?

—Que su hermana está allí con los niños y los perros y a lo mejor el marido.

—¿Y?

—Que ellos habitan una parte de la casa; es una vieja casona junto al mar que heredaron de su abuela.

—Corta el rollo.

—Pilch es propietario de la otra parte de la casa. Dice que el próximo fin de semana quiere que vayamos a pasarlo allí. Dice que hay muchas habitaciones «tantas como hagan falta», creo que ha dicho textualmente. Me ha dicho que su hermana me llamaría para invitarnos.

—¿De veras? Pensaba que ya no había nadie que hiciese esas cosas.

—Lo ha pintado maravilloso: nada de prisas, paseos bien abrigados por la playa, volver a casa a merendar junto al fuego, perros saltando por todas partes con las patas llenas de arena…

—Suena idílico… hmmm… con las patas llenas de arena… Sigue.

—A mí, la verdad, me parece excesivo, teniendo en cuenta que no hemos salido juntos ni un día. Pero él dice que cuando hace mucho frío, lo mejor del mundo es dormir con dos o tres perros en la cama. Dice que hay suficientes para que todos los invitados puedan contar con un par.

—Pilcher se te está ligando con el viejo truco del perro y has mordido el anzuelo, ¿no?

—Afirma que es un buen cocinero, y su hermana lo confirma.

—Oh. ¿Ya te ha llamado?

—Sí.

—¿Y qué te ha parecido? ¿Cómo sonaba?

—Bien. Sonaba como si estuviese en la otra punta de la casa.

—¿Y qué le has dicho?

—Pues le he dicho: «Sí, muchísimas gracias». Eso es lo que le he dicho.

—Estupendo —declaró Ardelia Mapp—. Me parece estupendo. Comeremos cangrejos. Agarraremos a Pilch y le embadurnaremos la cara. Lo pasaremos de miedo.

Capítulo 61

Por la gruesa moqueta del pasillo del hotel Marcus, un camarero empujaba un carrito de té.

Al llegar ante la puerta de la suite 91 se detuvo y con unos nudillos enguantados llamó suavemente a la puerta. Ladeó la cabeza y volvió a llamar para hacerse oír por encima de la música; eran las *Invenciones, segunda y tercera parte* de *Bach*, interpretadas al piano por Glenn Gould.

—Pase. El caballero que llevaba un apósito de gasa cubriéndole la nariz, vestido con un batín, estaba sentado a la mesa escribiendo.

—Póngalo al lado de la ventana. ¿Me permite ver el vino?

El camarero acercó la botella. El caballero la colocó bajo la luz de la lámpara de la mesa y después tocó el cuello de la botella con la mejilla.

—Ábrala, pero no la deje en hielo —ordenó al tiempo que añadía una generosa propina a la cuenta—. De momento no voy a beberla.

No quería que el camarero le sirviese una copa de vino y se lo diese a probar; encontraba desagradable el olor que despedía la correa del reloj de aquel hombre.

El doctor Lecter estaba de un humor excelente. La semana había transcurrido a su entera satisfacción. Su aspecto estaba cambiando tal y como había planeado y en cuanto quedasen subsanadas unas pocas e insignificantes decoloraciones, podría quitarse el apósito para hacerse fotografías de pasaporte.

El trabajo importante lo realizaba él personalmente: inyecciones de silicona en la nariz. El gel de silicona se vendía sin receta pero las agujas hipodérmicas y la novocaína no. Resolvió esta dificultad robando una receta en el mostrador de una frecuentada farmacia que había en las proximidades del hospital. Borró la enrevesada caligrafía del médico con tinta blanca de correcciones mecanográficas y después fotocopió la receta en blanco. La primera receta que redactó era una copia exacta de la que había robado, copia que devolvió a la farmacia para que no se echase en falta.

El efecto que la nariz de boxeador causaba a sus correctas facciones estaba lejos de ser agradable y sabía, además, que si no iba con cuidado, la silicona podía desplazarse, pero estaba seguro de que la obra duraría hasta que llegase a Río.

Cuando sus aficiones empezaron a absorberle, mucho antes de producirse su primer arresto, el doctor Lecter había hecho preparativos por si algún día se hallaba

en situación de fugitivo de la justicia. En la pared de una casita de vacaciones situada a orillas del río Susquehanna guardaba dinero y todos los documentos de una nueva identidad, incluido un pasaporte, así como los elementos cosméticos que había utilizado al hacerse las fotos de ese documento que estaría sin duda caducado, pero que podría renovar en pocos días.

Prefiriendo pasar la aduana en medio de un rebaño de turistas y con la insignia de la agencia en la solapa, se había inscrito en un viaje organizado titulado «El esplendor de Sudamérica» que, a pesar de lo espantoso de su nombre, lo conduciría a Río de Janeiro.

Se acordó que tenía que extender un cheque con la firma del difunto Lloyd Wyman para pagar la factura del hotel y dar cinco días de tiempo para el cobro, en lugar de cargar la factura a Amex.

Esa noche estaba poniendo al día su correspondencia, que tendría que mandar a través de una agencia de envíos urgentes de Londres.

En primer lugar, le envió a Barney una abultada propina así como una nota de agradecimiento por las atenciones que había tenido con él durante su estancia en el psiquiátrico.

A continuación, redactó una notita para el doctor Frederick Chilton, dirigida al centro de custodia federal, insinuándole que era muy posible que en un futuro próximo recibiese su visita. Y añadió que, después de la mencionada visita, creía que el hospital preferiría tatuar las instrucciones alimentarias en la frente de Chilton para ahorrarse papeleo.

Por último, se sirvió una copa de aquel excelente Batard Montrachet y escribió a Clarice Starling.

Bien, Clarice, ¿han dejado de balar ya los corderos? Me debe una información, ¿se acuerda? y me gustaría que me la comunicase.

Un anuncio en la edición nacional del Times y del International Herald-Tribune el día primero de cada mes será lo más adecuado. Mejor que ponga también otro en el China Mail.

No me sorprendería que la respuesta fuese sí y no. Los corderos se habrán callado de momento, pero usted, Clarice, se juzga a sí misma con la piedad de la balanza del Averno y tendrá que ganarse una y otra vez ese bendito silencio. Porque a usted lo que la impulsa es el compromiso, fijarse un objetivo, y el compromiso no cesa, nunca.

No tengo intención de ir a visitarla, Clarice, porque el mundo es más interesante si usted está en él. Procure hacerme objeto de la misma cortesía.

El doctor Lecter se llevó la pluma a los labios. Miró por la ventana al firmamento

y sonrió.

Tengo ventanas. Orión se encuentra en este momento justo encima del horizonte, y a poca distancia brilla Júpiter, con una intensidad que no volverá a alcanzar antes del año 2000. (No tengo la menor intención de decirle la hora ni a qué altura se encuentra.) Pero espero que usted también lo esté viendo. Algunas de las estrellas que nos guían son las mismas. Clarice.

Hannibal Lecter

Mucho más al este, en la costa de Chesapeake, Orión brillaba a gran altura en una noche estrellada, sobre una vieja casona y sobre una habitación en la que arde un fuego cuyo resplandor late suavemente a impulso del viento que sopla arriba, en las chimeneas. En una cama de matrimonio hay varios edredones entre los cuales dormitan varios perros de gran tamaño.

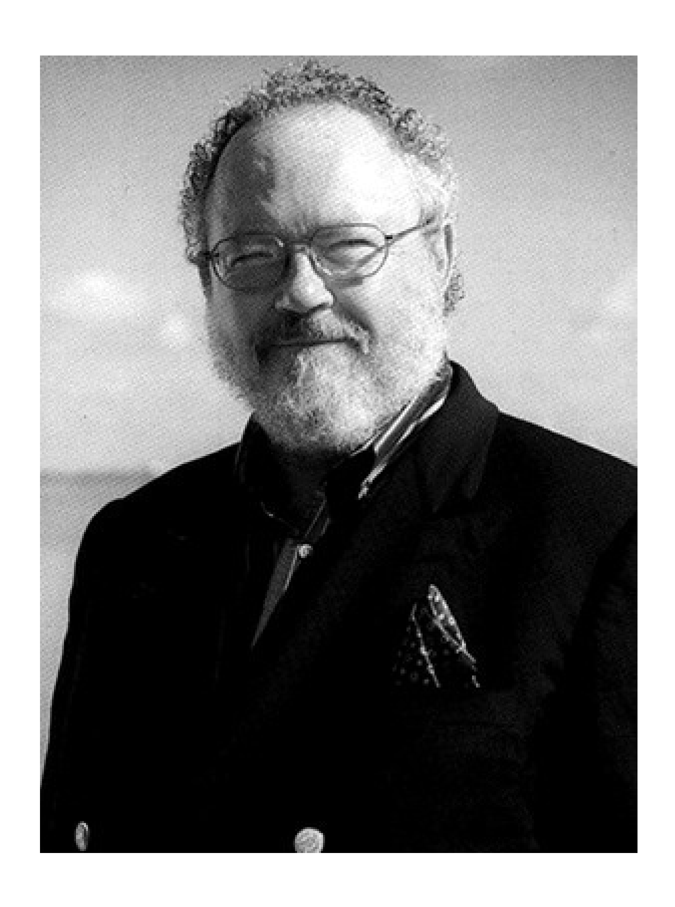
Los restantes bultos que se advierten bajo las sábanas puede que pertenezcan o no a Noble Pilcher; resulta imposible determinarlo debido a la tenue luz que reina en el ambiente. Pero la cara que reposa en la almohada, rosada por el resplandor del fuego, es indudablemente la de Clarice Starling, que duerme profunda y dulcemente sumida en el silencio de los inocentes.

En su nota de pésame para Jack Crawford, el doctor Lecter cita un fragmento de *La Fiebre* sin tomarse la molestia de mencionar a su autor, John Donne.

La memoria de Clarice Starling altera algunos versos del poema de T.S. Eliot *Miércoles de Ceniza* para adaptarlos a su conveniencia.

T.H.

FIN



THOMAS HARRIS (nacido el 11 de abril de 1940 en Jackson, Tennessee) es un escritor, famoso por su libro *The Silence of the Lambs*,1988 (*El silencio de los corderos en España*, *El silencio de los inocentes* en Latinoamérica), del cual fue hecha un película en 1991, que ganó los 5 Oscar principales: mejor película, mejor director (Jonathan Demme), mejor guion adaptado, mejor actriz principal (Jodie Foster) y mejor actor principal (Anthony Hopkins). El libro y la película son la secuela del libro *El dragón rojo* (el cual fue hecho película bajo el nombre de *Manhunter* y más tarde bajo el título *Red Dragon*) el que incluye a Lecter como un personaje secundario. En ella, el principal rasgo de Dolarhyde es su labio leporino, y técnicamente es una novela en la cual empieza a dibujar su brillante narrativa sobre la mente criminal, que explotará exitosamente siete años más tarde en el personaje de Lécter.

Harris nació en Tennessee, pero se mudó a Rich, Misisipi siendo un niño. Asistió a la Baylor University en Texas, donde se graduó en 1964. Mientras estaba en la universidad trabajó como reportero en el periódico local, el Waco Tribune-Herald, cubriendo la zona policial. En 1968, se mudó a Nueva York para trabajar en Associated Press.